

H. G.
WELLS

QUANDO SONO
DORMITO
DESPIERTO

PR5774

.v4

S6

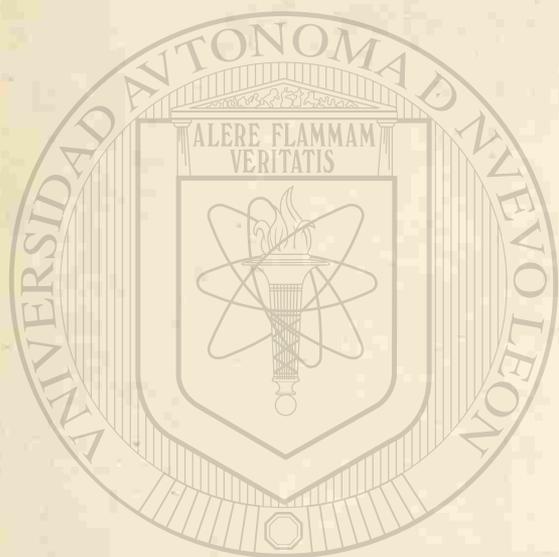
1905

020.7

W554c



1080005394

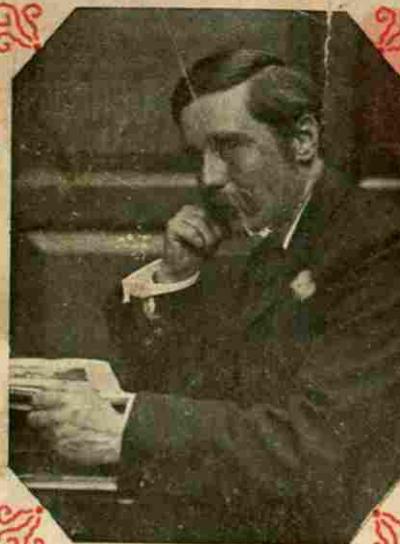
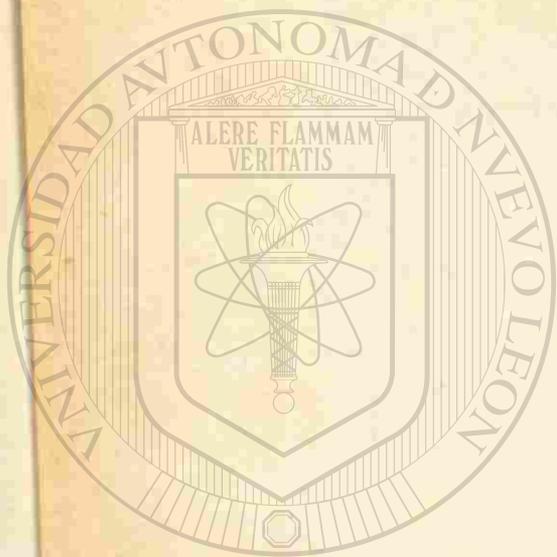


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





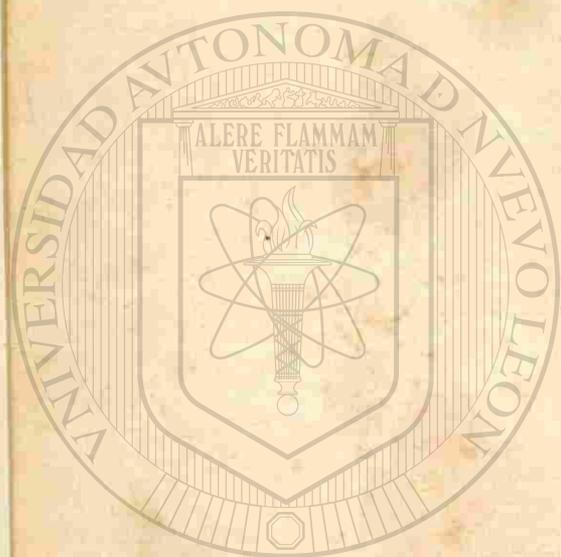
H. J. Wells

**Quando el dormido
despierte...**



TORIBIO TABERNER, Editor

Rosellón, 224, BARCELONA



CUANDO EL DORMIDO DESPIERTE...

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



820.9 VT
W554c 28/XI/78

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- La visita maravillosa.
- El hombre invisible.
- Anticipaciones.
- Los primeros hombres en la Luna.
- El amor y el Sr. Lewisham.
- Ruedas de fortuna.
- El alimento de los Dioses.—Dos tomos.

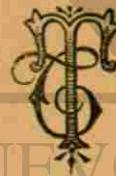
H. J. Wells

Cuando el dormido despierte...

TRADUCCIÓN

DE

La Vida Literaria



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

LA VIDA LITERARIA

Toribio Taberner, Editor

224, Calle Rosellón, 224

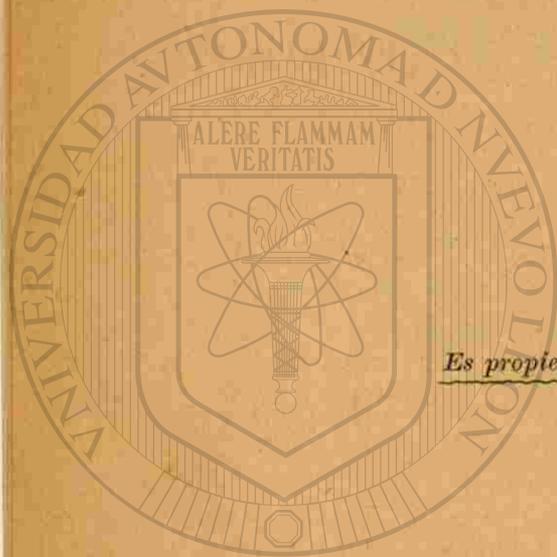
1905

PR 5774

.w4

86

1905



Es propiedad del editor



FSRM

5394

CUANDO EL DORMIDO DESPIERTE...

CAPITULO PRIMERO

INSOMNIO

Una tarde, al bajar la marea, Mr. Isbister, joven pintor que residía en Boscastle, se encaminó desde este punto á la pintoresca ensenada de Pentaigen, deseando examinar las cuevas de la costa. A la mitad del empinado sendero que conduce á la rivera de Pentaigen, topó, de pronto, con un hombre que estaba sentado en actitud de profunda desolación, bajo una masa de rocas que avanzaba hacia el mar. Las manos de aquel hombre descansaban inertes sobre sus rodillas, tenía los ojos enrojecidos, y sus mejillas estaban humedecidas por el llanto.

Volvió el rostro al ruido de las pisadas de Isbister. Ambos quedaron desconcertados, sobre todo Isbister, y, para borrar el mal efecto de su involuntaria intrusión, hizo la observación, con aire de maduro conocimiento, de que el tiempo no era demasiado caluroso dada la estación en que se encontraban.

—Verdad—dijo el desconocido, brevemente; vaciló un momento y añadió con acento indefinible:—¡No puedo dormir!

Isbister se paró en seco.

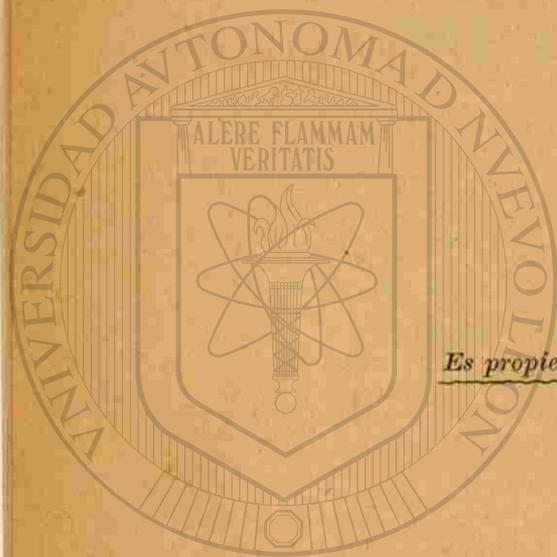
—¿No?—fué todo cuanto dijo; pero la interrogación produjo su efecto.

PR 5774

.w4

86

1905



Es propiedad del editor



FSRM

5394

CUANDO EL DORMIDO DESPIERTE...

CAPITULO PRIMERO

INSOMNIO

Una tarde, al bajar la marea, Mr. Isbister, joven pintor que residía en Boscastle, se encaminó desde este punto á la pintoresca ensenada de Pentaigen, deseando examinar las cuevas de la costa. A la mitad del empinado sendero que conduce á la rivera de Pentaigen, topó, de pronto, con un hombre que estaba sentado en actitud de profunda desolación, bajo una masa de rocas que avanzaba hacia el mar. Las manos de aquel hombre descansaban inertes sobre sus rodillas, tenía los ojos enrojecidos, y sus mejillas estaban humedecidas por el llanto.

Volvió el rostro al ruido de las pisadas de Isbister. Ambos quedaron desconcertados, sobre todo Isbister, y, para borrar el mal efecto de su involuntaria intrusión, hizo la observación, con aire de maduro conocimiento, de que el tiempo no era demasiado caluroso dada la estación en que se encontraban.

—Verdad—dijo el desconocido, brevemente; vaciló un momento y añadió con acento indefinible:—¡No puedo dormir!

Isbister se paró en seco.

—¿No?—fué todo cuanto dijo; pero la interrogación produjo su efecto.

—Parecerá increíble—dijo el desconocido volviendo á Isbister sus fatigados ojos, y acentuando sus palabras con lánguido movimiento de la mano,—pero no he dormido... no he dormido un momento durante seis noches.

—¿Ha consultado usted?

—Sí. Mal remedio por lo general. Drogas. Mi sistema nervioso... Las drogas van bien para el común de las gentes. Es difícil explicarlo. No me atrevo á tomar... medicamentos suficientemente poderosos.

—Eso dificulta el asunto—observó Isbister.

Permanecía en el estrecho sendero, como perplejo y sin saber qué hacer. Claramente, el hombre deseaba hablar. Una idea bastante natural, dadas las circunstancias, le indujo á continuar la conversación.

—Yo jamás he padecido de insomnios—dijo en tono de amena charla,—pero he conocido personas que en casos semejantes han encontrado generalmente algo... Yo no he querido hacer experimentos.

Hablaba fatigosamente. Hizo un gesto de repulsión y durante un momento ambos hombres quedaron silenciosos.

—¿Y ejercicio?—insinuó Isbister con desconfianza, con una mirada que fué del demacrado semblante del hombre al traje de campo que llevaba.

—Eso es lo que he probado, imprudentemente quizás. He seguido la costa, día tras día... desde Nev-quay. Sólo ha servido para añadir la fatiga física á la mental. La causa de esta intranquilidad ha sido un exceso de trabajo... sinsabores. Había algo...

Se detuvo de puro cansancio. Se pasó la mano por la frente y reanudó el diálogo como quien se habla á sí mismo.

—Soy un lobo solitario, un ser aislado, cruzando á través de un mundo en el cual no tengo parte. No tengo mujer... ni hijos... ¡qué es hablar de hijos cuando la muerte tala en el árbol de la vida! No tengo mujer ni hijos... ni tengo deberes que llenar. Ni siquiera un deseo en mi corazón. Una sola cosa pude hacer á lo último. Dije, «quiero hacer esto», y para hacerlo, para vencer la inercia de este cuerpo abrumado, recurrí á las drogas. ¡Gran Dios! ¡Ya estoy harto de drogas! No sé si usted

siente la pesada inconveniencia del cuerpo, sus irritantes demandas de tiempo, de la mente... ¡tiempo... vida! ¡Vivir! Vivimos únicamente á secciones. Hemos de comer, y después sobrevienen las penosas complacencias digestivas... ó irritaciones. Hemos de tomar el aire, ó de lo contrario nuestros pensamientos se hacen tardos, estúpidos, corren entre abismos y caminos sin salida. Mil distracciones surgen de dentro y de fuera, y luego se sucede el decaimiento y el sueño. Los hombres parecen creados para dormir. ¡Cuán poco del día pertenece al hombre... aun el mejor! Y luego vienen esos falsos amigos, esas ficticias ayudas, los alcaloides que suprimen el natural cansancio y matan el descanso... café negro, cocaína...

—Ya sé—dijo Isbister.

—Llevé mi labor á cabo—dijo el desvelado con quejumbrosa entonación.

—¿A este precio?

—Sí.

Durante un breve rato los dos hombres permanecieron sin hablar.

—No puede usted imaginarse cómo ansío el descanso; tengo hambre y sed de él. Por seis largos días, desde que terminé mi obra, mi mente ha sido un torbellino, rápido, é incesante, un torrente de pensamientos cayendo en ninguna parte, girando en torno, vivo y...

Se detuvo.

—¡Hacia el abismo!

—¡Necesita usted dormir!—dijo Isbister decididamente, y con el aire del que hace un descubrimiento.—¡Necesita usted dormir imprescindiblemente!

—Mi mente es perfectamente lúcida. Jamás ha sido más clara. Pero conozco que marcha hacia el vórtice. Bien pronto...

—¿Sí?

—¿Ha visto usted los objetos atraídos por un remordimiento? Fuera de la luz del día, fuera de este dulce mundo de sanidad... abajo...

—Pero...—reconvino Isbister.

El desconocido extendió una mano hacia él. Su mirada era ardiente y su voz retumbante:

—Me mataré. A falta de otro medio... al pie de ese negro precipicio, donde las olas son verdes, y la blanca cresta se eleva y cae, produciendo pequeños hilos de agua. ¡Allí al menos podré... dormir!

—¡Eso no es razonable!—dijo Isbister, impresionado por aquel histérico arranque de emoción del desconocido.

—¡Es preferible tomar narcóticos!

—¡Allí al menos se duerme!—repetió el desconocido, sin escucharle.

Isbister le miró y se dijo interiormente si alguna complicada y providencial coincidencia no les había reunido aquella tarde.

—Eso no es seguro, como usted sabe—observó.—En la ensenada de Lulwosth hay un precipicio semejante... tan alto por lo menos... y una niña cayó de la cúspide al fondo. Pues bien... hoy vive buena y sana.

—Pero ¿y esas rocas que hay al pie?

—Muy bien pudiera yacer uno desvanecido sobre ellas toda una noche, con los huesos rotos acariciado por las olas frías... ¿eh?

Se encontraron sus miradas.

—Siento mucho echar un jarro de agua fría sobre sus ideales—dijo Isbister con cierto sentimiento de involuntaria malignidad.—Pero un suicidio desde este acantilado, ú otro acantilado cualquiera, artísticamente hablando... —se hechó á reír.—¡Hay tanto *amateur*!

—¡Pero lo otro—dijo el desvelado con irritación,—lo otro! No hay hombre que pueda conservarse sano si noche tras noche..

—¿Ha paseado usted solo á lo largo de esta costa?

—Sí.

—Pues ha sido una simpleza. Perdone usted que lo diga así. ¡Solo! Como usted ha dicho, un cuerpo cansado no es remedio para una mente cansada. ¿Quién se lo ha aconsejado? No me extraña; ¡andando! Y el sol abrasándole la cabeza, calor, cansancio, soledad, todo el día, y después, supongo, á meterse en la cama y tratar de dormir... ¿eh?

Isbister calló y miró dudosamente al desvelado.

—¡Mire usted esas rocas!—dijo éste con súbita con-

tracción de gesto.—¡Mire usted ese mar que ha brillado y temblequeado desde los primeros días!; Mire usted la blanca espuma correr hacia la oscuridad bajo las enormes rocas! Y la bóveda azul, con el astro rutilante cerniéndose en mitad de la cúpula. Este es su mundo. Usted lo acepta, usted se regocija de él. El le conforta, le sostiene y le deleita. Y para mí...

Volvió la cabeza y mostró una faz lívida, unos ojos sin expresión y unos labios exangües. Hablaba como un susurro.

—Es la vestidura de mi miseria. El mundo entero... es la vestidura de mi miseria.

Isbister contempló toda la salvaje belleza de aquellas rocas bañadas por los rayos del sol, y después volvió los ojos al desesperado semblante. Por un momento guardó silencio.

Hizo un movimiento y un gesto de impaciente repulsi6n.

—Consiga usted dormir una sola noche—dijo,—y no verá tanta miseria en todo esto. Se lo aseguro yo.

En este momento tuvo la convicción de que aquel encuentro era providencial. Media hora antes se sentía horriblemente fastidiado. Allí había manera de emplear sus ociosos pensamientos y de un modo plausible. Se aferró á la idea inmediatamente. Parecióle que la primera necesidad de aquel ser extenuado era alguna compañía. Sentóse en uno de los riscos de la pendiente vereda, frente á la inmóvil y silenciosa figura, y desplegó acto seguido todas sus baterías de conversador entretenido y ameno.

Su oyente parecía haber caído en un estado de apatía; miraba vagamente hacia el mar y sólo hablaba para contestar á alguna pregunta directa de Isbister, no á todas. Pero no dió muestras de rechazar aquella benévola intrusión en su infortunio.

En cierto vago modo, hasta parecía agradecido, y cuando Isbister, conociendo que su desorientada charla iba perdiendo vigor, sugirió que podían repechar la pendiente y regresar á Boscatle, continuando hasta Blac-kajut, asintió dócilmente. A media cuesta, comenzó á ha-

blarse á sí mismo, y de pronto, volviendo el rostro mortecino á su compañero:

—¿Qué ocurrirá?—preguntó haciendo un ademán con la mano.—¿Qué ocurrirá? gira, gira, gira. ¡Todo da vueltas y vueltas, vueltas y vueltas por siempre jamás! Y con la mano iba describiendo círculos.

—Todo va bien, camarada—dijo Isbister con el aire de un antiguo amigo. No se preocupe usted. Tenga usted confianza en mí.

El desconocido dejó caer la mano y siguió andando. Caminaron á lo largo del borde uno tras otro hacia el promontorio. Pasado, Perally, el desvelado empezó á gesticular pronunciando inconexos períodos como inspirados por un confuso cerebro. En el promontorio se detuvieron un momento, en el sitio que mira hacia los oscuros misterios de Blac-Kapit, y el desvelado se sentó. Isbister había reanudado la conversación en cuanto el camino les permitió ir de dos en fondo. Se extendía acerca de la dificultad de tomar puesto en Boscastle con mal tiempo, cuando de pronto y fuera de todo propósito, su compañero le interrumpió de nuevo.

—Mi cabeza no es lo que era—dijo gesticulando á falta de más expresivas frases.—No es lo que era. Siento una especie de opresión, un peso. ¡No... no somnolencia! ¡Ojalá lo fuese! Es como una sombra, una profunda sombra, cayendo súbita y rápidamente á través de algo ocupado. Gira, gira entre la oscuridad. El tumulto de pensamientos, la confusión, remolino y remolino. No puedo expresarlo. Apenas puedo fijar mi mente en ello... lo bastante concreto para decirlo.

Se detuvo débilmente.

—No se apene usted, camarada—dijo Isbister.—Creo comprenderle. De cualquier modo, no es importante que lo sepa yo ahora precisamente.

El desvelado se llevó los nudillos á los ojos y se los frotó. Isbister continuó hablando un rato, mientras la frotación continuaba, y luego tuvo una idea.

—Venga usted á casa conmigo—dijo—y fumaremos una pipa. Le enseñaré algunos dibujos míos del Blackajut. Si usted tiene gusto...

El otro levantóse obedientemente y siguió á Isbister.

Este se percató de que tropezaba con frecuencia y que sus movimientos eran lentos y vacilantes.

—Venga usted á casa—repitió Isbister;—echaremos unos cigarrillos y algunas copas de vino... ese don del cielo.

El desconocido vaciló en la verja del jardín. No parecía ya darse clara cuenta de sus acciones.

—Yo no bebo—dijo lentamente, penetrando en el jardín; y después de una pausa, repitió abstraído.—No... yo no bebo. Todo gira alrededor. ¡Gira... alrededor... gira!...

Tropezó en el umbral, y entró en la estancia con el aspecto del que no ve nada.

Luego se dejó caer brusca y pesadamente en una butaca, como si le echasen. Se inclinó hacia adelante con las manos sobre las cejas y se quedó inmóvil.

De pronto hizo un pequeño ruido con su garganta. Isbister discurría por el aposento con el nervosismo de un inexperto huésped, haciendo pequeños comentarios que apenas merecían respuesta. Fué á tomar su álbum, colocólo encima de la mesa y miró el reloj de la chimenea.

No sé si querrá usted cenar conmigo—dijo, con un cigarrillo sin encender en la mano, ocupada su mente con el designio de tomar una dosis de cloral.—Carnero, fiambre... eso es... pero pasaderos postres. Y creo que una torta.

Repitió esto después de un momentáneo silencio.

El desconocido no contestó. Isbister se detuvo, con una cerilla en la mano, y se fijó en él.

La inmovilidad se prolongaba. La cerilla se consumió, el cigarrillo fué arrojado sin encender. El hombre estaba completamente inmóvil. Isbister tomó el álbum, abriólo, lo volvió á dejar, vaciló, y pareció querer hablar.

—Quizás—musitó con aire de duda. Al poco rato miró á la puerta y después á la figura. Luego salió de puntillas del aposento, mirando á su compañero á cada paso.

Cerró la puerta con precaución. La puerta de la casa estaba abierta, y salió fuera del vestíbulo permaneciendo

donde el acónito brotaba en la esquina de una era de flores. Desde allí podía ver al extranjero á través de la ventana abierta, inmóvil y con la cabeza entre las manos. No se había movido.

Un grupo de chiquillos que pasaba por el camino, se detuvo y miró al artista con curiosidad. Un barquero cambió con él algunas frases corteses. Imaginó que su circunspecta actitud y posición debía parecer singular é inexplicable. Sacó su pipa y bolsa del bolsillo, y llenó lentamente la primera.

—Me extraña...—dijo. De todos modos hay que esperar una oportunidad.

Prendió un fósforo con ademán nervioso y lo aplicó á la pipa.

A los pocos momentos oyó los pasos de su patrona, que salía de la cocina con una luz encendida. Volvióse, dando fumadas á la pipa, y la detuvo á la puerta de su gabinete. Encontró alguna dificultad en explicarle la situación con medias palabras, pues la buena mujer no sabía nada del nuevo huésped. Retrocedió llevándose la lámpara, algo intrigada á juzgar por sus maneras, y el artista se refugió de nuevo en el ángulo del pórtico, un tanto embarazado.

Bastante rato después, así que hubo fumado su pipa, cuando los murciélagos comenzaban sus correrías, la curiosidad pudo más que la duda, y se deslizó hacia el oscuro gabinete. Se detuvo en el umbral. El desconocido continuaba en la misma actitud, sumido en la sombra que proyectaba la ventana. Excepto el lejano canto de algunos marineros, en la cubierta de un velero surto en el puerto, la noche estaba en calma. Fuera las espigas del acónito y el delfinio se mantenían rectas é inmóviles contra la sombra de la ladera. Algo brilló en la mente de Isbister; retrocedió, y apoyándose en la mesa, prestó atención. La desagradable sospecha se hizo más fuerte; llegó á convertirse en convicción. Le sobrecogió el asombro y tras el asombro... el miedo.

El desconocido no respiraba.

Dió lentamente y sin ruido la vuelta á la mesa y se detuvo dos veces á escuchar. A lo último puso la mano

en el respaldo de la butaca. Inclínose hasta que las dos cabezas casi se tocaban. Luego se inclinó más para mirar el semblante de su huésped. Retrocedió violentamente y lanzó una exclamación. El desconocido tenía los ojos puestos en blanco.

Miró de nuevo, y se cercioró de que estaban abiertos, con las pupilas ocultas hacia los párpados. Le entró un súbito temor. Impresionado por el extraño estado de su huésped, le sacudió el hombro.

—¿Duerme usted?—gritó, repitiendo de nuevo la pregunta:—¿Está usted dormido?

De su ánimo se apoderó la convicción de que aquel hombre estaba muerto. Asustado de veras, cruzó rápido el aposento, tropezando con la mesa, y tiró del cordón de la campanilla.

—Traiga usted una luz en seguida—gritó desde el pasillo.—A mi amigo le ha ocurrido algo.

Luego volvió al lado de la inmóvil figura, la volvió á sacudir y gritó. El aposento estaba iluminado por un resplandor amarillento; al fin la asombrada dueña entró con una luz. Su rostro estaba lívido cuando Isbister se volvió hacia ella.

Es necesario que vaya usted á traer un médico en seguida,—dijo.—Está muerto ó accidentado. ¿Hay algún médico en el pueblo? ¿Dónde podrá encontrársele?

CAPITULO II

EL ARROBAMIENTO

El estado de rigida catalepsia en que aquel hombre había caído duró bastante tiempo, y después pasó lentamente á una condición de flacidez, á una laxitud sugestiva de profundo reposo. Entonces fué posible cerrarle los ojos.

De la fonda fué conducido al hospital de Boscastle, y de allí, transcurridas algunas semanas, á Londres. Pero

resistió á toda tentativa de reacción. Pasado cierto lapso de tiempo, por razones que se indicarán más tarde, estas tentativas quedaron en suspenso. Durante mucho tiempo permaneció en aquella extraña situación, inerte é inmóvil; ni muerto ni vivo, sino estacionario, fluctuando entre la nada y la existencia. Una somnolencia no interrumpida por un destello de pensamiento ó sensación, un sueño sin ensueños, un vasto período de paz. El tumulto de su mente se había concluído y transformado terminando en un constante estado de silencio. ¿Dónde está cualquier hombre cuando la insensibilidad se apodera de él?

—Parece que fué ayer—dijo Isbister.—Lo recuerdo todo como si hubiera sido ayer... quizás más claro aun.

Era el Isbister del precedente capítulo, pero no ya un joven. El cabello que fué castaño, y algo más largo de lo que exige la moda, era color gris de acero, y cortado al rape, y el rostro blanco y sonrosado, se había curtido, y ostentaba un color rojizo. Llevaba una barba puntiaguda matizada de blanco. Se dirigía á un hombre más viejo que él que lucía un terno de dril (el verano había sido extraordinariamente caluroso). Aquel individuo era Warming, un procurador de Londres, y pariente de Graham, el hombre que había caído en sueño cataléptico. Y ambos estaban juntos, en la sala de una casa de Londres, contemplando la yacente figura.

Una figura amarillenta, tendida en una cama, envuelta en amplia camisa, una figura de rostro contraído, de erizada barba, desfallecidos miembros, blandas uñas, cubierta por una vitrina de cristales gruesos. Estos cristales parecían marcar la separación del dormido, de la vida real que se agitaba en torno suyo; era una cosa aparte, una extraña y aislada monstruosidad. Los dos hombres estaban pegados al cristal, escudriñando.

—Recibí una fuerte impresión—dijo Isbister.—Aun siento una rara sorpresa cuando recuerdo aquellos ojos blancos. Porque los tenía en blanco... ¿sabe usted?... vueltos hacia arriba. Al verle, todo viene á mi memoria.

—¿No le ha visto usted desde entonces?—preguntó Warming.

—Con frecuencia he querido venir—contestó Isbister.

—pero tengo demasiados negocios y no dispongo de tiempo. Además he estado en América una temporada larga.

—Si no recuerdo mal — dijo Warming, — usted era pintor.

—Era. Después me casé. Esos correos en los acantilados de Douer son mi familia.

—Buenos correos—observó el procurador,—aun cuando me duele verlos allí.

—Que duren tanto como el acantilado, si es preciso—exclamó Isbister con satisfacción.—El mundo cambia. Cuando él se durmió, hace veinte años, yo discurría por Boscastle con una caja de colores y una noble y constante ambición. No esperaba que mis pinturas serían la gloria de toda la bendita Inglaterra, desde Land's End hasta el Lizard. La fortuna viene cuando menos se la espera.

Warming pareció dudoso acerca de la calidad de la fortuna.

—Si mal no recuerdo, le he visto á usted otra vez.

Usted fué conmigo en el ómnibus que nos llevó á la estación de Camelford. Era á últimos del Jubileo... el jubileo de Victoria, porque recuerdo las tribunas y gallardetes en Westminster, y la multitud en Chelsea.

—Las bodas de Diamante—dijo Warming;—las segundas.

—¡Ah, sí! El pleno jubileo... por el año cincuenta. Yo vivía entonces en Wookey... un muchacho; echo de menos todo aquello... ¡Qué algazara hicimos! Mi patrona no quería tenerle... ¡estaba tan raro, tan rígido! Tu- vimos que llevarle á la fonda en una silla. Y el médico de Boscastle... no el que está ahora, sino su antecesor... estuvo á su lado hasta las dos y el fondista y yo sosteniendo las luces.

—¿No fué al principio un ataque cataléptico?

—¡Completo!... allí donde se le inclinaba, allí permanecía. Se le hubiera podido fijar de cabeza en el suelo sin que se moviese. Jamás he visto semejante accidente. Esto—y señaló la postrada figura,—es del todo distinto. Naturalmente, el médico... ¿cómo se llamaba?

—¿Smithers?

—Sí, Smithers... estuvo desacertado, tratando de traer-

le á la vida demasiado pronto. ¡Lo que aquel hombre hizo! Aun en este momento se me ponen los pelos de punta. Mostaza, papeles encendidos, acupunturas... Y una de aquellas bestiales cosas, no dinamos...

—Hilos inductivos...

—Sí. Hubiera usted visto sus músculos contraerse y encogerse, y todo el cuerpo retorciéndose. Había encendidas dos velas, de luz amarillenta, y todas las sombras temblaban... el médico nervioso, y saltando, y *él...* tieso y rígido de la manera más extraña. ¡Ca! ¡si parece como un sueño!

Pausa.

—Es un estado extraordinario.

—Una especie de completa ausencia—dijo Isbister.—Allí está el cuerpo, vacío. Ni muerto ni vivo. Como una silla vacía con el rótulo «ocupada». Ni sentimiento, ni digestión, ni movimientos cardíacos... nada. Me causa la impresión de que no hay hombre presente. En un cierto modo está más muerto que vivo, pues los médicos dicen que hasta ha cesado el crecimiento del pelo. Y bien en la muerte efectiva, el pelo continúa creciendo...

—Ya sé—dijo Warming con un detalle de pena en su expresión.

Miraron de nuevo á través de los cristales. Graham estaba realmente en un extraño estado, en un éxtasis, pero un éxtasis sin precedentes en la historia de la medicina. Las catalepsias habían durado todo lo más un año hasta entonces, pero al cabo de este tiempo, había sobrevenido la reacción ó la muerte; á veces, antes la primera y después la segunda. Isbister observó las huellas dejadas por las inyecciones nutritivas, pues se había tratado el caso como un colapso de indefinida duración: se las señaló á Warming que afectaba no verlas.

—Y mientras él yacía aquí—dijo Isbister,—yo cambiaba mis planes de vida; me he casado, me he creado una familia, mi hijo mayor... entonces no pensaba yo en hijos... es un ciudadano americano, y en vías de hacerse una posición. Mis cabellos están matizados de blanco. Y este hombre, ni un día más viejo, ni más experimentado,

practicamente, que yo era en mis tempranos años. Es curioso pensar en esto.

Warming volvióse.

—Yo también me he hecho más viejo. Jugaba con él á la pelota cuando yo era un chiquillo. Y todavía parece un hombre joven; un hombre joven por todos conceptos.

—Y hemos tenido la guerra—dijo Isbister.

—Desde el principio al fin.

—Y la venida de los marcianos.

—Tengo entendido—dijo Isbister después de una pausa,—que poseía una pequeña fortuna.

—Así es—dijo Warming; y tosiendo preparatoriamente dijo:—Yo la administro.

—¡Ah!—Isbister pensó, dudó, y dijo:—¡No dudo... su estancia aquí no debe ser costosa... no dudo que habrá ahorrado... acumulado!

—En efecto. Despertará mucho más rico... si despierta... que cuando se durmió.

—Como hombre de negocios—dijo Isbister,—el pensamiento ha acudido naturalmente á mi imaginación. A veces he pensado que, comercialmente hablando, este sueño le puede ser más ventajoso que si hubiera vivido...

—Dudo que pensase tanto—interrumpió Warming.—No era hombre de previsión. Al contrario...

—¿Sí?

—Diferíamos en ese punto. Yo le era en cierto modo así como un tutor. Usted conocerá lo bastante en negocios para comprender que esto origina rozamientos... Pero de todos modos cabe la duda de si despertará. Ese sueño extenua; lentamente, pero extenua. De un modo insensible se consume lentamente, muy lentamente... ¿me comprende usted?

—Es una lástima no presenciar su sorpresa al despertar. Han ocurrido una porción de cambios durante estos veinte años.

—Sí—dijo Warming.—Ciertamente han ocurrido una porción de cambios. Y, entre otras cosas, he cambiado yo. Soy un viejo.

Isbister vaciló un momento y luego aparentó una fingida sorpresa.

—¡No había caído en ello!

—Yo tenía cuarenta y tres años cuando sus banqueros... usted recordará que telegrafió á sus banqueros... me enviaron...

—Encontré la dirección en su libro de notas—dijo Isbister.

—Bueno la suma no es difícil—añadió Warming.

Hubo otra pausa, é Isbister se dejó arrastrar por una invencible curiosidad.

—Esto puede continuar muchos años todavía—dijo después de un momento de vacilación.—Debemos tenerlo en cuenta. Sus haberes, usted comprenderá que pueden caer algún día en manos... de cualquier otro.

—Este, créame usted, Mr. Isbister, es uno de los problemas que más me preocupan. No tengo pariente alguno digno de una completa confianza. Esta es una situación improcedente.

—En efecto—dijo Isbister.—En este caso convendría confiarse á un funcionario público... si se encuentra.

—O mejor á alguna pública institución de las que no mueren nunca... el Museo Británico, ó el Real Colegio de Medicina, por ejemplo. Esto parece raro... pero todo el asunto lo es.

—Lo difícil es que acepten.

—Interminables trámites... ¿eh?

—En parte.

Pausa.

—Ciertamente es un caso curioso—dijo Isbister.—Y los intereses compuestos harán elevar la fortuna considerablemente.

—En efecto—dijo Warming.—Y ahora que el dinero va adquiriendo tanto valor, la tendencia será progresiva.

—Ya lo sé—dijo Isbister haciendo una mueca.—Pero mejor para él.

—Si despierta.

—Si despierta—repitió Isbister.

—¿Se ha fijado usted en el puente de su nariz, y cómo caen sus párpados?

Warming miró y pensó unos momentos.

—Dudo que despierte—dijo por último.

—Jamás he podido comprender la verdadera causa de esto—dijo Isbister.—El me habló de excesos de trabajo mental. Con frecuencia he sentido curiosidad.

—Era hombre de excepcionales dotes, pero espasmódico, y muy impresionable. Había tenido grandes sinsabores domésticos, se divorció de su mujer, y pareció serle un alivio, después de esto, el ocuparse en asuntos políticos de la especie más violenta. Era un fanático radical... socialista... ó liberal típico, como ellos se llaman, de la escuela avanzada. Enérgico... precipitado... indisciplinado. El exceso de trabajo á propósito de una controversia le trajo á esto. Recuerdo el folleto que escribió... una curiosa producción. Violento, arrollador. Allí había una ó dos profecías. Algunas se persiguen, otras son hechos establecidos. Pero lo más principal de la tesis, era demostrar que el mundo está lleno de cosas no anticipadas. Tendrá mucho que aprender, mucho que olvidar cuando despierte. Si es que despierta.

—Daría cualquier cosa por estar aquí—dijo Isbister,—sólo por oír lo que diría.

—Y yo también—dijo Warming.—¡Ay... cuánto lo quisiera!—con la súbita vuelta á la compasión de un anciano por sí mismo.—¡Pero no le veré despertar!

Contempló pensativamente la inerte figura.

—¡Jamás despertará!—dijo por último, y suspiró.—

¡Jamás despertará!

CAPITULO III

EL DESPERTAR

Pero Warming se equivocaba de medio á medio. El despertar llegó.

¡Qué cosa tan admirable! ¡Aquella sencilla, aparente unidad—el yo! ¿Quién puede marcar su reintegración, despertando día tras día, la intervención de sus innumerables factores, la reconstrucción, las primeras confusas

vibraciones del alma, el crecimiento y síntesis de lo inconsciente á lo subconsciente, de lo subconsciente al crepúsculo de la conciencia, hasta que por último el yo se reconoce á sí mismo? Y como nos ocurre á la mayoría después de una noche de sueño, lo propio le ocurrió á Graham después de su larguísimo letargo. Una confusa nube de sensación tomando forma, una tristeza indefinible... y se encontró, vagamente, no sabía dónde, postrado, débil, pero vivo.

La peregrinación hacia un ser personal pareció atravesar vastos abismos, ocupar épocas. Gigantescos sueños que fueron realidades en el tiempo, dejaban vagas memorias llenas de perplejidad, extrañas creaciones, escenas extrañas como pertenecientes á otro planeta. Tuvo también la distinta impresión de una momentánea conversación, de un nombre—no podía decir cuál,—que iba subsiguientemente á ofrecérsele á la memoria; de una rara y largamente olvidada sensación de venas y músculos; de un sentimiento, de un grande y desesperado esfuerzo; el esfuerzo de un hombre próximo á sumergirse en la oscuridad. Luego siguió un panorama de deslumbrantes y variables escenas.

Graham se percató de que tenía abiertos los ojos y miraba algo desconocido.

Era algo blanco, el límite de algo, un bastidor de madera. Movi6 la cabeza lentamente siguiendo el contorno de la forma. Fué más allá de la altura de sus ojos. Trat6 de pensar dónde se encontraría. ¡Pero qué importaba, dado su infortunio! El color de sus pensamientos era de una negrura atroz. Sintió la indefinible miseria del que despierta á la hora del alba. Parecíale de una manera indecisa, oír murmullos y pasos que se alejaban precipitadamente.

El movimiento de su cabeza implicó una percepción de extrema debilidad física. Supuso que estaba en cama, en la fonda del lugar... no podía recordar aquella valla blanca. Debía haber dormido. Entonces recordó que había tenido grandes deseos de dormir. Recordó el acantilado, y luego haber hablado algo con un transeunte...

¿Cuánto había dormido? ¿Qué significaba aquel ruido

de ligeros pasos? ¿Y aquél crecer y decrecer semejante al murmullo de las olas sobre una playa de guijarros? Extendió una lánguida mano para buscar su reloj en la silla donde acostumbraba á poner la ropa, y tocó algo liso y duro como el cristal. Aquello era tan inesperado que le impresionó extremadamente. Repentinamente dió una vuelta, se detuvo un momento, y consiguió sentarse. El esfuerzo fué excesivo y le dejó aturrido y débil.

Se frotó los ojos. Todo cuanto le rodeaba era confuso, pero su mente estaba enteramente clara; indudablemente el sueño le había sido beneficioso. No estaba en una cama, como él creía, sino tendido desnudo en un suave y mullido colchón, en una vitrina de cristales oscuros. El colchón era algo transparente, hecho que observó con extraña sensación de inseguridad, y debajo había un espejo reflejándole con un tono gris. Sobre su brazo—y observó con extrañeza que su piel era extrañamente seca y amarillenta—estaba colocado un curioso aparato de frotación, tan ingeniosamente dispuesto que parecía pasar por su piel por arriba y abajo. Y este extraño lecho estaba colocado en una caja cubierta de cristales de matiz verdoso (según le pareció), y con blancos montantes que le llamaron grandemente la atención. En un ángulo de la caja había un vasar con brillantes y delicados instrumentos, de aplicación desconocida para él la mayor parte, aun cuando pudo reconocer dos termómetros de máxima y mínima.

El ligero tinte verdoso de la substancia semejante al cristal que le rodeaba por ambos lados oscurecía lo que había detrás; pero pudo observar que era un vasto departamento de apariencia espléndida y con un ancho y sencillo arco blanco enfrente. Pegadas á las paredes de la jaula había artículos de decorado, una mesa cubierta con un tapete plateado—el plateado del lomo de un pez,—un par de sillas de airosa forma y en la mesa cierto número de platos con algunas substancias apiladas en ellos, una botella, y dos vasos. Se dió cuenta de que tenía un hambre atroz.

No veía á ningún ser humano y, después de un intervalo de vacilación, se echó fuera del translúcido colchón,

y probó á tenerse en pie en el limpio y blanco pavimento del reducido local. No calculó sus fuerzas, se tambaleó y tendió la mano al cristal de enfrente para sostenerse. Por un momento cedió á su contacto doblándose hacia afuera como una vejiga que se distiende, luego estalló con ligero ruido y se desvaneció como una burbuja de jabón. Salió al espacio libre, lleno de asombro. Se apoyó en la mesa para sostenerse, derribando uno de los vasos que cayó al suelo—y rebotó sin romperse—y luego se sentó en una silla.

En cuanto se hubo repuesto un poco, llenó un vaso del líquido que había en la botella y lo apuró de un sorbo; era un líquido incoloro, pero no agua, con un débil y agradable aroma y gusto y de propiedades prontamente confortivas y estimulantes. Dejó el vaso y miró en torno suyo.

El departamento no había perdido nada de su grandeza y magnificencia, una vez desaparecida la verdosa transparencia de los primeros momentos. Un pasillo en forma de arco conducía á una escalinata que descendía, sin puerta intermediaria, á un espacioso corredor transversal. El corredor se deslizaba entre pulimentadas pilas-tras de una substancia azul ultramar vetuada de blanco, y á lo largo de él llegaban humanos rumores, y voces, en las que dominaba un zumbido persistente. Ya enteramente despierto, escuchó con atención, olvidando los alimentos que tenía delante.

Después, con alarma, recordó que estaba desnudo, y mirando alrededor buscó un abrigo, vió una amplia túnica negra en una de las sillas próximas, envólviose en ella, y sentóse de nuevo, temblando.

Su mente estaba aún llena de perplejidad. Evidentemente había dormido y sido trasladado durante su sueño. Pero ¿adónde? ¿Y quién era aquella gente, la distante multitud, á la otra parte de los pilares azules? ¿Estaba en Boscastle? Tendió la mano y apuró otro vaso del líquido incoloro.

¿Qué lugar era aquél que á sus sentidos parecía vibrar sutilmente como una cosa viva? Volvió á mirar en torno suyo y en la hermosa forma del aposento, sin ornamento

alguno, vió que el techo estaba agujereado en un punto, el centro de una cúpula llena de luz, y, al fijarse, una firme y sinuosa sombra oscureció la cúpula y pasó; de nuevo vino y volvió á pasar. Esta tortuosa sombra tenía una nota peculiar, suya, en el reprimido tumulto que llenaba el aire.

Quiso gritar, pero tan sólo un débil sonido se produjo en su garganta. Entonces se puso en pie, y con vacilantes pasos de un ebrio se dirigió hacia el arco. Quiso descender las escalinatas, se le enredó un pie en la orla de la túnica que se había puesto, y no cayó porque se apoyó en uno de los pilares.

El corredor ofrecía en toda su extensión una perspectiva de azul y púrpura, y concluía remotamente en un espacio limitado por una balaustrada como una terraza, brillantemente iluminada, y proyectando en una especie de niebla, un espacio semejante al interior de algún gigantesco edificio. Mucho más lejos se columbraban vastas y vagas formas arquitectónicas. El tumulto de voces se oía claro, y en la terraza, y vueltos de espaldas á él, gesticulando y aparentemente en animada conversación, se veían tres figuras, ricamente ataviadas con amplias y cómodas vestiduras, de alegres y suaves colores. El rumor de una gran multitud subía hasta la terraza, y en una ocasión pareció pasar el extremo de una bandera, y otra vez, un objeto brillantemente coloreado; un gorro azul pálido, ú otro adorno lanzado al aire, subió para volver á caer luego. Los gritos parecían ser proferidos en inglés, y dominaba la palabra «Despierto!» Oyó algún indistinto chillido, y de pronto los tres hombres empezaron á reír.

—¡Ja, ja, ja!—rió uno de ellos; un hombre de rojizo pelo que vestía una corta túnica color púrpura.—¡Cuando el dormido despierte!... ¿cuándo?

Volvió sus rientes ojos hacia el corredor. Su expresión cambió, todo su ser cambió, se quedó rígido. Los otros dos volvieron la cabeza á su exclamación, y permanecieron inmóviles. Sus rostros tomaron una expresión de consternación, una expresión que tendía á convertirse en medrosa.

De pronto las rodillas de Graham se doblaron, la mano asida al pilar cayó inerte, tambaleó adelante y rodó por el suelo.

CAPITULO IV

EL RUMOR DE UN TUMULTO

La última impresión de Graham, al desmayarse, fué la de un ruidoso clamoreo de campanas. Después supo que había estado insensible, suspendido entre la vida y la muerte, cerca de una hora. Cuando recobró los sentidos, estaba tendido en su transparente colchón, y sentía un saludable calor en el corazón y en la garganta. El aparato que llevaba al brazo había desaparecido, ocupando su puesto un vendaje. Los blancos bastidores se veían aún, pero la verdosa y transparente substancia que encajaba en ellos, no estaba ya. Un hombre con vestiduras de color violeta oscura, uno de los que había visto en la terraza, le contemplaba intensamente.

Remoto, pero insistente continuaba el clamoreo de las campanas y otros confusos sonidos, que le parecieron como el resultado de una gran multitud gritando á un tiempo. Algo pareció alejar este tumulto; una puerta súbitamente cerrada.

Graham movió la cabeza.

—¿Qué significará todo esto?—dijo lentamente.—¿En dónde estoy?

Vió al hombre de pelo rojizo que había sido el primero en descubrirse. Una voz pareció preguntar que qué decía, pero se le impuso silencio bruscamente.

El hombre del color violeta, contestó con una suave voz, hablando en inglés, pero con acento ligeramente extranjero, ó que sonó así en los oídos del durmiente:

—Está usted completamente seguro. Se le trajo á usted del lugar donde quedó dormido. Está usted seguro.

Ha estado usted aquí algún tiempo... durmiendo. En un éxtasis.

Dijo algo más que Graham no pudo oír, y una pequeña redoma le fué tendida por encima de él. Graham sintió una sensación de frescura, una fragante niebla se cernió un momento sobre su frente, y su sentimiento de mejoría aumentó. Cerró los ojos con satisfacción.

—¿Se siente usted mejor?—dijo el de color de violeta cuando Graham abrió los ojos. Era un hombre de agradable rostro, de unos treinta años, con una barba puntiaguda y un broche de oro en el cuello de su túnica violeta.

—Sí—dijo Graham.

—Ha estado usted durmiendo algún tiempo. En estado cataléptico. ¿Lo oye usted? Cataléptico. Quizá le extrañe á usted al principio, pero puedo asegurarle á usted que todo va bien.

Graham no contestó, pero aquellas palabras consiguieron su propósito tranquilizador. Sus ojos recorrieron uno tras otro los tres rostros que tenía delante. Estos le miraban de un modo extraño. Conocía que debía estar en algún lugar de Cornwall, pero no podía compaginar ciertas cosas con esta impresión.

El recuerdo de algo que había estado en su mente durante sus últimos momentos de vigilia en Boscastle, surgió en ella; una cosa decidida y no llevada á cabo.

—¿Han teleografiado ustedes á mi primo?—preguntó.

—Warming, Chaucery Laue, 27?

Todos escuchaban atentamente. Pero tuvo que repetirlo.

—¿Qué dejo más raro hay en su acento!—murmuró el hombre de pelo rojizo.

—¿Telegrafiar, señor?—dijo el joven de la barba puntiaguda evidentemente intrigado.

—Quiere decir enviar un despacho eléctrico—observó el tercero, plácido jovencillo de diez y nueve á veinte años.

El de la barba puntiaguda lanzó una exclamación.

—¿Que estúpido de mí! Esté usted seguro de que todo se hará, señor—dijo á Graham.—Me temo que va á ser difícil... telegrafiar á su primo. No está ya en Londres.

De pronto las rodillas de Graham se doblaron, la mano asida al pilar cayó inerte, tambaleó adelante y rodó por el suelo.

CAPITULO IV

EL RUMOR DE UN TUMULTO

La última impresión de Graham, al desmayarse, fué la de un ruidoso clamoreo de campanas. Después supo que había estado insensible, suspendido entre la vida y la muerte, cerca de una hora. Cuando recobró los sentidos, estaba tendido en su transparente colchón, y sentía un saludable calor en el corazón y en la garganta. El aparato que llevaba al brazo había desaparecido, ocupando su puesto un vendaje. Los blancos bastidores se veían aún, pero la verdosa y transparente substancia que encajaba en ellos, no estaba ya. Un hombre con vestiduras de color violeta oscura, uno de los que había visto en la terraza, le contemplaba intensamente.

Remoto, pero insistente continuaba el clamoreo de las campanas y otros confusos sonidos, que le parecieron como el resultado de una gran multitud gritando á un tiempo. Algo pareció alejar este tumulto; una puerta súbitamente cerrada.

Graham movió la cabeza.

—¿Qué significará todo esto?—dijo lentamente.—¿En dónde estoy?

Vió al hombre de pelo rojizo que había sido el primero en descubrirse. Una voz pareció preguntar que qué decía, pero se le impuso silencio bruscamente.

El hombre del color violeta, contestó con una suave voz, hablando en inglés, pero con acento ligeramente extranjero, ó que sonó así en los oídos del durmiente:

—Está usted completamente seguro. Se le trajo á usted del lugar donde quedó dormido. Está usted seguro.

Ha estado usted aquí algún tiempo... durmiendo. En un éxtasis.

Dijo algo más que Graham no pudo oír, y una pequeña redoma le fué tendida por encima de él. Graham sintió una sensación de frescura, una fragante niebla se cernió un momento sobre su frente, y su sentimiento de mejoría aumentó. Cerró los ojos con satisfacción.

—¿Se siente usted mejor?—dijo el de color de violeta cuando Graham abrió los ojos. Era un hombre de agradable rostro, de unos treinta años, con una barba puntiaguda y un broche de oro en el cuello de su túnica violeta.

—Sí—dijo Graham.

—Ha estado usted durmiendo algún tiempo. En estado cataléptico. ¿Lo oye usted? Cataléptico. Quizá le extrañe á usted al principio, pero puedo asegurarle á usted que todo va bien.

Graham no contestó, pero aquellas palabras consiguieron su propósito tranquilizador. Sus ojos recorrieron uno tras otro los tres rostros que tenía delante. Estos le miraban de un modo extraño. Conocía que debía estar en algún lugar de Cornwall, pero no podía compaginar ciertas cosas con esta impresión.

El recuerdo de algo que había estado en su mente durante sus últimos momentos de vigilia en Boscastle, surgió en ella; una cosa decidida y no llevada á cabo.

—¿Han teleografiado ustedes á mi primo?—preguntó.

—Warming, Chaucery Laue, 27?

Todos escuchaban atentamente. Pero tuvo que repetir.

—¿Qué dejo más raro hay en su acento!—murmuró el hombre de pelo rojizo.

—¿Telegrafiar, señor?—dijo el joven de la barba puntiaguda evidentemente intrigado.

—Quiere decir enviar un despacho eléctrico—observó el tercero, plácido jovencillo de diez y nueve á veinte años.

El de la barba puntiaguda lanzó una exclamación.

—¿Que estúpido de mí! Esté usted seguro de que todo se hará, señor—dijo á Graham.—Me temo que va á ser difícil... telegrafiar á su primo. No está ya en Londres.

Pero no se preocupe usted por nada de eso ahora; ha estado usted durmiendo muchísimo tiempo, y lo importante es su restablecimiento.

—¡Oh!—exclamó Graham y se conservó tranquilo.

Todo era admirable, pero aparentemente aquellos personajes de extraordinaria vestidura estaban al tanto de todo lo que les rodeaba. Sin embargo, le parecían raros ellos y raro el aposento. Parecía como si estuviese en un lugar nuevamente establecido. Tuvo un súbito destello de sospecha. ¿Seguramente no estaría en alguna galería de exposiciones? Si era así, ya se lo diría á Warming de misas. Pero esta sospecha no le pareció fundada. Y en una galería de exposiciones no se hubiese encontrado desnudo.

Entonces, súbitamente, casi instantáneamente, se dió cuenta de lo que había ocurrido. Se le ocurrió que su sueño había durado un vasto intervalo de tiempo. Como si por algún procedimiento de leer los pensamientos hubiese interpretado el asombro de los semblantes que le rodeaban, miróles extrañamente, lleno de intensa emoción; parecía leer en sus labios. Movié los labios para hablar y no pudo. Un extravagante impulso de ocultar su sospecha, le asaltó casi en el momento de hacer el descubrimiento. Miró sus desnudos pies, y luego á los hombres, silenciosamente. Su deseo de hablar había pasado; temblaba excesivamente.

Diéronle un rosado fluido de verdosa fosforescencia y cierto gusto particular, y la seguridad de un aumento de fuerzas, creció.

—Esto... esto me ha sentado bien—dijo roncamente, y se oyó un murmullo de respetuosa aprobación. Estaba plenamente convencido. De nuevo probó á hablar y de nuevo le fué imposible.

Se apretó el pecho y probó una tercera vez.

—¿Cuánto tiempo?...—preguntó con débil voz.—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Un espacio considerable de tiempo—dijo el de color violeta echando una rápida ojeada á los demás.

—¿Cuánto?

—Mucho tiempo.

—Sí, sí—dijo Graham súbitamente encolerizado.—¿Pero yo deseo!... ¿Ha sido... ha sido cosa de años? ¿Muchos años? Aquí había algo... he olvidado el qué. Pero ustedes...—sollozó,—ustedes no necesitan fingir conmigo. ¿Cuánto tiempo?...

Se detuvo su respiración jadeante, se apretó los ojos con los nudillos y esperó una respuesta.

Los hombres hablaban en voz baja.

—¿Cinco ó seis?—preguntó él débilmente.—¿Más?

—¡Mucho más!

—¡Más!

—Más.

Les miró un momento y repitió su pregunta.

—Muchos años—dijo el hombre de la barba rojiza.

Graham se sentó en la cama y enjugó una lágrima que corría por su rostro, con el dorso de la mano.

—¡Muchos años!—repitió.

Cerró los ojos fuertemente y abriólos después, y contempló todas aquellas cosas desconocidas una tras otra.

—¿Sobre cuántos años?—preguntó.

—¿Está usted preparado para recibir la sorpresa?

—¡Y bien!

—Más de una gruesa de años.

Le irritó la extraña palabra.

—¿Más de una *qué*?

Dos de los hombres cambiaron algunas palabras. Algunas observaciones que hicieron sobre «el sistema decimal» no fueron oídas por el durmiente.

—¿Cuánto tiempo ha dicho usted?—preguntó Graham.

—¿Cuánto? No me miren ustedes de ese modo; contésteme.

—Más de un par de siglos.

—¿Qué?—dijo volviéndose al que creía que había hablado.—¿Qué dice? ¿Qué es eso? ¡Un par de siglos!

—Si—dijo el hombre del pelo rojizo.—¡Doscientos años!

Graham repitió las palabras. Se había preparado para oír hablar de un larguísimo sueño, pero sin embargo, aquel número de años le aterró.

—¡Doscientos años!—dijo otra vez con la figura de

un gran abismo abriéndose lentamente en su mente; y después:—¡Oh, pero!...

Los otros no dijeron nada.

—¡Ustedes... ustedes dicen!...

—¡Doscientos años! ¡Un par de siglos!—dijo el de la barba roja.

Hubo una pausa. Graham les miró á la cara y comprendió que lo que le habían dicho era realmente cierto.

—¡Pero eso no puede ser!—dijo plañideramente.—

¡Yo estoy soñando! ¡Arrobamiento! ¡Pero los arrobamientos no duran!... Esto no es serio... esto es una broma que me quieren dar ustedes. Díganme... ¿no hace algunos días, quizás, que yo paseaba á lo largo de la costa de Cornwall?...

Le faltó la voz.

El hombre de la barba puntiaguda vaciló.

—No soy muy fuerte en historia, señor—dijo, y miró á los otros.

—Así es, señor—dijo el más joven,—Boscastle, en el antiguo ducado de Cornwall... al sudoeste de la comarca, más allá de los prados. Todavía existe allí una casa. Yo he estado en ella.

—¡Boscastle!—Graham volvió los ojos al joven.—Allí fué... en Boscastle. El pequeño Boscastle. Me quedé dormido... en cualquier parte. No lo recuerdo exactamente. No lo recuerdo.

Y frunció las cejas murmurando:

—¡Más de *doscientos años!*

Comenzó á hablar vivamente con un rostro tembloroso, y frío el corazón dentro del pecho.

—¿Pero si hace doscientos años, todos aquellos á quienes yo conocí, hablé ó vi, deben haber muerto?

No le contestaron.

—La reina y la real familia, sus ministros, Iglesia y Estado. Altos y bajos, pobres y ricos, todos...

—¿Existe aún Inglaterra?

¡Siempre es un consuelo! ¿Y esto es Londres?

Conque es Londres ¿eh? Y ustedes son mis guardianes... mis asistentes ¿eh?

En su rostro se pintaba una expresión indefinible.

—¿Por qué estoy aquí? ¡No! ¡No hablen! Quietos. Déjenme...

Se interrumpió quedando en silencio, se frotó los ojos, y al volver á mirar, vió que le tendían otra redomita de rosado fluido. Tomó la dosis. En seguida que lo hubo tomado comenzó á llorar con naturalidad sintiéndose aliviado.

De pronto miróles, rió á través de sus lágrimas, y...

—¡Pero dos...cientos... años!—dijo.

Gesticuló nerviosamente y se cubrió el rostro.

Después de un rato recobró la calma. Quedóse al borde de la cama, las manos sobre las rodillas, casi precisamente en la misma posición en que Isbister le encontró sobre el acantilado de Pentaigen. Su atención fué atraída por una voz gruesa y autoritaria, y las pisadas de una persona que se aproximaba.

—¿Qué están ustedes haciendo? ¿Por qué no se me ha avisado? ¿Me lo quieren ustedes decir? Creo que valía la pena. Alguien sufrirá las consecuencias. El enfermo debe guardar silencio. ¿Están cerradas las puertas? ¿Todas? Es preciso que haya quietud. Que no se diga nada... ¿ha trascendido esto?

El hombre de la barba rojiza dió algunas indistintas excusas, y Graham, mirando por encima de su hombro, vió aproximarse á un hombre de baja estatura, grueso, musculoso, sin pelo de barba, de aguileña nariz, y ancho cuello. Espesas cejas que se unían en la nariz y profundos ojos pardos daban á su rostro una feroz expresión. Contempló momentáneamente á Graham y luego volvió al individuo de color violeta.

—Esos otros—dijo con voz de extrema irritación,—pueden marcharse.

—¡Marcharnos!—dijo el de la barba rojiza.

—Sí... márchense ya. Pero cuiden ustedes de que las puertas no se abran.

Los dos interpelados obedecieron, aunque no sin cierta repugnancia, echando una mirada á Graham, y, en lugar de dirigirse por el arco, como éste esperaba, se encaminaron en dirección hacia la lisa pared opuesta al arco. Y entonces sucedió una cosa extraña; un gran trozo de

aquella, en apariencia sólida pared, se arrolló con un estallido, quedó suspendida sobre los dos hombres y cayó otra vez; é inmediatamente Graham quedó solo con el recién llegado y el hombre de la barba puntiaguda.

Durante cierto intervalo el hombre de la feroz expresión no se fijó en Graham, sino que procedió á interrogar al otro—indudablemente su subordinado,—acerca del tratamiento empleado con el durmiente. Hablaba claramente, pero con frases sólo en parte comprensibles para Graham. Su despertar parecía no solamente motivo de sorpresa para él, sino también de consternación y enojo. Evidentemente estaba profundamente excitado.

—No debe usted confundir su mente diciéndole cosas—repitió una y otra vez.—No debe usted confundir su mente.

Contestadas sus preguntas, volvióse con viveza, y miró al durmiente despierto con una expresión ambigua.

—¿Se siente usted admirado?—le preguntó.

—Mucho.

—¿Le parece á usted extraño lo que ve?

—Por extraño que me parezca tendré que vivir entre ello, supongo.

—Así supongo yo también.

—En primer lugar ¿no podía proporcionarme alguna ropa?

—Esos...—dijo el hombre fornido y se detuvo; el de la barba puntiaguda encontró su mirada y se alejó.—Dentro de poco tendrá usted ropas—dijo el que parecía jefe, dirigiéndose á Graham.

—¿Es cierto que he estado durmiendo doscientos años...?—preguntó Graham.

—¿Le han dicho á usted eso... ellos?—replicó el otro.

—Bueno... tanto montan doscientos como trescientos años.

Graham acogió la respuesta recibida con arqueadas cejas y contraídos labios. Permaneció silencioso unos momentos, y luego hizo una pregunta:

—¿Hay por aquí algún molino ó dinamo?—No esperó la respuesta.—¿Las cosas habrán cambiado tremendamente... supongo?—continuó.—¿Qué son esos gritos?—preguntó de pronto.

—Nada—dijo el hombre fornido con impaciencia.—La gente. Más tarde lo comprenderá usted mejor... quizás. Como usted dice, las cosas han cambiado.—Hablaban secamente, las cejas enarcadas, y la mirada como un hombre que quiere tomar una decisión.—Es preciso que le demos á usted ropa, y lo necesario, de todos modos. Será mejor esperar á que venga alguien. Nadie debe acercarse á usted. Necesita usted afeitarse.

Graham se frotó la barba.

El hombre de la barba en punta volvía hacia ellos, se detuvo de pronto, escuchó por un momento, hizo un movimiento al que parecía su jefe, y se encaminó precipitadamente por debajo del arco hacia la terraza. El vocerío se hacía más intenso, y el hombre fornido volvióse y escuchó también. Echó una maldición entre dientes y volvió los ojos á Graham con expresión poco amistosa. Era un conjunto de muchas voces, creciendo y decreciendo, gritando y chillando, y en una ocasión se oyó un sonido como de golpes y agudos gritos, y luego un crujido como el de madera rota. Graham prestó atención para distinguir algún sonido concreto entre el tumulto.

Entonces oyó, repetidas veces, un cierto estribillo. Durante un rato dudó de sus oídos. Pero seguramente repetían la frase de: «¡Que nos enseñen al durmiente! ¡Que nos enseñen al durmiente!»

El hombre fornido corrió súbitamente al arco.

—¡Maldición!—exclamó.—¿Cómo lo saben? ¿Lo saben ó lo ignoran?

Hubo quizás una respuesta.

—No puedo ir—dijo el jefe. Tengo que cuidarme de él. Dígales algo desde la terraza.

Oyóse una ininteligible réplica.

—¡Dícales que no ha despertado! ¡Cualquier cosa! A su criterio lo dejo.

Se acercó presuroso á Graham.—Es necesario que tenga usted ropa en seguida—dijo.—No puede usted detenerse aquí... y será imposible...

Se alejó, persiguiéndole un cúmulo de preguntas de Graham que quedaron sin respuesta. Un momento después estaba de vuelta.

—No puedo decirle á usted lo que ocurre. Es demasiado complejo para explicarlo. En un momento tendrá usted su ropa confeccionada. Sí... en un momento. Y entonces podré sacarle á usted de aquí. Ya verá usted como fuera tendremos bastantes molestias.

—¡Pero esas voces! Están gritando...

—Algo sobre el «durmiente»... ese es usted. Tienen alguna intuición. No me lo puedo explicar... ni sé nada.

Un agudo timbre sonó á través de los confusos y lejanos ruidos, y nuestro brusco personaje corrió hacia unos aparatos que había en el ángulo del salón. Escuchó por un momento, mirando una bola de cristal, inclinóse y dijo unas cuantas indistintas palabras; después encaminóse hacia la pared que había dado paso á los dos hombres. Se replegó de nuevo como una cortina, y el personaje esperó.

Graham levantó el brazo y estaba asombrado al ver la fuerza que le habían dado los cordiales. Echó una pierna fuera de la cama, y después la otra. Su cabeza no sentía ya confusión alguna. Apenas podía creer en su rápida curación.

El hombre de la barba puntiaguda volvió de la terraza, y en este momento, por otra puerta secreta apareció un hombre de barba entrecana, portador de un paquete y luciendo vestiduras color verde botella. Delante empujaba una especie de biombo.

—Este es el sastre—dijo el hombre fornido con un gesto de presentación.—No debe usted volver á usar eso negro. No comprendo cómo estaba por ahí. Pero lo comprenderé. ¿Será usted todo lo rápido que sea posible?—le preguntó al sastre.

El hombre del verde vestido se inclinó, y adelantándose se sentó junto á Graham, al borde de la cama. Sus modales eran calmosos, pero en sus ojos ardía la curiosidad.

—Encontrará usted muy alterada la moda, señor—dijo, y miró de reojo al hombre fornido.

Abrió su paquete con extrema ligereza, y una confusión de brillantes tejidos se desarrolló sobre sus rodillas.

—Usted vivía, señor, en un período esencialmente cilíndrico... el victoriano. Con una tendencia al hemisferio en los sombreros. Siempre curvas circulares. Ahora...

Sacó un pequeño aparato del tamaño y apariencia de un reloj de bolsillo, hizo girar el botón como para dar cuerda y una figurilla de blanco apareció á la manera de un kinestoscopio en el cuadrante, andando y dando vueltas. El sastre echó mano de una pieza de raso blanco.

—Esto es lo que yo opino que debe usted llevar—dijo.

El hombre fornido se acercó y se detuvo á espaldas de Graham.

—Disponemos de poco tiempo—dijo.

—Confíe usted en mí—dijo el sastre.—Me sigue mi máquina. ¿Qué piensa usted de esto?

—¿Qué es esto?—preguntó el hombre del siglo XIX.

—En sus tiempos, los sastres le mostraban á usted un figurín—dijo el sastre,—pero esta es nuestra moderna práctica.—La figurilla repitió sus evoluciones, pero con diferente traje.—O esta—y con una vuelta otra pequeña figura en un tipo más voluminoso de ropaje, apareció en la esfera. El sastre era vivísimo en sus movimientos, y miró dos veces al biombo mientras decía todo esto. Se alejó otra vez y un muchacho de aspecto anémico y pelo raso, con facciones del tipo chino, vistiendo una grosera túnica, azul pálido, apareció conduciendo una complicada máquina, que impelía, sin el menor ruido dentro del salón. Inmediatamente el pequeño kinetoscopio fué separado, y Graham invitado á colocarse delante de la máquina. El sastre hizo algunas observaciones al muchacho de pelo raso, que contestó en guturales tonos y con palabras que Graham no pudo comprender. El de tipo chino fué entonces á entablar un incomprensible monólogo en un rincón, y el sastre atrajo hacia afuera cierto número de brazos que terminaban en pequeños discos, continuando su extracción hasta que los discos quedaron aplicados sobre el cuerpo de Graham, uno en cada hombro, otro en los codos, otro en el cuello y así sucesivamente hasta

que por fin se encontró recubierto por ellos. Al mismo tiempo otra persona apareció por el biombo, detrás de Graham. El sastre se sentó moviendo un mecanismo que produjo un débil sonido rítmico en ciertas partes de la máquina, y momentos después golpeaba las palancas y Graham se vió en libertad. El sastre volvió á poner la cubierta negra, y el hombre de la barba puntiaguda le ofreció un vaso de algun fluido refrescante. Graham vió en la superficie del líquido el rostro pálido de un joven que le miraba fijamente.

El hombre de fiera expresión había estado paseando con impaciencia, y en este momento dió la vuelta, y se encaminó, á través del arco, hacia la terraza, desde la que el rumor de la multitud se distinguía con sus variantes y cadencias. El chinésco mozo dió al sastre un rollo del raso blanco y los dos comenzaron á colocarlo en la máquina de un modo que recordaba la colocación de un rollo de papel en una máquina de imprimir del siglo XIX. Después empujaron todo el aparato sobre sus cómodos y silenciosos soportes á través del salón, hasta un rincón donde un retorcido cable salió casi graciosamente de la pared. Hicieron cierto empalme y la máquina cobró vida y movimiento.

—¿Qué hacen?— preguntó Graham señalando con el vaso vacío á los dos personajes, y tratando de no hacer caso del examen del recién llegado.—¿Es que... algún manantial de fuerza... se esconde en aquel rincón?

—Sí—dijo el hombre de la barba puntiaguda.

—Y ¿qué es aquello?

Indicando el arco de detrás de él.

El hombre de túnica púrpura, movió su pequeña cabeza, vaciló, y contestó en voz baja.

—Es Howard, el guardián en jefe de usted. Verá usted, señor... es algo dificultoso explicarlo. El Consejo paga un guardián y varios asistentes. Este edificio, con ciertas restricciones, es del dominio público. El pueblo podía entrar libremente. Nosotros hemos cerrado las puertas por la primera vez. Pero yo creo... si á usted le es igual, que será mejor que él se lo explique.

—¿Qué extravagancia!—dijo Graham.—¿Guardián! ¿Consejo!

Después, volviendo la espalda al recién llegado, preguntó en voz baja.

—¿Por qué me mira tanto ese hombre? ¿Es un hipnotizador?

—¡Hipnotizador! Es un capilotomista.

—¡Capilotomista!

—Sí... uno de los más famosos. Su renta anual es de seisdoz leones.

A Graham le sonó aquello á disparate. Se fijó en la última frase con mente insegura.

—¿Seisdoz leones!

—¿Ustedes no tenían leones? Supongo que no. Tenían ustedes las antiguas libras. Los leones son nuestra unidad monetaria.

—¿Pero por qué ha dicho usted... seisdoz?

—Sí. Seis docenas, señor. Naturalmente, las cosas, aun las más pequeñas, han sufrido alteración; usted en los días del sistema decimal, el sistema árabe... dieces, y pequeños cientos, y miles. Nosotros usamos el sistema duodecimal, y tenemos once cifras. Tenemos simples cifras para el diez y el once, dos cifras para la docena, y una docena de docenas forman la gruesa, un gran ciento, ya sabe usted, una docena de gruesas una docenada, y una docenada de docenadas, la miriada. ¿Muy sencillo, verdad?

—Así parece—dijo Graham.—Pero ese gorro ¿qué es?

El hombre de la barba puntiaguda miró por encima del hombro.

—¡Ahí tiene usted sus vestidos!—dijo.

Graham giró bruscamente sobre sus talones, y vió al sastre que le miraba sonriendo, con algunas prendas de vestir sobre el brazo. El muchacho de pelo ralo, empujaba la complicada máquina con un dedo hacia el biombo por donde había aparecido. Graham retrocedió al ver su vestido completo.

—¿Usted no querrá decir?...

—¿Que está terminado?—Véalo usted—contestó el sastre.

Dejó caer las prendas á los piés de Graham, se dirigió al lecho donde Graham había yacido tanto tiempo, apartó el colchón traslucido y volvió hacia arriba el espejo. En este momento un furioso campanillazo hizo correr hacia el rincón al hombre fornido. El de la barba puntiaguda fué en su seguimiento y luego se precipitó hacia el arco.

El sastre estaba ayudando á Graham á ponerse su vestido de color púrpura oscura, calzas americanas y pantalones, todo en uno, cuando el hombre fornido, se alejó del rincón para salir al encuentro del de la barba en punta, que regresaba de la terraza. Empezaron á hablar vivamente en voz baja, delatando su aspecto una inequívoca ansiedad. Sobre la púrpura oscura siguió una túnica de raso blanco, y Graham quedaba vestido á la moda una vez más, y se vió de amarillento rostro, sucio y sin afeitarse todavía, pero no desnudo cuando menos, y hasta airoso.

—Es preciso que me afeite—dijo mirándose al espejo.

—Al momento contestó Howard.

Cesó el incesante examen. El joven de faz pálida cerró los ojos, y con una ancha mano extendida avanzó hacia Graham abriendo los ojos de nuevo. Después se detuvo, accionando lentamente con la mano, y miró en torno suyo.

—Una silla—dijo Howard con impaciencia, y en un santiamén el hombre de la barba puntiaguda puso una silla detrás de Graham.—Hágame usted el favor de sentarse—dijo Howard.

Graham vaciló, y en la otra mano del hombre de ardientes ojos vió relucir un arma.

—¿No comprende usted, señor?—exclamó el de la barba puntiaguda con presurosa cortesanía.—Va á cortar á usted el cabello.

—¡Oh!—exclamó Graham tranquilizado.—¡Pero usted le ha llamado!...

¡Un capilotomista... precisamente! ¡Uno de los mejores artistas del mundo!

Graham se sentó bruscamente. El de la barba puntiaguda desapareció. El capilotomista se aproximó con

graciosos gestos, examinó las orejas á Graham, el cogote, y hubiera vuelto de nuevo á alejarse para echarle un vistazo á no ser por las visibles muestras de impaciencia de Howard. Por lo cual con rápidos movimientos, y una sucesión de tajos y mandobles, rasuró la barba á Graham, el bigote, y cortó y arregló sus cabellos. Y todo esto lo hizo sin decir una palabra, con algo del aire de un poeta inspirado. Y tan pronto como hubo concluido, le pusieron á Graham un par de zapatos.

Súbitamente oyóse gritar una voz gruesa que parecía salir de una pieza de maquinaria del rincón.

—¡Deprisa... deprisa! El pueblo lo conoce todo. Se abandona el trabajo. Abandonadlo todo y venid.

Estos gritos parecieron conturbar á Howard extremadamente. Por sus gestos parecióle á Graham que vacilaba entre dos direcciones. De pronto se encaminó al rincón donde el aparato estaba debajo de la pequeña bola de cristal. Al hacerlo así, el apagado tono de los gritos que venía de la arcada y que había persistido durante todas estas ocurrencias aumentó grandemente, disminuyó de nuevo como si pasase y cayó de nuevo en el apagado tono, lo mismo que si hubiese retrocedido. Esto produjo en Graham una atracción irresistible. Miró al hombre fornido y después obedeció á su impulso. En dos saltos se plantó en el corredor, y en menos tiempo del que se necesita para contarlos, estaba junto á la balaustrada donde vió primero á los tres hombres.

CAPITULO V

LOS CAMINOS MOVIBLES

Se aproximó al parapeto de la terraza y miró hacia arriba. Una exclamación de sorpresa á su aparición y los movimientos de una compacta multitud, llegaron de la extensa área que se extendía debajo.

La primera impresión se la produjo la arquitectura.

El lugar en que miraba era una nave de colosales dimensiones, curvándose espaciosamente á ambos lados. Encima, elevadas cuadernas cruzaban aquel anchuroso espacio, cubierto por una materia translúcida. Gigantes bombas de fría y blanca luz, hacían palidecer los rayos del sol que se filtraban á través de los cables y alambres. Aquí y acullá un puente suspendido se enfilaba en el vacío y el espacio era un tejido de esbeltos cables. Un altísimo edificio se levantaba sobre él, como observó al mirar hacia arriba, y la fachada opuesta era gris y confusa, y estaba interrumpida por grandes arcadas, perforaciones circulares, balcones, machones, torrecillas, miles de ventanas y una intrincada red de ornamentaciones. En medio de todo esto campeaban inscripciones horizontal y oblicuamente, con caracteres que no le eran familiares. Aquí y allá, cerca del techo, cables de grandes dimensiones estaban tendidos y caían en áspera curva sobre salidas circulares en el extremo opuesto del espacio, y hasta cuando Graham se fijó en esto, la lejana y diminuta figura de un hombre, vestido de azul pálido, llamó su atención. Aquella pequeña figura estaba muy alejada sobre el espacio, cerca del punto más alto de uno de aquellos cables, apartándose de un pequeño promontorio de albañilería y manejando algunos invisibles cordones dependientes de la línea. Después, de pronto, abatiéndose con una rapidez que heló la sangre á Graham, aquel hombre se dejó ir por la curva y desapareció á través de una abertura practicada al otro lado. Graham había estado mirando hacia arriba cuando salió á la terraza, y las cosas que vio encima y enfrente de él, habían entretenido su atención con exclusión de cualquier otro objeto. Después, de pronto, descubrió la carretera. No era en modo alguno una carretera, como Graham comprendía estas cosas, pues en el siglo XIX los caminos y calles no eran más que aplanadas fajas de tierra inmóvil, un espacio para los vehículos entre estrechas aceras. Pero esta carretera tenía trescientos piés de ancho, y andaba; andaba excepto una faja en el centro, la parte más baja. Por un momento, la visión deslumbró su mente. Después comprendió.

Bajo la terraza, esta carretera corría velozmente á la derecha de Graham, moviéndose á lo largo con la rapidez de un expreso del siglo XIX, así como interminables plataformas de estrechas y transversales pizarras con pequeños espacios entre ellas, sin duda para permitir que el conjunto pudiese seguir las curvas. Sobre estas plataformas había asientos, y aquí y allá se veían pequeños kioscos, pero pasaban con demasiada rapidez para que se pudiese ver á los que iban dentro. Desde estas más cercanas y rápidas plataformas, descendían otras hacia el centro del espacio. Cada una se movía hacia la derecha, cada una perceptiblemente más despacio que la superior inmediata, pero la diferencia era lo bastante pequeña para permitir al transeunte pasar de plataforma sin interrupción, desde la más rápida á la faja inmóvil de enmedio. Más allá de esta faja mediana, había otra interminable serie de plataformas, corriendo con variable velocidad á la izquierda de Graham. Y agrupadas sobre las dos plataformas mayores y más veloces, había una innumerable multitud de lo más abigarrado del mundo!

—¡Usted no debe permanecer ahí!—gritó de pronto Howard á su lado.—¡Venga usted conmigo inmediatamente!

Graham no le contestó. Oía sin oír. Las plataformas se deslizaban con ruido y la gente gritaba. Vio mujeres y muchachas con los cabellos flotantes, bellamente vestidas, con bandas que las cruzaban el pecho. Esto lo observó primero entre la confusión. Después observó que la nota dominante en aquel kaleidoscopio de ropas, era el color azul pálido, el mismo que llevaba el ayudante del sastre. Tuvo la seguridad de distinguir gritos de: «¡El durmiente! ¿Qué le ha ocurrido al durmiente?» y parecióle como si las veloces plataformas que pasaban ante sus ojos, se vaciasen en un momento de su carga, para aparecer de nuevo más espesa. Notó que el área central inmóvil de este arco colosal, opuesta á la terraza estaba densamente ocupada por gente de traje azul. Una especie de lucha había tomado cuerpo. La gente parecía impelida hacia las plataformas del otro lado, alejándose contra

su voluntad. Pero tan pronto como estaban más allá de aquel núcleo, volvían de nuevo á la derecha, y se unían al tumulto.

— ¡Es el durmiente! ¡Es el durmiente! — gritaban unos.

— ¡Ese nunca ha sido el durmiente! — vociferaban otros.

Los rostros vueltos hacia él eran cada vez más numerosos. A intervalos, á lo largo del área central, Graham notó vomitorios, pozos, aparentemente escaleras por donde subía y bajaba la gente. La lucha parecía localizada en uno de los vomitorios más próximos á él. La gente pasaba de plataforma en plataforma, mañosamente, dirigiéndose á allí. Los que estaban aglomerados en las plataformas más elevadas, compartían su interés entre aquel punto y la terraza. Cierta número de hombres robustos vistiendo uniforme de un rojo brillante, y maniobrando metódicamente, estaban ocupados, al parecer, en impedir el acceso á aquella escalera. En torno de ellos se acumulaba rápidamente la multitud. Su brillante color contrastaba vivamente con el azul pálido de sus antagonistas, pues la lucha era indisputable.

Vió todo esto en tanto que Howard le gritaba al oído y le sacudía por el brazo. Y después Howard se alejó repentinamente dejándole sólo.

Notó que los gritos de «¡El durmiente!» aumentaban en intensidad y que la gente de las plataformas más cercanas estaba de pie. La plataforma más próxima y veloz estaba vacía á su derecha, y más lejos á través del espacio, las plataformas que marchaban en contraria dirección venían cargadas, y continuaban después vacías. Con increíble rapidez una inmensa multitud se había reunido en el espacio central; una densa y ondulante masa de gente, y los gritos subieron de un pasadero rumor á un atronador é incesante clamoreo: «¡El durmiente! ¡El durmiente!» y alaridos y vivas, una oleada de colores y gritos de «¡Detened los caminos!» Asimismo proferían otro nombre extraño á Graham. Algo así como «Ostrog». Las plataformas más bajas muy pronto se llenaban de gente activa, yendo contra el movimiento al

propio tiempo que procuraban detenerse delante de las terrazas.

«¡Detened los caminos!» gritaban. Agiles figuras marcharon velozmente del centro al fugitivo camino más cercano á la terraza; pasaban rápidos por delante de Graham y corrían después oblicuamente á la meseta central. Una cosa pudo oír distintamente: «¡Es desde luego el durmiente! ¡Es el durmiente!» afirmaban.

Durante cierto intervalo Graham no hizo movimiento alguno. Después se dió cuenta de que todo aquello se refería á él. Le complacía aquella admirable popularidad; saludó, y, adoptando una actitud graciosa, describió un semicírculo con el brazo. Le asombró el violento clamoreo que esto produjo. El tumulto en torno del vomitorio adquirió furiosa violencia. Divisó terrazas repletas de gente, hombres que se deslizaban á lo largo de cuerdas, hombres encaramados en asientos parecidos á trapecios, que surcaban el aire. Oyó voces á su espalda, proferidas por cierto número de personas que bajaban los escalones á través del arco; se percató súbitamente de que su guardián Howard estaba junto á él de nuevo, asiéndole del brazo y gritándole algo ininteligible.

Volvióse y notó que Howard estaba descolorido.

— Retirémonos — le oyó decir. — ¡Van á detener los caminos! ¡Toda la ciudad va á ponerse en conmoción!

Vió que algunos individuos corrían presurosos á lo largo del corredor de pilares azules, tras Howard, el hombre de rojizo pelo, el de la barba en punta, un hombre alto, con vestidos del más vivo bermellón; otros con ropas encarnadas, y en el rostro de todos se pintaba la mayor ansiedad.

— ¡Sacadle de aquí! — gritó Howard.

— ¿Pero por qué? — preguntó Graham. — No sé...

— ¡Es menester que nos siga usted! — dijo el del traje color vermellón, con acento resuelto. Sus ojos y semblante expresaban también la mayor resolución. Las miradas de Graham fueron de uno á otro, y se dió repentinamente cuenta del sentimiento más desagradable de la vida: la compulsión. Alguien se aferró á su brazo...

Le sacaban de allí. Pareció como si el tumulto se hu

biera dividido en dos, como si la mitad de los gritos que habían llegado á él desde aquél maravilloso camino, hubiesen encontrado eco en los corredores del gigantesco edificio á sus espaldas. Maravillado y confuso, sintiendo un impotente deseo de resistirse, Graham fué entre conducido y arrastrado á través del corredor de pilares, y bien pronto se encontró sólo con Howard en una especie de ascensor, remontándose velozmente.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO VI

EL SALÓN DEL ATLAS

Desde el momento en que el sastre se había despedido de él, hasta el momento en que Graham se encontró en el ascensor, apenas si habían transcurrido cinco minutos. Y así como todavía la broma de aquel largo intervalo de sueño se cernía sobre él, del mismo modo la inicial extrañeza de estar vivo en un siglo tan remoto lo llenaba todo, con un sentimiento de admiración, sobrenatural, con algo de la calidad de un sueño realista. Estaba todavía sujeto, atónito espectador, y sólo medio desembarazado en la vida. Lo que había visto, y especialmente aquel tumulto, contemplado desde el parapeto de la terraza, le parecía un espectáculo, semejante á una cosa presenciada desde el palco de un teatro.

—No he comprendido—dijo.—¿Qué ha ocurrido? Mi cabeza es un torbellino. ¿Por qué gritaban? ¿Qué peligro amenaza?

—Tenemos nuestros sinsabores—dijo Howard. Sus ojos evitaron las interrogadoras miradas de Graham. Atravesamos un período de intranquilidad. Y, finalmente, la aparición de usted, su despertar precisamente en estos momentos, tiene cierta relación...

Hablaba á fragmentos como quien no está seguro de lo que se dice. Se detuvo bruscamente.

—No comprendo—dijo Graham.

—Más tarde verá usted con mayor claridad—replicó Howard.

Miró hacia arriba con inquietud, como si encontrase demasiado lento el movimiento del ascensor.

—No dudo que lo comprenderé mejor cuando vea más claramente trazado mi camino—dijo Graham desorientado.—Esto es... hay motivos para estar perplejos. ¡Hasta ahora todo es tan extraño! Nada parece posible. Nada. Ni siquiera en los detalles...

El ascensor se detuvo, y se apearon en un estrecho pero larguísimo corredor entre altas paredes, á lo largo de las cuales corría extraordinario número de tubos y gruesos cables.

—¿Qué lugar tan inseguro!—dijo Graham.—¿Es todo ello un solo edificio? ¿Qué usos tiene?

—Es uno de los varios centros públicos para ciertos servicios. Luz, fuerza, y otros.

—¿Era un tumulto político... aquél... en el camino? ¿Qué forma de gobierno impera? ¿Tienen ustedes policía aun?

—Mucha—dijo Howard.

—¿Mucha!

—Sobre unos cuarenta.

—No lo entiendo.

—Probablemente no. Nuestro orden social debe parecerle á usted demasiado complicado, yo mismo no lo comprendo muy claramente. Ni creo que nadie. Usted quizás pueda... más adelante. Ahora vamos al Consejo.

La atención de Graham estaba dividida entre la urgente necesidad de sus investigaciones, y la gente que encontraba en los corredores y patios por donde pasaban. A veces su mente estaba concentrada sobre Howard y las ambiguas respuestas que daba, y luego perdía la hilación, atraído por alguna viva é inesperada impresión. A lo largo de los corredores, en los patios, la mitad de las personas que veía llevaban el uniforme encarnado. La tela azul pálido tan abundante en la nave del camino móvil, no se veía allí. Invariablemente aquellos hombres le miraban y le saludaban á él y á Howard cuando pasaban.

biera dividido en dos, como si la mitad de los gritos que habían llegado á él desde aquél maravilloso camino, hubiesen encontrado eco en los corredores del gigantesco edificio á sus espaldas. Maravillado y confuso, sintiendo un impotente deseo de resistirse, Graham fué entre conducido y arrastrado á través del corredor de pilares, y bien pronto se encontró sólo con Howard en una especie de ascensor, remontándose velozmente.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO VI

EL SALÓN DEL ATLAS

Desde el momento en que el sastre se había despedido de él, hasta el momento en que Graham se encontró en el ascensor, apenas si habían transcurrido cinco minutos. Y así como todavía la broma de aquel largo intervalo de sueño se cernía sobre él, del mismo modo la inicial extrañeza de estar vivo en un siglo tan remoto lo llenaba todo, con un sentimiento de admiración, sobrenatural, con algo de la calidad de un sueño realista. Estaba todavía sujeto, atónito espectador, y sólo medio desembarazado en la vida. Lo que había visto, y especialmente aquel tumulto, contemplado desde el parapeto de la terraza, le parecía un espectáculo, semejante á una cosa presenciada desde el palco de un teatro.

—No he comprendido—dijo.—¿Qué ha ocurrido? Mi cabeza es un torbellino. ¿Por qué gritaban? ¿Qué peligro amenaza?

—Tenemos nuestros sinsabores—dijo Howard. Sus ojos evitaron las interrogadoras miradas de Graham. Atravesamos un período de intranquilidad. Y, finalmente, la aparición de usted, su despertar precisamente en estos momentos, tiene cierta relación...

Hablaba á fragmentos como quien no está seguro de lo que se dice. Se detuvo bruscamente.

—No comprendo—dijo Graham.

—Más tarde verá usted con mayor claridad—replicó Howard.

Miró hacia arriba con inquietud, como si encontrase demasiado lento el movimiento del ascensor.

—No dudo que lo comprenderé mejor cuando vea más claramente trazado mi camino—dijo Graham desorientado.—Esto es... hay motivos para estar perplejos. ¡Hasta ahora todo es tan extraño! Nada parece posible. Nada. Ni siquiera en los detalles...

El ascensor se detuvo, y se apearon en un estrecho pero larguísimo corredor entre altas paredes, á lo largo de las cuales corría extraordinario número de tubos y gruesos cables.

—¿Qué lugar tan inseguro!—dijo Graham.—¿Es todo ello un solo edificio? ¿Qué usos tiene?

—Es uno de los varios centros públicos para ciertos servicios. Luz, fuerza, y otros.

—¿Era un tumulto político... aquél... en el camino? ¿Qué forma de gobierno impera? ¿Tienen ustedes policía aun?

—Mucha—dijo Howard.

—¿Mucha!

—Sobre unos cuarenta.

—No lo entiendo.

—Probablemente no. Nuestro orden social debe parecerle á usted demasiado complicado, yo mismo no lo comprendo muy claramente. Ni creo que nadie. Usted quizás pueda... más adelante. Ahora vamos al Consejo.

La atención de Graham estaba dividida entre la urgente necesidad de sus investigaciones, y la gente que encontraba en los corredores y patios por donde pasaban. A veces su mente estaba concentrada sobre Howard y las ambiguas respuestas que daba, y luego perdía la hilación, atraído por alguna viva é inesperada impresión. A lo largo de los corredores, en los patios, la mitad de las personas que veía llevaban el uniforme encarnado. La tela azul pálido tan abundante en la nave del camino móvil, no se veía allí. Invariablemente aquellos hombres le miraban y le saludaban á él y á Howard cuando pasaban.

Tuvo la clara visión de haber entrado en un largo corredor, y allí había gran número de muchachas sentadas en asientos bajos y en la actitud del que asiste á una cátedra. No vió profesor, sino un nuevo aparato del cual imaginó que procedía una voz. Las jóvenes le miraron á él y á su conductor, á su parecer, con curiosidad y sorpresa. Pero pasó antes de que pudiese formarse una idea de la índole de aquella reunión. Juzgó que conocerían á Howard y que se preguntarían sobre él. Aquel Howard, al parecer, era una persona de importancia. Pero al propio tiempo era el guardián suyo meramente. Esto era raro.

Llegó á un corredor á media luz, y en este corredor colgaba un pasillo, de modo que podía ver los pies y piernas de las personas que iban y venían, pero nada más. Después vaga confusión de galerías y algún transeunte que casualmente volvía la cabeza para mirar á la presurosa pareja.

La duración de los tónicos que había tomado no era de mucho tiempo. Sentía ya cansancio por tan rápida caminata. Dijo á Howard que acortase el paso. Pronto estuvo en un ascensor que tenía una ventana sobre el gran camino, pero aunque abrieron el vidrio estaban demasiado elevados para poder ver las móviles plataformas á sus pies. Sólo vió personas que iban y venían á lo largo de cables de aspecto endeble.

Y después pasaron á través de la calle á una gran altura. La cruzaron mediante un puente cerrado con cristales, tan claro, que le daba vértigos sólo recordarlo después. El suelo era asimismo de cristal. Por la memoria del acantilado entre New Quay y Boscastle, tan remota en el tiempo y tan reciente en su experiencia, parecióle que debían estar á unos cuatrocientos pies sobre el camino movable. Se detuvo, miró abajo, entre sus pies, sobre la agitada muchedumbre encarnada y azul, diminuta y lejana, luchando y gesticulando todavía frente á la pequeña terraza, tan distante, que parecía un juguete y donde había estado él, no hacía mucho rato. Un hombre sentado en un pequeño asiento de madera, bajando de algún punto mucho más elevado que el estrecho

puente, se deslizaba por un cable con tanta velocidad como si cayese. Graham se detuvo involuntariamente para observar cómo el extraño viajero desaparecía en una abertura circular, y luego volvió de nuevo los ojos á la tumultuosa lucha.

A lo largo de una de las secciones más rápidas corría un grupo de cosas encarnadas. Estas cosas se tornaron en figuras humanas al aproximarse á la terraza, y después huían saltando á las plataformas más bajas y de allí al lugar donde la lucha era más encarnizada. Aquellos hombres de encarnado parecían armados de palos ó garrotes; los esgrimían y empleaban contra la multitud. Un gran vocerío, gritos de furor, rugidos, llegaron hasta Graham.

—Adelante—exclamó Howard asiéndole del brazo.

Otro hombre pasó descendiendo por un cable. Graham levantó los ojos para ver de dónde venía, y á través del vítreo techo y de la red de cables y alambres, vió confusas formas pasando como las de un molino de viento, y entre ellas, ojeadas de un remoto y pálido cenit. Después Howard le hizo adelantar y se encontraron en un estrecho pasillo decorado con modelos de geometría.

—Deseo ver más de esto—exclamó Graham resistiéndose.

—No, no—dijo Howard sin soltarle el brazo.—Por aquí. Debe usted seguir este camino.

Y los hombres de encarnado que les seguían, parecían dispuestos á apoyar sus órdenes.

Algunos negros, con un curioso uniforme amarillo y negro se vieron al extremo del pasillo, y uno se apresuró á levantar una compuerta corredera por donde pasaron. Graham se encontró en una galería donde remataba una vasta cámara. El negro cruzó ésta, abrió otra compuerta, y esperó.

El lugar tenía la apariencia de una antecámara. Vió cierto número de personas en el espacio central, y en el extremo opuesto, una ancha é imponente puerta á la que se subía por unas cuantas gradas, cubierta con pesados cortinajes, pero dejando entrever la idea de otro salón más vasto detrás. Vió hombres blancos con uniforme en-

carnado y otros negros de amarillo y negro, que permanecían junto á aquella puerta.

Al cruzar la galería oyó debajo un murmullo de «El durmiente» y observó miradas de curiosidad y observación. Entraron en otro pequeño pasillo, en la pared de esta antecámara, y se encontró en otra galería de metal que se extendía en uno de los lados del gran salón que había supuesto detrás de los pesados cortinajes. Entró en el local por uno de los ángulos, de modo que pudo apreciar plenamente sus gigantescas proporciones. El negro, con uniforme de color de avispa, estaba sentado, como un sirviente solícito, y cerró la puerta trás él.

Comparado con los lugares que Graham había visto hasta entonces, este segundo salón parecía decorado con extrema riqueza. Sobre un pedestal, en el extremo opuesto, é iluminado con más brillantez que ningún otro objeto, se veía una colosal figura blanca de Atlas, fuerte y musculoso, llevando el globo sobre sus hombros. Fué la primera cosa que llamó su atención, tan inmenso era, tan real, tan blanco y sencillo. Salvo esta figura, y un estrado en el centro, todo lo demás del inmenso pavimento estaba vacío. El estrado aparecía remoto por las dimensiones del área, y se le hubiese tomado por una mera plancha de metal, á no ser por el grupo de siete hombres que estaban sobre él, alrededor de una mesa, y daban una idea de sus proporciones. Todos ellos llevaban blancas vestiduras, parecían haberse levantado de sus sillas en aquel momento y miraban fijamente á Graham. Este vió en uno de los ángulos de la mesa, varios aparatos de uso desconocido.

Howard le acompañó á lo largo de la galería hasta estar al extremo opuesto de la gigantesca figura. Allí se detuvo. Los dos hombres encarnados que les habían seguido hasta entonces se colocaron uno á cada lado de Graham.

—Permanezca usted aquí—murmuró Howard—unos pocos momentos—y, sin esperar respuesta, salió apresuradamente por la galería.

—¿Pero, por qué?—exclamó Graham.

Hizo un movimiento como para seguir á Howard, pero uno de los hombres de encarnado le obstruyó el paso.

—No puede usted moverse de aquí, señor—dijo.

—¿Por qué?

Ordene, señor.

—¿Qué órdenes?

—Nuestras órdenes, señor.

Graham procuró contenerse.

—¿Qué lugar es este?—dijo después.—¿Quiénes son esos hombres?

—Los lores del Consejo, señor.

—¿Qué Consejo?

—El Consejo.

—¡Oh!—dijo Graham, y después de una tentativa, igualmente ineficaz, con el otro hombre, se acercó á la barandilla y miró á los hombres de blanco, que le observaban, y cuchicheaban entre sí.

¡El Consejo! Notó que ahora eran ocho, pero no había visto la llegada del nuevo. No hacían movimiento alguno de acogida; le contemplaban como en el siglo XIX un grupo de curiosos hubiera contemplado desde la calle, un distante globo salido de entre las nubes. ¿Qué Consejo podía ser el que estaba reunido allí, este pequeño grupo de hombres debajo del significativo blanco Atlas, privados de todo auditorio en aquel vasto departamento? ¿Y por qué le habían llevado ante ellos, y le miraban de un modo tan extraño, y hablaban en voz baja?

Howard apareció, caminando vivamente á través del brillante pavimento, hacia la mesa. Al llegar á ésta, inclinóse é hizo algunos peculiares movimientos aparentemente de carácter ceremonioso. Después subió los escalones del estrado, y se detuvo junto á los aparatos.

Graham observaba aquella visible pero no perceptible conservación. De vez en cuando, uno de los hombres de blanco ropaje le dirigía una mirada oblicua. En vano aguzó el oído. Los gestos de dos de los lores se hicieron animados. Graham pasó la mirada de ellos á los impasibles rostros de sus oyentes... Cuando volvió á mirar de nuevo, Howard extendía las manos y movía la cabeza como un hombre que protesta. Fué interrumpido, á lo

que pareció, por los golpes de uno de aquellos personajes sobre la mesa.

La conversación duró un espacio de tiempo interminable á juicio de Graham. Sus ojos se alzaron al inmóvil gigante á cuyos piés se sentaba el Consejo. Después recorrieron las paredes del departamento. Estaba decorado con grandes y pintados tableros de un estilo casi japonés, algunos de ellos muy bellos. Estos tableros estaban encajados en un grande y detallado bastidor de metal oscuro, que se prolongaba hasta las metálicas cariátides de las galerías. La fácil gracia de aquellos tableros ponía de relieve al elevado y blanco Atlas en el centro del salón. Después Graham volvió los ojos al Consejo, y vió que Howard descendía del estrado. Cuando sus facciones fueron visibles para él, Graham notó que estaba encendido como el fuego; su aspecto era aún turbado cuando apareció á lo largo de la galería.

—Por aquí—dijo concisamente, y se aproximaron en silencio á una puertecilla que se abrió á su llegada. Los dos hombres encarnados se detuvieron uno á cada lado de esta puerta. Howard y Graham pasaron, y Graham, echando una mirada hacia atrás, vió al blanco Consejo, aun agrupado y contemplándole. Después, la puerta se cerró tras él, con pesado rechinamiento, y, por la primera vez desde que había despertado, se encontró rodeado de silencio. Ni aun el pavimento sonaba bajo sus piés.

Howard abrió otra puerta y se encontraron en la primera de dos habitaciones contiguas decoradas y amuebladas de verde y blanco.

—¿Qué Consejo es ese?—preguntó Graham.—¿Qué estaban discutiendo? ¿Qué tienen que ver conmigo?

Howard cerró la puerta cuidadosamente, lanzó un hondo suspiro y musitó algo entre dientes. Anduvo en sentido diagonal hasta el ángulo, y regresó con las mejillas enrojecidas otra vez.

—¡Uf!—exclamó en tono de fastidio.—Es necesario que usted comprenda—dijo bruscamente evitando las miradas de Graham,—que nuestro orden social es muy complicado. Una media explicación, una mera divagación le dejaría á usted falsas impresiones. En verdad... es un

caso de intereses compuestos, en parte... su pequeña fortuna, y la fortuna de mi primo Warming, que heredó usted... y otras nacidas después... todo esto ha llegado á ser muy considerable. Y por otra parte, que le sería á usted difícil comprender... usted ha venido á ser persona de gran consideración... de inmensa consideración... relacionada con los asuntos del mundo.

Se detuvo.

—¿De veras?—dijo Graham.

—Tenemos graves complicaciones de orden social.

—¿Sí?

—Las cosas han llegado á un extremo, que, realmente, la prudencia dicta que sea usted recluso.

—¡Tenerme prisionero!—exclamó Graham.

—Bueno... rogarle á usted que se mantenga en reclusión...

Graham se volvió á él.

—¡Es muy extraño!—dijo.

—No se le hará á usted el menor daño.

—¡Daño!

—Pero es necesario que permanezca usted aquí...

—Mientras que me pongo al tanto de mi posición, presumo.

—Precisamente.

—Entonces, está bien. Empecemos. ¿Qué peligro habría?...

—Aun no.

—¿Por qué no?

—Es una historia muy larga, señor.

—Mayor razón para empezarla inmediatamente. Usted dice que soy un personaje importante. ¿Qué eran aquellos gritos que he oído? ¿Por qué la muchedumbre aparece excitada á mi despertar, y quiénes son esos hombres vestidos de blanco reunidos en aquel inmenso departamento?

—Todo á su debido tiempo, señor—dijo Howard.—No nos precipitemos, no nos precipitemos. Estamos en uno de esos calamitosos tiempos en que nadie tiene la cabeza sentada. Su despertar... nadie lo esperaba. El Consejo está deliberando.

—¿Pero qué Consejo?

—El que usted ha visto.

Graham hizo un movimiento de desdén.

—Eso no es justo—dijo.—Quiero que se me diga lo que ocurre.

—Espere usted... es menester que espere usted.

Graham se dejó caer bruscamente en una silla.

—Supongo que habiendo esperado tanto para reanudar la vida—dijo,—puedo esperar un poco más.

—Eso es más prudente—dijo Howard.—Sí, mucho más prudente. Y ahora tengo que dejarle á usted aquí. Sólo por un rato. Lo necesario para esperar la deliberación del Consejo... lo siento mucho.

Encaminóse á la silenciosa puerta, vaciló, y salió por último.

Graham se aproximó á la puerta, trató de abrirla, encontrólala sólidamente cerrada por algún medio que nunca pudo comprender, dió algunos pasos con intranquilidad, hizo un viaje circular alrededor del aposento, y volvió de nuevo á sentarse. Permaneció así gran rato, con los brazos cruzados y fruncidas las cejas, y después, mordiéndose las uñas, trataba de reunir las kaleidoscópicas impresiones de aquella primera hora de su vuelta á la vida; los vastos espacios mecánicos, la interminable serie de aposentos y corredores, la gran lucha entablada á lo largo de aquellos extraños caminos, el pequeño grupo de remotos y antipáticos hombres bajo la colosal estatua de Atlas, la misteriosa conducta de Howard. Y luego la alusión á una vasta herencia, que se había fijado en su mente—vasta herencia quizás indebidamente empleada—de alguna improcedente importancia y oportunidad. ¿Qué haría? ¡Y el silencio de aquel cerrado aposento tenía la elocuencia de una prisión!

Pasó por la mente de Graham con irresistible convicción que esta serie de maravillosas impresiones no eran sino un sueño. Trató de cerrar los ojos y lo consiguió, pero sólo por unos momentos.

Después comenzó á palpar y examinar los objetos y desconocidos enseres de las dos habitaciones que le servían de prisión.

En un espejo oval pudo verse y retrocedió asombrado. Iba vestido con un gracioso ropaje de púrpura y raso blanco, con una corta barba terminada en punta, y sus cabellos, grises ya en muchos sitios, arreglados sobre la frente, de una manera extraña, pero no desprovista de gracia. Aparecía como un hombre de unos cuarenta y cinco años. Por un momento no se reconoció.

Una carcajada acompañó al reconocimiento.

—¡Ir á casa de Warming así—exclamó,—y pedirle que me llevase á almorzar!

Luego pensó en la sorpresa de encontrar á uno ahora y á otro después de sus compañeros de la juventud, y en medio de su contento, se dió cuenta de que todos aquellos con quienes podía solazarse, habían muerto hacía siglos. Tal pensamiento le impresionó rápida y profundamente; se detuvo y su expresión pasó del contento á la consternación.

El tumultuoso recuerdo de las movibles plataformas y la ciclópea fachada de aquella maravillosa calle le dieron toda seguridad. La vociferadora multitud volvió á su mente vívida y clara, y aquellos misteriosos y glaciales hombres vestidos de blanco. Sintióse una diminuta figura, pequeña é ineficaz, lastimosamente conspicua y creyó que todo lo que le rodeaba en el mundo era *extraño*.

CAPITULO VII

EN LAS SILENCIOSAS HABITACIONES

Después Graham reanudó el examen del aposento. La curiosidad le hacía ir de aquí para allí, á pesar de su fatiga. La habitación interior era alta, y el techo tenía forma de cúpula, con una abertura oblonga en el centro, que se abría sobre un tubo, en el cual una rueda de anchas alas giraba, aparentemente con objeto de renovar el aire. La débil y candenciosa nota en su acompañada

y fácil rotación era el solo sonido en aquel silencioso lugar. Al pasar una tras otra las alas, Graham entrevió el cielo un momento. Extrañóle ver una estrella.

Esto le hizo fijar su atención en el hecho de que el brillante alumbrado de aquellos aposentos era debido á una multitud de lámparas de incandescencia colocadas alrededor de la cornisa. No había ventanas. Y empezó á recordar que á lo largo de los vastos departamentos y corredores que había atravesado con Howard, no había visto ventana alguna. ¿Había ventanas en la ciudad? Indudablemente las había pues él las había visto desde la terraza. ¿Pero se utilizaban para dejar pasar la luz, ó era que la ciudad estaba alumbrada día y noche, de modo que la noche no existía?

Y otro detalle le llamó la atención. En ninguna de las habitaciones había chimenea. ¿Era la estación estival, y eran aquellas habitaciones meramente para el verano ó estaba la ciudad entera uniformemente caldeada? La cuestión despertó en él bastante interés, y comenzó á examinar la bruñida superficie de las paredes, el lecho, de sencilla construcción, las ingeniosas combinaciones, mediante las cuales todo servicio de alcoba quedaba prácticamente suprimido. Y sobre todo una curiosa ausencia de amañerados adornos, una desnuda gracia de forma y color, que encontró muy agradable á la vista. Había sillas verdaderamente cómodas, una mesilla con algunas botellas de esencias, vasos, y dos bandejas conteniendo una substancia diáfana semejante á gelatina. Luego notó que no había libros, ni periódicos, ni objetos de escritorio.

Observó que un lienzo entero de pared de la habitación exterior estaba ocupado por estantes donde descansaban unos peculiares cilindros dobles, rotulados con grandes caracteres verdes, sobre fondo blanco, que armonizaban con el estilo decorativo del aposento, y en el centro se destacaba un pequeño aparato de un metro cuadrado poco más ó menos, y tenía un frente liso y blanco. Se le ocurrió la idea de que aquellos cilindros podían ser libros, ó un moderno sucedáneo de los libros, pero al principio no le pareció así.

Los rótulos de los cilindros le llenaron de curiosidad.

Al primer momento le parecieron escritos en ruso. Después observó una reminiscencia de un inglés mutilado en algunas palabras.

Oi Man huwdhi Kin,

le pareció que debía decir: «El hombre que quería ser rey» (1).

—Deletreo fonético—se dijo.

Recordaba haber leído una historia con este título, después acudió vivamente á su memoria, una de las mejores historias del mundo. Pero aquella que tenía delante no era un libro según él comprendía los libros. Descifró los títulos de dos cilindros adyacentes: *El Corazón Oscuro*, que no había oído nombrar nunca, y *La Madonna del Futuro*. No cabía duda de que, si eran realmente novelas, pertenecían á autores de la época postvictoriana.

Examinó estos cilindros un rato y luego los colocó en su estante. Después se acercó al aparato cuadrado y lo estudió detenidamente. Abrió una especie de tapa y encontró uno de aquellos dobles cilindros dentro, y en la parte superior un botoncito semejante al de los timbres eléctricos. Apretó este botoncito y oyó un rápido rechinamiento que cesó en el acto. Percibió el sonido de voces y de música, y se percató de que en la tapa bruñida se movían unas figurillas coloreadas, en el centro de una decoración.

Y no tan sólo se movían, sino que conversaban en voz diminuta pero clara. Era exactamente una escena vista á través de unos gemelos de teatro invertidos y oída al extremo de un largo tubo. Su interés fué inmediatamente excitado por la situación, que representaba á un hombre paseando arriba y abajo y vociferando airadas frases á una linda, pero petulante mujer. Ambos llevaban las pintorescas vestiduras que tan extrañas parecían á Graham.

—«Yo he trabajado—decía el hombre—¿pero tú qué has hecho?»

—¡Oh!—dijo Graham, y olvidándolo todo, se dejó

(1) En inglés: «The Man who would be king.»

caer en una silla. A los pocos momentos se percató de que le nombraban, oyó: «Cuando el dormido despierte», usado jocosamente como un proverbio para los asuntos á que se da demasiadas largas, y pasó por la escena en persona, una cosa remota é increíble. Pero á los pocos momentos conocía á aquellos dos personajes como si fuesen sus íntimos.

Por último, terminó aquel drama en miniatura, y la blanca superficie del tablero quedó vacía.

Era un extraño mundo este que se le había permitido ver, sin escrúpulos, amante del placer, enérgico, sutil, un mundo, asimismo, de intensa lucha económica; había alusiones que no acertaba á comprender, incidentes que entrañaban extrañas sugerencias de ideales morales alterados, destellos de dudosa claridad. La tela azul que bullía tan abundantemente en su primera impresión de las calles, aparecía otra vez como el color típico de las clases populares. No le cabía duda de que la obra dramática era contemporánea, y su intenso realismo era innegable. Y su trágico final le dejó muy impresionado. Se quedó mirando la bruñida superficie.

Hizo un movimiento y se frotó los ojos. Levantóse y las impresiones comenzaron á desfilarse por su mente. Pasó la claridad del microscópico drama; y la lucha en el vasto camino, el ambiguo Consejo y las rápidas fases de su despertar, acudieron á su memoria. Le habían hablado del Consejo con sugerencias de una vaga universalidad de poderes. Y habían hablado del Durmiente; quería recordar precisamente lo que habían dicho...

Pasó á la alcoba y atisbó aprovechando los intervalos en que las alas del aparato giratorio no interceptaban su vista. Este, en sus evoluciones, producía un cadencioso ritmo de maquinaria. El único sonido perceptible. Aun cuando un día perpetuo iluminaba sus aposentos, se percató de que los trozos de firmamento entrevistos afectaban un azul profundo, casi negro, con un polvo de estrellitas...

Continuó el examen de las habitaciones. No encontró manera de abrir la puerta; no vió campanilla ni otro medio de llamar en caso de precisión. Su admiración pa-

recia latente; pero se sentía curioso, curioso para obtener informes. Deseaba conocer exactamente cómo debía comportarse ante estas nuevas cosas. Trató de refrenarse hasta que alguien viniera junto á él. Bien pronto comenzó á sentirse inquieto ansioso por saber, por distraerse, por experimentar nuevas sensaciones.

Volvió al aparato, en la habitación contigua, y pronto adivinó el método de reemplazar los cilindros. Al hacerlo así, ocurriósele que, merced á estos pequeños mecanismos, el lenguaje se había fijado, llegando todavía claro y comprensible transcurridos doscientos años. El cilindro colocado, escogido al azar, inició una fantasía musical. Hermosa al principio hasta convertirse en sensual. Bien pronto reconoció lo que le parecía ser una versión alterada de la leyenda de Tannhäuser. La música le era completamente nueva. Pero el drama era realista, y con un sabor contemporáneo desconocido. Tannhäuser no iba á Vernesberg, sino á Villa Placer. ¿Qué era Villa Placer? Un sueño seguramente, la fantasía de un voluptuoso libretista.

Llegó á sentir ansiedad, interés. La historia se desarrollaba con un dejo de extraño sentimentalismo. Al poco rato cesó de gustarle. Y le agradaba menos á medida que iba desarrollándose.

Sintió una revulsión de sentimientos. Aquello no era una pintura, ni una idealización, sino realidades fotografiadas. No quiso saber nada más de la Vernesberg del siglo XXII. Olvidó la parte representada por el modelo del siglo XIX y se dejó exaltar por una injusta indignación. Levantóse enfadado y casi con vergüenza de haber presenciado aquello, aun solo. Empujó el aparato y forcejeó para detener el movimiento. Algo estalló. Una chispa violada le fulminó y paralizó el brazo, y el aparato quedó inmóvil. Cuando al siguiente día trató de reemplazar el cilindro de Tannhäuser por otro, encontró que estaba roto...

Comenzó á dar paseos transversales por la habitación, luchando con intolerables impresiones. Las cosas que había deducido de los cilindros, y las cosas que había visto, le confundían, le ponían en un conflicto. Lo que

más le sorprendía era que, en sus treinta años de vida, no se le hubiese ocurrido jamás formarse un cuadro de los tiempos venideros.

—Hacíamos el futuro—dijo,—y apenas nos preocupábamos en pensar qué futuro estábamos haciendo. Y aquí está ese futuro.

Pensó en Bellamy, el héroe de cuya socialista utopía, había anticipado de un modo tan extraño esta experiencia. Pero aquí no había utopía ni estado socialista. Había visto lo bastante para cerciorarse de que la antigua antítesis del lujo, el despilfarro y la sensualidad de un lado, y la miseria más abyecta del otro, persistían aún. Conocía bastante de los factores esenciales de la vida para comprender esta correlación. Y no eran solamente los edificios de la gigantesca ciudad, y la muchedumbre en la gigantesca calle; las voces que habían oído en su trayecto, la inquietud de Howard, la atmósfera misma, hablaban de un gigantesco descontento. ¿En qué país estaba? Le parecía Inglaterra, y sin embargo anti-inglés. Su mente se fijó en el resto del mundo y vio tan sólo un enigmático velo.

Recorrió el aposento examinándolo todo como un animal enjaulado. Se sentía muy cansado, sentía esa febril extenuación que no admite reposo. Escuchó durante largos intervalos debajo del ventilador para percibir algún remoto rumor del tumulto que indudablemente recorría las calles de la ciudad.

Comenzó á monologear.

—¡Doscientos tres años!—se dijo repetidas veces rindiendo estúpidamente.—¡Así, pues tengo doscientos treinta y tres años! El habitante más viejo. Seguramente no habrán desviado la tendencia de nuestro tiempo, encauzándola á los tiempos más antiguos. Mis derechos son indisputables. Gruñe, gruñe. Recuerdo las atrocidades búlgaras como si fueran de ayer. ¡Este es un gran siglo! ¡Ah, ah!

Sorprendióle al principio oírse reír, y luego rió deliberadamente y con mayor fuerza. Después se dió cuenta de que se estaba conduciendo locamente.

—¡Seriedad!—dijo.—¡Seriedad!

Su paso se hizo más regular.

—¡Este nuevo mundo!...—dijo.—Yo no lo comprendo. ¿Por qué? ¡Pero todo no es más que *por qué!* Supongo que pueden volar y hacer toda clase de cosas. Tratemos de recordar cómo ha empezado...

Al principio le sorprendió encontrar cuán vagas se habían tornado las memorias de los primeros treinta años. Recordaba fragmentos, triviales momentos en su mayor parte, pero no las cosas de gran importancia que había observado. Su adolescencia le pareció, al principio la más accesible, y recordó ciertos libros de texto y algunas reglas de medición. Después volvió á recordar las cosas más salientes de su vida, memorias de la esposa, muerta hacía tanto tiempo, su mágica influencia ahora más allá de toda corrupción, de sus rivales y amigos y envidiosos, de la precipitada decisión sobre esto y lo otro, y después, de sus últimos años de infortunio, de indecisas resoluciones, y por fin sus excesivos estudios. Bien pronto comprendía que volvía á poseerlo todo de nuevo; empañado quizás, como metal olvidado en un rincón largo tiempo, pero de ningún modo deteriorado, capaz de adquirir el pulimento de nuevo. Y el matiz de ello con una creciente miseria. ¿Era él digno de volver á ser pulimentado? Por un milagro había sido arrancado á una vida que le era intolerable...

Volvió á su presente condición. Luchó en vano contra los hechos. Llegó á parecerle todo una inextricable madeja. Vió que el cielo, á través del ventilador, se teñía con el rosa del crepúsculo. Una antigua persuasión emergió de los oscuros abismos de su memoria.

—Es preciso que duerma—se dijo.

Se le apareció como un delicioso alivio de su mental agonía y de la creciente fatiga y debilidad de sus músculos. Dejóse caer en el extraño lecho y bien pronto quedó dormido...

Estaba destinado á familiarizarse con aquellos aposentos antes de abandonarlos, pues permaneció en ellos tres días encerrado. Durante este tiempo, nadie, excepto Howard, penetró en su prisión. La maravilla de su destino se mezclaba, y en cierto modo disminuía la maravilla

de su resurrección. Había despertado, á lo que parecía, tan sólo para ser sumido en una inesperada soledad. Howard acudía regularmente con sutiles alimentos y nutritivos fluidos, y ligeros y agradables manjares, enteramente extraños para Graham. Cerraba cuidadosamente la puerta cuando entraba. En materia de detalles era la amabilidad personificada, pero por lo demás se negaba en absoluto á explicar nada de lo que pudiera interesar al recluso. Evadía, con tanta cortesía como le era posible, toda pregunta acerca de los asuntos políticos del país.

Y en aquellos tres días los pensamientos de Graham adquirieron mayor extensión y fueron más leños. Todo lo que había visto, todo aquel cuidado puesto para impedirle que viese, no cesaba de trabajar en su mente. Discutió casi todas las posibles interpretaciones acerca de su posición, y hasta sin hacer alto en ella, la verdadera interpretación. Cosas que se le ocurrieron llegaron á parecerle por último creíbles, en virtud de su reclusión. Cuando por fin llegó el momento de su liberación, le encontró preparado...

La conducta de Howard contribuyó á aumentar la impresión que Graham tenía acerca de su propia importancia; sus preguntas se hicieron más definitivas y concretas. Howard tomaba la retirada entre protestas y dificultades. El despertar había sido imprevisto, repetía; parecía haber coincidido con los comienzos de una convulsión social.

—Para explicarlo, tendría que contarle á usted la historia de una gruesa y media de años—protestó Howard.

—El asunto es este—dijo Graham.—Ustedes temen algo que yo puedo hacer. En algún modo soy un árbitro... ó pudiera serlo.

—No es eso. Pero usted cuerta... esto sí puedo decirlo... con el automático aumento de su fortuna, y esto pone grandes probabilidades de intervención en sus manos. Y por otros conceptos, usted tiene influencia, con sus nociones del siglo XVIII.

—Siglo XIX—corrigió Graham.

—Con las nociones de su viejo mundo, en fin, igno-

rante como está usted de todo el mecanismo de nuestro estado...

—¿Soy yo un loco?

—No, ciertamente.

—¿Tengo yo cara de obrar imprudentemente?

—Nadie esperaba que obrase usted de ningún modo. Nadie imaginaba que usted despertaría. El Consejo le había rodeado á usted de materias antisépticas. En verdad, nosotros creíamos que estaba usted muerto... un mero caso de conservación. Y... pero esto es demasiado complicado. No osábamos de repente... mientras no estaba usted sino á medio despertar...

—No debía hacerse—dijo Graham.—Supongamos que es como usted dice... ¿por qué no se me ilustra noche y día con hechos y consejos, y toda la sabiduría del tiempo, necesaria para llenar mis responsabilidades? ¿Soy más sabio ahora que dos días hace, si es que hace dos días que desperté?

Howard se pellizó los labios.

—Empiezo á tener... lo tengo con más claridad á cada momento... el presentimiento de una complicada ocultación de la cual es usted el punto saliente. ¿Ese Consejo ó Comité, ó lo que sea, no percibe las rentas de mi herencia?

—Esa sospecha...—dijo Howard.

—¡Bah!—dijo Graham.—Y ahora fíjese usted en lo que voy á decirle; los que me tienen aquí no lo pasarán bien. De ningún modo. Yo estoy vivo. No le quepa á usted duda... estoy vivo. Cada día mi pulso es más fuerte y mi mente más clara y vigorosa. No más quietismo. Soy un hombre devuelto á la vida, y quiero vivir.

«¡Vivir!»

El semblante de Howard se iluminó con una idea, adelantó hacia Graham y le habló en tono confidencial. El Consejo le tiene á usted aquí por su bien, usted está intranquilo. Naturalmente... un hombre enérgico... se encontrará usted aburrido. Pero nosotros estamos ansiosos por complacerle en cuanto desee... todo... todo... Quizá yo adivine... ¿quisiera usted tener compañía?

Se detuvo intencionadamente.

—Sí—dijo Graham pensativo;—lo quisiera.

—¡Ah! ¡Nos hemos descuidado!

—Los grupos que iban por las calles.

—Eso—dijo Howard,—me temo... Pero...

Graham comenzó á dar paseos á lo largo del aposento. Howard permaneció cerca de la puerta contemplándole. La intención del ofrecimiento de Howard era tan sólo medio de evasiva para Graham. ¿Compañía? Suponiendo que aceptase la propuesta, ¿qué clase de compañía pediría? ¿No sería posible que pudiese recoger de sus conversaciones con un compañero algún indicio de la lucha que había comenzado tan vivamente en los momentos de su despertar! Meditó de nuevo, y la idea comenzó á tomar cuerpo. Volvióse de pronto hacia Howard.

—¿Qué entiende usted por compañía?

Howard levantó los ojos y se encogió de hombros.

—Humanos seres—dijo con curiosa sonrisa.—Nuestras ideas sociales tienen cierto aumento de liberalidad quizás, en comparación con su tiempo. Si un hombre desea librarse del tedio... nada mejor que la sociedad de una mujer. No lo creemos escandaloso. Hemos aclarado nuestra mente de fórmulas. Existe en nuestra sociedad una clase, una necesaria clase, no ya despreciada... discreta...

Graham se quedaba atónito.

—Eso le hará hallar menos pesado el tiempo—continuó Howard.—Una cosa en la que debí haber pensado antes, pero con todas estas ocurrencias...

Y señaló el exterior.

Graham vaciló. Por un momento la figura de una posible mujer que su imaginación creó súbitamente, dominó su mente con intensa atracción. Después tuvo un acceso de cólera.

—¡No!—gritó.

Comenzó á dar vivos paseos por la estancia.

—Todo lo que usted dice, todo lo que usted hace, me convence... de algún gran acontecimiento con el cual estoy relacionado. No deseo pasar el tiempo como usted dice. Sí, ya sé. Deseo é indulgencia son vida en un sentido... ¡y muerte! ¡Extinción! En mi vida anterior

á mi sueño, he tratado de esa lastimosa cuestión. No quiero empezar de nuevo. Aquí existe una ciudad, una multitud, y entretanto yo estoy aquí como un conejo en el morral.

Su cólera aumentó. Se dejó llevar de ella y prorrumpió en furiosas maldiciones. Sus gestos eran más elocuentes que las palabras.

—No sé cual puede ser su partido. Estoy en la oscuridad y ustedes me mantienen en ella. Pero tengo la seguridad de que no me han recluso aquí con ningún buen propósito. Le prevengo, le aviso de las consecuencias. Tan pronto como ocupe mi puesto...

Se percató de que toda amenaza podía volverse contra él. Se detuvo. Howard le miró con curiosa expresión.

—Llevaré este mensaje al Consejo—dijo.

Graham sintió un momentáneo deseo de arrojarle sobre él, derribarle y dejarle fuera de combate. Sin duda debió pintarse el impulso en su rostro, pues los movimientos de Howard fueron vivísimos. En un segundo la silenciosa puerta se encontraba cerrada, y el hombre del siglo XIX completamente solo.

Por un momento quedó rígido, con las crispadas manos en actitud amenazadora. Después las dejó caer.

—¡Que loco he sido!—dijo

Y de nuevo se dejó dominar por la cólera, paseando por la estancia y lanzando una sarta de juramentos.

Durante un gran intervalo estuvo como asaltado de una especie de frenesí, maldiciendo de su posición y de su propia locura, y de los miserables que le tenían prisionero. Y hacía esto porque no quería ver con calma su posición. Se aferró á su cólera, porque temía al temor.

Bien pronto encontróse razonando consigo mismo. Su prisión era inexplicable, pero sin duda las formas legales, las nuevas formas legales, lo permitían. Indudablemente aquello era legal. Estas gentes iban doscientos años más allá en civilización, que la generación Victoriana. No era posible que fuese menos... humana. ¡Y sin embargo, habían aclarado su mente de fórmulas! ¿Sería la humanidad una fórmula como lo era la castidad?

Su imaginación comenzó á seguir todas las cosas que podían hacerle, conjeturar algo.

—Si llegase lo peor de lo peor—se encontró diciendo por último,—puedo convenir en lo que desean. Pero ¿qué es lo que desean? ¿Y por qué no lo piden en lugar de tenerme en esta incertidumbre?

Volvió á su primera preocupación acerca de las posibles intenciones del Consejo. Empezó á reconsiderar los detalles de la conducta de Howard, sus siniestras ojeadas, sus inexplicables vacilaciones. Entonces, por la primera vez, su mente acarició la idea de una fuga de aquellos aposentos; pero ¿cómo escapar en aquel vasto y frecuentado recinto? Y primero ¿cómo salir de aquellas habitaciones?

—¿Qué beneficios puede reportar á nadie, el que me ocurra un daño á mí?

Pensó en el tumulto, la agitación social de la que parecía ser él la inocente bandera. Un recuerdo, bastante inoportuno, y sin embargo, insistente, se presentó fuera de las oscuridades de su memoria. Otro Consejo había dicho.

«Es buena medida la de que un hombre muera en bien del pueblo.»

CAPITULO VIII

POR LOS TEJADOS

Como las alas en la abertura circular del aposento interior continuasen girando y permitiesen entrever intervalos de cielo, confusos sonidos fueron oídos procedentes de arriba. Y Graham, sentado debajo, luchando en las tinieblas con los desconocidos poderes que le tenían aprisionado, y que ahora comenzaban á preocuparle, se sobresaltó al sonido de una voz.

Levantó los ojos y vió, en los intervalos de la rotación,

confusamente, el rostro y los hombros de un hombre que le miraba. Después, una oscura mano se extendió, y algo comenzó á caer en el pavimento resonando apenas.

Graham miró al suelo y vió manchas de sangre. Levantó de nuevo la vista con extraña excitación. La figura había desaparecido.

Permaneció inmóvil, todas sus potencias estaban reconcentradas en la movable faja de oscuridad, pues en el exterior había cerrado la noche. Se percató de algunos débiles, remotas y negras manchas que flotaban en el exterior. Bajaron hacia el agujero, y fueron dispersas por las alas del ventilador. Se vió un destello de luz, las manchas se tornaron blancas, y la oscuridad se enseñoreó de nuevo. A pesar del calor y la luz en su cuarto, vió que nevaba encima.

Graham dió una vuelta por el aposento y volvió de nuevo debajo del ventilador. Vió pasar la cabeza de un hombre. Percibió un murmullo de voces. Después un pequeño golpe en alguna sustancia metálica, esfuerzos, voces, y el ventilador se detuvo. Un reguero de copos de nieve penetró en la habitación, deshaciéndose antes de llegar al suelo.

—No tenga usted temor—dijo una voz.

Graham se colocó debajo de la abertura.

—¿Quiénes son ustedes?—preguntó en voz baja.

Por un momento no se oyó sino una ondulación del ventilador, y después la cabeza de un hombre apareció en el agujero. Su rostro aparecía como invertido á Graham; su negra cabellera estaba blanqueada por la nieve. Su brazo se extendió en la oscuridad conduciendo algo que no podía verse. Aquel rostro era juvenil y de brillantes ojos, y las venas de su frente estaban hinchadas. Parecía hacer un gran esfuerzo para mantenerse en aquella posición.

Durante algunos momentos ni él ni Graham dijeron una palabra.

—¿Es usted el durmiente?—dijo por último el desconocido.

—Sí—dijo Graham.—¿Qué me quiere usted?
Me envía Ostrog, señor.

Su imaginación comenzó á seguir todas las cosas que podían hacerle, conjeturar algo.

—Si llegase lo peor de lo peor—se encontró diciendo por último,—puedo convenir en lo que desean. Pero ¿qué es lo que desean? ¿Y por qué no lo piden en lugar de tenerme en esta incertidumbre?

Volvió á su primera preocupación acerca de las posibles intenciones del Consejo. Empezó á reconsiderar los detalles de la conducta de Howard, sus siniestras ojeadas, sus inexplicables vacilaciones. Entonces, por la primera vez, su mente acarició la idea de una fuga de aquellos aposentos; pero ¿cómo escapar en aquel vasto y frecuentado recinto? Y primero ¿cómo salir de aquellas habitaciones?

—¿Qué beneficios puede reportar á nadie, el que me ocurra un daño á mí?

Pensó en el tumulto, la agitación social de la que parecía ser él la inocente bandera. Un recuerdo, bastante inoportuno, y sin embargo, insistente, se presentó fuera de las oscuridades de su memoria. Otro Consejo había dicho.

«Es buena medida la de que un hombre muera en bien del pueblo.»

CAPITULO VIII

POR LOS TEJADOS

Como las alas en la abertura circular del aposento interior continuasen girando y permitiesen entrever intervalos de cielo, confusos sonidos fueron oídos procedentes de arriba. Y Graham, sentado debajo, luchando en las tinieblas con los desconocidos poderes que le tenían aprisionado, y que ahora comenzaban á preocuparle, se sobresaltó al sonido de una voz.

Levantó los ojos y vió, en los intervalos de la rotación,

confusamente, el rostro y los hombros de un hombre que le miraba. Después, una oscura mano se extendió, y algo comenzó á caer en el pavimento resonando apenas.

Graham miró al suelo y vió manchas de sangre. Levantó de nuevo la vista con extraña excitación. La figura había desaparecido.

Permaneció inmóvil, todas sus potencias estaban reconcentradas en la movable faja de oscuridad, pues en el exterior había cerrado la noche. Se percató de algunos débiles, remotas y negras manchas que flotaban en el exterior. Bajaron hacia el agujero, y fueron dispersas por las alas del ventilador. Se vió un destello de luz, las manchas se tornaron blancas, y la oscuridad se enseñoreó de nuevo. A pesar del calor y la luz en su cuarto, vió que nevaba encima.

Graham dió una vuelta por el aposento y volvió de nuevo debajo del ventilador. Vió pasar la cabeza de un hombre. Percibió un murmullo de voces. Después un pequeño golpe en alguna sustancia metálica, esfuerzos, voces, y el ventilador se detuvo. Un reguero de copos de nieve penetró en la habitación, deshaciéndose antes de llegar al suelo.

—No tenga usted temor—dijo una voz.

Graham se colocó debajo de la abertura.

—¿Quiénes son ustedes?—preguntó en voz baja.

Por un momento no se oyó sino una ondulación del ventilador, y después la cabeza de un hombre apareció en el agujero. Su rostro aparecía como invertido á Graham; su negra cabellera estaba blanqueada por la nieve. Su brazo se extendió en la oscuridad conduciendo algo que no podía verse. Aquel rostro era juvenil y de brillantes ojos, y las venas de su frente estaban hinchadas. Parecía hacer un gran esfuerzo para mantenerse en aquella posición.

Durante algunos momentos ni él ni Graham dijeron una palabra.

—¿Es usted el durmiente?—dijo por último el desconocido.

—Sí—dijo Graham.—¿Qué me quiere usted? Me envía Ostrog, señor.

—¿Ostrog?

El hombre del ventilador hizo girar su cabeza hasta ponerse de perfil para Graham. Pareció como que escuchaba. De pronto lanzó una exclamación y se retiró á tiempo de evitar las alas del ventilador puesto de nuevo en marcha. Y cuando Graham levantó los ojos nada era visible fuera de la nieve cayendo lentamente.

Pasó quizás un cuarto de hora antes de que ocurriese nada en el ventilador. Pero transcurrido este intervalo se oyó de nuevo el sonido metálico; las alas se detuvieron y el rostro reapareció. Graham había permanecido todo este tiempo en el mismo sitio, alerta y temblando de excitación.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea usted?—dijo.

—Deseo hablar con usted, señor—replicó el intruso.—Queremos... yo no puedo explicarlo claramente. Hace tres días que estamos buscando un medio de llegar á usted.

—¿Hay medios de salir?—preguntó Graham.

—Sí, señor. Cuando usted quiera.

—¿Es usted de mi partido... del partido del durmiente?

—Sí, señor.

—¿Qué he de hacer?—preguntó Graham.

Hubo un momento de lucha. El brazo del desconocido apareció y de su mano goteaba sangre. Sus piernas aparecieron sobre el borde de la abertura.

—Apártese usted—dijo el hombre, y se dejó caer pesadamente, dando de bruceas á los piés de Graham. El ventilador se puso en marcha rechinando tenuemente. El forastero incorporóse, jadeante, frotándose, lastimado, y clavados en Graham sus brillantes ojos dijo:

—Efectivamente es usted el durmiente. Yo le he visto á usted dormido. Cuando estaba prohibido que nadie le viese á usted.

—Yo soy el hombre que estaba en tan largo sueño—dijo Graham.—Me han aprisionado aquí. Estoy aquí desde que desperté... lo menos tres días...

El intruso iba á hablar, oyó algo, echó una rápida mirada á la puerta, y de repente dejó á Graham y corrió

hacia ella profiriendo incoherentes frases. Un arma de acero brilló en su mano y comenzó á golpear los goznes.

—¡Cuidado!—exclamó una voz.—¡Oh!

La voz venía de arriba.

Graham levantó los ojos y vió las plantas de dos piés; fué golpeado por una de ellas, y el golpe le hizo rodar por el suelo, oyendo la caída de otro cuerpo. Al caerse, vió á un hombre también caído, en el suelo, delante de él.

—No le había visto á usted, señor!—dijo el hombre con voz entrecortada. Levantóse y ayudó á Graham á hacer otro tanto.—¿Se ha lastimado usted?

Empezaron á oírse repetidos golpes en el ventilador, algo cayó rozando la cara de Graham, y una brillante lámina de metal rebotó en el suelo.

—¿Qué es esto?—exclamó Graham, confuso y mirando hacia el ventilador.—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué van ustedes á hacer? Recuerden que yo no comprendo nada.

—Apártense—dijo una voz; y otro trozo de metal cayó pesadamente en el suelo.

—Deseamos que nos siga usted—dijo el recién llegado, y Graham al mirarle de nuevo, vió otro corte en su frente que le ensangrentaba el rostro.—Su pueblo le pide.

—¿Ir adónde? ¿Mi pueblo!

—Al edificio junto á los mercados. Su vida peligrará aquí. Tenemos espías. Lo hemos podido averiguar á tiempo. El Consejo ha decidido... hoy mismo... narcotizarlo ó envenenarlo á usted. Y todo está dispuesto. El pueblo está aleccionado, la policía, los artilleros, y la mitad de las tropas están con nosotros. Tenemos la ciudad llena de gente que grita contra el Consejo. Tenemos armas—se enjugó la sangre con la mano.—Aquí su vida corre peligro, señor...

—Pero ¿para qué las armas?

—El pueblo se ha levantado para defenderle á usted, señor.

—¿Qué?

Volvióse vivamente al oír cierto rumor, y Graham vió que el hombre que había saltado el primero retrocedía alarmado, haciéndoles señas de que se ocultasen, y enca-

minándose á la puerta como si quisiera colocarse detrás de ella.

Y así lo hizo cuando apareció Howard con una bandeja y servicio de almorzar en ella, en la mano, é inclinado su impasible rostro. Sobresaltóse, levantó los ojos, la puerta retumbó detrás de él, la bandeja cayó de sus manos, y Howard recibió un certero golpe detrás de la oreja. Cayó como un árbol cortado por su base y quedó tendido en medio del aposento exterior. El hombre que le había asestado el golpe, se inclinó presuroso sobre él, le examinó el rostro un momento, levantóse y volvió á la puerta.

—¡Su veneno!—dijo una voz al oído de Graham.

Luego, bruscamente, quedaron sumidos en la oscuridad. Las innumerables luces de la cornisa se habían apagado. Graham vió la abertura del ventilador, la nieve arremolinándose fantásticamente sobre ella y negras figuras moviéndose en torno. Tres se asomaron al agujero; un objeto confuso, una escala, se deslizaba de lo alto, y una mano apareció sosteniendo una luz amarillenta.

Graham tuvo un momento de vacilación. Pero el modo de ser de aquellos hombres, su rapidez, sus palabras, estaban de acuerdo con sus temores sobre el Consejo, con su idea y esperanza de una liberación, que fué cuestión de un momento. ¡Y su pueblo le esperaba!

—No comprendo—dijo,—pero en ustedes confío. ¿Qué hay que hacer?

El hombre de la frente herida asió á Graham por el brazo.

—Suba usted por esa escalera—cuchicheó.

—¡Vivo! Deben haber oído...

Graham se dirigió á la escalera con las manos extendidas, puso el pie en el primer peldaño, y, volviendo la cabeza, vió, por encima del hombro del que iba más próximo, al amarillento reflejo de la luz, al primero que había entrado y agredido á Howard, ocupado todavía en la puerta. Volvióse de nuevo á la escalera y fué subiendo por este medio hasta llegar á los de arriba, los cuales le ayudaron á pasar la abertura, y luego se encontró sobre

algo duro, frío y resbaladizo, fuera del conducto del ventilador.

Tiritó. Se percató de una gran diferencia en la temperatura. Media docena de hombres le rodeaban, y menudos copos de nieve caían en su rostro y manos, derriéndose. Estaba oscuro; luego surcó el espacio un relámpago violado y todo quedó de nuevo á oscuras.

Comprendió que estaba sobre el tejado del vasto edificio que había reemplazado á las casas, calles y espacios claros del Londres victoriano. El lugar era llano, con gigantescos cables salomónicos que se cruzaban en todas direcciones. Las circulares ruedas de cierto número de molinos de viento, se destacaban indistintas y colosales á través de la oscuridad y la nieve que caía, y giraban con variado rumor según las oscilaciones del viento. En alguna parte, una blanca luz que aparecía allá abajo, hacía centellear los bordes nevados, y se desvanecía en seguida; y aquí, y allá, más abajo, alguna rápida maquinaria pasaba veloz, esparciendo chispas lívidas.

Todo esto lo apreció de una manera fragmentaria, rodeado de sus libertadores. Alguien le echó un espeso y suave abrigo, de un tejido lanoso, sobre los hombros, y lo envolvió en él cuidadosamente. Las cosas eran dichas breve y decisivamente. Alguien le empujó hacia adelante.

Antes de que aclaráse su mente, una figura negra le asió por el brazo.

—Por aquí, dijo aquella figura, indicándole á través del inmenso tejado un confuso haz de luz en forma de semicírculo. Graham obedeció.

—¡Cuidado!—dijo una voz al tropezar Graham con un cable.—Entre los cables y no á través de ellos—dijo la voz.—Démonos prisa.

—¿Dónde está el pueblo?—dijo Graham.—¡El pueblo que dice usted que me espera!

El desconocido no contestó. Dejó el brazo de Graham al estrecharse el camino, y le precedió dando grandes zancadas. Graham seguía ciegamente. Un momento después se encontró corriendo.

—¿Vienen los otros?—preguntó jadeante; pero no re-

cibió contestación. Su compañero miró hacia atrás y continuó la carrera. Llegaron á una especie de pasarela de metal, transversal á la dirección que habían seguido, y se desviaron un tanto para seguirla. Graham volvió la cabeza, pero la nevada ocultaba á los otros.

—¡Adelante!—le gritó el guía.

A toda carrera llegaron junto á un pequeño molino de viento que giraba á bastante altura.

—¡Alto!—gritó el guía de Graham, y evitaron una cinta sin fin que descendía vertiginosamente con movimiento circular entre el molino y debajo del tejado.

—¡Por aquí! y se encontraron hundidos hasta la rodilla en un canalón lleno de nieve, entre dos paredillas de metal, que bien pronto subieron hasta la cintura.

—Yo iré primero—dijo el guía.

Graham se arrolló el abrigo y le siguió. De pronto presentóse un estrecho abismo, á través del cual el canalón saltaba á la nevada oscuridad del otro borde. Graham trató de atisbar desde la orilla. Por un momento se arrepintió de su fuga. No osó mirar otra vez, y su cerebro flaqueó, al meterse y chapuzar por aquella nieve semilíquida.

Fuera del canalón, se encaramaron y corrieron á través de un ancho espacio llano, húmedo con la nieve que se deshacía, en medio del cual, se movían, debajo de la superficie, luces que iban en todas direcciones. Vaciló ante aquella substancia de aparente endebles, pero el guía continuó sin hacer caso, y así llegaron y gatearon por resbaladizos escalones hasta el borde de una inmensa cúpula de cristal. Dieron la vuelta á esta cúpula. Allí abajo, lejos, una multitud de personas parecía entregada al placer de la danza, y los acordes de la música se remontaban hasta la cúpula... Graham imaginó oír un gran vocerío, y su guía le dió el ejemplo de otro acceso de rapidez. Gatearon jadeantes por un espacio de colosales molinos de viento, tan inmenso uno de ellos que tan sólo la parte inferior del disco aparecía fugitivamente á la vista y perdiéronse luego en la oscuridad. Anduvieron durante algún tiempo á través de los componentes metálicos de su base, y llegaron por último á un lugar de mo-

vibles plataformas, parecido al lugar que Graham había divisado desde la terraza. Se arrastraron á través de la cenagosa transparencia que cubría esta calle de plataformas, caminando á gatas á causa de lo resbaladizo de la nieve.

En la mayor parte del trayecto el cristal estaba empañado, y Graham tan sólo vió confusas sugerencias de las formas de abajo, pero llegados al punto culminante del transparente techo, el cristal era claro, y se encontró mirando con exactitud todo cuanto alcanzaban sus ojos. Durante cierto intervalo, á pesar de la prisa de su guía, se dejó ganar por el vértigo y permaneció abierto de piernas sobre el cristal, mareado y paralizado. Allí abajo, nuevas manchas movedizas, discurrían; los moradores de una población sin noche, y las plataformas móviles seguían su incesante carrera. Demandaderos y hombres de ignoradas industrias se dispersaban á lo largo de los cables diagonales, y los frágiles puentes, bullían de gente. Era una cosa semejante á la contemplación de una gigantesca colmena de vidrio, que quedaba verticalmente debajo de él, con sólo un diáfano cristal de ignorado espesor para librarle de una caída. En la calle se gozaba de luz y calor, y Graham estaba calado hasta la piel y el frío había entumecido sus piés. Durante un rato no pudo moverse.

—¡Adelante!—gritóle el guía con acento de terror.—

¡Adelante!

Graham llegó á la cúspide del techo mediante un esfuerzo.

Sobre la cumbre, siguiendo el ejemplo del guía, volvióse y se dejó ir de espaldas por la opuesta pendiente, con gran rapidez, entre una pequeña avalancha de nieve. Mientras se deslizaba, pensó en lo que ocurriría si algún boquete se presentaba en su camino. En el borde cayó hasta la rodilla en un vacío cenagoso, dando gracias á Dios por pisar de nuevo un terreno menos peligroso. El guía gateaba ya por una plancha metálica, en una expansión horizontal.

A través de los espesos copos de nieve, se divisaba otra línea de grandes molinos de viento, y después, sú-

bitamente, sobre el cadencioso rumor de las aspas sobresalió un sonido ensordecedor. Era una vibración metálica de gran intensidad, que parecía venir simultáneamente de todos los puntos del círculo.

—¡Estamos descubiertos!—gritó el guía de Graham con acento de terror, y acto seguido, con un relámpago deslumbrador, la noche se convirtió en día.

Sobre la nieve, en lo alto de los molinos de viento, aparecieron elevados mástiles sosteniendo globos de viva luz. Abrieron un extenso campo de visión en todas direcciones. Miraron tan distante como lo permitía la nevada.

—¡Suba usted ahí!—gritó el conductor de Graham, y le empujó hacia un largo enjaulado de metal, libre de nieve que corría como una cinta entre dos cenagosas laderas de nieve. Los entumecidos pies de Graham se caldearon, y un tenue chorro de vapor se inició en el metal.

—¡Adelante!—gritó el guía. Diez metros más allá, y, sin esperar, corrió velozmente á través del incandescente resplandor hacia las bases de hierro de la próxima hilera de molinos. Graham, reponiéndose de su asombro, siguió, convencido de su inminente captura...

En cosa de unos segundos se encontraron dentro de una red de resplandecientes sombras producidas por las móviles barras de los gigantescos discos. El conductor de Graham siguió algún tiempo andando y de pronto se lanzó á un lado y se desvaneció dentro de una negra sombra en el ángulo, al pie de un inmenso soporte. Un momento después Graham estaba á su lado. Se agacharon jadeando y salieron.

La escena que se presentó á los ojos de Graham era de lo más extraño. La nieve había cesado casi; tan sólo algún copo aislado caía á intervalos. Pero la vasta extensión de planicie ante ellos, se veía de un blanco fantástico, interrumpido tan sólo por gigantescas masas y móviles formas, y lejanos recintos de impenetrable oscuridad; vastos y groseros titanes de sombra. Todo alrededor de ellos grandes estructuras metálicas, traviesas de hierro, sobrehumanamente grandes, entrelazadas, y el disco de los molinos, apenas moviéndose en la calma, pasaba

en grandes y resplandecientes curvas, perdiéndose cada vez más lejos en una luminosa bruma. Y con toda esta elevada actividad, con un omnipresente sentido de motivo y designio, aquella nevada desolación de mecanismo, parecía recatarse de toda presencia, parecía poco frecuentada y desierta por los hombres como alguna inaccesible cima de los Alpes.

—Nos estarán buscando—dijo el guía.—Apenas si estamos á la mitad de nuestro camino. Aun cuando esto esté frío, tendremos que escondernos cierto espacio de tiempo... al menos hasta que la nevada arree de nuevo.

—¿Dónde están los mercados?—preguntó Graham mirando en todas direcciones.—¿Dónde está reunido el pueblo?

El otro no contestó.

—¡Mire usted!—murmuró Graham, se acercó más, y permaneció inmóvil.

La nieve, de pronto había empezado á caer más espesa que antes, y deslizándose entre montones de copos del altísimo caballete, venía algo, vago y grande, y con mucha rapidez. Llegó describiendo una curva y girando, con blancas alas extendidas, y un rastro de blanco vapor condensado tras él; levantóse con fácil ligereza y subió brillando en el aire, se encaminó hacia adelante describiendo una vasta curva y se desvaneció de nuevo entre los vaporosos copos de nieve. Y, á través del cordaje de aquel objeto, Graham vió dos hombres diminutos, muy pequeños y activos, registrando con la vista, según le pareció, el área donde él se encontraba, con el auxilio de unos gemelos de campaña. Por un momento fueron distintos, después velados por un espeso torbellino de nieve, después indistintos y un momento después habían desaparecido.

—¡Ahora!—gritó el compañero de Graham.—¡Vamos! Tiró de Graham por la manga, y sin más discusión, comenzaron á correr por debajo de las arcadas que servían de base á los molinos. Graham, corriendo sin tino, chocó contra su conductor, que se había vuelto á él repentinamente. Encontróse á unos doce pasos de un tenebroso boquete, que se extendía á derecha é izquierda

tanto como alcanzaba su vista. Esto parecía impedir todo progreso en una u otra dirección.

—Haga usted lo que yo—dijo el guía con voz imperceptible.—Se echó en el suelo y se arrastró hasta el borde, asomó la cabeza, dió la vuelta y echó fuera una pierna. Parecía buscar algo con el pié, encontrólo, y se deslizó por el borde hacia la sima. Su cabeza reapareció.

—Hay un reborde—dijo.—Por lo oscuro, todo á lo largo. Haga usted lo que yo.

Graham vaciló, se echó al suelo, arrastróse hasta el borde y escudriñó en la oscuridad. Durante un momento de debilidad no tuvo ánimos para proseguir ni para retroceder; después sentóse y extendió la pierna, sintiendo que el guía tiraba de ella, y experimentó la horrible sensación de resbalar por el borde á un insondable y cenagoso canalón, impenetrablemente oscuro.

—Por aquí—susurró la voz, y comenzó á arrastrarse á lo largo de la ranura, sobre la nieve encharcada, pegado á la pared. Así continuaron durante algunos minutos. Parecióle á Graham pasar por cien estados de miseria, pasar, momento tras momento, por cien grados de frío, humedad y extenuación. A los pocos momentos tenía insensibles las manos y los pies.

El canalón seguía una pendiente inclinada. Observó que estaban ahora á muchos piés por debajo de los aleros de los edificios. Grupos de espectrales formas blancas, semejantes á las sombras vistas á través de una cortina, se elevaban sobre ellos. Llegaron al final de un cable tendido sobre una de aquellas ventanas, confusamente visible y perdiéndose en impenetrables sombras. De pronto su mano se posó sobre la del guía.

—¡Quieto!—murmuró éste imperceptiblemente.

Levantó los ojos sobresaltado, y vió las grandes alas de la máquina volante, deslizándose lenta y silenciosamente por encima de su cabeza. En un momento se ocultó otra vez.

—¡No se mueva usted; vuelven!

Durante un buen rato ambos permanecieron inmóviles, después el compañero de Graham levantóse, y lle-

gando á los amarres del cable, tropezó con algún indistinto aparejo.

—¿Qué es eso?—preguntó Graham.

La única respuesta fué un débil grito. El hombre se acurrucó y permaneció inmóvil. Graham le miró y vió oscurecerse su semblante. Observaba la larga faja de firmamento, y Graham, siguiendo sus miradas, vió la máquina volante, pequeña y remota. Después vió que las alas se movían en otra dirección, que la máquina ponía la proa en dirección á ellos, haciéndose cada vez más distinta. Seguía el borde del canalón hacia ellos.

Los movimientos del compañero de Graham se hicieron convulsivos. Puso dos barras en forma de cruz en manos de Graham. Este no podía verlas pero apreció la forma por el tacto. Esta barra se unía al cable por delgados cordeles. En las cuerdas había asideros de cierta elástica substancia.

—Monte usted sobre esta cruz—dijo el guía nerviosamente,—y cójase fuertemente á los asideros. ¡No los suelte usted por nada del mundo!

Graham obedeció sin replicar.

—¡Salte usted!—dijo la voz.—¡Salte usted en nombre del cielo!

Graham no pudo articular una palabra. Después se alegró de que la oscuridad ocultase su rostro. No dijo nada. Comenzó á temblar violentamente. Miró la rápida sombra que iba acreciendo en el espacio y precipitándose hacia ellos.

—¡Salte usted! ¡Salte usted... por Dios ó nos cojerán!—gritó el compañero de Graham, y en la violencia de su pasión, le precipitó.

Graham se tambaleó convulsivamente, lanzó un sollozante grito, un grito proferido á pesar suyo, y después, cuando la máquina volante se cernía sobre ellos, cayó en el fondo de aquella oscuridad, sentado en el travesaño de la cruz y asido á las manillas con la tenacidad del ahogado. Algo crujió, algo rayó tenuemente la pared. Sintió la vibración del crujido en las cuerdas. Oyó gritar á los aeronautas. Sintió un par de rodillas que tropezaban con sus lomos... Descendió á través del aire, se sentía

caer. Toda su fuerza estaba reconcentrada en sus manos. Hubiera querido gritar, pero le faltaba aliento.

Entró en un circuito de luz viva que le hizo aferrarse con más fuerza. Reconoció el gran camino con sus rápidas secciones, las bombas colgantes y la red de cables. Todo huía detrás de él. Tuvo la momentánea impresión de una gran abertura circular, abierta para engullirle.

De nuevo estaba en la oscuridad, cayendo, cayendo, sujetándose con las doloridas manos, y de pronto un trueno de voces, una explosión de luz, y estaba en un inmenso local brillantemente iluminado, con una tumultuosa muchedumbre que se agitaba debajo de él. ¡Su pueblo! Un prosenio, un escenario, volaban hacia él y el cable se introducía en una abertura circular á la derecha de esto. La velocidad del descenso disminuía, y bien pronto llegó á una agradable lentitud. Oyó gritos de «¡Salvado! ¡El señor! ¡Está salvado!» El escenario avanzaba hacia ellos con menos rapidez á cada momento. Entonces oyó lanzar al hombre que iba detrás de él un grito de terror, y este grito encontró abajo un eco formidable. Se dió cuenta de que no se deslizaba ya á lo largo del cable, sino que caía con él. Se elevó un clamoreo de gritos, imprecaciones y alaridos. Sintió algo suave sobre su extendida mano...

Descaba permanecer tendido y la gente le recogió. Creyó después que le habían conducido al estrado y le habían dado algo á beber, pero no estaba seguro. No supo lo que había sido de su guía. Cuando su mente estaba de nuevo clara se encontró en pie; firmes manos le sostenían. Estaba en una inmensa habitación, que era ó parecía un teatro.

Un incesante vocerío resonaba en sus oídos, un rumor le trueno, el rumor de una muchedumbre sin cuento.

- ¡Es el durmiente!
- ¡El durmiente está entre nosotros!
- ¡El durmiente está con nosotros!
- ¡El señor... el amo!
- ¡El amo está con nosotros!
- ¡Sano y salvo!

Graham tuvo la gradual visión de un inmenso local

cuajado de gente. No vió los individuos, tenía la noción de una espuma de sonrosados rostros, de ondulantes brazos y atavíos; sintió la oculta influencia de una vasta muchedumbre que le contemplaba, que se cernía sobre él. Y terrazas, galerías, grandes arcadas permitiendo remotas perspectivas, y gente por doquier, una vasta acumulación de gente, densamente agrupada y vociferando. A través del espacio más cercano se extendía el derrumbado cable semejante á una monstruosa serpiente. Había sido cortado por los tripulantes de la máquina flotante por el extremo superior y estaba tendido á lo largo del local. Algunos hombres parecían ocupados en apartarlo á un lado. Pero el efecto total era vago, las paredes temblaban ante el estrépito.

Graham parecía inseguro y miró á los que tenía á su alrededor. Alguien le sostenía por un brazo.

—Llévenme ustedes á una pequeña habitación—dijo llorando;—una pequeña habitación...

Y no pudo añadir más. Un hombre vestido de negro se aproximó á él, y le tomó por el brazo que tenía libre. Se percató de que algunos solícitos individuos abrían una puerta delante de él. Otro le acompañó hasta una silla. Se tambaleó, dejóse caer pesadamente, y se cubrió el rostro con las manos; temblaba violentamente; su tensión nerviosa había llegado al fin. Le despojaron del abrigo, sin que él recordase cómo; el traje púrpura estaba negro por la humedad. El pueblo discurría en torno suyo; los acontecimientos se desarrollaban, pero durante algún tiempo, él no se dió cuenta.

Se había salvado. Millares de exclamaciones se lo indicaban así. Estaba seguro. Aquel era el pueblo que estaba á su lado. Por un espacio de tiempo sollozó para aliviarse, después permaneció inmóvil con el rostro cubierto. El aire vibraba con los gritos de un gentío innumerable.

CAPITULO IX

EL PUEBLO EN MARCHA

Notó que alguien le llamaba le atención presentándole un vaso lleno de cierto fluido diáfano, levantó la cabeza y vió que era un joven luciendo amarillo ropaje. Tomó el vaso y apuró la dosis, y un momento después estaba resplandeciente. Un hombre de elevada estatura, vistiendo negra hepálanda, estaba detrás de él y señaló el salón á través de la puerta entreabierta. Aquel hombre le hablaba distintamente al oído y sin embargo, sus palabras eran indistintas á causa del gran rumor que venía de aquella especie de anfiteatro. Detrás de este individuo se veía una joven con una falda gris de reflejos argentinos, á la que Graham, aun en su confusión, juzgó bella. Sus negros ojos, llenos de curiosidad y admiración, estaban fijos en él, y temblaban sus labios entreabiertos. La puerta, á medio abrir, permitía entrever la apiñada multitud de aquel gran patio, y escuchar un inmenso vocerío, un rumor de aplausos que se extinguían para comenzar de nuevo, elevándose al redoble del trueno; y así con continuas intermitencias, todo el tiempo que Graham permaneció en la relativamente reducida estancia. Graham observaba los labios del hombre vestido de negro y se dió cuenta de que le estaba haciendo alguna inconexa explicación.

Contempló estúpidamente durante unos momentos todas aquellas cosas, y luego se levantó súbitamente; asió el brazo del hombre que le hablaba.

—Dígame usted!—exclamó.—¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo?

Los otros se acercaron al oír sus voces. «¿Quién soy yo? Los ojos de Graham interrogaban todas aquellas cosas.

—¿No le han dicho nada?—exclamó la joven.

—¡Decidme, decidme!—gritó Graham.

—Usted es el amo de la tierra. Medio mundo le pertenece.

Creyó haber oído mal. Se resistía á la persuasión. Afectó no haber comprendido, no haber oído. Dejó oír de nuevo su voz.

—Hace tres días que estoy despierto... prisionero éstos tres días. Juzgo que se ha entablado una lucha entre cierto número de gentes de la ciudad... ¿es Londres?

—Sí—dijo el hombre joven.

—¿Y aquellos que vi en el gran salon del blanco Atlas? ¿Qué relación tienen conmigo? Porque sea de una manera ú otra, tienen relación conmigo. Por qué, no lo sé. Páreceme á mí que mientras he estado durmiendo el mundo se ha vuelto loco. Y me he vuelto loco yo.

¿Eran los consejeros, aquellos que estaban bajo el Atlas? ¿Por qué querían narcotizarme?

—Para tenerle á usted insensible—dijo el hombre de lo amarillo.—Para impedir su intervención.

—Pero ¿por qué?

—Porque usted es el Atlas, señor.—dijo el de ropaje amarillo.—El mundo descansaba sobre los hombros de usted. Ellos lo gobiernan en su nombre.

Y los sonidos del patio habían cesado, y el silencio era interrumpido por una voz monótona. Repentinamente, pronunciadas estas palabras, llegó un tumulto ensordecedor, un atronador vocerío, vivas coreadas por miles de voces roncadas y chillonas, palmadas, silbidos, y mientras duró esto, los de la habitación no pudieron oírse los unos á los otros.

Graham estuvo tratando de retener en su imaginación lo que acababa de oír.

—El Consejo...—repitió vagamente, y después se fijó en un nombre que le había impresionado.—Pero ¿quién es Ostrog?—dijo.

—Es el organizador... el organizador de la revolución. Nuestro jefe... en nombre de usted.

—¿En mi nombre?... ¿Y él? ¿Por qué no está él aquí?

—El... nos ha diputado á nosotros. Yo soy hermano suyo... hermanastro, Lincoln. Desea que se muestre usted al pueblo congregado aquí y después vaya á reunirse con él. Por eso nos ha enviado. Esta comunicando ahora en la dirección de semáforos. El pueblo se ha puesto en marcha.

—En su nombre—gritó el joven,—ellos han gobernado, abusado, tiranizado. Por último...

—¡En mi nombre! ¡Mi nombre! ¡Cómo!...

El más joven de los dos hombres aprovechando una pausa del estrépito exterior, con voz indignada y declamatoria, una voz penetrante que salía de debajo de su roja nariz aguileña y espeso bigote, dijo:

—Nadie esperaba su despertar. Nadie. Son muy astutos. ¡Condenados intrigantes! Pero les hemos tomado la delantera. ¡No sabían si narcotizarle á usted, hipnotizarle ó matarle!

De nuevo el ruido del patio lo dominaba todo.

—Ostrog está en la dirección de señales, preparado...

Hasta me parece oír rumores del comienzo de la lucha.

El hombre que había dicho llamarse Lincoln, se acercó á él.

—Ostrog ha combinado el plan. Tenga usted confianza en él. Estamos bien organizados. Nos apoderaremos de los pisos volantes... Quizás en este momento se esté haciendo. Después...

—El público que hay aquí—gritó el hombre de amarillo,—no es tan sólo un contingente. Tenemos cinco miriadas de hombres resueltos...

—Tenemos armas—exclamó Lincoln.—Tenemos planes. Un jefe. La policía se ha retirado de las calles reconcentrándose en... (ininteligible).—Ahora ó nunca. El Consejo se tambalea... Ni siquiera pueden confiar en sus tropas...

—¡Oiga usted cómo le llama el pueblo!

La mente de Graham era como una noche de luna, en un cielo surcado de nubes; ora oscuridad y desolación, ora claridad y blancura. El que era el Dueño de la Tierra, sólo sentía que era un hombre calado hasta los huesos por la nieve derretida. De todas partes sus fluctuan-

tes impresiones, la más dominante presentaba un antagonismo; de una parte el Consejo Blanco, poderoso, disciplinado, reducido, el Consejo Blanco de cuyas manos acababa de escapar; y de la otra, inmenso número de gente, apiñada, masas, aclamando su nombre y llamándole el Amo. Los primeros le habían aprisionado y discutido su muerte. Estos miles de vociferadores que le esperaban fuera le habían rescatado. Porque estas cosas eran así, Graham no lo comprendía.

Abierta la puerta, la voz de Lincoln fué barrida y ahogada, y una oleada de gente se precipitó hacia el tablado. Aquellos intrusos se aproximaron al durmiente y á Lincoln, gesticulando. Las voces de detrás apagaban las suyas.

—¡Mostradnos al durmiente, mostradnos al durmiente!—era la nota dominante. Otros intimaban «¡Orden! ¡Silencio!»

Graham miró á través del hueco de la puerta y vió en el vasto, oblongo cuadro del lejano anfiteatro, una ondulante, incesante confusión de seres apiñados, vociferadores semblantes, hombres y mujeres juntos, vistiendo ropas azul pálido, extendidas las manos. Muchos estaban de pie; un hombre andrajoso, una figura huesuda, de pie sobre un banco, agitaba un harapo negro. Graham vió la curiosidad y admiración en los ojos de la joven de falda gris. ¿Qué quería de él aquella gente? Se daba cuenta, vagamente, de que el tumulto en el exterior había cambiado de carácter; era ahora en cierto modo correcto, organizado; su propio espíritu, también cambio. Por un intervalo no reconoció la influencia que le estaba transformando. Trató de hacer claras demandas acerca de lo que se requería de él.

Lincoln le gritaba al oído, pero Graham era sordo á sus voces. Todos los demás, excepto la joven, vociferaban hacia el anfiteatro. Entonces comprendió lo que ocurría. La masa entera del pueblo estaba cantando. No era sencillamente un canto, las voces coreaban ó acompañaban á una música instrumental; música semejante á la de un órgano, un conjunto de sonidos, en que se distinguían trompetas y flautas, que parecían entonar la marcha

y acordes del comienzo de una guerra. Y los piés de la muchedumbre llevaban el compás.—¡Pam, pam!

Fué impelido hacia la puerta. Obedeció maquinalmente. El ardor del canto le asaltó, le reanimó.

—Salúdelos usted con la mano—dijo Lincoln;—salúdelos usted.

—Sí—dijo una voz al otro lado,—es necesario hacerlo. Pero antes, un momento...

Le detuvieron á la puerta y le echaron sobre los hombros un sutil manto negro, de ondulantes pliegues. Envolvióse con la mano que le quedaba libre y siguió á Lincoln. Notó junto á él á la joven de gris argentino, el rostro levantado, el gesto resuelto. Por un momento le pareció, encendida y ardiente como estaba, la personificación del canto. De pronto las ascendentes ondas de la música cesaron á su aparición, terminando en atronadora exclamación. Guiado por Lincoln, seguía oblicuamente por el centro del escenario, frente al público.

El patio era un espacio inmenso é intrincado; galerías, balcones, anchos espacios de gradas en anfiteatro, y grandes arcadas. Más lejos, en lo alto, aparecía la boca de un ancho corredor lleno de gente que luchaba por pasar. Toda la muchedumbre vibraba en conjestionadas masas. Figuras aisladas sobresalían entre la multitud, le impresionaban momentáneamente, y perdían después su individualidad. Pegada á la plataforma se agitaba una hermosa mujer de blanquísimo rostro, rodeada por tres hombres, desmelenada y blandiendo un pañuelo verde. Próximo á este grupo un anciano de rostro demacrado, con ropaje azul pálido, defendía su puesto con tesón y detrás vociferaba una faz imberbe, mostrando una ancha boca sin un diente. Una voz pronunció la enigmática palabra «Ostrog». Todas las impresiones de Graham eran vagas salvo la reciente emoción de aquel ardiente canto. La multitud llevaba el compás con los piés, marcando pam, pam, pam. Verdes banderolas se agitaban aquí y allá. Después vió que los que estaban más próximos á él, en un espacio frente al escenario, marcharon de frente, se encaminaron hacia una gran arcada y gritaban: «¡Al Consejo!» Pam, pam, pam, pam. Saludó con la mano

y el clamoreo subió de punto. Recordó que debía gritar «¡Marchen!» Saludó de nuevo y señaló la arcada gritando «¡Adelante!» Ya no marcaban el compás, estaban en marcha; plam, plam, plam, plam. En la hueste había hombres barbudos, viejos, jóvenes, mujeres, muchachas. ¡Hombres y mujeres del nuevo siglo! Ricas ropas, pardos harapos flotaban juntos en el torbellino de sus movimientos entre el azul dominante. Una gigantesca bandera negra marcaba la dirección á la derecha. Vió un negro vestido de azul, una mujer desgreñada de amarillo; después un grupo de hombres de blanca faz y rubios cabellos, de azul, pasaron frente á él teatralmente. Vió asimismo dos chinos. Un joven de morena tez y brillantes ojos, vestido de blanco de cabeza á piés, gateó hacia el escenario gritando entusiásticamente, luego retrocedió y siguió su camino volviendo la cabeza. Cabezas, hombros, manos esgrimiendo armas, todo se mezclaba en aquel marcial avance.

Pocas caras sobresalieron de la confusión para él; sus ojos encontraron ojos que pasaron y se desvanecieron. Los hombres le hacían gestos, gritando cosas que no podía oír. Los más de los rostros estaban encendidos, pero otros espantosamente pálidos. ¡Hombres y mujeres del nuevo siglo! ¡Extraña é increíble reunión! Cuando el ancho torrente humano hubo pasado por delante de él hacia la derecha, otros tributarios de los lugares más altos del anfiteatro, descendían renovándose incesantemente; plam, plam, plam, plam. El unísono del canto se confundía con los ecos de arcadas y corredores. Todo el mundo parecía en marcha. Plam, plam, plam, plam; los oídos le zumbaban. Las telas ondulaban hacia adelante, los rostros se sucedían más rápidamente.

Plam, plam, plam, plam; apremiado por Lincoln, volvióse hacia la arcada, caminando inconscientemente al ritmo del canto, notando apenas su movimiento cadencioso y atrastrado por el ejemplo. La multitud, los gestos y la canción, todo se movía en aquella dirección; las oleadas de gente descendían, hasta que los rostros levantados quedaban bajo el nivel de sus piés. Entrevió un camino abierto ante él, una comitiva que le rodeaba,

guardias y dignatarios, y Lincoln siempre á su derecha. Fueron acudiendo personajes, y todavía pudo distinguir una ó dos veces, la multitud que desfilaba por la izquierda. Delante de él se veían las espaldas de los guardias vestidos de negro, tres y tres y tres. Caminaban á lo largo de un camino con barandillas y cruzado sobre la arcada, por donde seguía pasando la muchedumbre sin cesar de vitorearle. El no sabía adónde le llevaban; ni deseaba saberlo. Echó una mirada hacia el patio. Plam, plam, plam, plam.

CAPITULO X

LA BATALLA EN LAS TINIEBLAS

Ya no estaba en el teatro. Caminaba á lo largo de una galería que daba sobre una de las grandes calles de plataformas móviles que atravesaban la ciudad. Delante y detrás de él, marchaban los guardas. Toda la concavidad de las móviles vías era una masa de pueblo marchando, dirigiéndose á la izquierda, agitando manos y armas, gritando; su extensión perdiéndose de vista, gritando cuando aparecieron, gritando cuando pasaron, gritando cuando retrocedieron, hasta que los globos de luz eléctrica retrocediendo en perspectiva, fueron cayendo aparentemente y ocultaron el enjambre de desnudas cabezas. Plam, plam, plam, plam.

El estruendo llegaba á Graham ahora, no ya regulado por la música, sino ruidoso y disonante y el compás de los pies, plam, plam, plam, plam, alterado por una atronadora irregularidad de pisadas procedentes de la indisciplinada legión que escalaba las plataformas altas.

Repentinamente notó un contraste. Los edificios del lado opuesto del camino parecían desiertos, los cables y puentes que se cruzaban en lo alto de la bóveda, esta-

ban vacíos y sombreados. Ocurriósele á Graham que aquellos lugares también debieran estar repletos de gente.

Sintió una curiosa emoción, el corazón le palpitaba con violencia.

Los guardias que iban delante continuaban su marcha. Vió la dirección de sus rostros. Aquella soledad estaba relacionada con las luces. Miró hacia ella.

Al principio parecióle una cosa que afectaba á las luces sencillamente, un fenómeno aislado, sin relación con las cosas de abajo. Cada inmenso globo de deslumbrante blancura parecía como si le comprimiesen, produciendo una sístole, que era seguida de una transitoria diástole, y otra vez una sístole, semejante á un abrir y cerrar de mano, oscuridad, luz, oscuridad, en rápida sucesión.

Graham se dió cuenta de que esta conducta de las luces estaba relacionada con las gentes que había abajo. El aspecto de las casas y caminos, el aspecto de las apiñadas masas cambiaba, se tomaba una confusión de vividas luces y triscadoras sombras. Vió que una multitud de sombras había tomado una actitud agresiva; parecían crecer, ensanchándose, agrandándose, aumentando con ligereza, retroceder súbitamente y volver reforzadas. El canto y el pataleo habían cesado. La unánime marcha, según descubrió, se había detenido, había reflujos, aglomeración á ambos lados, gritos de «¡Las luces!» Un sin-número de voces gritando la misma cosa. «¡Las luces!» Miró hacia abajo. En aquella danzante extinción de las luces, la calle se había convertido en campo de una monstruosa iucha. Los gigantes globos blancos se pusieron de un púrpura blanquecino, púrpura con rojizo resplandor; aletearon, aletearon cada vez más, palpitaron entre la luz y la extinción, cesaron de aletear y se convirtieron en unas manchas de un resplandor rojo en una vasta oscuridad. En diez segundos la extinción fué completa, y sólo quedaba aquella rumorosa oscuridad; una negra monstruosidad que se había engullido aquellas móviles miriadas de hombres.

Sintió invisibles formas en torno suyo; le asieron de

guardias y dignatarios, y Lincoln siempre á su derecha. Fueron acudiendo personajes, y todavía pudo distinguir una ó dos veces, la multitud que desfilaba por la izquierda. Delante de él se veían las espaldas de los guardias vestidos de negro, tres y tres y tres. Caminaban á lo largo de un camino con barandillas y cruzado sobre la arcada, por donde seguía pasando la muchedumbre sin cesar de vitorearle. El no sabía adónde le llevaban; ni deseaba saberlo. Echó una mirada hacia el patio. Plam, plam, plam, plam.

CAPITULO X

LA BATALLA EN LAS TINIEBLAS

Va no estaba en el teatro. Caminaba á lo largo de una galería que daba sobre una de las grandes calles de plataformas móviles que atravesaban la ciudad. Delante y detrás de él, marchaban los guardas. Toda la concavidad de las móviles vías era una masa de pueblo marchando, dirigiéndose á la izquierda, agitando manos y armas, gritando; su extensión perdiéndose de vista, gritando cuando aparecieron, gritando cuando pasaron, gritando cuando retrocedieron, hasta que los globos de luz eléctrica retrocediendo en perspectiva, fueron cayendo aparentemente y ocultaron el enjambre de desnudas cabezas. Plam, plam, plam, plam.

El estruendo llegaba á Graham ahora, no ya regulado por la música, sino ruidoso y disonante y el compás de los pies, plam, plam, plam, plam, alterado por una atronadora irregularidad de pisadas procedentes de la indisciplinada legión que escalaba las plataformas altas.

Repentinamente notó un contraste. Los edificios del lado opuesto del camino parecían desiertos, los cables y puentes que se cruzaban en lo alto de la bóveda, esta-

ban vacíos y sombreados. Ocurriósele á Graham que aquellos lugares también debieran estar repletos de gente.

Sintió una curiosa emoción, el corazón le palpitaba con violencia.

Los guardias que iban delante continuaban su marcha. Vió la dirección de sus rostros. Aquella soledad estaba relacionada con las luces. Miró hacia ella.

Al principio parecióle una cosa que afectaba á las luces sencillamente, un fenómeno aislado, sin relación con las cosas de abajo. Cada inmenso globo de deslumbrante blancura parecía como si le comprimiesen, produciendo una sístole, que era seguida de una transitoria diástole, y otra vez una sístole, semejante á un abrir y cerrar de mano, oscuridad, luz, oscuridad, en rápida sucesión.

Graham se dió cuenta de que esta conducta de las luces estaba relacionada con las gentes que había abajo. El aspecto de las casas y caminos, el aspecto de las apiñadas masas cambiaba, se tomaba una confusión de vividas luces y triscadoras sombras. Vió que una multitud de sombras había tomado una actitud agresiva; parecían crecer, ensanchándose, agrandándose, aumentando con ligereza, retroceder súbitamente y volver reforzadas. El canto y el pataleo habían cesado. La unánime marcha, según descubrió, se había detenido, había reflujos, aglomeración á ambos lados, gritos de «¡Las luces!» Un sin-número de voces gritando la misma cosa. «¡Las luces!» Miró hacia abajo. En aquella danzante extinción de las luces, la calle se había convertido en campo de una monstruosa iucha. Los gigantes globos blancos se pusieron de un púrpura blanquecino, púrpura con rojizo resplandor; aletearon, aletearon cada vez más, palpitaron entre la luz y la extinción, cesaron de aletear y se convirtieron en unas manchas de un resplandor rojo en una vasta oscuridad. En diez segundos la extinción fué completa, y sólo quedaba aquella rumorosa oscuridad; una negra monstruosidad que se había engullido aquellas móviles miriadas de hombres.

Sintió invisibles formas en torno suyo; le asieron de

los brazos. Algo rayó ásperamente su barba. Una voz gritó á su oído:

—¡ Todo va bien... todo va bien!

Graham se recobró del estupor del primer momento. Tropezó de frente con Lincoln y exclamó:

—¿ Qué significa esta oscuridad?

—El Consejo ha cortado las corrientes de luz de la población. Es necesario esperar... deténgase usted. El pueblo irá adelante. Ellos...

Su voz fué ahogada por unos gritos atronadores.

—¡ Salvad al durmiente! ¡ Tened cuidado de él!

Un guarda topó con Graham y le lastimó impensadamente una mano, con su arma. Un violento tumulto se formó y arremolinó en torno suyo, creciendo, más pesado, más denso, más furioso á cada momento. Confusos sonidos de voces llegaban hasta él, y eran arrastrados lejos, cuando su mente estaba á punto de descifrar su significado. Voces que parecían dar órdenes urgentes, otras voces que contestaban. Súbitamente resonó una sucesión de penetrantes alaridos, muy cerca, á sus espaldas.

Una voz gritó á su oído:

—La policía roja...

Y retrocedió inmediatamente fuera del alcance de sus preguntas.

Un sonido rechinante fué creciendo hasta ser distinto, y con él una danza de débiles chispas á lo largo de los lados de los caminos más distantes. A su luz vió Graham las cabezas y cuerpos de un número de hombres, manejando armas parecidas á las que llevaban sus guardas saltando en un momento de confusa visión. Todo comenzó á crujir, á iluminarse con momentáneos destellos de luz, y bruscamente la oscuridad descendió como un telón.

Un resplandor de luz deslumbró sus ojos, un vasto espacio lleno de combatientes confundió su mente. Un grito, una explosión de vítores, llegó á través de los caminos. Levantó los ojos para descubrir el manantial de aquella luz. Un hombre suspendido encima de su cabeza, muy lejos, de la parte superior de un cable, sosteniendo al extremo de una cuerda la deslumbrante estrella, era el que había disipado las tinieblas. Lucía uniforme rojo.

Graham volvió de nuevo los ojos á las calles. Una faja de encarnado en la pequeña extensión que era visible, se ofreció á su vista. Notó que era una densa masa de hombres con uniforme rojo, atrincherados en la parte alta del camino, las espaldas apoyadas contra los pretiles, y rodeados de un enjambre de contrarios. Combatían. Las armas brillaban, y se levantaban, y caían; desaparecían cabezas, siendo reemplazadas por otras, y los tenues centelleos de las armas, se convirtieron en pequeños hilos de humo gris mientras la luz duró.

La estrella se extinguió bruscamente, y las vías quedaron de nuevo en profunda oscuridad, en tumultuoso misterio.

Sintió algo sobre él. Le impelían á lo largo de la galería. Alguien gritaba, quizás á él. Pero él estaba demasiado confuso para oír. Se detuvieron contra una pared y cierto número de gente se precipitó para pasar delante. Parecióle que sus guardias combatían.

Súbitamente, la estrella suspendida del cable surgió de nuevo, y toda la escena apareció blanca y deslumbrante. La banda de ropajes rojos parecía más ancha y más próxima; su vértice estaba á mitad de los caminos que se dirigían á la nave central. Y levantando los ojos, vió Graham que un número de aquellos hombres había aparecido también en las oscuras galerías bajas de la parte opuesta, y hacían fuego sobre la cabeza de los amotinados que estaban debajo, en revuelta confusión, y tratando de ganar las entradas. La significación de estas cosas se le fué aclarando. La marcha del pueblo había caído en una emboscada preparada de antemano. Puestos en confusión por la extinción de las luces, ahora eran atacados por la policía roja. Entonces se dió cuenta de que se había quedado solo, que sus guardias y Lincoln se habían dirigido á lo largo de la galería siguiendo la misma dirección de antes de hacerse la oscuridad. Vió que le estaban haciendo violentos gestos, y corrían hacia él. Un gran grito sonó á través de las calles. Entonces pareció como si todo el frontis del oscurecido edificio del frente opuesto se hubiese cuajado de uniformes rojos. Y estaban señalándole y dando voces.

—¡El durmiente! Salvad al durmiente!—fué el grito que salió de miles de gargantas.

Algo chocó en la pared encima de su cabeza. Dirigió los ojos al lugar y vió una especie de proyectil de forma estrellada, y brilló metálico, aplastado sobre la pared. Vió á Lincoln á su lado. Sintió que le cogían la mano. Después, paf, paf; dos veces habían errado el golpe.

Por un momento no se percató de esto. La calle quedó oculta, todo quedó oculto, cuando miró de nuevo. La segunda estrella se había extinguido también.

Lincoln había cogido á Graham por el brazo y le arrastraba á lo largo de la galería.

—¡Corred antes que vuelva la luz!—exclamó.

Su precipitación era contagiosa. El instinto de conservación pudo más en Graham que la parálisis producida por su asombro. Durante un intervalo fué la criatura ciega ante el temor de la muerte. Corrió, tropezando, á causa de la oscuridad, topando con sus guardias, cuando éstos se volvieron para correr con él. La rapidez era su único deseo, escapar de aquella peligrosa galería sobre la cual había estado expuesto. Una tercera estrella siguió á las anteriores. Con ella coincidió un gran grito en las calles, y otro grito replicando, fuera de ellas. Los de rojo, vió, que estaban abajo, habían ganado ya casi el pasaje central. Sus innumerables rostros se volvieron hacia él, y comenzaron los gritos. La blanca fachada opuesta era una mancha roja. Todas aquellas admirables cosas, giraban sobre él. Aquellos eran los guardias del Consejo, intentando capturarlo.

Oyó silbar las balas sobre su cabeza, una de ellas le rozó una oreja, y vió, sin mirar, que toda la fachada del frente, una visible emboscada de policía roja, estaba llena de hombres que le denostaban y hacían fuego sobre él.

Uno de sus guardas rodó por tierra delante de él, y Graham incapaz de detenerse, saltó por encima del convulso cuerpo.

Un momento después estaba, ileso, dentro de un oscuro pasaje, é inmediatamente, alguien, viniendo quizás en opuesta dirección, tropezó violentamente con él. Fué re-

chazado hacia una escalera que rodó en medio de la oscuridad. Incorporóse y fué rechazado de nuevo, y sus manos extendidas tocaron una pared. Se vió oprimido por el peso de cuerpos que luchaban, giraban en torno suyo, y le impulsaban hacia la derecha. Una gran opresión le angustiaba. No podía respirar, sus costillas parecían crujir. Sintió una momentánea holgura, y entonces, la masa de gente que le rodeaba, le arrastró hacia el gran teatro de donde había salido no hacía mucho. Hubo momentos en que sus pies no tocaron el suelo. Después quedó jadeante. Oyó gritos de «Ya vienen!» «¡El durmiente!» pero estaba demasiado confuso para hablar. Oyó el ruido del entrecchoque de las armas. Por cierto espacio de tiempo perdió la voluntad individual, se convirtió en un átomo, ciego, maquinal. Apresuróse á retroceder, impulsado por la presión, y tropezó contra un escalón, y se encontró subiendo una rampa. Y bruscamente todos los rostros que le rodeaban surgieron del negro, visibles, fantásticamente pálidos y asombrados, aterrados, sudorosos, en un lívido resplandor.

El hombre del cable debía haber encendido una cuarta estrella. Su luz llegó reflejándose á través de vastas ventanas y arcadas, y mostró á Graham que él formaba parte ahora de una densa masa de fugitivas figuras negras, impelidas á través de la parte más baja del gran teatro. Esta vez la pintura era lívida y fragmentaria; salpicada y separada por negras sombras. Vió que muy cerca de él, los del uniforme rojo, combatían abriéndose paso entre la multitud. No podía decir si le habían visto. Vió á Lincoln próximo al escenario, rodeado por un grupo de revolucionarios con la divisa negra, y mirando á todos lados como si le buscasen. Graham notó que él estaba próximo al opuesto límite del grupo de fugitivos, que detrás de él, separados por una barrera, escalaban ahora los vacíos asientos del teatro. Ocurrióle una súbita idea, y comenzó á abrirse paso hacia la barrera. Cuando llegó allí, la luz dejó de brillar.

Rápidamente se desprendió del amplio manto que no sólo impedía sus movimientos, sino que le denunciaba, y que se le había deslizado de los hombros. Oyó que al-

guien cayó de bruces al enredarse en la tela. En un momento se encontró escalando la barrera y se abismó después en la oscuridad del extremo opuesto. Después, sintiéndose en camino llegó al extremo inferior de una pasarela ascendente. Con la oscuridad cesaron los disparos y disminuyó el rumor de voces. Después llegó inesperadamente á un peldaño, tropezó y cayó. En el mismo instante abismos é islas entre la oscuridad que le rodeaba, se inundaron de viva luz, el estrépito se hizo más fuerte y la quinta estrella brilló á través de las vastas aberturas de las paredes del teatro.

Rodó entre algunos asientos, oyó un coro de gritos y el sonido de las armas; incorporóse y fué de nuevo derribado, y observó que cierto número de hombres con la divisa negra hacían fuego sobre los policías rojos de abajo, saltando de banco en banco, y guareciéndose tras ellos para cargar de nuevo. Instintivamente se acurrucó entre los bancos, mientras las balas se aplastaban en los mullidos respaldos, y otras arrancaban fragmentos del metal de los armazones. Instintivamente, se señaló la dirección de la pasarela, el mejor camino para escapar en cuanto volviese á reinar la oscuridad.

Un joven atravesó saltando las sillas. Sus piés estuvieron á cinco pulgadas del rostro del acurrucado durmiente.

—¡Ola!—dijo, pero sin dar la menor muestra de que le reconocía; volvióse para hacer fuego, disparó, y gritando «¡Al diablo el Consejo!» se preparó á disparar de nuevo. Entonces parecióle á Graham que la mitad del cuello de aquel hombre había desaparecido. Una gota caliente cayó en el rostro de Graham. El verde fusil, medio levantado, cayó. Por un momento el hombre permaneció inmóvil, el rostro sin expresión, después se inclinó hacia adelante. Sus rodillas se doblaron. El hombre y la oscuridad cayeron juntos. Al sonido de su caída Graham levantóse, y corrió por su vida hasta que un escalón descendente le hizo resbalar y caer. Se puso de pié, y continuó su camino.

Cuando apareció la sexta estrella, encontróse cerca de la abierta boca de un pasaje. Corrió más aun á causa

de la luz, entró en el pasaje y dobló una esquina quedando de nuevo en plena noche. Fué derribado, pisoteado, y pudo ponerse de nuevo en pie. Se encontró formando parte de un grupo de invisibles fugitivos todos corriendo en una dirección. Su único pensamiento ahora era el pensamiento de ellos; escapar de aquella lucha. Corrió y tropezó, vaciló, volvió á correr, fué detenido, perdió terreno, y luego volvió á ganarlo otra vez.

Durante algunos minutos estuvo corriendo en la oscuridad á lo largo de un tortuoso corredor, y luego cruzó un ancho y abierto espacio; pasó por debajo de un arco y llegó por último á lo alto de una escalera que descendía á un espacio llano. Mucha gente gritaba: «¡Ya vienen! ¡Los guardias vienen! ¡Hacen fuego contra el pueblo! ¡Los guardias hacen fuego! ¡En la calle Septuagésima estamos seguros! ¡A la calle Septuagésima!» Había entre aquella muchedumbre tantos niños y mujeres como hombres. Los fugitivos tomaron una arcada, pasaron á través de un corto túnel y desembocaron en otro lugar más espacioso, confusamente alumbrado. Las negras figuras á su alrededor se desparramaron corriendo hacia lo que, á la mortecina luz, parecía ser una serie de gigantescos escalones. El les siguió. La gente se dispersó á derechá é izquierda.

...Notó que no formaba ya parte de un grupo. Se detuvo junto al escalón más alto. Delante de él, en aquella planicie, se veían grupos de asientos y un pequeño kiosco. Encaminóse hacia éste, y, deteniéndose á su sombra, miró jadeante en torno suyo.

Todo era vago y gris, pero reconoció que aquellos grandes escalones eran plataformas de los «caminos», ahora inmóviles. Las plataformas caían á uno y otro lado, y las elevadas construcciones se levantaban más allá, vastas, confusas sombras, cuyas inscripciones y rótulos se entreveían indistintamente, y arriba entre los puentes y cables, una débil é interrumpida cinta de pálido firmamento. Una gran masa de gente corría en opuesta dirección. A juzgar por sus gritos y voces, corrían á tomar parte en la lucha. Otras figuras menos ruidosas se deslizaban tímidamente entre las sombras.

Allá lejos, al extremo de la calle seguía la lucha, y sus ecos llegaban débilmente hasta él. Pero era evidente para él que esta no era la calle en la cual se abría el teatro. La primera lucha, al parecer, había súbitamente acaecido fuera del alcance de sus oídos. Y—¡grotesco pensamiento!—¡estaban luchando por él!

Por un momento fué semejante al hombre que hace una pausa en la lectura de un libro de paradógico argumento, y duda de pronto de lo que le había parecido incuestionable. En aquel momento su espíritu no se detenía en detalles; el total efecto era un ingente estupor. Y cosa rara, mientras la fuga de la prisión del Consejo, la muchedumbre del gran patio, y el ataque de la policía roja al apiñado pueblo, estaban presentes con toda claridad en su memoria, le costaba un esfuerzo recordar su despertar y reconstruir lo ocurrido en el intervalo de tiempo que estuvo en los Silenciosos Salones. Al principio su memoria saltaba sobre estas cosas y le llevaba al acantilado de Pentangen á todos los umbríos esplendores de la soleada costa de Cornish. El contraste realmente tocaba en lo increíble. Y entonces se llenó el boquete y empezó á comprender su situación.

Ya no era absolutamente un enigma como lo había sido en los Silenciosos Salones. Cuando menos tenía el velado y escueto contorno. Era, en cierto modo, el propietario de medio mundo, y grandes partidos políticos luchaban para tenerle á su lado. De una parte estaba el Consejo Blanco con su policía roja, resuelto, al parecer, á usurparle su propiedad, y quizás á darle muerte; de la otra, la revolución que le había libertado, con él aún no visto «Ostrog» como jefe. Y toda aquella gigantesca ciudad estaba en convulsión para él. ¡Frenético desarrollo de su mundo!

—¡No comprendo!—exclamó.—¡No comprendo!

El se había deslizado de entre los combatientes, había aprovechado aquella media luz. ¿Qué ocurría después? ¿Qué estaba ocurriendo? Se figuró á los hombres de uniforme rojo tan atareados dándole caza, llevándose por delante á los revolucionarios de la divisa negra.

De cualquier manera le habían dado un intervalo de

respiro. Podía permanecer allí desconocido y esperar el curso de las cosas. Su vista siguió la intrincada y confusa inmensidad de las sombrías construcciones, y se le ocurrió, como una cosa infinitamente maravillosa, que sobre todo aquello el sol estaba levantándose, y el mundo estaba iluminando y brillando con la antigua y familiar luz del día. Pasados unos minutos recobró el aliento. La ropa se había casi secado ya, de la humedad de la nieve.

Anduvo, por aquellos caminos, á la luz crepuscular, sin hablar á nadie, sin que nadie se le aproximase, una negra figura, entre figuras negras, el hombre codiciado, el inconsciente propietario de medio mundo. Donde quiera que veía luz, ó grandes grupos, ó excitación extraordinaria, le entraba temor de ser reconocido, y observaba, y retrocedía, ó andaba arriba y abajo por los vomitorios centrales, metiéndose en algún sistema transversal de calles, en la parte superior ó inferior del nivel. Y aun cuando no volvió á caer en medio de las luchas, la ciudad entera era un campo de batalla. Una ó dos veces salió escapado para evitar numerosos grupos de sublevados que iban al combate ocupando la calle por completo. La mayor parte eran hombres y blandían armas. Parecióle que la lucha se había reconcentrado en el barrio de donde acababa de escapar. A intervalos, un lejano rumor, la remota sugestión de éste conflicto, llegaba á sus oídos. Entonces la curiosidad y la prudencia lucharon en su espíritu. Pero la prudencia prevaleció, y continuó apartándose cada vez más del peligro, apartándose tan lejos como podía juzgar. A través de la oscuridad, ni le observaban, ni le molestaban. Transcurrido algún tiempo cesó de oír hasta el eco más remoto de la batalla; la gente que pasaba iba disminuyendo cada vez más, hasta que por último quedaron desiertas las titánicas calles. El frontispicio de las casas aparecía cada vez más sencillo y oscuro; parecióle haber llegado á un distrito abandonado. La soledad le envolvía, acortó el paso.

Se dió cuenta de una creciente fatiga. A veces le ocurría el impulso de dejarse caer en cualquiera de los asientos por allí diseminados. Por una febril inquietud, el conocimiento de su vital relación con aquella lucha,

no se le permitía descansar un momento. ¡Era la lucha sólo en su favor!

Y después, á aquel desierto lugar llegó la trepidación de un terreno—entre trueno y rugido—un soplo impetuoso de viento frío, desencadenándose á través de la ciudad, rotura de cristales, el rumor de un derrumbamiento, una serie de gigantescas conmociones. Una masa de cristales rotos y escombros de los lejanos tejados cayó en la galería central á menos de cien pasos de donde él se hallaba, y, á distancia se oyeron gritos y carreras. El también recobró una súbita actividad, y echó primero en una dirección, y luego volvió atrás perdido el tino.

Un hombre llegó corriendo hacia él. Recobró el dominio de sí mismo.

—¿Qué han volado?—preguntó el hombre con voz entrecortada.—¡Por qué esa ha sido una explosión!

Y antes de que Graham pudiese responderle se alejó presuroso.

Los grandes edificios se ofrecían confusamente á la vista, velados por una media luz, aun cuando el trozo de cielo que se divisaba allá arriba revelase la presencia del día. Vió extrañas formas, no comprendiendo nada de ellas; hasta llegó á deletrear muchos de los rótulos en caracteres fonéticos. Pero ¿qué ventajas reportaba el descifrar de letras anticuadas, después de impropio trabajo, cosas como: «Aquí hay Eadhamita ó Agencia del Trabajo»—«Pequeño Margen»? ¡Peregrino pensamiento! ¡probablemente algunas de aquellas mansiones le pertenecían!

Lo extraordinario de su situación se reflejó vivamente en su espíritu. En realidad había dado un salto sobre el tiempo como los novelistas habían imaginado más de una vez. Y realizado el hecho, se había preparado, su mente; se había dispuesto para un espectáculo. No un espectáculo, sino un vago pero un gran peligro; sombras poco simpáticas y velos de oscuridad. Algo, á través de aquel laberíntico caos, le hacía pensar en la muerte. ¡No podrían matarle antes de que pudiera apercibirse? Era bastante posible que entre las sombras de cada esquina, encontrase emboscada su destrucción. Un gran deseo de ver, un gran anhelo de saber se apoderó de él.

Comenzó á recelar de las esquinas. Parecíale que por allí se encontraba bastante seguridad. ¿Dónde ocultar su notoriedad cuando volviese á la luz? Por último sentóse en el saliente de uno de los caminos más altos, creyéndose enteramente solo allí.

Restregóse con los nudillos los fatigados ojos. ¿No sería posible que al abrirlos de nuevo, y mirar otra vez á través de la oscuridad, hubiesen desaparecido aquellas oscuras líneas de vías paralelas y aquella masa de construcciones de intolerable altura? ¿Qué descubriese que la historia entera de aquellos pocos días, su despertar, las ruidosas multitudes, la oscuridad y la lucha, no eran sino una fantasmagoría, nueva y extraña, á manera de sueño? Porque debía ser un sueño tan inconsecutivo, tan poco racional. ¿Por qué luchaba aquella gente en su favor? ¿Por qué le miraban como su Señor y Amo?

Así pensaba, sentado allí, cerrados los ojos y luego miró otra vez, casi esperando á pesar de sus oídos, ver algún familiar aspecto de la vida del siglo XIX, ver, quizás, el puertecillo de Boscastle enfrente, los cantilados de Pentangen, ó la alcoba de su casa. Pero los hechos no responden á las humanas esperanzas. Una escuadra de hombres con una bandera negra, se deslizaba por las próximas sombras, hacia el núcleo de la lucha, y más allá se alzaban las gigantescas fachadas, negras y veladas, con los confusos, incomprensibles rótulos, mostrándose débilmente á sus ojos.

—¡No es un sueño—dijo,—no es un sueño!

Y ocultó el rostro entre las manos.

CAPITULO XI

EL VIEJO QUE LO SABÍA TODO.

Se alarmó al oír toser á su lado. Volvióse rápidamente, y fijándose vió una pequeña y encorvada figura, sentada á unos dos pasos, en la sombra del cercado.

no se le permitía descansar un momento. ¡Era la lucha sólo en su favor!

Y después, á aquel desierto lugar llegó la trepidación de un terreno—entre trueno y rugido—un soplo impetuoso de viento frío, desencadenándose á través de la ciudad, rotura de cristales, el rumor de un derrumbamiento, una serie de gigantescas conmociones. Una masa de cristales rotos y escombros de los lejanos tejados cayó en la galería central á menos de cien pasos de donde él se hallaba, y, á distancia se oyeron gritos y carreras. El también recobró una súbita actividad, y echó primero en una dirección, y luego volvió atrás perdido el tino.

Un hombre llegó corriendo hacia él. Recobró el dominio de sí mismo.

—¿Qué han volado?—preguntó el hombre con voz entrecortada.—¡Por qué esa ha sido una explosión!

Y antes de que Graham pudiese responderle se alejó presuroso.

Los grandes edificios se ofrecían confusamente á la vista, velados por una media luz, aun cuando el trozo de cielo que se divisaba allá arriba revelase la presencia del día. Vió extrañas formas, no comprendiendo nada de ellas; hasta llegó á deletrear muchos de los rótulos en caracteres fonéticos. Pero ¿qué ventajas reportaba el descifrar de letras anticuadas, después de impropio trabajo, cosas como: «Aquí hay Eadhamita ó Agencia del Trabajo»—«Pequeño Margen»? ¡Peregrino pensamiento! ¡probablemente algunas de aquellas mansiones le pertenecían!

Lo extraordinario de su situación se reflejó vivamente en su espíritu. En realidad había dado un salto sobre el tiempo como los novelistas habían imaginado más de una vez. Y realizado el hecho, se había preparado, su mente; se había dispuesto para un espectáculo. No un espectáculo, sino un vago pero un gran peligro; sombras poco simpáticas y velos de oscuridad. Algo, á través de aquel laberíntico caos, le hacía pensar en la muerte. ¡No podrían matarle antes de que pudiera apercibirse? Era bastante posible que entre las sombras de cada esquina, encontrase emboscada su destrucción. Un gran deseo de ver, un gran anhelo de saber se apoderó de él.

Comenzó á recelar de las esquinas. Parecíale que por allí se encontraba bastante seguridad. ¿Dónde ocultar su notoriedad cuando volviese á la luz? Por último sentóse en el saliente de uno de los caminos más altos, creyéndose enteramente solo allí.

Restregóse con los nudillos los fatigados ojos. ¿No sería posible que al abrirlos de nuevo, y mirar otra vez á través de la oscuridad, hubiesen desaparecido aquellas oscuras líneas de vías paralelas y aquella masa de construcciones de intolerable altura? ¿Qué descubriese que la historia entera de aquellos pocos días, su despertar, las ruidosas multitudes, la oscuridad y la lucha, no eran sino una fantasmagoría, nueva y extraña, á manera de sueño? Porque debía ser un sueño tan inconsecutivo, tan poco racional. ¿Por qué luchaba aquella gente en su favor? ¿Por qué le miraban como su Señor y Amo?

Así pensaba, sentado allí, cerrados los ojos y luego miró otra vez, casi esperando á pesar de sus oídos, ver algún familiar aspecto de la vida del siglo XIX, ver, quizás, el puertecillo de Boscastle enfrente, los cantilados de Pentangen, ó la alcoba de su casa. Pero los hechos no responden á las humanas esperanzas. Una escuadra de hombres con una bandera negra, se deslizaba por las próximas sombras, hacia el núcleo de la lucha, y más allá se alzaban las gigantescas fachadas, negras y veladas, con los confusos, incomprensibles rótulos, mostrándose débilmente á sus ojos.

—¡No es un sueño—dijo,—no es un sueño!

Y ocultó el rostro entre las manos.

CAPITULO XI

EL VIEJO QUE LO SABÍA TODO.

Se alarmó al oír toser á su lado. Volvióse rápidamente, y fijándose vió una pequeña y encorvada figura, sentada á unos dos pasos, en la sombra del cercado.

—¿Tiene usted muchas noticias?—dijo la cascada y jadeante voz de un viejo.

Graham vaciló.

—Ninguna dijo.

—Estaré aquí hasta que enciendan de nuevo las luces—dijo el viejo.—Esos pícaros azules se meten por todas partes... por todas.

Graham asintió con frases ininteligibles. Trató de ver la cara al anciano, pero la oscuridad se lo impedía. Deseaba responder, hablar, pero no sabía cómo empezar.

—Oscuro y peligroso—dijo el viejo repentinamente.—Oscuro y peligroso. Echado de mi aposento en medio de estos riesgos.

—Eso es duro—dijo Graham.—Muy duro para usted.

—Oscuridad. Un hombre viejo perdido en la oscuridad. Todo el mundo parece haberse vuelto loco. Guerra y lucha. La policía ocupada y los pícaros invadiéndolo todo. ¿Por qué no designaban cierto número de negros para que nos protegiesen?... No más corredores oscuros para mí. Caí sobre el cadáver de un hombre.

—Se está con más seguridad en compañía—dijo el viejo—si la compañía es de buena especie,—y atisbó francamente.

Levantóse de pronto y se acercó á Graham.

Aparentemente el examen fué satisfactorio. El viejo se sentó visiblemente aliviado al sentir que no estaba solo.

—¡Eh!—dijo ¡estos son unos terribles tiempos! Lucha y guerra; y la muerte cerniéndose aquí... hombres, hombres sanos muriendo en la oscuridad. ¡Hijos! Yo tengo tres. ¡Dios sabe dónde estarán esta noche!

Graham estaba revolviendo una pregunta en su mente que no delatase su ignorancia. De nuevo la voz del anciano terminó la pausa.

—Ese Ostrog vencerá—dijo.—Vencerá. Y lo que será el mundo bajo su gobierno nadie puede decirlo. Mis hijos están los tres empleados en las regiones altas. Una de mis nueras fué querida de Ostrog durante algún tiempo. ¡Su querida! Nosotros no somos gente vulgar. Quise salvarme como mejor pudiese... Yo sabía lo que se

preparaba... antes que muchos. ¡Pero esta oscuridad! ¡Y caer repentinamente sobre un muerto en las tinieblas.

Su jadeante respiración se oía á distancia.

—¡Ostro!—dijo Graham.

—¡El mayor jorobado que se ha visto en la tierra! dijo la voz.

Graham se hizo animoso.

—El Consejo tiene pocos amigos entre el pueblo—aventuró.

—Pocos y mal avenidos. Ya han tenido su tiempo. ¡Eh! Debían haberse atraído á los inteligentes. Pero dos veces han falseado las elecciones. Y Ostrog... Y ahora la mina ha reventado y nada puede contenerla, nada. Dos veces postergaron á Ostrog el «Jorobado». Yo supe su furia en aquel tiempo... era terrible. ¡Dios los proteja! Pero nada puede salvarlos, pues levantó las Compañías del Trabajo frente á ellos. Nadie hubiera hecho otro tanto. ¡Toda la ropa azul armada y marchando en son de guerra! El se saldrá con la suya. ¡Vaya si se saldrá!

Estuvo silencioso unos momentos.

—Ese durmiente...—empezó, y se detuvo.

—Sí—dijo Graham.—¿Y qué?

La voz senil descendió á un murmullo confidencial y el confuso y pálido semblante se aproximó más..

—El verdadero durmiente...

—Sí—dijo Graham.

—Murió hace años...

—¿Qué?—exclamó Graham secamente.

—Hace años... murió hace años.

—¡No diga usted tal cosa!—dijo Graham.

—Sí, la digo. Murió. Ese durmiente que ha despertado ahora... lo cambiaron por la noche. Una pobre criatura alterada con narcóticos. Pero yo no debo decir todo lo que sé... no, no debo decirlo.

Durantes unos momentos musitó ininteligiblemente. El secreto le abrumaba.

—No sé quienes fueron los que hicieron la substitución... esto fué antes de mi tiempo... pero conozco al hombre que inyectó los estimulantes y le hizo despertar... des-

pertar ó morir... esta era la consigna. Maneras de Ostrog.

Graham estaba tan asombrado oyendo estas cosas que tuvo que interrumpir, hacerle repetir las palabras al viejo, preguntarle vagamente, antes de estar seguro de lo que aquello significaba. ¡Y su despertar no había sido natural! ¿Era aquello la superstición de un anciano caduco ó había algo de verdad en ello? Registrando los oscuros rincones de su memoria, bien pronto dió con algo que pudiera de un modo concebible ser una impresión de algún estimulante efecto. Tuvo la vaga idea de que había efectuado un agradable encuentro, que por último podría saber algo del nuevo siglo. El viejo tosió un momento, y luego su cascada y temblorosa vozecilla continuó:

—La primera vez le rechazaron. Yo seguí todo aquel negocio.

—¿A quién rechazaron?—preguntó Graham.—¿Al durmiente?

—¡Al durmiente! No. A Ostrog. ¡Era terrible... terrible! Y se le prometió que sería nombrado en las siguientes elecciones. Fueron unos necios... no ir con más cuidado hacia él. Y ahora toda la ciudad es su muela, y nosotros como harina debajo de ella. ¡Harina debajo de ella! Hasta que él se puso en la tarea... los obreros se cortaban el pescuezo, y asesinaban á un chino, ó á un policía del Trabajo de vez en cuando, y nos dejaban en paz al resto. ¡Cadáveres! ¡Latrocinio! ¡Tinieblas! ¡Semejante cosa no ha ocurrido hace una gruesa de años; ¡Eh... pero es mal para los pequeños cuando empiezan á caer los grandes! ¡Mal!

—¿Dice usted... que esto no ha ocurrido?... ¿cómo?... ¿hace una gruesa de años?

—¡Eh!—dijo el viejo.

El viejo expresó algo acerca de ser más prudente en sus palabras y Graham tuvo que repetir de nuevo su pregunta.

—Batiéndose y asesinando, con las armas en la mano, y los pícaros rugiendo libertad y otras cosas—dijo el viejo.—En toda mi vida había visto tal cosa. Esto se parece á los antiguos tiempos... seguro... cuando el pue-

blo de París se echó á la calle... hará tres gruesas de años. Esto es lo que quería decir que jamás había ocurrido. Pero son cambios del mundo. Esto tenía que venir. Lo sé... lo sé. Los últimos cinco años no ha cesado Ostrog de trabajar, y se han sucedido desórdenes y desórdenes, y hambre, y amenazas, y palabras gruesas, y armas. Trajes azules y murmuraciones. Y desaparición de toda seguridad. ¡Y por último aquí tenemos el resultado! Revolución y lucha, y el Consejo venido á la extremidad.

—Veo que usted está muy bien informado de todas estas cosas—dijo Graham.

—Conozco lo que digo. Hay en mí muy poco de Máquina Parlante.

—En efecto—asintió Graham preguntándose qué sería una Máquina Parlante.—¡Y tiene usted la certeza de que ese Ostrog... tiene usted la certeza de que Ostrog ha organizado esta rebelión y ha hecho despertar al durmiente! ¡Y todo para mediar... por no haber sido elegido miembro del Consejo!

—Creo que eso lo sabe todo el mundo—dijo el viejo.—Excepto... algunos estúpidos. Ostrog quiere mandar con el Consejo ó sin el Consejo. Todo el que conozca algo conoce esto. ¡Y ahora nos encontramos con cadáveres tendidos en la oscuridad! Pero... ¿dónde ha estado usted metido que no sabe nada de la lucha entre Ostrog y los Verney? ¿Y por quién cree usted que se agitaba el pueblo? ¿El durmiente... eh? ¿Usted cree verdadero al durmiente y que ha despertado de su propio acuerdo... eh?

—Soy un hombre melancólico, más viejo de lo que parezco y desmemoriado—dijo Graham.—Ajeno á todas las cosas que han ocurrido... especialmente en estos últimos años... A ser yo el durmiente, para decir la verdad, no podría saber menos.

—¡Eh!—dijo la voz.—¿Viejo usted? Pues no lo parece. Pero pocos conservan la memoria á mis años... verdaderamente. ¡Estas memorables cosas! Pero usted no es tan viejo como yo... ni mucho menos. ¡En fin! Quizás no deba juzgar á otros hombres por mí mismo. Yo soy joven... para ser tan viejo. Quizás sea usted viejo para ser tan joven.

—Eso es—dijo Graham.—Y además que conozco muy poca historia. Casi ninguna. Para mí el durmiente y Julio César montan lo mismo. Me interesa grandemente oírle hablar á usted de estas cosas.

—Conozco muy pocas cosas—dijo el viejo.—Una ó dos. Pero... ¡Cáspita!

Los dos hombres guardaron silencio, escuchando. Oyóse algo así como una explosión lejana, una sacudida que hizo retemblar sus asientos. Los transeuntes se detenían, llamándose unos á otros. El viejo estaba devorado por la curiosidad; llamó á un hombre que pasaba próximo á ellos. Graham, animado por el ejemplo, se acercó á otros. Nadie sabía lo que había ocurrido.

Volvió á su asiento y encontró al viejo musitando bajas interrogaciones. Durante cierto intervalo no se dirigieron la palabra.

El pensamiento de aquella horrible lucha, tan próxima, y sin embargo tan remota oprimía la imaginación de Graham. ¿Tenía razón aquel viejo? ¿eran verdaderos los informes del pueblo, y vencían los revolucionarios, ó estaban todos en un error, y la policía roja lo iba barriendo todo á su paso? En cualquier momento el reguero de la lucha podía extenderse hasta aquel silencioso distrito y envolverlo de nuevo. Esto le estimuló á saber cuanto pudiera mientras tuviese tiempo. Volvióse súbitamente al viejo con una pregunta que quedó sin ser preferida; pero su movimiento indujo al viejo á tomar de nuevo la palabra.

—¿Eh? ¿Pero qué cúmulo de cosas reunidas!—dijo.—¡Este durmiente en quien todos los necios han puesto su confianza! Sé toda esa historia... siempre he sido un buen punto para historias. Cuando yo era un muchacho... ya hace días... solía leer libros impresos. Usted no habrá conocido esos libros... podridos y polvorientos... la Compañía Sanitaria los quemó para obtener ashlarita. Pero tenían sus ventajas por sucios que fuesen. Se aprendía mucho. Esas charlatanas Máquinas Parlantes... ¿no le parecerán á usted charlatanas, eh?... son muy fáciles de oír y más fáciles de olvidar... Yo conozco la historia del durmiente desde el principio.

—Apenas querrá usted creerlo—dijo Graham lentamente,—¡soy tan ignorante... mis pequeños asuntos me han preocupado tanto, mis circunstancias han sido tan raras... que no sé una palabra de la historia del durmiente! ¿Quién era?

—¿Eh?—dijo el viejo.—Yo lo sé. Era un pobre nadie, y se confió á una mujer casquivana ¡pobre hombre! Y cayó en un letargo. Todavía existen esas cosas de aquel tiempo, esas cosas oscuras... fotografías... mostrándolo como yacía, hace gruesa y media de años... ¡gruesa y media de años!

—¡Confiado á una mujer casquivana, pobre hombre! —se dijo Graham lentamente, y luego alto:—¡Y bien... adelante!

—Sabrá usted que tenía un primo llamado Warming, un hombre aislado, sin hijos, que hizo una formidable fortuna en la construcción de caminos... los primeros caminos de Eadhamita. ¡Seguramente habrá usted oído!... ¿No? Pues bien; adquirió todas las patentes y formó una gran Compañía. En aquellos tiempos había gruesas de gruesas de negocios distintos y de Compañías distintas. ¡Gruesas de gruesas! Sus caminos mataron los ferrocarriles... esas cosas antiguas... en dos docenas de años; compró las líneas y Eadhamitijó los caminos. Y, como no quiso desmembrar su fortuna ni dejarla á los accionistas, se la dejó entera al durmiente, poniéndola bajo la administración de una Junta de albaceas, escogidos y aleccionados por él. Sabía muy bien que el durmiente no despertaría... que seguiría durmiendo, durmiendo hasta la muerte. ¡Lo sabía muy bien! ¡Y cataplúm! Un hombre en los Estados Unidos, que había perdido sus dos hijos en un naufragio, siguió el ejemplo de Warming con un gran legado. Los albaceas se encontraron con un capital de una docena de miriadas de leones en poco tiempo.

—¿Cómo se llamaba?

—Graham.

—No... quiero decir el de América.

—Isbister.

—¡Isbister!—gritó Graham.—Ni siquiera conozco el nombre.

—Naturalmente—dijo el viejo—naturalmente. La gente no aprende mucho en las escuelas ahora. Pero yo conozco todo eso. Era un rico americano, oriundo de Inglaterra, y le dejó á Graham más dinero aun que Warming. ¿Cómo lo hizo? Esto no lo sé de cierto. Unas películas... un invento... para la fotografía en colores. Pero hizo la fortuna y la dejó, y aquí tiene el Consejo su punto de partida. En un principio era un Consejo privado.

—¿Y cómo se desarrolló?

—¿Eh?... ¡pero usted no reflexiona las cosas! Dinero llama dinero... y doce cabezas piensan más que una. Se condujeron astutamente. Se atrajeron con dinero á los políticos y se resarcieron mediante facilidades en las tarifas y la circulación. Subieron... subieron. Y durante muchos años, ocultaron el aumento del capital del durmiente, poniendo testafierros y creando Compañías Anónimas y cosas por el estilo. El Consejo ensanchaba su campo de acción teniendo bajo su poder, ya por hipoteca, ya por participación, ya por otros medios, todos los partidos políticos, todos los periódicos. Lea usted las antiguas historias y verá al Consejo creciendo... creciendo incesantemente. Billones y billones de leones por último... la fortuna del durmiente. Y todo derivado de un capricho... del testamento de Warming, y de un accidente, el naufragio de los hijos de Isbister.

Los hombres son extraños—continuó el viejo;—pero lo más extraño para mí es que el Consejo trabajase siempre unido. Nada menos que doce hombres. Pero han trabajado misteriosamente desde el principio. Desde la sombra. En mi juventud hablar del Consejo era como si un hombre ignorante hablase de Dios. Nadie creía que pudiesen obrar mal. No sabíamos una palabra de sus mujeres ni de sus vidas. De otro modo hubiéramos sido más sensatos.

Los hombres son extraños—repitió el viejo.—Aquí está usted, joven é ignorante y yo... de setenta años, pudiera permitirme haber olvidado... y sin embargo, estoy refiriéndole á usted todo claro y brevemente.

Setenta años—añadió;—setenta, y veo y oigo... oigo

mejor que veo. Y razono claramente y me preservo de todas las contingencias. ¡Setenta!

La vida es extraña. Yo tenía veinte años cuando Ostrog iba en mantillas. Le recuerdo muy bien antes de que pusiesen su empeño en la dirección de las Regiones Altas. He visto muchos cambios. ¡Eh! También he gastado la tela azul. Y á lo último he venido á ver esta lucha y oscuridad y tumulto y muertos acarreados en montón por los caminos. ¡Y todo es obra suya! ¡Todo obra suya!

Su voz se extinguió en apenas articuladas alabanzas de Ostrog.

Graham pensó.

—Veamos—dijo,—si he comprendido bien.

Y extendió la mano para enumerar los puntos con los dedos.

—El durmiente ha estado durmiendo...

—Cambiado—interrumpió el viejo.

—Quizás. Y entretanto la fortuna del durmiente crecía en manos de los Doce albaceas, hasta llegar á hacer de él el mayor propietario del mundo. Los Doce... por virtud de esta propiedad han llegado á ser, prácticamente, los amos de la tierra. Porque tienen el poder remunerador... como antes el antiguo Parlamento inglés...

—¿Eh?—dijo el viejo.—¡Eso es... una buena comparación! No es usted tan...

—Y ahora ese Ostrog, ha revolucionado súbitamente al pueblo despertando al durmiente... á quien sólo la gente supersticiosa y vulgar esperaba ver despierto... para que reclame al Consejo su propiedad, después de tantos años.

El viejo acogió esta aserción con un golpe de tos.

—Es extraño—dijo,—encontrar un hombre que sabe esta noche esas cosas por primera vez.

—¿Y tan extraño!—dijo Graham.

—¿Ha estado usted en las Ciudades de Placer?—preguntó el viejo.—Toda mi vida he deseado...—Se echó á reír.—Aun ahora no me dolería divertirme un poco. Divertirme viendo cosas.

Masculló una frase que Graham no pudo entender.

—¿Cuándo despertó el durmiente?—preguntó Graham de pronto.

—Hace tres días.

—¿Dónde está?

—Le tiene Ostrog. Le sacaron del Consejo aun no hace cuatro horas. Mi querido señor ¿dónde ha estado usted metido todo este tiempo? Estaba en el Salón de los Mercados... donde ha comenzado la lucha. Toda la ciudad aclamaba su nombre. Todas las Máquinas Parlantes. Se oía en todas partes. Aun los necios que dependen del Consejo lo admitían. Todo el mundo corría para verle... todo el mundo llevaba armas. ¡Estaba usted dormido ó embriagado! ¡Y aun así! ¡Pero usted se chace! Seguramente está usted fingiendo. Para detener el vocerío de las Máquinas Parlantes é impedir que el pueblo se congregase, el Consejo han cortado la electricidad... sumiéndonos en esta endiablada oscuridad. ¿Y quiere usted decir?...

—He oído decir que el durmiente había sido rescatado—dijo Graham;—pero ya volveremos. ¿Está usted seguro que le tiene Ostrog?

—No le permitirá apartarse de su lado—dijo el anciano.

—¿Y está usted seguro de que no es el genuino durmiente? Nunca había oído...

—Así le creen los locos. Le tienen por tal durmiente. Conozco demasiado bien á Ostrog. ¡No se lo he dicho! En cierto modo soy algo pariente de Ostrog... por mi nuera...

—Yo supongo...

—¿Y bien?

—Que ese durmiente no tendrá probabilidades de afirmarse... creo mejor que será un juguete en manos de Ostrog ó del Consejo, una vez terminada la lucha.

—En manos de Ostrog... evidentemente. ¿Por qué no ha de ser un juguete? Fijese usted en su posición. Todo se ha hecho para él, todos los placeres imaginables. ¿Qué necesidad tiene de gobernar?

—¿Qué son esas ciudades... de Placer?—preguntó Graham bruscamente.

El anciano se hizo repetir la pregunta. Cuando por último se cercioró de las palabras de Graham, hizo un gesto.

—¡Eso es demasiado!—dijo.—Se está riendo de un viejo. Sospecho que sabe usted más de lo que quiere aparentar.

—Quizás sea así—dijo Graham.—Pero no... ¡á qué fingir! No sé lo que es una Ciudad de Placer.

El viejo se rió socarronamente.

—Y lo que es más, no sé leer sus letras, no conozco la moneda que ustedes usan, ni qué países extranjeros hay. No sé dónde estoy. No sé dónde comer, ni beber, ni alojarme.

—Vamos, vamos—dijo el viejo,—si tuviese usted ahora en la mano un buen vaso ¿se lo llevaría á los ojos ó á las orejas?

—Deseo que me explique usted todas esas cosas.

—¡Eh, eh! Bueno, un caballero vestido de seda, necesita divertirse también un poco.

Una huesuda mano acarició por un momento el brazo de Graham.

—Seda. ¡Bueno, bueno! Pero de todos modos yo quisiera ser el hombre que pusieron en lugar del durmiente. Ya sacaré buen partido. Todo pompa y placer. Tiene un semblante raro. Cuando estaba permitido verle, yo compré billete y le vi. Tiene la misma cara que los fotógrafos dieron al verdadero. Amarillento. Pero ya se pondrá colorado. Este es un mundo raro. ¡Piense usted en su suerte! Espero que lo enviarán á Capri. Es el lugar más divertido de la tierra.

La tos le impidió continuar. Luego comenzó á murmurar envidiosamente de placeres y extraños deleites.

—¡Pensar en su suerte... su atroz suerte! Toda la vida he permanecido en Londres, acechando una oportunidad.

—Pero usted no sabe que el durmiente muriera—dijo Graham repentinamente.

El viejo le hizo repetir la afirmación.

—Los hombres no viven más allá de diez docenas.

Eso no está en el orden de las cosas—dijo.—Yo no soy un necio. Sólo los necios pueden creer esas cosas.

Graham se enfadó ante la seguridad del viejo.

—Que sea usted necio ó no—dijo,—está usted equivocado en lo tocante al durmiente.

—¿Eh?

—Que está usted equivocado. No se lo he dicho á usted antes, pero se lo digo ahora. Está usted equivocado.

—¿Qué sabe usted? Me ha dicho usted que no conocía nada... ni siquiera las Ciudades de Placer.

Graham hizo una pausa.

—Usted no sabe—continuó el viejo,—ni es posible...

Muy pocos hombres

—Soy el durmiente.

Tuvo que repetirlo.

Hubo una breve pausa.

—Es una imprudencia decir eso, señor; dispéñese usted. Le pudiera acarrear disgustos en estas circunstancias—dijo el viejo.

Graham, ligeramente confuso, repitió la afirmación.

—Decía que soy el durmiente. Hace muchos... todos esos años, que caí en el letargo, en un pueblecito... en aquellos días en que había setas, y pueblos, y mesones, y toda la campiña estaba dividida en pequeñas parcelas. ¿No ha oído usted hablar nunca de aquellos días? Y soy yo... yo que he hablado á usted... el que despertó hace cuatro días.

—¿Hace cuatro días... el durmiente! Ellos se llevaron al durmiente. Se lo llevaron y no le dejarían irse. ¡Qué disparate! Hasta ahora había estado usted hablando con bastante cordura. Lo veo desde aquí como si estuviera con ellos. Lincoln á su lado sin apartarse un momento de él; no le permitirán que de cuatro pasos solo. Créame usted. Es usted un extraño sujeto. Uno de esos bromistas impertinentes. Ahora comprendo por qué ha estado hablando tan extrañamente, pero...

Se detuvo bruscamente y Graham pudo ver su gesto.

—¿Como si Ostrog permitiese que el durmiente se le marchase á callejear por ahí! No; ha dado usted con un hombre á propósito. ¡Cómo si yo fuese á creerlo!

¿Qué pretende usted? Y además, hemos estado hablando del durmiente.

Graham se puso de pie.

—Oígame usted—dijo.—Soy el durmiente.

—¿Qué salida—dijo el viejo,—la de venir á refugiarse en la oscuridad, para decir embustes de ese género! Pero...

La exasperación de Graham se trocó en risa.

—¡Esto es absurdo!—exclamó.—¡Absurdo! Es necesario que el sueño termine. Se hace más violento y más violento. Aquí estoy... en esta maldida oscuridad... un anacronismo durante doscientos años, y tratando de persuadir á un viejo loco que soy yo, y entretanto... ¡Uff!...

Echó á andar irritado. El viejo le siguió inmediatamente.

—¿Eh!... ¡pero no se marche usted!—gritaba.—¡Soy un viejo loco, ya lo sé! No se marche usted. No me deje usted solo en esta oscuridad.

Graham vaciló, se detuvo. Súbitamente pasó por su mente la estupidez de ir diciendo sus secretos.

—No he tenido intención de ofenderle á usted... de dudar—dijo el viejo aproximándose.—Lejos de mi semejante pensamiento. ¡Llámele usted el durmiente si eso le place! Sólo que es un poco imprudente...

Graham vaciló, volvió de pronto la espalda, y continuó su camino.

Durante un rato oyó la persecución del viejo, y su cascada voz fué haciéndose menos perceptible, hasta que las sombras le ocultaron y Graham no le volvió á ver más.

CAPITULO XII

OSTROG

Graham podía ya ver una línea más clara de su posición. Durante largo tiempo, sin embargo, su mente

Eso no está en el orden de las cosas—dijo.—Yo no soy un necio. Sólo los necios pueden creer esas cosas.

Graham se enfadó ante la seguridad del viejo.

—Que sea usted necio ó no—dijo,—está usted equivocado en lo tocante al durmiente.

—¿Eh?

—Que está usted equivocado. No se lo he dicho á usted antes, pero se lo digo ahora. Está usted equivocado.

—¿Qué sabe usted? Me ha dicho usted que no conocía nada... ni siquiera las Ciudades de Placer.

Graham hizo una pausa.

—Usted no sabe—continuó el viejo,—ni es posible...

Muy pocos hombres

—Soy el durmiente.

Tuvo que repetirlo.

Hubo una breve pausa.

—Es una imprudencia decir eso, señor; dispéñese usted. Le pudiera acarrear disgustos en estas circunstancias—dijo el viejo.

Graham, ligeramente confuso, repitió la afirmación.

—Decía que soy el durmiente. Hace muchos... todos esos años, que caí en el letargo, en un pueblecito... en aquellos días en que había setas, y pueblos, y mesones, y toda la campiña estaba dividida en pequeñas parcelas. ¿No ha oído usted hablar nunca de aquellos días? Y soy yo... yo que he hablado á usted... el que despertó hace cuatro días.

—¿Hace cuatro días... el durmiente! Ellos se llevaron al durmiente. Se lo llevaron y no le dejarían irse. ¡Qué disparate! Hasta ahora había estado usted hablando con bastante cordura. Lo veo desde aquí como si estuviera con ellos. Lincoln á su lado sin apartarse un momento de él; no le permitirán que de cuatro pasos solo. Créame usted. Es usted un extraño sujeto. Uno de esos bromistas impertinentes. Ahora comprendo por qué ha estado hablando tan extrañamente, pero...

Se detuvo bruscamente y Graham pudo ver su gesto.

—¿Como si Ostrog permitiese que el durmiente se le marchase á callejear por ahí! No; ha dado usted con un hombre á propósito. ¡Cómo si yo fuese á creerlo!

¿Qué pretende usted? Y además, hemos estado hablando del durmiente.

Graham se puso de pie.

—Oígame usted—dijo.—Soy el durmiente.

—¿Qué salida—dijo el viejo,—la de venir á refugiarse en la oscuridad, para decir embustes de ese género! Pero...

La exasperación de Graham se trocó en risa.

—¡Esto es absurdo!—exclamó.—¡Absurdo! Es necesario que el sueño termine. Se hace más violento y más violento. Aquí estoy... en esta maldida oscuridad... un anacronismo durante doscientos años, y tratando de persuadir á un viejo loco que soy yo, y entretanto... ¡Uff!...

Echó á andar irritado. El viejo le siguió inmediatamente.

—¿Eh!... ¡pero no se marche usted!—gritaba.—¡Soy un viejo loco, ya lo sé! No se marche usted. No me deje usted solo en esta oscuridad.

Graham vaciló, se detuvo. Súbitamente pasó por su mente la estupidez de ir diciendo sus secretos.

—No he tenido intención de ofenderle á usted... de dudar—dijo el viejo aproximándose.—Lejos de mi semejante pensamiento. ¡Llámeselo el durmiente si eso le place! Sólo que es un poco imprudente...

Graham vaciló, volvió de pronto la espalda, y continuó su camino.

Durante un rato oyó la persecución del viejo, y su cascada voz fué haciéndose menos perceptible, hasta que las sombras le ocultaron y Graham no le volvió á ver más.

CAPITULO XII

OSTROG

Graham podía ya ver una línea más clara de su posición. Durante largo tiempo, sin embargo, su mente

siguió confusa, pero después de su conversación con aquel viejo, el descubrimiento de Ostrog estaba claro en su mente como la final inevitable decisión. Una cosa era evidente; que los que estaban en los principales distritos de la revolución, habían conseguido admirablemente su objeto de tener secreta su desaparición. Pero á cada momento esperaba oír la nueva de su muerte ó de su captura por el Consejo.

De pronto un hombre se encaró con él.

—¿Ha oído usted?—preguntó.

—¡No!—dijo Graham sobresaltado.

—¡Cerca de una docenada—dijo el intruso;—una docenada de hombres!

Y se alejó corriendo.

Un grupo de hombres y mujeres pasó en la oscuridad gesticulando y gritando:

—¡Capitulados!

—¡Derrribados!

—¡Una docenada de hombres!

—¡Dos docenadas de hombres!

—¡Ostrog, hurra!

Los gritos fueron alejándose, haciéndose indistintos.

Otros grupos siguieron á éste, gritando también. Por un momento su atención se absorbió en los fragmentos de diálogo que oía. Le ocurrió la duda de si hablaban inglés. Llegaban palabras hasta él, palabras semejantes á las del dialecto negro, un chapurrado extravagante. No se atrevió á interrogar á nadie. La impresión que le dejó la gente, estaba en completo desacuerdo con sus prejuicios acerca de la lucha y confirmaba la fe del viejo en Ostrog. Con mucha lentitud pudo inclinarse á creer que aquellas gentes estaban regocijándose en la derrota del Consejo, que el Consejo que le había perseguido con tal poder y vigor, era después de todo el más débil de los dos lados del conflicto. Y si esto era así ¿en qué le afectaría á él? Muchas veces había vacilado en el lindero de las preguntas fundamentales. Una de las veces siguió durante largo trecho á un hombrecillo de obeso contorno, pero no se atrevió á interrogarle.

Pasado mucho tiempo se le ocurrió que pudiera pre-

guntar por la dirección de las Regiones Altas, cualquiera cosa que aquellas oficinas pudiesen ser. Su primera investigación le envió sencillamente en dirección á Westminster. Su segunda le llevó al descubrimiento de un atajo, en el cual se encontró bien pronto desorientado. Se le ocurrió dejar los caminos por donde había transitado hasta entonces—no conociendo otros medios de tránsito—é internarse por una de las escaleras centrales, en la oscuridad de una encrucijada. Allí le ocurrieron algunas triviales aventuras; la principal, el ambiguo encuentro con una invisible criatura de voz ronca, que se expresaba en un extraño dialecto, que le pareció á Graham en el primer momento, un idioma extranjero, un espeso torrente de palabras, de origen inglés seguramente, pero aglomeradas de un modo extraño. Después se aproximó otra voz, la voz de una muchacha cantando «tralalá, tralalá». Le habló á Graham en un inglés parecido al anterior. Pretendía haber perdido á su hermana, tropezó con él á propósito, se asió á su brazo y se echó á reír. Pero él con palabras de recriminación la envió de nuevo á las tinieblas.

Aumentaban los sonidos en torno suyo. Gente que tropezaba pasó por su lado hablando con excitación.

—¡Se han rendido!

—¡El Consejo! ¡Seguramente no!

—Así lo andan diciendo por las calles.

El pasaje parecía ensancharse. De pronto llegó á la boca. Se encontró en un ancho espacio, y la gente discurría á lo lejos. Preguntó por su camino á una figura indistinta.

—A través, todo derecho—dijo una voz de mujer.

Dejó la pared que le servía de guía, y un momento después tropezaba con una mesita llena de objetos de cristal. Los ojos de Graham, hechos ya á la oscuridad divisaron una larga línea de mesitas á cada lado. Acercóse. En una ó dos de las mesas oyó ruido de loza y el sonido de alguien masticando. Había personas lo bastante frescas para comer, ó lo bastante osadas para regalarse á pesar de la convulsión social y la oscuridad. Muy lejana y elevada vió bien pronto una luz pálida de forma

semicircular. Al aproximarse, una valla negra levantóse, ocultándola. Tropezó en un escalón y se encontró en una galería. Oyó sollozar, y notó que dos niñas estaban acurrucadas junto á la barandilla. Las niñas guardaron silencio al oír sus pasos. Trató de consolarlas pero no se movieron mientras estuvo á su lado. Al alejarse, las oyó sollozar de nuevo.

De pronto encontróse al pie de una escalera, y próximo á un espacio abierto. Vió una confusa media luz en la parte superior y salió de la oscuridad á otra calle de vías móviles. A lo largo de ésta un desordenado enjambre de gente que marchaba gritando. Iban cantando fragmentos del himno de la revolución, la mayoría fuera de tono. Aquí y allá resplandecían antorchas creando breves y temblonas sombras. Preguntó en su camino y por dos veces no pudo comprender la respuesta. A la tercera tentativa fué más afortunado. Estaba á dos millas de las oficinas de Westminster, pero el camino era fácil de seguir.

Cuando por último se aproximó al distrito de la dirección de las Regiones Altas, parecióle, por las aclamantes procesiones á lo largo de las vías, por el regocijo tumultuario, y finalmente por la iluminación de la ciudad, que la derrota del Consejo debía ser un hecho. Y hasta ahora no habían llegado á sus oídos noticias de su desaparición.

La reiluminación de la ciudad se hizo súbitamente. De pronto quedó deslumbrado, viendo á su alrededor gente á quien sucedía lo mismo; el mundo parecía incandescente. La luz le encontró junto á la gente que llenaba las vías próximas á la dirección, y la sensación de visibilidad y exposición que surgió con la luz, hicieron que su vago deseo de reunirse con Ostrog se convirtiese en profunda ansiedad.

Por un breve rato fué rechazado, empujado, echado de un lado á otro por aquel gentío ronco y fatigado á fuerza de aclamar su nombre, algunos vendados y llenos de sangre derramada por su causa.

La fachada de las oficinas estaba iluminada por una móvil pintura, pero no pudo ver lo que representaba, porque á pesar de sus frecuentes tentativas, lo denso de

la multitud le impedía aproximarse. Por lo que oyó decir en torno suyo, sacando en claro algo del dialecto, juzgó que era una noticia ilustrada de la lucha en la Casa del Consejo. La ignorancia y la indecisión le hacían lento é irresoluto en sus movimientos. Por un gran rato no podía concebir cómo llegaría á la puerta de aquella casa. Atravesó lentamente por medio de las masas, hasta que se dió cuenta de que las escaleras de la vía central le conducirían al interior del edificio. Esto le marcó un objeto, pero antes de llegar á la faja central, la multitud era tan densa, que habría pasado largo tiempo. Y aun allí se encontró obstruido, y tuvo una hora de discusión con los guardias y pasó largo tiempo antes de que pudiera enviar un recado al hombre que le deseaba allí entre todos los hombres. Su historia causó risas burlonas en un punto, y prevenido por esto, cuando por fin llegó á una nueva escalera, pretextó traer importantes noticias para Ostrog. Aquellas noticias no podía decirlas. Tomaron la esquila que les dió con visible repugnancia. Esperó un gran rato en un pequeño aposento, al pie del ascensor, y por fin vió llegar á Lincoln, lleno de excusas, asombrado. Se detuvo en el umbral, examinando á Graham y luego corrió hacia él efusivamente.

—¡Sí!—gritó.—¡Es usted! ¡No está usted muerto!
Graham dió una breve explicación.

—Mi hermano está esperando—dijo Lincoln.—Esta solo en las oficinas. Temíamos que le hubiesen matado á usted en el teatro. Dudaba... y las cosas urgen á pesar de lo que les estaba usted diciendo... si no hubiese venido al momento...

Les subió el ascensor, cruzaron un estrecho pasillo, atravesaron un vasto patio, en el que sólo dos mensajeros caminaban presurosos, y entraron en un salón relativamente pequeño cuyo único mobiliario consistía en un largo diván y un gran disco oval de un gris velado, suspendido por cables de la pared. Allí Lincoln dejó á Graham unos momentos, y el durmiente observó, sin comprenderlo, las cambiantes y brumosas formas que desfilaron lentamente por el disco.

Su atención fué distraída por un sonido que comenzó

súbitamente. Era el clamoreo, el frenético clamoreo de una inmensa pero remotísima multitud, una rugiente exclamación. Terminó tan secamente como había empezado, como un sonido oído entre el abrir y cerrar de una puerta. En el salón contiguo se oían pasos precipitados y un melodioso tintineo como si los eslabones de una cadena, girasen en torno de una rueda dentada.

Después oyó una voz de mujer; el crujido de una falda.

—Es Ostrog—la oyó decir.

Una campanilla sonó vibrante, y luego todo quedó en silencio.

Bien pronto voces, pisadas y movimientos dentro. Las pisadas de una persona se destacaron de entre los demás rumores, pisadas firmes y mesuradas. La cortina se separó lentamente. Un hombre alto, de pelo cano, vistiendo ropajes de seda color crema, apareció, mirando á Graham por debajo de su brazo levantado.

Por un momento la blanca forma permaneció sosteniendo la cortina, después la dejó caer y adelantó un paso. La primera impresión de Graham fué la de una frente anchurosa, ojos de un azul pálido, hundidos bajo unos blancos párpados, nariz aguileña, y boca resuelta, de duras líneas. Las arrugas sobre los ojos, la caída de la comisura de los labios, estaba en contradicción con el erguido continente, y delataban la vejez. Graham levantóse instintivamente, y por un momento los dos hombres permanecieron en silencio, mirándose el uno al otro.

—¿Es usted Ostrog?—dijo Graham.

—Yo soy Ostrog.

—¿El Jorobado?

—Así me llaman.

Graham sintió la inconveniencia del silencio.

—Primeramente, supongo... he de darle las gracias por mi liberación—dijo.

—Temíamos que hubiese usted muerto—dijo Ostrog.—O sido enviado á dormir otra vez... para siempre jamás. Hemos hecho lo posible para guardar el secreto... el secreto de su desaparición. ¿Dónde ha estado usted? ¿Cómo ha llegado usted aquí?

Graham lo explicó brevemente.

Ostrog escuchó en silencio. Luego sonrió ligeramente.

—¿Sabe usted lo que estaba haciendo cuando me han anunciado su llegada de usted?

—¿Quién adivina?

—Pues preparaba su doble.

—¿Mi doble!

—Un hombre tan parecido á usted como fuese posible encontrarle. Ibamos á hipnotizarle, á salvarle de la necesidad de obrar. La cosa se imponía. El todo de esta revolución depende del convencimiento de que está usted despierto, vivo, y con nosotros. En este momento una gran multitud se aglomera en el teatro pidiendo verle á usted. No tienen entera confianza. Usted, naturalmente, comprenderá... algo de su posición!

—Muy poco—dijo Graham.

—Pues es parecido á esto.—Ostrog dió un paseo por la estancia y se detuvo de nuevo.—Usted es absoluto propietario—dijo,—de más de medio mundo. Como consecuencia de esto, de hecho, es usted rey. Sus poderes están limitados por varios intrincados modos, pero es usted la primera figura, el símbolo popular de Gobierno. Ese Consejo Blanco, el Consejo de Fideicomisarios, como se le llama...

—He oído vagas nociones de eso...

—Me extraña.

—Topé con un viejo ganoso de hablar.

—Comprendo... Nuestras masas... la palabra es de los tiempos de usted... naturalmente, ya sabrá usted que aun tenemos masas... le miran á usted como nuestro actual gobernante. Lo mismo que gran número de personas miraban en tiempo de usted á la Corona. Las masas estaban descontentas... en todo el mundo... con el gobierno de los representantes de usted. En su mayoría es el eterno descontento, la antigua lucha del gobernado contra el gobernante... la miseria del trabajo y la represión. Pero el Consejo gobernaba mal. En ciertas materias, en la administración de las Compañías del Trabajo, por ejemplo, se ha conducido indiscretamente. Han desperdiciado oportunidades sin cuento. Los del partido popular ya nos

agitábamos por reformas... cuando ocurrió su despertar. ¡Ocurrió! A ser obra nuestra no hubiera podido llegar con más oportunidad—sonrió.—El espíritu popular, sin tener en cuenta los años de letargo, acariciaba ya la idea de despertarle á usted y apelar á usted y... ¡zas!

Indicó la explosión con un gesto y Graham movió la cabeza en señal de inteligencia.

—El Consejo desbarró... disputó... como siempre. No sabían qué hacer con usted. Ya sabe usted cómo le apasionaron.

—Ya sé... ya sé. Y bien... ¿vencemos?

—Vencemos. Vencemos indisputablemente. Hemos triunfado esta noche, en cinco horas escasamente. La conflagración ha sido tan repentina como general. Todo lo hemos arrollado. Las gentes de la región alta, la Compañía del Trabajo, con sus millones, rebasaron los límites. Está en nuestro poder el depósito de las aeropilas.

Hizo una pausa.

—Sí—dijo Graham—sospechando que aeropila significaba máquina volante.

—Esto naturalmente era esencial. De otro modo hubieran podido volverse contra nosotros. Toda la ciudad se ha levantado... quizás el tercio de sus habitantes. Toda la ropa azul, todos los servicios públicos, excepto unos pocos aeronautas y sobre la mitad de la policía roja. Usted fué rescatado, y su propia policía, la que defendía los caminos, ha sido destrozada... muertos ó desarmados. Londres es nuestro. La Casa del Consejo se defiende aún.

La mitad de los fieles al Consejo de la policía roja, han quedado exterminados en su loca tentativa de capturarle á usted de nuevo. El Consejo perdió la cabeza al perderle á usted. Realmente ha sido una noche de triunfo. La estrella de usted resplandece en todas partes. Hace veinticuatro horas, el Consejo Blanco mandaba como lo venía haciendo durante una gruesa de años, siglo y medio, y luego, tan sólo con cuatro palabras al oído, y un secreto reparto de armas aquí y acullá, de pronto... ¡Así!

—Soy muy ignorante—dijo Graham.—Supongo... no comprendo claramente las condiciones de esta lucha. ¡Si

usted pudiera explicarme! ¡Dónde está el Consejo! ¡Dónde se lucha ahora!

Ostrog atravesó la estancia; algo sonó, y de pronto, todo quedó á oscuras, salvo un resplandor oval, en la pared. Por un momento quedó Graham perplejo.

Después vió que el disco gris tomaba profundidad y color, apareciendo como una ventana oval, dando á una extraña escena.

A la primera ojeada no pudo sospechar lo que esta escena pudiera ser. Estaba alumbrada por la luz del día, la luz de un día de invierno, gris y clara. A través del cuadro, y á la mitad del fondo, según le pareció, entre él y la perspectiva más lejana, un grueso cable de alambres retorcidos caía verticalmente. Después se percató de que las grandes aspas que veía, los anchos intervalos, los abismos de oscuridad, eran semejantes á los que había visto cuando su fuga por los tejados. Distinguió una ordenada fila de figuras rojas que cruzaban un abierto espacio entre filas de hombres vestidos de negro, y comprendió, antes de que Ostrog hablase, que estaba contemplando la superficie superior del moderno Londres. La nieve de las noches anteriores había desaparecido. Pensó que aquel espejo era alguna moderna substitución á la cámara oscura, pero esta materia no le fué explicada. Observó que aun cuando la fila de figuras rojas marchaba de izquierda á derecha, esto no obstante, desaparecían en el disco por la izquierda. Se admiró de pronto y después vió que la imagen pasaba lentamente, á manera de los panoramas, á través del disco.

—Pronto verá usted la lucha—dijo Ostrog.—Como usted comprenderá esos individuos de uniforme rojo son prisioneros. La escena se desarrolla en el tejado de Londres. Calles y plazas están cubiertas. Las hendiduras y agujeros de su tiempo han desaparecido.

Algo fuera de foco cubrió la mitad de la imagen. Su forma hacía pensar en la figura de un hombre. Vióse un reflejo metálico, un relámpago, algo que pasó por el óvalo como el párpado pasa por el ojo, y la imagen se ofreció clara otra vez. Y ahora Graham contempló cierto número de hombres corriendo entre los molinos de vien-

to, apuntando armas de las que se elevaban pequeños copos de humo. Se iban replegando cada vez en mayor número hacia la derecha, gesticulando, quizás gritando, aun cuando el espejo no dijese nada de esto. Ellos y los molinos de viento pasaron lentamente por el campo del espejo.

—Ahora viene la Casa del Consejo—dijo Ostrog—y lentamente una valla negra fué apareciendo y atrajo la atención de Graham. Pronto no fué una valla, sino una cavidad, un gran espacio oscuro entre los apiñados edificios, y de él se levantaban espesas espirales de humo en aquella pálida atmósfera. Grandes masas, estribos y traviesas, se destacaban en aquella cavernosa oscuridad. Y sobre estos vestigios de un lugar espléndido, un enjambre de diminutas figuras se encaramaba, saltaba, se aglomeraba.

—Esta es la Casa del Consejo—dijo Ostrog—su última trincherera. Y los necios gastan su último esfuerzo ahí hasta que la casa les caiga encima. ¿Oyó usted la explosión? No dejó un cristal sano en la ciudad.

Y mientras él hablaba, Graham vió que detrás de esta área de minas, cerniéndose sobre ellas, y dominándolas á gran altura, se levantaba una multilada masa de blanca edificación. Esta masa había quedado aislada por la destrucción de los alrededores. Negras cavidades marcaban los pasajes que el desastre había separado del resto; vastos salones habían quedado al descubierto, y la decoración interior se mostraba lastimosamente en el crepúsculo invernal, y de las paredes agrietadas pendían festones de cables cortados, y retorcidas traviesas y carriles. Y en medio de todo esto se movían manchas encarnadas, los rojos defensores del Consejo. A intervalos, débiles resplandores iluminaban las plomizas sombras. A primera vista, pareció á Graham que un ataque contra el blanco edificio estaba llevándose á cabo, pero después notó que los sublevados no avanzaban, sino que, guardados entre el colosal armazón que circundaba este último baluarte de los del uniforme rojo, evitaban el espantoso fuego que se les hacía.

¡Y no hacía aún diez horas, él, había estado debajo

del ventilador, en un pequeño aposento, en aquel remoto edificio, preguntándose lo que ocurría en el mundo!

Observando más atentamente aquel bélico episodio que pasaba lentamente por el centro del espejo, Graham vió que el blanco edificio estaba rodeado de ruinas por todas partes, y Ostrog le explicó con frase concisa que sus defensores habían buscado, por este medio de destrucción, el reservarse contra un ataque. Habló de la pérdida de los hombres que la explosión había ocasionado, con tono indiferente. Indicóle un impresionado depósito mortuario entre las ruinas. Le señaló ambulancias que discurrían semejante á un hormiguero, á lo largo de un ruinoso trayecto que pocas horas antes fuera una animada calle de vías movibles. Tomó especial interés en hacerle ver las partes de la Casa del Consejo, la distribución de los sitiadores. Al poco rato, el conflicto civil que había estremecido á Londres, no era ya un secreto para Graham. No era una sublevación tumultuosa lo que había ocurrido aquella noche, sino un golpe de estado, admirablemente preparado. El puñado de detalles que le dió Ostrog eran asombrosos; parecía conocer aún el incidente más insignificante entre aquellas manchas rojas y negras que se movían en medio de las ruinas.

Extendió el brazo hacia la luminosa pintura y mostró el aposento de donde Graham había huído, y, á lo largo del techo, el trayecto recorrido en la fuga. Graham reconoció la sima á lo largo de la cual corría el canalón, y los molinos de viento, debajo de los que se había agazapado ocultándose de la máquina volante. El resto de su camino había desaparecido con la explosión. Volvió de nuevo los ojos á la Casa del Consejo, y ya estaba medio oculto, y á la derecha, una ladera, con una porción de cúpulas y torrecillas, brumosa, confusa y distante, iba apareciendo.

—¿Y verdaderamente el Consejo ha caído?—preguntó.

—Verdaderamente—respondió Ostrog.

—Y yo... ¿Realmente soy?...

—El amo del mundo.

—Pero esa bandera blanca...

—Es la bandera del Consejo... la bandera del Go-

bierno universal. Caerá. La lucha toca á su término. El ataque al teatro fué su último y frenético esfuerzo. No cuentan más que con unos mil hombres, y éstos, no todos afectos. Tienen pocas municiones. Y estamos haciendo renacer las antiguas artes militares. Nos pertrechamos de fusiles.

—Pero... pueden socorrerles. ¿Es esta capital el mundo?

—De hecho, esto es todo lo que les ha quedado de su imperio. Fuera, las ciudades, ó han seguido nuestro movimiento, ó esperan el desenlace. Su repentino despertar sumió al Consejo en gran perplejidad, paralizándolo.

—¿Pero no tiene el Consejo máquinas volantes? ¿Por qué no las utiliza en la lucha?

—Sí que tienen. Pero la mayor parte de los aeronautas están á nuestro lado. No han querido correr el riesgo de luchar abiertamente en nuestro favor, pero tampoco querían luchar contra nosotros. Estábamos en inteligencia con ellos. En cuanto se supo que usted había desaparecido, los que le perseguían á usted flojearon. Nosotros matamos al policía que hizo fuego sobre usted... hace una hora. Al propio tiempo, habíamos ocupado las estaciones volantes en tantas poblaciones como nos ha sido posible, deteniendo y capturando así los aeroplanos, y en cuanto á los pequeños aparatos que se elevaron—pues algunos lo han efectuado—les reservábamos una acogida demasiado categórica, para que se atreviesen á aproximarse á la Casa del Consejo. Al descender, no hubieran podido elevarse ya, pues no tienen allí bastante espacio para la salida. Muchos los hemos destrozado, otros han descendido, entregándose, y los más han desaparecido buscando refugio en alguna ciudad lejana. Muchos de los aeronautas se daban por contentos cayendo prisioneros y librándose así de todo daño. Residir en una máquina volante no es una cosa agradable. No es probable que el Consejo lo intente. Sus horas están contadas.

Se echó á reír, y volvióse hacia el óvalo de nuevo para señalar á Graham lo que llamaba estaciones volantes. Aun las cuatro que estaban más próximas se veían confusas y remotas, oscurecidas por una bruma material.

Pero Graham pudo apreciar que eran vastísimas construcciones, aun jugadas con referencia á las cosas que las rodeaban.

Y luego, cuando aquellas confusas formas desaparecieron por la izquierda, se presentó nuevamente la vista del espacio abierto por donde habían desfilado los prisioneros del uniforme rojo. Y después las negras minas, y otra vez la mansión blanca del sitiado Consejo. La lucha permanecía todavía en suspenso, pero los defensores no hacían ya fuego.

Así, en una tenebrosa quietud, el hombre del siglo XIX vió la escena final de la gran revolución, el inminente establecimiento de su gobierno. Con cierto dejo de alarmante descubrimiento, cercioróse de que aquel era su mundo, y no el otro que había dejado atrás; que este no era un espectáculo para olvidarlo después de visto; que en este mundo estaban, en cuanto durase su vida, sus deberes y peligros y responsabilidades. Volvióse he hizo nuevas preguntas. Ostrog empezó á contestarlas, pero de pronto dijo:

—Estas cosas las explicaré más tarde con más amplitud. Ahora existen... deberes. El pueblo, por los caminos movibles, viene hacia aquí... los mercados y el teatro están de bote en bote. Ha llegado usted á tiempo. Quieren verle á usted. Y en el extranjero, las gentes piden lo mismo. París, Nueva York, Chicago, Deuver, Caprí... miles de ciudades están en pleno tumulto, indecisas, deseando aclamarle. Cada año aseguraban que había despertado usted, y ahora que ha sucedido, apenas si lo quieren creer...

—Pero seguramente... Yo no puedo ir...

Ostrog contestó del otro lado del salón, y las imágenes palidieron en el disco oval, al iluminarse de nuevo la estancia.

—Tenemos kinetotele-fotógrafos—dijo.—Al saludar usted desde aquí al pueblo... en todo el mundo, miriadas de miriadas de ciudadanos agrupados en oscuros y silenciosos salones, le verán á usted perfectamente. De blanco y negro, naturalmente... no así. Y usted oirá sus aclamaciones.

Y además, existe un aparato óptico que emplearemos—continuó Ostrog;—lo usan los pantomimos y bailarines. Será nuevo para usted. Usted se expone á una brillante luz, y el espectador ve, no su ser, sino una imagen cuya proyectada en una pantalla... tan clara, que desde la más remota galería, sería posible contarle los pelos de la barba.

Graham aventuró una pregunta que se revolvía en su mente.

—¿Cuál es la población de Londres?

—Más de treinta y tres millones.

Las cifras fueron más allá de la imaginación de Graham.

—Será preciso que diga usted algo—continuó Ostrog.

—No lo que ustedes llamaban un discurso, sino lo que la gente ahora llama una «palabra», una frase, seis ó siete palabras. Algo formal. Si yo me atreviese á indicar... «He despertado y mi corazón está con vosotros». Eso es precisamente lo que se necesita.

—¿Cómo ha dicho usted?—preguntó Graham.

—«He despertado y mi corazón está con vosotros». Y salude usted... salude regamente. Pero hemos de ver esas ropas negras... pues el negro es su color. ¿Tiene usted inconveniente? Y después cada cual se irá á sus quehaceres.

Graham vaciló.

—Me entrego á sus manos—dijo.

Ostrog era claramente de esta opinión. Pensó un momento, levantó la cortina, y dió breves órdenes á invisibles subalternos. Casi inmediatamente, un manto negro, el hermano gemelo del manto negro que Graham había abandonado en el teatro, fué traído. Y, al echárselo sobre los hombros, de la habitación contigua llegó el sonido de un campanilleo. Ostrog volvióse para interrogar al subalterno, después pareció cambiar súbitamente de idea, apartó la cortina y desapareció.

Por un momento Graham permaneció, con el respetuoso recién llegado, escuchando los pasos de Ostrog. Oyóse un murmullo de preguntas y respuestas y de pasos precipitados. La cortina fué apartada y reapareció Ostrog,

teniendo resplandeciente su macizo rostro. Cruzó la estancia de dos zancadas, cortó la luz, asió á Graham por el brazo y señaló al espejo.

—¡Mire usted!—dijo.

Graham vió su dedo índice, negro y colosal, sobre la reflejada Casa del Consejo. En el primer momento no comprendió. Y después vió que el asta donde había ondeado la bandera blanca, estaba desnuda.

—¿Quiere usted decir?...—empezó.

—El Consejo ha capitulado. Su poder ha concluído para siempre. ¡Vea usted!—y Ostrog señaló un lienzo negro que subía á lo largo del asta, y que bien pronto se desplegó al viento.

El óvalo apareció al apartar Lincoln la cortina.

—Se impacientan—dijo.

Ostrog continuó asido al brazo de Graham.

—Hemos levantado al pueblo—dijo;—le hemos dado armas. Por hoy, cuando menos, su voluntad es ley.

Lincoln sostuvo la cortina para que pasasen Graham y Ostrog...

En su trayecto á los mercados, Graham entrevió un aposento largo y estrecho, en donde, muchos hombres, con el universal traje azul, conducía ciertas cerradas cosas, como camillas, y otros hombres, vistiendo el púrpura de la profesión, iban de aquí para allá. De este aposento salían gemidos y lamentos. Tuvo la impresión de una cama vacía, ensangrentada, y de otras donde yacían hombres vendados.

El clamor de la multitud se iba aproximando, hasta convertirse en un rugido. Y después, un ondular de estandartes negros, de vestidos azules y andrajos oscuros, y el enjambre humano arrollándose en las cercanías del teatro se presentó á su vista. Al fin entraron en el gran teatro donde habían hecho su primera aparición, el gran teatro que había visto como un foco de luz y tinieblas en su fuga de la policía roja. Esta vez penetró por una galería que dominaba el escenario. El local estaba brillantemente iluminado. Buscó con la vista la pasarela por donde había escapado, pero no pudo distinguirla entre la multitud apiñada; ni pudo ver los asientos destrozados,

ni los destripados almohadones, ni otros vestigios de la lucha, por lo denso de la concurrencia. Excepto el escenario lo demás era un mar de cabezas. Mirando hacia abajo, el efecto era un área de puntos rosados, cada punto un inmóvil semblante vuelto hacia él. Al aparecer con Ostrog, el vocerío se extinguió, cesaron los cantos, un interés común calmó y unificó el desorden. Todos los ojos estaban clavados en un punto.

CAPITULO XIII

EL FIN DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Según pudo Graham juzgar, era cerca de mediodía cuando se arrió la bandera blanca del Consejo. Pero habían de transcurrir algunas horas antes de que fuese posible efectuar la formal capitulación, y así, después que hubo pronunciado su «palabra», retiróse á sus nuevas habitaciones en las oficinas de las Regiones Altas. La continua excitación de las últimas doce horas le había dejado atrozmente fatigado y aunque su curiosidad quedó en reposo; durante un cierto lapso permaneció inerte, con los ojos abiertos, y durmió durante otro lapso. Fué reanimado por dos facultativos y se le preparó un estimulante para poder hacer frente á nuevas excitaciones. Después que hubo tomado los preparados y disfrutado de un baño frío, sintió una rápida vuelta al interés y la energía, y bien pronto estuvo en disposición de acompañar á Ostrog á una excursión de muchas millas (así parecía) á través de pasajes, ascensores y vías móviles, hasta llegar á presenciar la última escena del Consejo Blanco.

Se encaminaron desviadamente á través de una masa de edificios. Llegaron por último á un pasaje que daba á una extensión oblonga, y á lo lejos la silueta de la ruinoso Casa del Consejo. Un tumulto de gritos remontó hasta ellos. Momentos después llegaban á un saliente de

los edificios que dominaban aquella escena de desolación. El cuadro que se presentó á los ojos de Graham, no era menos extraño y admirable después de la remota perspectiva que de él había visto Graham en el espejo oval.

Aquel vasto espacio, en forma de anfiteatro, parecía alcanzar cerca de una milla hasta su límite más extremo. A mano izquierda aparecía con luz dorada, recibiendo el sol de plano, y debajo y á la derecha, claro y fresco en la sombra. Sobre la sombreada Casa del Consejo que se elevaba en medio, la gran bandera negra de la capitulación flameaba todavía ligeramente contra el resplandor del ocaso. Muchos salones, patios y pasajes se abrían al descubierto extrañamente; rotas masas de metal se proyectaban desmayadamente del complicado armazón, vastas masas de cables pendían como jarcias de un buque desarbolado, y de su base subía un rumor de innumerables voces, violentos golpes y sonos de trompetas. Todo, alrededor de aquella blanca pila, era un vasto círculo de desolación; las derrumbadas y ennegrecidas masas, los sólidos basamentos y ruinosos armazones de la fábrica que había sido destruída por orden del Consejo, esqueletos de envigado, titánicos lienzos de pared, bosques de robustas pilastras. Entre las sombrías ruinas, al pie, se deslizaban hilos de agua, que serpenteaban centelleando, y más lejos caía sobre la vasta masa de escombros, un chorro de agua de más de doscientos piés de altura, formando una rumorosa cascada. Y por todos lados, la multitud aglomerada.

Donde quiera que hubiese un espacio ó lugar transitable, el pueblo hormigueaba, un pueblo diminuto, empujándose pero claro, excepto donde la luz poniente los tocaba con su reflejo de oro. Se encaramaban por las vacilantes paredes, se apiñaban en torno de las aisladas pilastras. Surcaban la periferia del círculo ruinoso. El aire repercutía sus gritos, y la masa se precipitaba hacia el espacio central.

Sobre los pisos superiores de la Casa del Consejo no se veía un ser humano; aquello parecía desierto. Sólo la flácida bandera de la capitulación pendía pesadamente contra la luz. Graham vió tan sólo unos cuantos cadáve-

res tendidos en los rincones ó en medio de los charcos que iban dejando las cañerías rotas, los demás los habían ocultado.

—¿Quiere usted permitir que el pueblo le vea, señor? —dijo Ostrog.—Sienten ansiedad.

Graham vaciló, y después se adelantó hacia donde terminaba el desmoronado muro. Dirigió hacia abajo sus miradas.

Con mucha lentitud el enjambre fué fijándose en él. En este momento, pequeños grupos de la guardia negra, fueron aproximándose á la Casa del Consejo, á través de la multitud. Divisó diminutas cabezas vueltas hacia él, y bien pronto todo onduló al ser reconocido. Levantó el brazo, señaló la Casa del Consejo, y después lo dejó caer. Las voces fueron unánimes, y llegaron hasta él como una tempestad lejana.

El cielo iba palideciendo por Occidente, y Júpiter brillaba arriba, por el Sur, antes de que la capitulación quedase terminada. Arriba se producía un lento, casi insensible cambio; abajo todo era prisa, excitaciones, rápidas órdenes, pausas, espasmódicos desarrollos de organización, un creciente clamoreo y confusión. Antes que el Consejo hubiese salido, hombres atareados y sudorosos, dirigidos por mil voces contradictorias, sacaban centenares de cadáveres, de los que habían perecido en la lucha cuerpo á cuerpo, dentro de los largos corredores y cámaras...

Guardias con el uniforme, estaban alineados á lo largo del trayecto que debía recorrer el Consejo, y en tanto como la vista podía alcanzar, en la brumosa penumbra de las ruinas, y apostados, en cuantos podían servir de soporte á un hombre, se veía innumerable multitud, y sus voces, aun cuando entonces no aclamaban, eran como el rumor del reflujo sobre una playa de guijarros. Ostrog había escogido un grande y elevado espacio de compactas ruinas, y en este, con gran precipitación, se improvisaba una tribuna, construída con vigas y traviesas de las que por allí abundaban. Las partes esenciales estaban completas, pero bajo el edificio se entreveían aún cabrestantes y otras máquinas.

Esta tribuna tenía su pequeño espacio que estaba más elevado que el resto, y allí se había colocado Graham con Ostrog y Lincoln, detrás, los tres formando un grupo apartado del resto de la comitiva. Por debajo de esta tribuna corría una especie de terraza, rodeándola, y en ella estaban formados individuos de la guardia negra, con sus ligeras armas verdes, cuyo nombre no conocía Graham todavía. Los que estaban cerca del durmiente, observaron que sus ojos iban incesantemente del pueblo apiñado sobre las ruinas á la negruzca masa de la Casa del Consejo, de donde pronto saldrían los consejeros, y á las colosales paredes que circundaban, para volverlos de nuevo al pueblo. Las voces de éste llegaron á ser un tumulto ensordecedor.

Vió primero á los doce consejeros al resplandor de una de las luces que marcaban su camino, un pequeño grupo de figuras blancas destacándose sobre una negra arcada. En la Casa del Consejo habían estado sumidos en la oscuridad. Les vió adelantar, aproximarse y pasar junto á la resplandeciente luz, acompañando el airado rumor de aquel pueblo que habían tenido ciento cincuenta años bajo su poder. Al aproximarse más, pudo distinguir sus rostros, fatigados, pálidos y ansiosos. Esto le hizo pensar en la fría expresión que revestían en el salón del Atlas... Bien pronto pudo reconocer á algunos de ellos: el hombre que había golpeado la mesa dirigiéndose á Howard, un hombre alto y robusto de barba rojiza, otro de facciones delicadas, bajito y moreno, de cabeza singularmente larga. Observó que dos de ellos cuchicheaban, mirando á Ostrog. Detrás caminaba un hombre hermoso, de color moreno, pero de cuerpo encorvado y la mirada fija en el suelo. De pronto levantó los ojos, los posó un momento en Graham, y pasó después á Ostrog. El trayecto que debían recorrer estaba tan obstruído que tuvieron que dar muchos giros y revueltas antes de llegar á la rampa que conducía al tablado ó tribuna donde debía convenirse la entrega de poderes.

—¡El Amo, el Amo! ¡Dios y el Amo!—gritaba la multitud.—¡Al diablo el Consejo!

Graham contempló á su pueblo, aclamador y excitado,

y luego miró á Ostrog, firme y tranquilo á un paso de él. Luego volvió los ojos al pequeño grupo de consejeros blancos, y en seguida al trozo de cielo sobre su cabeza, donde centelleaban las familiares estrellas. El elemento maravilloso en su destino fué súbitamente vívido. ¿Era suya, verdaderamente, aquella pequeña vida de hacia doscientos años, y asimismo esta de ahora?

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO XIV

DESDE EL NIDO DEL CUERVO

Y así, después de extrañas dilaciones, y á través de una senda de duda y combate, aquel hombre del siglo XIX llegó por fin á ocupar su puesto á la cabeza de aquel complejo mundo.

Al principio, cuando salió del largo y profundo sopor que siguió á su liberación y á la entrega de poderes del Consejo, no supo dónde se encontraba. Mediante un esfuerzo, aclaró su mente, y á ésta acudió todo cuanto había ocurrido, primero con una especie de inseguridad, como de una historia oída, como de novela leída la víspera. Y, antes de que sus memorias fuesen claras, las peripecias de su fuga, la admiración de su estado acudieron á su mente. Era propietario de medio mundo; el Amo de la Tierra. Aquel nuevo gran siglo era suyo en el más completo sentido. No esperaba ya descubrir que todo aquello fuese un sueño; estaba ansioso por demostrarse que era un hecho real.

Un obsequioso ayuda de cámara le ayudó á vestirse bajo la inmediata inspección de un majestuoso mayordomo mayor, un hombrecillo cuyo semblante delataba al japonés, por más que hablase el inglés con la mayor corrección. Más tarde, supo de él algo del estado de los negocios públicos. La revolución era ya un hecho aceptado; la ciudad comenzaba ya á reanudar su interrumpida

vida y movimiento. En el extranjero, la caída del Consejo había sido acogida, salvo raras excepciones, con el mayor júbilo. En ninguna parte era popular el Consejo, y las mil ciudades de América septentrional, celosas todavía, después de doscientos años, de Nueva York, Londres y el Este, se habían alzado, casi unánimemente, dos días después de la noticia de la prisión de Graham. En las calles de París se luchaba todavía. El resto del mundo esperaba en suspenso.

Cuando estaba almorzando, el sonido de un timbre del teléfono, resonó en un rincón, y el mayordomo le indicó que Ostrog le saludaba y se informaba de su salud. Graham se levantó de la mesa para contestar. Al poco rato entró Lincoln, y Graham expresó inmediatamente un fuerte deseo de hablar del pueblo y de saber más de la nueva vida que se presentaba ante sus ojos. Lincoln le comunicó que dentro de tres horas una representación de oficiales y sus esposas vendrían á ofrecerle sus respetos en el salón del jefe de las Regiones Altas. El deseo de Graham de atravesar las calles, era, de todos modos, imposible, por causa de la enorme excitación del pueblo. Era posible, no obstante, contemplar la ciudad á vista de pájaro desde el Nido del Cuervo donde estaba el vigía de las Regiones Altas. Y habiendo Graham asentido, su mayordomo se encargó de conducirlo. Lincoln, con un amable cumplimiento al mayordomo, se excusó por no poder acompañarles, pues apremiaban las tareas administrativas.

Mucho más elevado que el más gigantesco de los molinos de viento estaba aquel nido del cuervo, unos mil pies sobre el inmenso tejado; un pequeño espacio en forma de disco sobre una pilastra de armazón metálico, equilibrada por medio de cables. A dicha altura ascendió Graham en un pequeño asiento colgante. A mitad del trayecto se presentaba una ligera galería, sobre la que se cernía un bosque de tubos, girando lentamente por la parte exterior de la galería. Eran el sistema de espejos, en relación con los del vigía de las Regiones Altas, en uno de los cuales Graham había visto la lucha del Consejo, cuando fué en busca de Ostrog. Su agregado japonés

y luego miró á Ostrog, firme y tranquilo á un paso de él. Luego volvió los ojos al pequeño grupo de consejeros blancos, y en seguida al trozo de cielo sobre su cabeza, donde centelleaban las familiares estrellas. El elemento maravilloso en su destino fué súbitamente vívido. ¿Era suya, verdaderamente, aquella pequeña vida de hacia doscientos años, y asimismo esta de ahora?

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO XIV

DESDE EL NIDO DEL CUERVO

Y así, después de extrañas dilaciones, y á través de una senda de duda y combate, aquel hombre del siglo XIX llegó por fin á ocupar su puesto á la cabeza de aquel complejo mundo.

Al principio, cuando salió del largo y profundo sopor que siguió á su liberación y á la entrega de poderes del Consejo, no supo dónde se encontraba. Mediante un esfuerzo, aclaró su mente, y á ésta acudió todo cuanto había ocurrido, primero con una especie de inseguridad, como de una historia oída, como de novela leída la víspera. Y, antes de que sus memorias fuesen claras, las peripecias de su fuga, la admiración de su estado acudieron á su mente. Era propietario de medio mundo; el Amo de la Tierra. Aquel nuevo gran siglo era suyo en el más completo sentido. No esperaba ya descubrir que todo aquello fuese un sueño; estaba ansioso por demostrarse que era un hecho real.

Un obsequioso ayuda de cámara le ayudó á vestirse bajo la inmediata inspección de un majestuoso mayordomo mayor, un hombrecillo cuyo semblante delataba al japonés, por más que hablase el inglés con la mayor corrección. Más tarde, supo de él algo del estado de los negocios públicos. La revolución era ya un hecho aceptado; la ciudad comenzaba ya á reanudar su interrumpida

vida y movimiento. En el extranjero, la caída del Consejo había sido acogida, salvo raras excepciones, con el mayor júbilo. En ninguna parte era popular el Consejo, y las mil ciudades de América septentrional, celosas todavía, después de doscientos años, de Nueva York, Londres y el Este, se habían alzado, casi unánimemente, dos días después de la noticia de la prisión de Graham. En las calles de París se luchaba todavía. El resto del mundo esperaba en suspenso.

Cuando estaba almorzando, el sonido de un timbre del teléfono, resonó en un rincón, y el mayordomo le indicó que Ostrog le saludaba y se informaba de su salud. Graham se levantó de la mesa para contestar. Al poco rato entró Lincoln, y Graham expresó inmediatamente un fuerte deseo de hablar del pueblo y de saber más de la nueva vida que se presentaba ante sus ojos. Lincoln le comunicó que dentro de tres horas una representación de oficiales y sus esposas vendrían á ofrecerle sus respetos en el salón del jefe de las Regiones Altas. El deseo de Graham de atravesar las calles, era, de todos modos, imposible, por causa de la enorme excitación del pueblo. Era posible, no obstante, contemplar la ciudad á vista de pájaro desde el Nido del Cuervo donde estaba el vigía de las Regiones Altas. Y habiendo Graham asentido, su mayordomo se encargó de conducirlo. Lincoln, con un amable cumplimiento al mayordomo, se excusó por no poder acompañarles, pues apremiaban las tareas administrativas.

Mucho más elevado que el más gigantesco de los molinos de viento estaba aquel nido del cuervo, unos mil pies sobre el inmenso tejado; un pequeño espacio en forma de disco sobre una pilastra de armazón metálico, equilibrada por medio de cables. A dicha altura ascendió Graham en un pequeño asiento colgante. A mitad del trayecto se presentaba una ligera galería, sobre la que se cernía un bosque de tubos, girando lentamente por la parte exterior de la galería. Eran el sistema de espejos, en relación con los del vigía de las Regiones Altas, en uno de los cuales Graham había visto la lucha del Consejo, cuando fué en busca de Ostrog. Su agregado japonés

subió antes que él, y pasaron una hora en preguntas y respuestas.

Era un día enteramente lleno de promesas de la primavera. El soplo tibio de la brisa deleitaba. El firmamento aparecía de un azul intenso, y la vasta extensión de Londres brillaba bajo un sol manantial. El aire estaba libre de una bruma y humo, dulce como el del monte.

Salvo el irregular óvalo de ruinas de la Casa del Consejo, y el negro lienzo de la capitulación que flotaba sobre ella, la ciudad, vista desde allí, presentaba muy pocas señales de la rápida revolución que en una noche y un día había cambiado los destinos del mundo. Una gran muchedumbre discurría aún entre las ruinas, y el inmenso espacio abierto que se veía á distancia y del cual, en tiempo de paz, salían los aeroplanos que hacían el servicio entre las varias ciudades de Europa y América, estaba asimismo inundado por el pueblo victorioso. A través de un estrecho pasaje levantado con tabloncillos sobre las ruinas, un grupo numeroso de obreros, restauraban precipitadamente los cables é hilos que ponían en comunicación la Casa del Consejo con el resto del mundo, y hacían otras reformas preparatorias del traslado de Ostrog á aquel palacio.

En el resto de la luminosa extensión permanecía tranquila. Tan grande era su serenidad comparada con los lugares de disturbio, que bien pronto Graham, mirando más allá de ellos, casi olvidó los miles de hombres fuera de vista, al resplandor artificial en el casi subterráneo laberinto, muertos ó moribundos de resultas de las heridas recibidas durante la noche; olvidó los improvisados hospitales con sus huestes de médicos, enfermeros y camilleros febrilmente atareados, y olvidó, en suma, todo el bullicio, la consternación y la novedad bajo las lámparas eléctricas. El sabía que en todos los lugares de aquel dédalo la revolución celebraba su triunfo, que el color negro dominaba aquel día, colgaduras negras, banderas negras, negras guirnaldas á lo largo de las calles. Y aquí, bajo la luz solar, lejos del campo de la lucha, como si nada hubiese ocurrido en el mundo, la selva de molinos de viento, giraba cumpliendo su incesante deber.

Más lejos, por entre los molinos, se veían las montañas de Surrey, azuladas y vaporosas; al norte, y más cercanos, los agudos contornos de Higligate y de la montaña de Muswell. Y sobre la campiña entera, en cada cima y altura, donde una vez las cercas se sucedían sin interrupción, y granjas, iglesias, posadas y quintas habían anidado entre los árboles, molinos de viento gigantescos, símbolos del nuevo siglo, proyectaban su movible sombra y almacenaban sin interrupción la energía que era transmitida incesantemente á través de las arterias de la ciudad. Y debajo discurrían los innumerables rebaños y manadas de British Food-Trust, con sus solitarios guardas y pastores.

Ni un contorno familiar rompía la multitud de gigantescas formas. Sabía que San Pablo existía aún, y muchos de los antiguos edificios de Westminster, se adivinaban fuera de vista, abiertos entre las gigantescas construcciones de este gran siglo. El Támesis, no se deslizaba ya como una cinta de plata, suavizando la ingente monotonía de la uniforme población; las sedientas bocas de las enormes tuberías absorbían hasta su última gota antes de llegar á los muros. Su cauce, dragado y ensanchado, era una vía marítima, y una raza de ceñudos descargadores, conducía á lo largo de la vía los materiales pesados, desde la represa á los lugares de elaboración. Débil y confusa, hacia Oriente, se vislumbraba la represa, donde se albergaban colosales navíos. Pues todo el tráfico de cierta magnitud, y que no requería gran prisa, se hacía en tremendos buques que venían de todos los puntos del globo, y los artículos de más urgencia en barcos mecánicos de gran marcha.

Y al sur, sobre las montañas, se entreveían vastos acueductos de agua del mar para el alcantarillado, y en tres direcciones separadas, corrían pálidas líneas—los caminos, salpicados de movibles manchas grises.—Determinó visitar aquellos caminos á la primera ocasión. Iría en la máquina volante que tenía intención de ensayar bien pronto. Su acompañante le describió aquellos caminos como compuestos de dos suaves superficies curvadas de unas cien yardas de anchura, cada una de las cuales

iba en una dirección, y construídas con una substancia llamada Eadhmita, una substancia artificial, semejante á un vidrio flexible. A lo largo de estos caminos transitaban estrechos vehículos de adherentes patines, grandes y ligeras ruedas, vehículos de dos y cuatro ruedas, desarrollando velocidades de una á seis millas por minuto. Los ferrocarriles habían desaparecido; algunas líneas permanecían como ramales secundarios entre ciertos puntos; otras pocas aprovechaban la parte central de los caminos de Eadhmita.

Entre las primeras cosas que llamaron su atención, fué una de ellas las grandes flotas de globos que se extendían en irregular trayecto hacia el norte y hacia el sur siguiendo la ruta ordinaria de los aeroplanos. Pero los aeroplanos no se veían. Sus viajes habían sido interrumpidos, y sólo alguna, al parecer pequeña aeropila, se destacaba en el espacio azul sobre las montañas de Surrey, como una mancha imperceptible.

Graham sabía ya una cosa, y le costó trabajo imaginarla, y era que casi todas las poblaciones de la comarca, y los pueblos, habían desaparecido. Ya aquí, ya allí, algún gigantesco edificio semejante á un hotel se levantaba en medio de muchas hectáreas de terreno cultivado, y llevaban el nombre de alguna población, como Bournemouth, Wareham, ó Swanage. Sin embargo, el mayordomo le demostró cuán indispensable había sido aquel cambio. El antiguo régimen llenó la campiña de granjas, y á cada dos ó tres millas se levantaba la casa del propietario, y el lugar de la posada, de la tienda, y la iglesia: la aldea. A cada ocho millas ó así, se veía la capital del distrito donde vivían el abogado, los médicos, el comerciante de trigos, el carpintero, la modista, el albéitar y demás profesiones. Cada ocho millas, sencillamente porque estas ocho millas marcaban una jornada, ida y vuelta, bastante cómoda para el campesino. Bien pronto aparecieron los ferrocarriles, y luego los trenes rápidos, y todos esos veloces mecanismos que reemplazaron á los carruajes y caballos, y tan pronto como las carreteras comenzaron á construirse de madera, y de Eadhmita y demás materias elásticas de gran duración, la necesidad de tener más

cercanos esos centros de transacción desapareció. Y aumentaron las grandes capitales. Atrajeron á la clase trabajadora con una fuerza de gravitación, un trabajo aparentemente sin término, y al capital con la sugestión de un infinito océano de negocios.

Al ondear el estandarte de la comodidad, creció el complejo mecanismo de la vida, ésta se hizo cada vez más difícil en la campiña, más estrecha é imposible. La desaparición del vicario, la substitución del facultativo por el especialista de las capitales, arrebató á los pueblos su último destello de cultura. Después el teléfono, el cinematógrafo y el fonógrafo, han reemplazado al periódico, al libro, al maestro, á las cartas, y vivir apartado de las líneas eléctricas es vivir en un aislamiento salvaje. En la campiña no había medios de vestirse ó comer, de acuerdo con las refinadas concepciones de el tiempo, ni médicos famosos para un caso oportuno, ni Compañías, ni Empresas.

Por otra parte, la invención de aparatos aplicados á la agricultura, hacen que un maquinista produzca el equivalente de treinta peones. Así, invirtiendo las condiciones de Londres, en que no se podía casi vivir por su atmósfera impregnada de carbón, los campesinos vienen ahora de todos puntos con objeto de pasar la noche aquí, para regresar por la mañana al campo. La ciudad se ha engullido á la humanidad; el hombre ha entrado en una nueva fase de su desarrollo. Primero fué nómada, cazador, después labró la tierra y formó un estado agrícola cuyas cabezas de distrito eran los mercados y depósitos de la campiña. Y ahora, como lógica consecuencia de una época de invención, existía esta inmensa agrupación de hombres. Además de Londres, tan sólo existían otras cuatro ciudades en Inglaterra, Edimburgo, Portsmouth, Manchester y Shrewsbury.

Semejantes cosas, por más que fuesen sencillas derivaciones de un hecho para los hombres del nuevo siglo, apenas podía Graham representárselas. Y cuando quiso mirar más allá, sobre las extrañas cosas que existían en el continente, le fué del todo imposible.

Tuvo una visión de ciudad tras ciudad, ciudades en

grandes llanuras, ciudades al lado de grandes ríos, ciudades á lo largo de las costas, ciudades dominadas por montañas cubiertas de nieve. El inglés se hablaba en la mayor parte del mundo; y con el español de América, el indo, y el dialecto negro formaban el idioma universal. En el continente, excepto como curiosidad filológica, sólo dominaban tres idiomas: el alemán que llegaba á Antioquía y Génova y se mezclaba con el hispano-inglés en Cádiz, un ruso afrancesado que llegaba hasta el indo-inglés de Persia y el Kudistán, y una jerga inglesa en Pekín, y el francés aun claro y brillante, el idioma de la lucidez, que cruzaba el Mediterráneo con el indo-inglés y el alemán y llegaba al Congo á través de un dialecto africano.

Y por todas partes, á través de las ciudades monstruos de la tierra, salvo en los administrados «Círculos cerrados» de los trópicos, la misma cosmopolita organización social prevalecía, y en todas partes del Polo al Ecuador, se extendía su propiedad y sus responsabilidades. Todo el mundo estaba civilizado; el mundo entero se congregaba en inmensas ciudades; en todo el mundo dominaba su propiedad. En el imperio Británico y á través de América apenas si se disimulaba su soberanía; los Congresos y Parlamentos eran así como históricas antiguallas. Y aun así en los dos imperios de Rusia y Alemania, la influencia de sus riquezas pesaba grandemente en la balanza. Naturalmente se ofrecían problemas, posibilidades, pero, habiendo él despertado de su letargo, aun en Rusia y Alemania aparecían suficientemente remotas. Y de la calidad de la administración del recinto, ó de lo que pudiera significar para él, según su manera de ser de la primera vida, no decía nada. Que estuviese suspendido como una amenaza sobre la espaciosa visión desarrollada ante él, no entraba en el espíritu del siglo XIX. Pero su mente volvió acto seguido de aquella escena al pensamiento de un sueño desvanecido.

—¿Qué me cuenta usted del peligro amarillo?—preguntó, y Asano se apresuró á informarle.

El espectro chino se había desvanecido. Chinos y europeos estaban bajo un pie pacífico. El siglo XX había

descubierto, no sin repugnancia, que el término medio chino era tan civilizado, más moral, y mucho más inteligente que el término medio europeo, y había repetido, en una escala gigantesca la fraternización llevada á cabo por ingleses y escoceses en el siglo XVII. Como dijo Asano:

—Crean eso terminado. Descubrieron que éramos blancos, después de todo.

Graham volvió de nuevo los ojos á la perspectiva y sus pensamientos tomaron un nuevo derrotero.

Apartado del turbio sudoeste, centelleantes y extrañas, voluptuosas, y en cierto modo terribles, resplandecían aquellas Ciudades de Placer, de las cuales sabía algo por el cinematógrafo-fonógrafo y por lo que le había dicho el anciano parlanchín la noche de la lucha. Lugares extraordinarios, reminiscencia de la legendaria Siberis, ciudades de arte y belleza, belleza mercenaria y arte mercenario, estériles y maravillosas ciudades de movimiento y armonía que devoraban todo cuanto la feroz, poco gloriosa y económica lucha producía en los oscuros laberintos del Londres subterráneo.

Porque él comprendía que era feroz. Cuan feroz podía juzgarlo por el hecho de que aquel pueblo encontrado á su despertar se refería á la Inglaterra del siglo XIX como una figura del bienestar y la comodidad. Sus ojos recorrieron de nuevo el panorama que se extendía á sus pies, tratando de distinguir las inmensas fábricas que sobresalían en aquella intrincada aglomeración.

Sabía que hacia el norte se encontraban las alfarerías, los fabricantes, no solamente de vidrio y porcelana, sino de las pastas y composiciones similares que los mineralogistas y químicos habían inventado; con esto se fabricaban estatuillas, ornamentos murales y otros artículos de intrincada elaboración; en aquel distrito, asimismo, estaban situadas las fábricas, donde en febril competencia, componían sus discursos fonográficos los autores y literatos, así como los anuncios, y planeaban las escenas y desenvolvimientos para sus sensacionales y nuevas obras cinematográficas. De allí también, irradiaban los mensajes para el mundo entero, las patrañas

inventadas por los ingeniosos desocupados, los componentes del material para las máquinas telefónicas que habían reemplazado á los diarios del tiempo antiguo.

Hacia poniente, más allá de la derrumbada Casa del Consejo, se destacaban las vastas construcciones donde tenían su residencia las oficinas de la administración municipal y de Gobierno; y á Oriente, hacia el puerto, los barrios comerciales, los inmensos mercados públicos, los teatros, las casas de tolerancia, los bailes públicos y los frontones, los circos de animales feroces y los innumerables templos de cristianos y casi cristianos, de mahometanos, de budistas, de gnósticos, de adoradores de esto, de lo otro y de lo de más allá, y así por el estilo; y al Sur, de nuevo, una vasta manufactura de tejidos, de conservas, vinos y condimentos. Y de un lugar á otro pululaba la multitud á través de las vías móviles. Una gigante colmena de la cual eran los vientos incansables servidores y los incesantes motores aéreos un coronamiento apropiado y simbólico.

Graham pensó en la población, sin precedentes, absorbida por aquella esponja de patios y galerías, los treinta y tres millones de vidas que cada una estaba representando, en el breve é ineficaz drama de su vida, debajo de aquel suelo, en la placidez y la brillantez del día, y en el espacio y esplendor de la perspectiva, y por encima de todo, en el sentimiento de su propia importancia que se veía desmembrado y perdido.

Contemplándolo todo desde aquella altura, llegó por fin á concebir la posibilidad de aquella abrumadora multitud de treinta y tres millones, lo tremendo de la responsabilidad que iba á asumir, la inmensidad de aquel humano Maelstrom sobre el cual se cernía su frágil humanidad.

Intentó figurarse la existencia individual. Le asombró el darse cuenta de cuán poco había cambiado el hombre común á pesar del visible cambio de sus condiciones. La vida y la propiedad, realmente, estaban seguros de toda violencia en casi la totalidad del mundo; las enfermedades endémicas y aun las epidemias habían desaparecido, todo el mundo tenía alimentación suficiente y ropa bastante, las calles de la ciudad estaban caldeadas y libres

de lluvias y nevadas; así pues, el progreso mecánico de la organización científica y física de la sociedad quedaba cumplido. Pero la plebe, empezaba ya á percatarse, era la plebe aun, desamparada en manos de demagogos y organizadores, individualmente cobarde, individualmente movida por su apetito, colectivamente incalculable. La memoria de innumerables figuras vestidas de tela azul se presentó en su mente. Millones de seres semejantes, allá, debajo de él—lo sabía—jamás habían movido un pie fuera de la ciudad, jamás habían visto más allá de la ininteligente y gruñona participación en los negocios del mundo, ó de la ininteligible participación de sus abyectos placeres. Pensó en las esperanzas de sus contemporáneos, y por un momento el sueño de Londres, según las graciosas «Noticias de Ninguna Parte» de Morris, y el perfecto país del hermoso «Siglo de Cristal» de Hudson, aparecieron á sus ojos en una atmósfera de infinita utopía... Pensó en sus propias esperanzas.

Pues en los últimos días de aquella apasionada vida que yacía ahora tan lejana de él, la concepción de una humanidad libre é igual había llegado á ser una cosa real para él. El había esperado, como verdaderamente había esperado su siglo, dándolo osadamente por hecho, que el sacrificio de los muchos por los pocos cesaría un día, y que un día, todo hijo nacido de madre, tendría una justa y asegurada probabilidad de felicidad. Y ahora, después de doscientos años, la misma esperanza, aun no realizada, clamaba apasionadamente por los ámbitos de la ciudad. Después de doscientos años, él lo veía, subsistían la pobreza y el desamparado trabajo y todos los dolores de su tiempo.

Conocía algo ya de la historia de los tiempos intermedios. Había oído hablar del moral decaimiento que había seguido al colapso de la religión sobrenatural en la mente de hombres innobles, la declinación del honor público, el ascendiente de las riquezas. Pues hombres que habían perdido su fe en Dios, aun la conservaban en la propiedad, y el dinero gobernaba un mundo vanal.

Su mayordomo japonés, Asano, al exponerle la historia política de los dos siglos intermedios, le presentó

el apropiado símil de una semilla devorada por insectos parásitos. Al principio es la semilla sana, madurando con bastante vigor. Y después llega un insectillo cualquiera y deposita un huevo debajo de la cáscara, y bien pronto la semilla es una forma vacía que tiene en su interior un activo gorgojo que se mantiene de su carne. Y después acude un segundo parásito, un ichneumon, y deposita un huevo sobre el gorgojo, y este, también llega á convertirse en una forma vacía, y el nuevo viviente se reside debajo de la cáscara de su predecesor, que á su vez está dentro de la cáscara de la semilla. Y esta semilla conserva aún su forma, muchos la creen tal semilla, y para todos puede ser una semilla llena de vigor y germen.

—Vuestro reinado victoriano—dijo Asano,—era parecido á esto... un reinado con el interior carcomido. Los terratenientes... los barones y señores rurales... empezaron hace muchos años con el rey Juan; hubo alternativas, pero alcanzaron el reinado de Carlos, y de hecho terminaron con el rey Jorge, la menor expresión posible de rey... el poder real en manos de su Parlamento. Pero el Parlamento... el órgano de los terratenientes y reguladores de la agricultura... no conservó su poder mucho tiempo. El cambio había comenzado á iniciarse ya en el siglo XIX. Las franquicias se habían extendido hasta que llegaron á incluir masas de hombres ignorantes, que acudieron á millones á votar juntos. Y la natural consecuencia de una aglomeración de analfabetos es el gobierno de los organizadores. El poder pasaba, aun en los tiempos victorianos á la parte mecánica, secreta, compleja, y corrompida. Bien pronto pasó á manos de los grandes industriales, los que monopolizaban la maquinaria. Llegó un día en que el verdadero poder é interés del Estado quedó visiblemente dividido entre los dos partidos del Consejo, gobernando por medio de periódicos y organismos electorales... dos pequeños grupos de hombres ricos y capaces, que obraban al principio separados y luego de común acuerdo.

Hubo una especie de reacción ineficaz. Según Asano, había innumerables libros que probaban esto—la publicación de alguno de ellos alcanzaba á la época en que

Graham quedó dormido—toda una literatura reaccionaria. El partido de la reacción, al parecer, debió encerrarse en su despacho y rebelarse con inflexible determinación en cuartillas. La urgente necesidad de arrebatar ó privar de poder al partido de los consejos es una idea común á través del mundo en los albores del siglo XX, sobre todo en América é Inglaterra. En muchas de estas cosas América se adelantaba á Inglaterra, aun cuando ambos caminaban al mismo paso.

La contrarrevolución no llegó nunca. No era posible organizarla y mantenerla pura. No quedaba gran cosa del antiguo sentimentalismo, de la antigua fe en la rectitud. Toda organización que se hizo lo suficiente fuerte para influir en la formación del Censo Electoral, llegó á ser lo bastante compleja para convertirse en indeterminada, disgregarse ó venderse á otras organizaciones más poderosas. Los partidos socialista y popular, reaccionario y puritano, llegaron por fin á ser meros valores cotizables, que vendían sus principios al mejor postor. Y el gran empeño del rico era, naturalmente, conservar intacta la propiedad, y el terreno limpio para el juego del comercio. Así como en los tiempos feudales el empeño había sido tener el terreno franco para la caza y la guerra. El mundo entero era explotado, un campo de batalla de negocios; y convulsiones financieras, y la concurrencia y la guerra de tarifas produjeron más humana miseria durante el siglo XX, que hayan podido producir las guerras, pestes y hambres en los tiempos más oscuros del crepúsculo de la historia.

Graham conoció entonces con bastante claridad la parte que había tenido en el desenvolvimiento de aquel tiempo. A través de las sucesivas fases del desarrollo de esta mecánica civilización, ayudando y bien pronto dirigiendo este desarrollo, había crecido un nuevo poder, el Consejo, la Junta de fideicomisarias. Al principio no fué más que la mera casual unión de los millones de Isbister y Warming, una propiedad aglomerada, el capricho de los testadores sin hijos, pero el talento colectivo de sus primeros administradores lo llevó rápidamente á una gran influencia, hasta que por compras, préstamos

y participaciones, bajo mil aspectos y pseudónimos se había ramificado á través de la fabricación de los Estados de América é Inglaterra.

Reuniendo una enorme influencia y un vasto protectorado, el Consejo tomó bien pronto un aspecto político; y estas ventajas políticas, en acaparar todo medio de aumentar sus capitales. Por último, la organización de los partidos de ambos hemisferios dependió de su poder; llegó á ser un Consejo interior de política internacional. Su última lucha fué contra la tácita alianza de las grandes familias judías. Pero estas familias sólo estaban ligadas por débiles lazos, y en cualquier momento la herencia podía llevar una gran parte de sus recursos á un menor, una mujer ó un degenerado; casamientos y legados podían desmembrar centenares de miles de un solo golpe. El Consejo no podía temer semejantes peligros. Progresaba rápida y seguramente.

El primer Consejo no fué sencillamente una reunión de doce hombres de excepcional habilidad; se fundieron, fué un Consejo genial. Luchó osadamente por dinero y por influencia política, y ambas cosas se ayudaban recíprocamente. Con admirable previsión gastó grandes sumas en el arte de la aerostación, teniendo esta invención reservada para una hora prevista. Apeló á las patentes legales para inutilizar á todos los inventores que se negaban á trabajar para él exclusivamente. En los primeros tiempos no despreció nunca á ningún hombre de aptitud. Le daba su recompensa. Su policía en aquel tiempo era vigorosa, intachable, y contra él, conforme progresaba segura é incesantemente, se oponía tan sólo el caótico egoísta gobierno de los que aun quedaban ricos. En un centenar de años, Graham había llegado á ser casi el exclusivo propietario de Africa, de Sudamérica, de Francia, de Londres, de Inglaterra y todas sus dependencias para todo propósito práctico, esto es, un poder en Norte América, después del dominante poder en América. El Consejo compró y organizó la China, disciplinó el Asia, debilitó los imperios del viejo mundo, los minó financieramente, los combatió y derrotó.

Y esta continua usurpación del mundo se llevaba á

cabo con sin igual destreza—un proteo;—centenares de Bancas, Compañías, Sindicatos, ocultaban las operaciones del Consejo, y éste estaba ya demasiado adelantado antes de que el mundo sospechase la tiranía que iba á dominarle. El Consejo nunca vaciló, nunca titubeó. Medios de comunicación, campos, edificios, Gobiernos, Municipios, las Compañías territoriales de los trópicos, toda Empresa humana caía bajo su acción. Y disciplinaba y ordenaba sus hombres, su policía de ferrocarriles, su policía de caminos, sus porteros, sus operarios y sus huestes de trabajadores del campo. No combatía sus gremios, pero los minaba, los desavenía y los corrompía. El mundo fué suyo por último. Y finalmente su golpe culminante fué la introducción de la navegación aérea.

Cuando el Consejo, en conflicto con los operarios, en algunos de sus colosales monopolios, hacía algo indiscutiblemente ilegal y hasta sin la ordinaria cortesía del soborno, la antigua legislación, alarmada por sus complacencias, miraba en torno suyo buscando alguna arma. Pero ya no había ejércitos ni escuadras; había llegado el siglo de la Paz. Los únicos buques posibles de guerra eran los grandes buques á vapor de la Compañía de Navegación del Consejo. Las fuerzas que tenía á sus órdenes; la policía de ferrocarriles, la de navegación, la de sus estados. Sus empleados estaban en relación con las descuidadas fuerzas de los países como diez á uno. Y además disponían de máquinas volantes. Aun había personas que recordaban el último gran debate en la Cámara de los Comunes de Londres—el partido legal, el que iba contra el Consejo estaba en minoría, pero luchó desesperadamente—y cuando los miembros se agruparon en la terraza, vieron con asombro aquellas formas aladas que se cernían sobre sus cabezas. El último pretexto de una democracia que había permitido una ilimitada é irresponsable propiedad tocaba á su fin.

A los ciento cincuenta años del letargo de Graham, su Consejo se quitó la máscara y gobernó abiertamente, en su nombre. Las elecciones se habían convertido en una placentera formalidad, una fiesta setenial, una antigua é inofensiva costumbre; un Parlamento social tan

infructuoso como el de la Iglesia establecida en los tiempos victorianos, se reunía ahora y después; y un heredero legítimo de la corona de Inglaterra, desheredado, borracho y sin ingenio, representaba en un *music-hall* de segunda categoría. Así el magnífico sueño del siglo XIX, el noble proyecto de universal libertad individual y universal felicidad, alcanzado por una dolencia de honor, minada por una superstición de absoluta propiedad, minado por el feudo religioso que había privado á la masa común de educación, robado á los hombres modelos de conducta y llevado las sanciones de moralidad al más profundo desprecio, había quedado reducido al terreno de inventos é innobles empresas, llegando por último á la suprema plutocracia. Su Consejo á lo último había hasta cesado de molestarse en hacer que refrendasen sus decretos las autoridades constitucionales, y él, una inmóvil, postrada y amarillenta figura, había llegado á ser, ni muerto ni vivo, el amo de la tierra. ¡Y al despertar se había encontrado con aquella herencia! ¡Despertar para verse bajo el firmamento vacío y sin nubes y contemplar la grandeza de su dominio!

¿A qué fin había despertado? ¿Era esta ciudad, esta colmena de desamparados obreros, la final representación de sus antiguas esperanzas? ¿O el fuego de la libertad, el fuego que había ardido y menguado en los años de su pasada vida, se conservaba aún debajo de las cenizas? Pensó en el movimiento é impulso del canto de la revolución. ¿Era aquél canto el mero juego de un demagogo, que sería olvidado en cuanto hubiese servido? ¿Era la esperanza que se removía dentro de su ser tan sólo la memoria de abandonadas cosas, el vestigio de un credo marchitado? ¿O tenía más amplia significación, una importante intervención con los destinos del hombre? ¿A qué fin había despertado, qué estaba llamado á hacer? La humanidad se desarrollaba debajo de sus ojos como un mapa. Pensó en los millones y millones de humanidad siguiéndose los unos á los otros incesantemente, aun más allá de la oscuridad de la muerte. ¿A qué fin? Algún objeto habría, pero no estaba al alcance de su poder de pensamiento. Vió por la primera vez claramente su pro-

pia infinita pequeñez, vió claramente y terrible el trágico contraste de la humana fuerza y el anhelo del corazón humano. Y súbitamente su pequeñez le fué intolerable, su aspiración le fué intolerable, y le asaltó un irresistible deseo de orar. Y oró. Oró vagas, incoherentes y contradictorias cosas; su alma arrastrada á través del tiempo y el espacio y toda la multitud de confusas visiones, hacía algo—apenas sabía el qué—hacía algo que podía comprender su esfuerzo y resistencia.

Un hombre y una mujer estaban debajo, á gran distancia sobre un tejado, hacia el sur, disfrutando del aire fresco de la mañana. El hombre tenía en la mano un anteojo con el cual miró unos momentos la Casa del Consejo, y luego lo pasó á la mujer. Bien pronto quedó satisfecha la curiosidad de ambos pues nada de particular ocurrió allí, y luego de contemplar en todas direcciones, la mujer dirigió el anteojo hacia el Nido del Cuervo. Y allí dos pequeñas figuras negras, tan pequeñas que apenas podía creerse que fuesen hombres, uno inmóvil, y el otro que gesticulaba con la mano extendida hacia el silencioso firmamento.

Entregó el anteojo al hombre. Este miró un momento y dijo:

—Creo que es el Amo. Sí. Estoy seguro. Es el Amo. Bajó el anteojo y miró á su compañera.

—Agita las manos como si orase. ¿Qué hará? ¿Adorando el sol? ¿No había parris en este país en su tiempo?

Volvió á mirar.

—Se ha detenido. Quizás fuese una actitud casual. Dejó el anteojo y se quedó pensativo.

—No tiene nada más que hacer que divertirse... nada más que divertirse. Ostrog procurará que no le falte distracción. Y lo hará para tener sujetos á esos diablos de obreros. ¡Los obreros y su canción! ¡Y todo por haberse dormido, Dios santo... por haberse dormido! ¡Este es un mundo admirable!

CAPÍTULO XV

GENTE DISTINGUIDA

Las salas de recepción del director de las Regiones Altas, hubieran parecido asombrosamente intrincadas á Graham, á entrar de pronto inmediatamente después de su vida del siglo XIX, pero ya se iba acostumbrando al nuevo estado de cosas. Apenas puede describírselas como salas y gabinetes, en vista del complicado sistema de arcadas, pasajes y galerías que dividían y unían las diferentes partes del inmenso local. Pasó á través de los ya familiares lienzos movibles de pared hasta un descansillo en lo alto de una escalera de anchos y suaves peldaños, con hombres y mujeres vestidos con la mayor brillantez, que bajaban y subían. Desde su altura divisó intrincados adornos de colores en mate, blanco, malva y púrpura; y muchos puentes que parecían hechos de porcelana y filigrana, terminando en los extremos en un brumoso misterio de perforados biombos.

Mirando hacia arriba, vió hilera sobre hilera de ascendentes galerías y en ellas rostros inclinados hacia él. El aire estaba lleno del murmullo de innumerables voces y de una música que descendía de lo alto, una alegre y riente música cuyo origen no pudo distinguir.

La nave central estaba llena de gente, pero por ningún concepto apiñados ó incómodos; y sin embargo había millares de personas. Iban brillante, casi fantásticamente vestidos; los hombres tan caprichosos como las mujeres, pues la sobria influencia de los puritanos sobre la dignidad de la indumentaria masculina había pasado mucho tiempo. El cabello de los hombres, también, aun cuando rara vez se sacaba largo, se rizaba generalmente según el criterio del peluquero, y la calvicie había desaparecido de la tierra. Abundaban las masas de bucles

que hubiesen encantado á Bossetti, y sobre todo llamaba la atención un caballero presentado á Graham con el misterioso título de «Un amoroso», el cual lucía su cabello en dos grandes pliegues á la *Marguerite*. La coleta estaba en su apogeo; los ciudadanos chinos verdaderamente no debían avergonzarse ya de su raza. Había poca uniformidad en las modas, aparentemente. Los hombres mejor formados, mostraban su simetría con el calzón corto, y se veían gorgueras, y aquí y allá una túnica. La moda de los tiempos de León X era quizás la que más prevalecía, pero asimismo eran patentes las estéticas concepciones del extremo Oriente. La obesidad masculina, que, en la época victoriana, había estado sujeta á los peligros de un estrecho abotonamiento, á la rutinaria exageración de un pantalón estrecho y un frac ceñido, era ahora la base de una riqueza de dignidad y flotantes pliegues. Abundaba asimismo la graciosa esbeltez. A Graham, un hombre típicamente serio de una época típicamente seria, no solamente le parecieron aquellos hombres demasiado afectados en su persona, sino exageradamente mímicos en sus vivas y expresivas fisonomías. Gesticulaban, expresaban sorpresa, interés, jovialidad, sobre todo, y expresaban las emociones excitadas en su espíritu por las damas que tenían junto á ellos, con una asombrosa franqueza. A la primera ojeada se venía en conocimiento de que las mujeres estaban en gran mayoría.

Las damas allí reunidas desplegaban en sus trajes, porte y maneras, menos énfasis que los hombres y más embrollo. Una afectaba cierta clásica sencillez de ropa y corte, á la manera del primer imperio francés, y mostraba brazos y espaldas de irresistible morbidez. Otras llevaban trajes exageradamente ceñidos, sin cinturón. Las deliciosas confidencias de los trajes de *soirée* no se habían extinguido por el paso de dos siglos.

Todos los movimientos parecían graciosos. Graham dijo á Lincoln que veía andando hombres como los cartones de Rafael, y Lincoln le dijo que la enseñanza de una apropiada serie de posturas formaba parte de la educación de la gente rica. La entrada del Amo fué saludada con una especie de discreto aplauso, pero aquella

gente demostró sus distinguidas maneras no agrupándose en torno suyo ni molestándole con un persistente examen, al descender las escaleras hacia la nave.

Sabía ya por Lincoln que aquellas personas formaban la flor y nata de la buena sociedad de Londres; casi todos los que estaban allí eran, ó altos empleados, ó parientes cercanos de altos empleados. Muchos habían venido de las Ciudades de Placer europeas con el exclusivo objeto de complimentarle. Las autoridades aeronáuticas, cuya defección tanta importancia había tenido en la caída del Consejo, seguían en categoría á Graham, como asimismo los miembros de la Administración de las Regiones Altas. Había también altos oficiales de la Compañía de Alimentación. El administrador de las Alfarerías Europeas que tenía un aspecto particularmente melancólico é interesante, y unas maneras refinadamente escépticas. Un obispo, con sus sagradas vestiduras, pasó por delante de Graham, y se detuvo á hablar con un caballero, ataviado con el traje del tradicional Chaucer, incluso la corona de laurel.

—¿Quién es?—preguntó casi involuntariamente.

—El obispo de Londres—contestó Lincoln.

—No... quiero decir el otro.

—Un poeta laureado.

—¿Ustedes aun?...

—No escribe poesías, naturalmente. Es primo de Wotton... uno de los consejeros. Es, además, uno de los socios de «Realistas de la Rosa Encarnada»... un club delicioso... y allí conservan la tradición de estas cosas.

—Asano me ha dicho que había un rey.

—No pertenece ya. Le tuvieron que expulsar. Es de la sangre de los Estuardos, creo; pero verdaderamente...

—¿Tanto?

—Un poco demasiado.

Graham no siguió enteramente todo esto, pero parecía formar parte de la inversión general del nuevo siglo. Saludó complacientemente en esta primera presentación. Era evidente la sutil distinción de clases que persistía aún, pues tan sólo un corto número de personas le fueron presentadas por Lincoln. El primero que tuvo este honor

fué el aeronauta Jefe, un hombre cuyo curtido rostro contrastaba extrañamente con los delicados semblantes que le rodeaban. En los presentes momentos, su oportuna traición al Consejo había hecho de él un personaje eminente.

Sus maneras contrastaban asimismo, favorablemente, según las ideas de Graham, con el porte general. Hizo algunas observaciones de rúbrica, hizo constar su lealtad, y preguntó francamente por la lealtad del Amo. Sus maneras eran sobrias, su acento falto del cómodo dejo del inglés de aquel siglo. Hizo comprender admirablemente á Graham que él era un «perro aéreo»—esta fué su frase—que en él no había pamplinas, que era un hombre muy hombre y chapado á la antigua, que no se jactaba de saber mucho, y que no quería saber lo que no era digno de saberse. Hizo una digna cortesía, marcadamente libre de adulación, y se retiró.

—Me alegro de que el tipo se conserve aún—dijo Graham.

—Fonógrafo y cinematógrafo—dijo Lincoln un poco despechado.—Ha estudiado bien la vida.

Graham miró de nuevo la voluminosa figura. Le traía á la mente extrañas reminiscencias.

—Naturalmente, nosotros le compramos—dijo Lincoln.

—En parte. Y en parte temía á Ostrog. Todo dependía de él.

Volvióse en seguida para hacer la presentación del Inspector general del *Trust* de Escuelas públicas. Este personaje tenía un color aceitunado, y vestía un ropaje académico, color gris azulado, y miró á Graham á través de unos lentes de forma victoriana, ilustrando sus observaciones con movimientos de una mano perfectamente cuidada. Graham se interesó inmediatamente en las funciones de aquel caballero, y le hizo cierto número de preguntas singularmente directas. El Inspector general, parecía un tanto entretenido por la fundamental ignorancia del Amo. Divagó un tanto acerca del monopolio de la educación que su Compañía poseía; se tenía en virtud de contrato con el Sindicato que entendía en las numerosas municipalidades de Londres, pero se extendió,

entusiasmado, en los progresos educativos conseguidos desde los tiempos victorianos.

—Hemos mencionado á Cram—dijo,—vencido completamente á Cram... no hay ya un examen en el mundo. ¿No está usted contento?

—¿Y cómo disponen ustedes el trabajo?—preguntó Graham.

—Lo hacemos atractivo... lo más atractivo posible. Y si no atrae... lo dejamos ir. Cubrimos un inmenso campo.

Pasó á los detalles y tuvieron una larga conversación. El Inspector general mencionó los nombres de Pestalozzi y Froebel con profundo respeto, aunque no demostró intimidad con sus obras, que formaron época. Graham supo que existía la Universidad en una forma modificada.

—Existe un cierto tipo de muchacha, por ejemplo—dijo el Inspector general, dilatándose ante el sentimiento de su utilidad,—que tiene pasión por los estudios serios... cuando no son muy difíciles, ya comprenderá usted. En este momento—dijo con napoleónica inflexión,—cerca de quinientos fonógrafos están explicando en diferentes partes de Londres, sobre la influencia ejercida por Platón y Swift en los asuntos amorosos de Shelley, Hazlit y Burus. Y después los alumnos escriben ensayos sobre las explicaciones, y los nombres, por orden de mérito, se ponen en lugares distinguidos. ¿Ve usted cómo ha retornado su pequeño germen? La iletrada clase media de sus días se ha extinguido.

—¿Y sobre las escuelas elementales públicas?—preguntó Graham.—¿Las manejan ustedes?

—Enteramente.

Graham, en sus últimos democráticos días, había tomado gran interés en esta y otras cuestiones. Ciertas casuales frases que el viejo parlachín le había dicho aquella noche, acudieron á su memoria. El Inspector general, en efecto, respaldó las palabras del anciano.

—Hemos abolido á Cram—dijo; una frase que Graham interpretaba como la abolición de todo trabajo sostenido. El Inspector general se puso sentimental.—Hemos tratado de hacer, y lo hemos conseguido, las Escuelas elementales, lugares placenteros para los niños. Dema-

siado pronto tendrán que trabajar. Nada más que unos cuantos sencillos principios... obediencia... trabajo.

—¿Les enseñan ustedes poco!

—¿Para qué más? Eso no conduce más que á turbación y descontento. Les entretenemos y aun así y todo... siempre hay disconformidades... agitaciones. Dónde adquieren ideas los obreros, no sabré decir. Ya las comunican unos á otros. Y hay sueños socialistas... hasta anarquistas. Los agitadores trabajan entre ellos. Yo he pensado, y lo pienso siempre, que mi principal deber es no luchar con el descontento popular. ¿Por qué hacer infeliz al pueblo?

—En efecto—dijo Graham pensativo.—Pero hay muchas cosas que necesito saber.

Lincoln, que había estado observando el rostro de Graham durante la conversación, intervino.

—Quedan otros—dijo con voz baja.

El Inspector general se alejó gesticulando.

—¿Quizás—dijo Lincoln interceptando una mirada casual;—le gustaría á usted conocer á algunas de estas señoras?

La hija del Director de los Palomares de la Compañía de Alimentación, era una criatura particularmente encantadora, de rojiza cabellera y animados ojos azules. Lincoln se apartó unos momentos dejándole con ella, y la joven demostró un gran entusiasmo por aquél «querido tiempo viejo», como lo llamaba, que había presenciado el comienzo de su letargo. Hablando y sonriendo, sus ojos sonreían de un modo que demandaba la reciprocidad.

—He tratado—dijo—innumerables veces, de imaginarme aquellos antiguos románticos días. Y usted los tendrá en la memoria... ¿Cuán extraño poblado debe parecerle á usted el mundo! Yo he visto fotografías y retratos del mundo antiguo, las pequeñas casas aisladas construidas de ladrillos hechos con barro cocido, y todo negro con el humo de sus fuegos, los puentes de los caminos de hierro, los sencillos anuncios, los solemnes hombres con extraños trajes blancos y aquellos sombreros altos, caminos de hierro, caballos y carneros y hasta perros corre-

teando por las calles... ¡Y repentinamente ha venido usted á esto!

—¡A esto!—repitió Graham.

—Fuera de su vida... fuera de todo lo que le era familiar.

—La antigua vida no era de lo más feliz—dijo Graham.—No la hecho de menos.

Ella le miró vivamente. Hubo una breve pausa. Suspiró animosa.

—¿No?—dijo.

—No—contestó Graham.—Era una vida pequeña... insignificante. Pero ésta... Nosotros creíamos el mundo bastante poblado y civilizado. Sin embargo, veo... aun cuando en este mundo apenas cuento cuatro días... volviendo la vista á mi tiempo, que era un tiempo grosero y bárbaro... el nuevo comienzo de esta nueva época. Le será á usted difícil comprender lo poco que sé.

—Puede usted preguntarme lo que guste—dijo la joven sonriendo.

—Pues dígame usted quiénes son esas personas. Estoy aun á oscuras acerca de ellas. Es asombroso. ¿Hay muchos generales?

—¿Hombres con sombreros y patillas?

—Naturalmente, no. No. Supongo que son los hombres que administran los grandes servicios públicos. ¿Quién es aquel señor de aspecto distinguido?

—¿Aquel? Un alto empleado. Se llama Morden. Es el director gerente de la Compañía de Píldoras antibiliosas. He oído decir que su fábrica produce una miriada de miriadas de píldoras en un solo día. ¡Imagine usted una miriada de miriadas!

—Una miriada de miriadas. No me admira que parezca orgulloso—dijo Graham.—¡Píldoras! ¡Qué admirables tiempos! ¿Y aquel de púrpura?

—No es precisamente de nuestro círculo. Pero le estimamos. Es verdaderamente listo y muy divertido. Es uno de los próceres de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad de Londres. Como usted sabe, todos los médicos son accionistas de la Compañía de la Facultad

de Medicina y visten la púrpura. Naturalmente, gentes á quienes se paga por hacer algo...

Y sonrió ante las pretensiones sociales de semejante gente.

—¿Tienen ustedes muchos grandes artistas y autores aquí?

—Autores no. Son unos seres tan raros... y tan preocupados de sí mismos. ¡Y disputan tan terriblemente! ¡Son capaces de reñir por bajar delante una escalera! ¿No es esto espantoso? Pero creo que Wraysbury, el capilotomista á la moda, está aquí. Viene de Capri.

—¡Capilotomista!—dijo Graham.—¡Ah... ya recuerdo! ¡Un artista! ¿Y por qué no?

—Tenemos que cultivar su trato—dijo ella en tono de excusa.—Le confiamos nuestras cabezas...

Sonrió.

Graham vaciló ante la invitación de un cumplimento, pero su mirada fué expresiva.

—¿Ha progresado el arte con el resto de las cosas civilizadas?—preguntó.—¿Quiénes son sus grandes pintores?

Le miró dudosamente. Después se rió.

—Por un momento—dijo—creía que quería usted significar...—Se rió de nuevo.—¿Usted quiere hablar, por supuesto, de aquellos buenos artistas que ustedes tenían en tanto porque cubrían grandes espacios de lienzo con colores al óleo? Y los aficionados ponían esos lienzos en marcos y los reunían en aposentos. Ya no tenemos. La gente se ha cansado de esas cosas.

—¿Pues qué creía usted que quería decir yo?

La joven puso significativamente un dedo en la mejilla, cuyo rosado matiz estaba sobre toda sospecha, y sonrió; una sonrisa preciosa é incitante.

—Y aquí—dijo indicando un párpado.

Graham tuvo un momento aventurado. Después una grotesca memoria de un cuadro que había visto en alguna parte, del *Tío Tobias y la Viuda*, pasó por su memoria. Un intenso rubor se apoderó de él. Se percató de que era el centro de mira de innumerables ojos.

—Comprendo—dijo. Volvió los ojos de aquella tentadora facilidad. Miró en torno suyo para encontrar una

porción de ojos que inmediatamente se fijaron en otras cosas. Es muy posible que se pudiese encarnado.

—¿Quién es aquel que habla con esa señora de amarillo?—preguntó evitando las miradas de su compañera.

La persona en cuestión era uno de los grandes organizadores de teatros en América, que venía recientemente de estrenar en Méjico una gigantesca creación. Su rostro le recordó á Graham los bustos de Calígula. Otro personaje curioso era el Amo del Trabajo Negro. La frase en aquel momento no le produjo gran impresión, pero después la recordó. ¿El Amo del Trabajo Negro? La hija del Director de los Palomares, sin el menor embarazo, le señaló una mujercita encantadora, asegurándole que era una de las esposas subsidiarias del obispo de Londres. Añadió grandes encomios al valor episcopal—hasta aquí había sido una regla la monogamia clerical;—una porción de cosas que no era natural ni progresivo. ¿Por qué restringir el natural desarrollo de los afectos por el mero hecho de que un hombre sea un clérigo?

—Y á propósito—añadió la joven,—¿es usted anglicano?

Graham estaba á punto de hacer vacilantes preguntas acerca de las condiciones de una «esposa subsidiaria,» aparentemente un eufemismo, cuando la vuelta de Lincoln interrumpió esta sugestiva é interesante conversación. Atravesaron la nave dirigiéndose hacia un hombre luciendo ropas escarlata, y dos encantadoras criaturas, que le esperaba con cierta desconfianza. Complimentado por ellos, pasó á otras presentaciones.

En un pequeño intervalo sus multiplicadas impresiones empezaron á organizarse en un efecto general. Al principio, el brillo de los congregados había despertado todo el setimiento democrático en Graham; se había sentido hostil y satírico. Pero no es propio de la humana naturaleza el resistir á una atmósfera de cortés atención. Pronto la música, la luz, el juego de colores, los resplandecientes brazos y espaldas que le rodeaban, el contacto de manos, el visible interés de sonrientes rostros, el suave murmullo de moduladas voces, la atmósfera de cumplimiento, interés y respeto, habían contribuido á formar-

le un ambiente de indisputable placer. Graham, por un tiempo, olvidó sus especiosas resoluciones. Se dejó llevar insensiblemente por la embriaguez de la posición que se le concedía, sus maneras fueron menos reservadas, más convenientemente regias, sus pies se asentaban con seguridad, el negro ropaje cayó formando pliegues y el orgullo ennobleció su voz. Después de todo, aquel era un brillante mundo lleno de interés.

Su mirada recorrió, aprobadora, los relucientes colores de la asamblea, y se detuvo aquí y acullá, con bondadosa animosidad, sobre algún rostro. De pronto se le ocurrió que debía una excusa á la amable criatura de rojizo cabello y azules ojos. Se sentía culpable de frialdad. Y repentinamente un pequeño suceso cambió todo el curso de estos brillantes pensamientos.

Miró hacia arriba y vió pasar á lo largo de un puente de porcelana, y mirándole, un rostro que se ocultó casi inmediatamente, el rostro de la joven que había visto en el saloncito detrás del teatro la noche que se fugó de la Casa del Consejo. Y le había mirado con la misma expresión de curiosa incertidumbre, de incierta intensidad. De momento no recordó cuándo la había visto, y al reconocerla, tuvo una vaga memoria de las vivas emociones de su primer encuentro. Pero las bailables melodías que inundaban la nave impedían que acudiese á su memoria la gran marcha del pueblo.

La dama con quien estaba hablando repitió su observación y Graham volvió al casi regio mariposco en que estaba ocupado.

Pero desde este momento, una vaga inquietud, un sentimiento que llegó al descontento, surgió en su espíritu. Estaba confuso, como por el medio olvidado cumplimiento de un deber, por el sentido de cosas importantes que escapaban de él en medio de la luz y la magnificencia. La atracción que aquellas brillantes damas que le rodeaban había empezado á ejercer sobre él, cesó. Ya no dió vagas y nebulosas respuestas á las sutiles indirectas amorosas que ahora tenía la seguridad que le hacían, y sus ojos ansiaron por la vista de aquel rostro que había interesado con tanta fuerza su sentimiento por lo bello.

Pero no la volvió á ver y bien pronto volvió Lincoln para indicarle que podían retirarse cuando lo tuviese á bien. En contestación á una pregunta suya, Lincoln le prometió que aquella misma tarde navegaría por los aires, si el tiempo lo permitía.

Graham estaba en una de las galerías superiores hablando con una dama de provocativos ojos sobre la Eadhamita, tema escogido por él, no por ella. Había interrumpido sus calurosas protestas de personal devoción con una pregunta discreta. La encontró, como había pasado aquella noche con otras muchas damas, menos bien informada que encantadora. De pronto, luchando con la suave onda de la cercana música, el canto de la Revolución, el gran himno que había oído en el teatro, ronco y macizo, llegó á sus oídos.

Miró hacia arriba, y vió sobre su cabeza un tragaluz á través del cual llegaba el sonido, y más allá, los cables superiores, la bruma azulina y los aparatos de la luz pública. Oyó el sonido degenerar en tumulto y cesar. Pero distinguió perfectamente el movimiento y rumor de las vías móviles y un murmullo de gran multitud. Tuvo la vaga persuasión, que no podía fundamentar, una especie de instintiva convicción, de que fuera, en las calles, una gran muchedumbre contemplaba el lugar en el cual el Amo se divertía. Le hubiera gustado saber lo que pensaban.

Aun cuando el sonido había cesado tan bruscamente, aun cuando la música del interior volvió á sobresalir de nuevo, el motivo del canto popular se fijó en su mente.

La dama de brillantes ojos estaba todavía luchando con los misterios de la Eadhamita, cuando entrevió de nuevo á la joven del teatro. En este momento cruzaba la galería en dirección á él; Graham la vió primero que ella á él. Vestía un traje gris, y le caían los negros cabellos sobre la frente como una nube.

La dama, en sus apuros con la Eadhamita, vió el cambio de expresión en su rostro y aprovechó la ocasión para escapar.

—¿Tendría usted gusto en conocer á esta joven, señor?—preguntó osadamente.—Es Elena Watton... sobri-

na de Ostrog. Conoce una porción de cosas serias. Es una de las personas más formales del mundo. Tengo la seguridad de que le gustará á usted.

Un momento después estaba Graham hablando con la joven, y la dama de provocativos ojos se había retirado.

—La recuerdo á usted muy bien—dijo Graham.—Estaba usted en el saloncito. Cuando el pueblo estaba cantando y llevando el compás con los pies. Antes de escaparme á través del patio.

El momentáneo embarazo de la joven desapareció. Le miró y su mirada era firme.

—Fué admirable—dijo ella, vaciló, y habló con súbito esfuerzo.—Todo aquel pueblo estaba dispuesto á morir por usted, señor. Y muchísimos murieron aquella noche.

Su rostro se coloreó. Miró en torno suyo para asegurarse de que nadie podía oírlo.

Lincoln apareció en un extremo de la galería encaminando sus pasos allí. Le vió la joven y volvióse firmemente á Graham, con un visible cambio de confianza é intimidad.

—Señor—dijo vivamente,—no puedo hablarle á usted aquí y en este momento. Pero el pueblo es muy infeliz; está oprimido... mal gobernado. No olvide usted al pueblo... que desafió la muerte para que usted viviese.

—Yo no sé nada...—empezó Graham.

—Ahora no puedo decirlo.

El rostro de Lincoln se aproximó. Dió sus excusas á la joven.

—¿Encuentra usted agradable este nuevo mundo, señor?—preguntó Lincoln con sonriente deferencia, é indicando el espacio y esplendor de la asamblea con un gesto.—Como quiera que sea, debe usted encontrarlo cambiado.

—Sí—dijo Graham,—cambiado. Y sin embargo, después de todo, el cambio no es tan grande.

—Espere usted á estar en los aires—dijo Lincoln.—El viento ha calmado; la aeropila espera sus órdenes.

La actitud de la joven esperaba una despedida.

Graham la miró á la faz, iba á hacer una pregunta, pero vió una expresión de aviso en sus ojos, inclinóse y se alejó con Lincoln.

CAPITULO XVI

LA AEROPILA

Durante cierto intervalo, en tanto que cruzaba los corredores de las Altas Regiones con Lincoln, estuvo Graham preocupado. Pero, con un esfuerzo, atendía á las cosas que Lincoln le iba diciendo. Pronto se desvaneció su preocupación. Lincoln le estaba hablando del arte de volar. Graham tenía fuerte deseo de conocer algo más acerca de esta nueva conquista humana. Abrumó á Lincoln á preguntas. Había seguido con gran interés los primeros pasos de la navegación aérea cuando su vida anterior; le deleitaba volver á oír los conocidos nombres de Maxim y Pilcher, Langley y Chanute, y sobre todo, del proto-mártir aéreo, Lillienthal, todavía reverenciado por los hombres.

Ya durante la primera etapa de su vida dos líneas de investigación se habían señalado claramente á dos distintos tipos de concepto, y ambos habían sido realizados. De una parte el aeroplano, impulsado por maquinaria, una doble hilera de horizontales flotadores con una enorme hélice aérea detrás, y de la otra, las aeropilas, mucho más ligeras. Los aeroplanos flotan seguramente tan sólo cuando hay calma ó sopla un viento moderado, y una tempestad repentina, ocurrencia que ahora se señalaba con precisión matemática, los hacían inútiles para todo propósito práctico. Se construían de enorme tamaño; la usual extensión de las aspas alcanzaba seiscientos pies ó más, y la altura del aparato llegaba á mil pies. Lo empleaban únicamente para el transporte de pasajeros. La ligera cesta colgante medía de cien á ciento cincuenta pies de longitud. Estaba suspendida de manera que amortiguase la complicada vibración que produjese aún el viento más moderado, y por la misma razón, los pequeños

asientos en el interior de la barquilla—los pasajeros permanecían sentados durante el trayecto,—llevaban suspensiones muy esmeradas. La subida al mecanismo era solamente posible desde un gigantesco vagón en la barandilla de un tablado de construcción especial. Graham había visto aquellos tablados volantes desde el Nido del Cuervo. Eran seis vastas áreas, con un gigantesco tablado en medio de cada una de ellas.

El descenso también estaba circunscripto, y para tomar tierra con seguridad era menester un espacio exactamente nivelado. Aparte de los destrozos que hubieran podido originarse por el descenso de aquella gran masa de velas y metal, y la imposibilidad de volver á remontarse de nuevo, el choque sobre una superficie irregular, una ladera arbolada, por ejemplo, ó una colina, hubiera producido roturas ó estropeado el aparato, poniendo quizá en peligro de muerte á los viajeros.

Graham, al principio, sintió gran decepción ante aquellos engorrosos mecanismos, pero muy pronto se dió cuenta de que máquinas más pequeñas hubieran sido improductivas, por la sencilla razón de que su poder de transporte disminuiría proporcionalmente á sus dimensiones. Y á mayor abundamiento, el gran tamaño de aquellas cosas las capacitaba—y esta era una consideración de la mayor importancia,—para atravesar el espacio con velocidades enormes, y así no estaban sujetas al riesgo de un imprevisto cambio de tiempo. La más breve jornada de Londres á París, duraba sobre tres cuartos de hora; pero la velocidad alcanzada no era la máxima; saltar á Nueva York ocupaba dos horas, poco más ó menos, y, teniendo cuidado de no perder tiempo en las estaciones intermedias, era posible, reinando calma, dar la vuelta al mundo en un sólo día.

Las aeropilas—así llamadas á boca llena sin ninguna razón particular,—eran de un tipo diametralmente opuesto. Muchos de aquellos aparatos iban y venían por el aire. Podían conducir tan solamente una ó dos personas, y su construcción y mantenimiento era lo bastante costoso para que fuesen el monopolio de la clase más rica del pueblo. Sus velas, brillantemente coloreadas, consis-

tían únicamente en dos pares de remos aéreos, uno á cada lado y en el mismo plano, con una hélice á popa. Su pequeño tamaño hacía posible el descenso en cualquier espacio abierto sin dificultad ni peligros, y permitían la adición de ruedas neumáticas, y hasta la aplicación de cualquier motor ordinario, para ser conducidos á lugares á propósito para la ascensión. Requerían una especie de ligeros vagones para poder lanzarse en el aire, pero semejante vagón holgaba en todo espacio libre de edificios y árboles. Los humanos navegantes aéreos, como observó Graham, estaban todavía muy por detrás del instintivo poder del albatros ó del papamoscas. Una gran influencia que hubiera podido impulsar á la aeropila á una mayor perfección había sido postergada; estos inventos nunca habían sido utilizados para la guerra. La última gran lucha internacional tuvo lugar bastante antes de la usurpación del Consejo.

Las estaciones volantes de Londres estaban reunidas en un irregular espacio de forma semicircular, á la parte Sur del río. Formaban tres grupos de dos cada uno y conservaban los nombres de antiguos suburbios ó pueblos. Así se llamaban Rochampton, Wimbledon Park Streatham, Norwood, Blakeat y Sovter's Hill. Afectaban una uniforme estructura, destacándose á gran altura sobre la superficie general de los tejados. Cada estación tenía sobre cuatro mil yardas de fondo por mil de anchura, construidas de la aleación de aluminio y hierro, que había substituído al hierro en la arquitectura. Su tercio más elevado formaba un espacio abierto de traviesas, entre las cuales pendían las luces y subían las escaleras. La superficie alta era un espacio uniforme en porciones—los tablados de salida,—que podían ser levantadas y conducidas por rieles de pequeña pendiente hasta el alero de los edificios. Salvo algunas aeropilas y varios aeroplanos á punto de partida, aquella superficie se conservaba despejada para los arribos.

Durante las maniobras preparatorias para el ascenso de los aeroplanos, los pasajeros pasaban el rato en teatros, cafés, salones-conciertos, salas de recreo y tolerancia de toda clase, que alternaban con las prósperas tiendas de

la planta baja. Esta porción de Londres, por lo tanto, era comúnmente la más animada de toda la ciudad, con algo del marítimo contento de los puertos de mar ó las poblaciones donde priva el juego. Y para aquellos que tenían más serio concepto de las excursiones aéreas, los distintos religiosos habían apostado allí una atractiva colonia de capillas piadosas, mientras un cúmulo de brillantes establecimientos médicos competían en la venta de preparaciones útiles para el viaje. En varios niveles, á través de la masa de cámaras corredores, debajo de aquéllos, corría, relacionado con los caminos móviles de la ciudad, que enlazaban allí, un complicado sistema de pasarelas especiales, elevadores y planos inclinados, para el conveniente servicio de las personas y equipajes, entre estación y estación. Y una condición característica de la arquitectura de esta sección era la solidez de los estribos y traviesas de metal, que se ofrecían en todos los puntos y cruzaban todos los corredores, enlazándose y surgiendo á través de los pisos hasta el techo, donde resistían el enorme peso de los aeroplanos.

Graham se dirigió á las estaciones por las vías públicas. Le acompañaba Asano, su asistente japonés. Lincoln había sido llamado por Ostrog, grandemente ocupado en las reformas administrativas. Una fuerte guardia de policías de la Dirección esperaba al Amo en las afueras del edificio, y le despejó un espacio en la plataforma más elevada. Su ida á las estaciones volantes era inespereada, pero esto no obstante, un considerable grupo reunióse y le siguió hasta su destino. Al ser transportado pudo oír que el pueblo aclamaba su nombre, y vió que innumerable gentío, hombres, mujeres y niños, todos con azules vestiduras, desembocaban por los vomitorios del camino central, gesticulando y gritando. No pudo entender lo que decían. De nuevo tuvo la impresión de la evidente existencia de un dialecto vulgar entre las clases pobres de la población. Cuando por fin descendió, los guardias fueron rodeados por un denso y excitado grupo. Después ocurriósele que algunos intentaron acercársele llevando memoriales en las manos. Los guardias despejaron el camino con alguna dificultad.

Encontró una aerópila al cuidado de un aeronauta, que le esperaba en la estación para ponerse á sus órdenes. Visto de cerca, el aparato no resultaba ya tan pequeño. Colocado en su grada sobre el terrado de la estación, su armazón de aluminio era tan grande como el casco de un *yacht* de treinta toneladas. Sus velas laterales, encuadradas en marcos de metal con nervios de lo mismo, casi semejantes á los nervios del ala de una abeja, y fabricadas con una suerte de membrana artificial, vítrea, proyectaban su sombra sobre muchos cientos de yardas cuadradas. Las sillas para el maquinista y su pasajero, estaban suspendidas y libres de balanceos mediante una complicada suspensión, dentro de las protectoras cuadernas del casco, y bien centradas á popa. La silla del pasajero estaba protegida por una mampara, y alrededor una alambreira forrada de almohadones neumáticos. Podía cerrarse por completo, pero Graham tenía ansia de nuevas experiencias, y dispuso que quedase abierta. El aeronauta se guarecía detrás de un cristal que le defendía el rostro. El pasajero podía asegurarse firmemente en su asiento, y esto era inevitable cuando se tomaba tierra, ó moverse á lo largo, por medio de un pequeño carril y una palanca, hasta un cajón donde estaban colocados su equipaje, su abrigo y sus alimentos, y que, con los asientos, servía como un contrapeso á las partes centrales de la máquina.

Esta era sencilla en apariencia. Asano, señalándole las partes del aparato, le dijo que, semejante á la máquina de gas de la época victoriana, era de tipo explosivo, quemando una gotita de una substancia llamada «fornila» á cada golpe de pistón. Se componía sencillamente de depósito y pistón sobre el largo cigüeñal del propulsor. Todo esto fué lo que vió Graham de la máquina.

La estación volante estaba desierta, salvo la presencia de Asano y de los empleados. Dirigido por el aeronauta, ocupó su asiento. Después le dieron á beber un brevaie conteniendo ergotina, dosis, como supo, invariablemente administrada á aquellos que se iban á remontar y designada á contrarrestar los posibles efectos del aire enrarecido sobre el sistema. Hecho esto, declaró que estaba dis-

puesto para el viaje. Asano le tomó la copa vacía, se quedó entre las barras del casco, y saludó con la mano. Súbitamente pareció deslizarse á la derecha del terrado y desaparecer.

La máquina estaba aleteando, y durante un segundo, las estaciones y los edificios más distantes parecieron correr rápida y horizontalmente por delante de los ojos de Graham; después, aquellas casas parecieron inclinarse bruscamente. Instintivamente se asió á los brazos del asiento. Sintióse arrebatado hacia arriba, oyó silbar el aire en el extremo de la mampara. El tornillo propulsor giraba con poderosos impulsos rítmicos—uno, dos, tres, pausa; uno, dos, tres;—el maquinista los regulaba con mucha exactitud. La máquina comenzó una temblona vibración que duró toda la excursión, y los tejados huían rápidamente haciéndose cada vez más pequeños. Sus miradas fueron del rostro del ingeniero á las cuadernas de la máquina. Mirando á los lados nada se veía de alarmante; un tren funicular muy rápido producía la misma sensación. Reconoció la Casa del Consejo y otros edificios notables. Y luego miró hacia abajo, entre sus pies.

Por un momento un gran temor físico se apoderó de él, un sentimiento de inseguridad. Se agarró con más fuerza. Durante unos instantes no pudo levantar los ojos. A ciento ó más pies debajo de él, se veía uno de los semáforos más altos de Londres, y más allá, casi al Sur, los terrados de las estaciones presentando unas manchas blancas. Aquellas cosas parecían caer hacia el abismo. Por un segundo tuvo el impulso de precipitarse en su guimiento. Apretó los dientes, desvió los ojos mediante un esfuerzo muscular, y pasó el momento de pánico.

Permaneció un buen rato con los dientes apretados; sus ojos clavados en el firmamento. *Trob, trob, trob*, pulsación; continuaba la máquina; *trob, trob, trob*, pulsación. Aferróse á los brazos con fuerza; miró al aeronauta y vió una sonrisa en su tostado semblante. Graham sonrió á su vez, quizás un poco afectadamente.

—Un poco extraño al principio—gritó antes de que hubiese recobrado su dignidad.

Pero no osó mirar hacia abajo durante un breve espa-

cio de tiempo. Miró por encima de la cabeza del aeronauta, al firmamento. Durante un intervalo no pudo apartar el pensamiento de posibles accidentes. *Trob, trob, trob*, pulsación. Por ejemplo, que un trivial tornillo se rompiera en la máquina de fuerza ascensional! ¡Por ejemplo...!—Hizo un poderoso esfuerzo para rechazar por entero semejantes suposiciones. Pasado un rato, abandonaron, cuando menos, el campo de sus pensamientos. Y subía rectamente cada vez más alto, en la clara atmósfera.

Una vez pasada la primera impresión de la rápida ascensión, sus sensaciones cesaron de ser desagradables, convirtiéndose en placenteras. Le habían hablado del mareo. Pero notó que el vibrante movimiento de la aeropila cortando una débil brisa del sudoeste, era bastante menor que el de una embareación impulsada por un viento recio, y además él nunca se había mareado en el mar. Y la ligereza del aire, más rarificado á medida que subían, producía una sensación de alegría y buen humor. Miró hacia arriba y vió que corrían cirrus por el cielo azul. Sus ojos se dirigieron precavidamente hacia abajo, á través de las barras y cuadernas, á una brillante bandada de aves que se cernía en la parte más baja del espacio. Las estuvo contemplando un rato. Después, mirando más abajo, con menos aprensión vió la airosa silueta de la aguja de la Dirección de Semáforos, en el Nido del Cuervo, resplandeciendo como el oro á los rayos del sol, y disminuyendo de tamaño á cada instante. Como observase ya con mayor confianza, ofrecióse á su vista una línea azulada de colinas, y después Londres á sotavento; un intrincado espacio de tejados. El límite más cercano apareció claro y recortado, y la sorpresa disipó sus últimas impresiones. Pues el lindero de Londres era semejante á una pared, á un acantilado, de unos tres ó cuatro cientos pies de altura, una fachada, tan sólo interrumpida por terrazas aquí y allá, y un frontispicio de compleja decoración.

Aquel gradual paso de la ciudad á la campiña á través de una serie siempre creciente de suburbios, que era una forma tan característica de las grandes capitales en el

siglo XIX no existía ya. Nada quedaba ya sino una dispersión de ruinas, salpicada con las señales de la heterogénea vegetación que adornó un día los jardines de las quintas esparcidas entre llanos de tierra oscura y fajas de verdura. Esta aun mediaba entre los vestigios de las casas.

Aquí y acullá suntuosos palacios de recreo se levantaban entre los débiles restos de la época victoriana, y caminos de cable los ponían en comunicación con la ciudad. Aquel día de invierno parecían desiertos. Desiertos también los artificiales jardines entre las ruinas. Los límites de la ciudad estaban definidos como en los antiguos tiempos, cuando las puertas se cerraban al toque de queda, y las gentes de mal vivir salían escalando las murallas. Así, la primera perspectiva del mundo, más allá de la ciudad, se presentó á los ojos de Graham para desvanecerse. Y cuando, por último, pudo mirar verticalmente debajo de sí, vió los terrenos laborables de las márgenes del Támesis;—innumerables espacios diminutos de un rojo oscuro, seccionados por brillantes cintas, que eran los canales de riego.

Su alegría fué aumentando rápidamente, hasta ser una especie de embriaguez. Se encontró respirando grandes bocanadas de aire, riendo á carcajadas, deseando dar gritos. Después este deseo fué demasiado fuerte y gritó.

La máquina había llegado á la altura establecida, y ahora volvía la proa hacia el sur. El gobierno, según observó Graham, se efectuaba abriendo ó cerrando una ó dos tiras de membrana en cualquiera de las dos alas y por el movimiento de toda la máquina hacia adelante ó hacia atrás á lo largo de sus soportes. El aeronauta puso la máquina deslizándose lentamente hacia adelante su carril y abrió la válvula del ala de sotavento hasta que la proa del aeropila estuvo horizontal y en dirección al sur. Y en aquella dirección caminaron con una ligera tendencia á sotavento, y con una lenta alternativa de movimientos, primero una corta y aguda ascensión, y luego una larga trayectoria descendiente, muy rápida y agradable. Durante esta trayectoria el propulsor quedaba enteramente inmóvil. Aquellas subidas dejaban en Graham

una gloriosa sensación de esfuerzo vencido; los descensos á través del aire enrarecido iban más allá de toda experiencia. Deseaba no volver á dejar la capa superior de la atmósfera.

Durante algún tiempo estuvo contemplando los menudos detalles de la campiña que corría bajo sus pies, hacia el norte. Estos menudos y claros detalles le complacían extraordinariamente. Estaba impresionado por la vista de aquellas ruinas, aquellas casas que habían sido un día ornato de la campiña; por el espectáculo de aquella extensión sin árboles, de donde habían desaparecido granjas y aldeas, no quedando más que informes ruinas. Sabía que todo esto era así, pero el verlo le causó una impresión muy diferente. Trató de reconocer los lugares que él había conocido en la cóncava comarca que tenía debajo, pero al principio no pudo distinguir puntos de referencia, ahora que el valle del Támesis iba quedando detrás. Pronto, sin embargo, se encontraron sobre un prominente margal en el que reconoció el Guildford Hog's Back por el contorno del collado en su extremo este, y por las ruinas de la población que se levantaba escalonada á ambos lados de este collado. Y esto le sirvió de punto de referencia para conocer otros, Leith Hill, las arenosas soledades de Aldershot, y así sucesivamente. Las laderas escarpadas del Down estaban salpicadas de gigantescos molinos de viento, entre los cuales, el mayor del interior de la ciudad no era sino un pigmeo. Se movían magestuosamente ante la brisa del sudoeste.

Y aquí y acullá se veían manchas donde pastaban los ganados del British Yood Trust y aquí y acullá un pastor aparecía como un punto negro. Después, precipitándose bajo la proa de la aeropila, aparecieron los Wealden Heights, la línea de Hindhead, Pitch Hill y Leith Hill, con un segundo grupo de molinos de viento que parecían querer privar al terreno inferior de su parte de aire. La púrpura del brezo se confundía con el amarillo de la retama, y más lejos, en uno de los lados, una manada de toros negros trotaba delante de dos hombres montados á caballo. Rápidamente todo esto fué quedán-

dose detrás, obscureciéndose y perdiendo color, llegando apenas á aparecer como objetos movibles engullidos por la bruma.

Y cuando se hubieron desvanecido en la distancia, Graham oyó el canto de una alondra casi á su lado. Notó que estaba en aquel momento sobre los South Downs, y mirando sobre su hombro vió los muros de Portsmouth Landing Stage coronando las márgenes de Portsdown Hill. Un momento después se ofrecía á la vista una extensión llena de embarcaciones semejantes á flotantes ciudades, la costa blanquecina del Needles alumbrada por los rayos del sol y las pardas y centelleantes aguas del mar. Parecían saltar el Solent en un instante y pocos momentos después la isla de Wight huía detrás de ellos, y luego una extensión de mar cada vez más grande, aquí purpurina por la sombra de una nube, allá gris, acullá bruñida como un espejo, y más lejos, la isla de Wight iba haciéndose cada vez más pequeña. Algunos minutos más y una faja de bruma gris se destacó de otras fajas, que eran nubes, descendió del firmamento y se convirtió en una línea visible, soleada y placentera: la costa del norte de Francia. Alzóse, adquirió color, llegó á ser definitiva y detallada, en tanto que la parte campestre del Dowland de Inglaterra se alejaba rápidamente.

En un corto intervalo, París apareció en el horizonte y permaneció allí durante unos momentos, desapareciendo luego otra vez al virar la aeropila para emprender de nuevo la dirección norte. Pero entrevió la torre Eiffel, que aún se mantenía en pie, y detrás una enorme cúpula rematada por un resplandeciente coloso. Y entrevió también, aunque no supo entonces de que se trataba, un inclinado penacho de humo. El aeronauta dijo algo acerca de «desórdenes en los caminos inferiores,» pero Graham no prestó gran atención á sus palabras. Distinguió minaretés, torres y esbeltas masas que descollaban en el cielo, y conoció que en materia de gracia, cuando menos, París se conservaba todavía frente á su poderosa rival. Y hasta parecióle ver una forma de un color azul pálido elevarse rápidamente del centro de la ciudad como una hoja seca arrastrada por un torbellino. Describió un círculo y se

precipitó hacia ellos, haciéndose cada vez más grande. El aeronauta estaba diciendo algo.

—¿Qué?— preguntó Graham sin apartar los ojos de aquel objeto.

—Un aeroplano, señor—gritó el aeronauta señalándolo.

El aparato se levantó más y se inclinó al norte cuando estuvo más próximo. Y cada momento se acercaba más, creciendo rápidamente. El *trob, trob, trob*, pausado del vuelo de la aeropila, que le había parecido tan potente y rápido, apareció súbitamente lento en comparación con aquella tremenda velocidad. ¡Cuán grande parecía el monstruo! ¡Cuán rápido y firme! Pasó muy cerca de ellos, navegando á lo largo silenciosamente, una vasta extensión de alas traslucientes con armazón metálico, una cosa viva. Graham entrevió momentáneamente grupos de abigarrados pasajeros, pendientes en sus pequeños asientos detrás de pantallas, un maquinista vestido de blanco, arrastrándose contra el viento á lo largo de una pasarela, muchas máquinas palpitando juntas á impulso de la velocidad de la hélice y de las inmensas alas. Se exaltó á esta vista, y un momento después la cosa había pasado.

Cayó y fué reduciéndose. Apenas si se habían movido, al parecer, cuando la máquina ya era de nuevo en el horizonte un punto azul movable en el cielo. Era el aeroplano que hacía el trayecto entre París y Londres. Con buen tiempo y viento moderado, hacía al día cuatro viajes de ida y otros tantos de vuelta.

La aeropila siguió á través del Canal, lentamente, como ahora parecía por las ideas más extendidas de Graham, y Beachy Head se levantó con un tono gris á la izquierda.

—A tierra—dijo el aeronauta, con voz apenas perceptible por la violencia del viento contra la pantalla.

—Todavía no—gritó Graham riendo.—Todavía no; deseo saber algo más de estas máquinas.

—Quiero decir...—empezó el aeronauta.

—Deseo conocer algo más de estas máquinas—repitió Graham.

—Voy ahí—dejo saltando de su asiento, y dió un pase

á lo largo de la barandilla. Se detuvo un momento, y su color cambió y sus manos temblaron. Dió otro paso y estuvo asido junto al aeronauta. Sintió un peso en sus hombros, la presión del aire. El viento llegaba á ráfagas violentas echándole los cabellos sobre los ojos. El ingeniero hizo algunas precipitadas maniobras para el cambio de los centros de gravedad y presión.

—Deseo que me explique usted estas cosas—dijo Graham.—¿Qué hace usted para moverse hacia adelante?

El ingeniero vaciló. Después contestó:

—Esto es complicado, señor.

—No me importa—gritó Graham,—no me importa.

Hubo un momento de pausa.

—La aerostación es un secreto... un privilegio...

—Ya lo sé. Pero yo soy el Amo y quiero saberlo.

Se rió, lleno de esta nueva manifestación de su poder, que era su don en la parte más elevada de la atmósfera.

La aeropila fué virando, y el fresco viento que azotó el rostro de Graham delataba que la proa iba poniéndose al oeste. Los dos hombres se miraron.

—Señor, hay reglas...

—No en nada que se relacione conmigo—dijo Graham.—Creo que usted se olvida...

El aeronauta escudriñó su rostro.

—No—dijo,—no me olvido, señor. Pero en toda la tierra, ningún hombre que no sea un aeronauta juramentado... tiene la menor probabilidad de... vienen como pasajeros.

—Algo de eso he oído. Pero no he de discutir esos puntos. ¿Sabe usted por qué he dormido doscientos años? Para volar.

—Señor—dijo el aeronauta,—las reglas... Si yo quebranto las reglas... Si quiere usted fijarse en lo que yo hago...

—No—dijo Graham tambaleándose y asiéndose con más firmeza al levantar la máquina la proa para una ascensión.—No es eso lo que me atrae. Quiero maniobrar yo. ¡Hacerlo yo aun cuando me estrelle! ¡No! Quiero. Voy á encaramarme aquí y á compartir su asiento... Firme. Quiero volar á mi placer aun cuando acabe estrellán-

dome. Quiero alguna recompensa por mi largo sueño. De todas las cosas del mundo... En mi pasado todo mi sueño era volar. Ahora... Conserve usted el equilibrio.

—¡Me vigilan una docena de espías, señor!

Graham perdió la paciencia. Echó media docena de ternos, y se precipitó hacia las palancas de dirección, haciendo tambalear la aeropila.

—¡Soy yo el Amo del mundo—exclamó,—ó lo es esa Sociedad de Aerostación! Aparte las manos de las palancas y sujéteme las muñecas. Sí... así. Y ahora, ¿cómo hacemos para que incline la proa hacia tierra para deslizarnos?

—Señor—dijo el aeronauta.

—¿Qué ocurre?

—¡Me protegerá usted?

—¡Dios mío! Sí... así tuviera que pegarle fuego á Londres. ¡Ea!

Y con esta promesa Graham tomó su primera lección de navegación aérea.

—Esta jornada de hoy le proporciona á usted indiscutibles ventajas—dijo riendo á carcajadas, pues el aire era como un vino fuerte;—de modo que debe usted procurár enseñarme pronto y bien. ¿Tiro de él? ¡Ah! ¡Así! ¡Diantre!

—¡Atrás... señor, atrás!

—Atrás... muy bien. Uno... dos... tres... ¡Gran Dios! ¡Oh!, ¡subel! ¡Pero esto es una cosa viva!

Y la máquina comenzó á describir las figuras más extrañas en el aire; tan pronto giraba en una espiral de escasas cien yardas de diámetro, como surcaba el aire ó caía rectamente, rápidamente como un gavilán, para recobrar de nuevo la estabilidad y remontarse describiendo círculos. En uno de aquellos descensos á lo largo la aeropila pareció precipitarse hacia el parque de globos cautivos, instalados al sur de la ciudad, y merced á una diestra maniobra pudo evitarlos. La extraordinaria viveza y dulzura del movimiento, y el extraordinario efecto del aire enrarecido sobre su organismo, habían puesto á Graham como ébrio.

Peró por fin, un singular incidente vino á calmarlo, y

á enviarle de nuevo á la vida cotidiana con todos sus negros é insolubles enigmas. Cuando había hecho dar á la máquina una embestida, oyó un golpe y algo pasó volando, y sintió la sensación de una gota de lluvia en su rostro. Después, continuando el descenso, vió algo que se parecía á un trapo blanco, que caía voltejando.

—¿Qué era eso?—preguntó.—No me he fijado.

El aeronauta miró, y luego se inclinó sobre la palanca para detenerse, pues continuaba descendiendo. Cuando la aeropila se remontaba de nuevo, exhaló un suspiro de alivio y contestó:

—Aquello—y señaló el blanco objeto que todavía estaba cayendo,—es un cisne.

—No le he visto—dijo Graham.

El aeronauta no contestó, y Graham vió algunas gotas de sudor en su frente.

Surcaron horizontalmente mientras Graham se encaramaba al asiento de pasajero. Y entonces comenzó un rápido descenso, con la hélice girando para amortiguar la caída, y las estaciones volantes adquiriendo mayor tamaño de momento en momento. El sol, ocultándose detrás de las colinas margosas, al oeste, descendía con ellos, dejando en el firmamento una bruma dorada.

Bien pronto los hombres fueron visibles como diminutas figuras. Graham oyó un gran ruido que parecía salir á su encuentro, un ruido semejante al de la resaca sobre un lecho de guijarros, y vió que los tejados estaban llenos de gente que le aplaudía por su feliz arribo. Una negra masa estaba apiñada en torno de las estaciones, una oscuridad salpicada de innumerables rostros, y agitándose con la imperceptible oscilación de pañuelos y manos que saludaban.

CAPITULO XVII

TRES DÍAS

En una dependencia, situada en la parte baja de la estación, Lincoln esperaba á los expedicionarios. No ocul-

taba su curiosidad por conocer los incidentes del viaje, y quedó muy complacido al oír hablar á Graham del gozo y del interés que experimentaba al oír hablar de la navegación aérea. Estaba verdaderamente entusiasmado.

—Quiero aprender á volar—decía;—quiero dominar ese mágico deporte. ¡Cuán dignas de compasión son esas pobres gentes que murieron sin saber lo que eso significaba! ¡Delicioso deporte! Es la cosa más maravillosa del mundo.

—¿Encuentra usted maravilloso nuestro mundo?—preguntó Lincoln.—No sé lo que ahora puede desear, pero tenemos una música que quizás le parezca completamente nueva.

—Por ahora—dijo Graham,—lo que más me domina es el deseo de volar. El aeronauta me ha dicho que hay ciertos inconvenientes para el aprendizaje, porque creo que los individuos del gremio han de ser juramentados.

—Es verdad—dijo Lincoln,—pero tratándose de usted no creo que haya dificultades serias; si realmente siente usted deseos de dedicarse á ese ejercicio, mañana mismo se le puede tomar juramento.

Graham dijo que no deseaba otra cosa, y habló con entusiasmo de sus últimas impresiones.

—¿Y de negocios, qué hay?—preguntó bruscamente. —¿Cómo van los asuntos?

—De eso le informará Ostrog mañana—contestó Lincoln, haciéndose el desentendido.—Todo se va arreglando; la revolución se impone para todo el mundo. Verdad es que se presentan algunos rozamientos, pero su gobierno se afirmará sólidamente. Puede usted descansar tranquilo en la previsión de Ostrog.

—Diga usted, ¿sería posible tomarme juramento de aeronauta inmediatamente, antes de irme á dormir?—preguntó Graham.—Porque si pudiese ser, mañana temprano me dedicaría ya á eso.

—Creo que sí es posible—respondió Lincoln pensativo.—Seguramente podrá ser... Yo venía preparado—añadió sonriendo maliciosamente,—para buscarle todo género de distracciones, pero ya veo que ha encontrado una por su propia cuenta. Desde aquí mismo avisaré por te-

léfono á las oficinas de aeronáutica, y después nos iremos á ver sus habitaciones de la sección de Semáforos. Después de terminada la comida, ya le esperarán los aeronautas; ¿pero no cree usted que para ayudar á hacer la digestión sería preferible otro género de distracciones?

—¿Cuáles?

—Tenemos unas bailarinas que proceden del teatro de Capri...

—Me fastidia el baile—contestó Graham secamente.—Siempre he sido de la misma opinión en esto. No son esas las distracciones que deseo. En mis tiempos ya había bailarinas y mucho antes también; ¡hasta en Egipto! Eso ya comprenderá usted que no constituye niuguna novedad; ¡pero volar!...

—Verdad es... ¡Pero nuestras bailarinas!...

—Pueden esperar; no me entusiasman. En cambio, quisiera instruirme en los progresos de la mecánica moderna. Prefiero desde luego la compañía de algunos doctos ingenieros. No quiero distracciones inútiles.

—Tiene usted el mundo entero para escoger, señor; el mundo entero es suyo.

Al llegar á este punto, se presentó Asano y bajo la salvaguardia de una fuerte escolta volvieron todos á atravesar las calles de la ciudad en dirección á las oficinas de Semáforos.

Multitudes mucho mayores que las que congregó su partida se habían reunido á presenciar la vuelta; las aclamaciones y gritos del pueblo ahogaban á veces las respuestas de Lincoln á las interminables preguntas que le sugería á Graham su viaje aéreo. Al principio éste correspondió á las aclamaciones con saludos y gestos afectuosos; pero Lincoln le advirtió que semejante conducta podría parecer incorrecta. Graham, que estaba también cansado de ceremonias, acabó por no hacer caso.

Tan pronto como llegaron á sus habitaciones, partió Asano en busca de representaciones kinematográficas; y Lincoln despachó las órdenes de Graham pidiendo modelos de máquinas grandes y pequeñas de todas clases para ilustrar al amo en los adelantos de los últimos siglos, que tanto ansiaba conocer.

No tardaron en llegar los objetos pedidos. En las experiencias que se hicieron con los pequeños modelos de aparatos de comunicación telegráfica, encontró Graham tal atractivo, que su comida, deliciosamente preparada y servida con suma delicadeza por jóvenes encantadoras, hubo de esperar un buen rato.

La costumbre de fumar había desaparecido casi por completo de la faz de la tierra; pero cuando Graham manifestó su deseo, después de muchas gestiones, pudieron encontrarse excelentes cigarrillos de la Florida, que le fueron enviados por medio de un despacho neumático mientras comía.

Después se presentaron los aeronautas; ante los cuales tuvo lugar la ceremonia del juramento, y un habilísimo ingeniero dió á continuación un espectáculo de ingeniosas maravillas; la exactitud y destreza de las máquinas de calcular, de construir, de hilar, los motores explosivos, elevadores de grano y agua, los aparatos de matadero y máquinas de segar, cautivaron la atención de Graham con una fascinación más poderosa de la que hubiera podido ejercer sobre él la bayadera más hermosa.

—Eramos salvajes—repetía á menudo,—completamente salvajes! ¡Estábamos en la edad de piedra comparada con esta! ¿Qué más podéis enseñarme? Porque no me canso de admirar vuestros prodigios.

Más tarde comparecieron algunos psicólogos experimentados é hicieron interesantes experiencias que evidenciaban los progresos del arte del hipnotismo. Los nombres de Milese, Bramwell, Fiechner, Liebauld, William James, Myers y Gurney, gozaban de tanta reputación que sus contemporáneos hubieran quedado atónitos. Varias aplicaciones prácticas de psicología eran ya de uso corriente; habían sustituido con ventaja á las drogas, anti-sépticos, anestésicos en medicina, y se empleaban por todos los que tenían necesidad de entregarse á trabajos que requerían una gran concentración mental. En este sentido parecía haberse alcanzado un aumento real de las facultades humanas. Los prodigios de los niños calculistas, las maravillas de los mesmerizadores, que Graham había siempre juzgado como cosa de magia y brujería,

estaban al alcance de todo el que podía procurarse los servicios de un buen hipnotizador.

Hacia tiempo que se habían suprimido los antiguos métodos de enseñanza; en lugar de consagrarse á un estudio penoso durante largos años, los que querían aprender algo se sometían por algunas semanas á la influencia hipnótica, y durante ella se les grababan las lecciones de un modo indeleble, reteniéndolas después continuamente. De hecho, todas las operaciones sometidas á reglas fijas, es decir, de especie casi matemática, estaban á cubierto de los desvaríos de la imaginación y de la impresionabilidad psíquica y alcanzaban un grado de exactitud nunca visto. Los niños de las clases trabajadoras, tan pronto como llegaban á la edad de ser hipnotizados, se convertían por este medio en una especie de máquinas vivientes, útiles desde luego para dirigir el trabajo de los talleres, sin necesidad de someterse al largo y fatigoso aprendizaje que consumía estérilmente una parte de la juventud de todo hombre en los tiempos victorianos. Los alumnos de aeronáutica que tenían propensión al vértigo, se curaban así de sus terrores imaginarios. En todas las calles había hipnotistas dispuestos á imprimir recuerdos permanentes en la memoria. Si alguien deseaba recordar un nombre, una serie de números, un canto, un discurso, podía hacerlo por este método; á la inversa, podían borrarse recuerdos penosos, abandonarse viciosos hábitos, desarraigarse deseos irrealizables. Estaba, pues, en uso una especie de cirugía psíquica que depuraba las almas arrancándoles todo germen de pesar y sufrimiento. El recuerdo de las indignidades cometidas en un instante de pasión y las humillaciones padecidas, se borraban enteramente; viudas enamoradas mataban el recuerdo de su primer esposo; amantes despechados se libertaban de su esclavitud amorosa... No obstante, aun era imposible injertar deseos, y los hechos relativos á la transmisión del pensamiento aun no habían llegado á sistematizarse.

Los psicólogos hicieron, por vía de ilustración á sus discursos, asombrosas experiencias de anemónica en un grupo de niños pálidos vestidos de azul. Graham, como la mayor parte de los hombres de su tiempo, no tenía

mucha confianza en el hipnotismo; de otro modo, hubiera podido descargar su ánimo de dolorosas preocupaciones; pero á pesar de que Lincoln le invitaba á experimentar en sí mismo tan saludables efectos, se atuvo á la vieja teoría de que ser hipnotizado equivalía en cierto modo á la renuncia de la personalidad, á la abdicación de la voluntad propia, y él ponía todo su empeño en permanecer absolutamente dueño de sí mismo.

Los tres días siguientes transcurrieron en la recapitulación de los adelantos humanos. Durante todo este tiempo Graham se entregó á las delicias de la navegación aérea. El tercer día atravesó toda Francia y llegó á la vista de los Alpes, cubiertos de nieve. Tan vigorosos ejercicios le producían un sueño tranquilo y reparador, y por momentos desaparecía de su rostro el estigma anémico con que le había seguido el larguísimo letargo en que permaneció durante siglos inerte y cadavérico.

Cuando no estaba en el aire, Lincoln se mostraba infatigable en procurarle diversiones. Le dieron cuanto de nuevo y curioso ofrecía la fecunda invención contemporánea, hasta que al fin, su apetito de novedades quedó casi saciado. Podrían llenarse algunos volúmenes con la descripción de las cosas extraordinarias que le exhibieron.

Todas las tardes dedicaba una hora ó poco más á recibir visitas, y gracias al trato íntimo y diario iba poco á poco compenetrándose con las costumbres contemporáneas y desechando rancias preocupaciones.

Al principio, la afectación en el vestir y el desacuerdo de las tendencias generales con sus rancieros principios aristocráticos y de nobleza, hubieron de inspirarle invencible repugnancia; pero observó, no sin alguna extrañeza, que su primera hostilidad contra los nuevos usos y costumbres se desvanecía y comenzaba á apreciar desde otro punto de vista su situación personal, los nuevos aspectos sociales y las tradiciones del pasado.

Tomó gran afición á la rubia hija del administrador de los Mercados europeos, y conoció también á una joven bailarina en quien descubrió á una artista maravillosa.

Al tercer día, Lincoln se decidió á insinuarle que se trasladase á una ciudad de placer, pero Graham se negó.

El lazo de la localidad le retenía en Londres; encontraba un extraño placer en reconocer, á través de las modificaciones impresas por los años, los lugares en que se habían deslizado, ya tranquilas, ya agitadas, las inolvidables horas de su vida anterior, y este goce no hubiera podido hallarle en el extranjero.

En aquellos tres días estuvo tan absorto en sus distracciones, que no fijó su atención ni un sólo momento en el movimiento político. Diariamente acudía Ostrog, su gran visir, su mayordomo mayor, á comunicarle en vagos términos el estado de los negocios públicos y á darle seguridades de la estabilidad de su gobierno, á pesar de los pequeños disturbios y de las ligeras perturbaciones que surgían de cuando en cuando y que promovían algunos descontentos. El himno revolucionario no volvió á conturbar con sus ecos á las almas pacíficas de la ciudad.

Entonces, no obstante su interés por la hija del administrador de los Mercados, Graham pensaba con frecuencia en la joven Elena Wottou, que le había hablado de modo tan singular en la reunión del director de las alturas. Aquella joven había producido en él una impresión profunda y perduraba en medio de la tensión de ánimo en que le tenían sus investigaciones científicas, que le llevaban continuamente de sorpresa en sorpresa. Aquietada su ansia de conocer los novísimos procedimientos industriales, el recuerdo de Elena volvió casi á ocupar por completo su espíritu. Cavilaba sobre lo que habría querido decirle con aquellas frases entrecortadas, medio olvidadas ya, y la imagen de sus ojos seductores y la expresión animada de su rostro se le representaba más vivamente á medida que decaía su interés por las novedades mecánicas. La belleza sugestiva de aquella mujer enigmática era un nuevo incentivo á su curiosidad, y recreándose en el recuerdo de sus gracias, iba sintiendo que la simpatía que en él habían despertado podía ser el germen de una pasión más tierna.

Pero transcurrieron tres días completos sin que la volviera á ver.

CAPITULO XVIII

GRAHAM RECUERDA

Por fin, al día siguiente, la distinguió en una galería de las oficinas de la Región de las Alturas, cuando se dirigía á sus habitaciones, después de la recepción. La galería era alta y estrecha y había en ella una serie de ventanas de arco que daban á un patio de palmas. La joven estaba sentada en el hueco de una de aquellas ventanas; volvió la cabeza al oír el ruido de sus pasos, y al reconocerle se estremeció, palideciendo intensamente. Se levantó al instante, dió un paso hacia él como para dirigirle la palabra, y sin embargo permaneció silenciosa.

Graham se detuvo complacido y sonriente, esperando oír el timbre de su voz, que tan gratamente le había impresionado; pero advirtió que una agitación nerviosa la hacía enmudecer, á despecho de su deseo de hablarle, puesto que sólo para este fin le esperaba en aquel sitio. Para animarla á hacer sus confidencias le dijo:

—He pensado mucho en usted; deseaba verla. Recuerdo que días pasados me dijo usted que quería hablarme del pueblo. ¿Qué es lo que quería usted decirme?

La joven le miró con los ojos turbados por la emoción.

—¿Decía usted que el pueblo era desgraciado?

Esta pregunta tampoco alcanzó respuesta.

—Debió parecerle extraño mi atrevimiento al expresarme de aquel modo—dijo por fin.

—Algo me sorprendió, es verdad, pero...

—Fué un impulso irresistible.

Nuevamente pareció vacilar, pero después, haciendo un esfuerzo supremo y lanzando un profundo suspiro, añadió:

—Creo que se olvida usted...

—¿De quién?

—Del pueblo.

Graham la interrogó con la mirada.

—Ya veo que le sorprende lo que le digo; pero es que usted mismo no sabe quién es ni tiene noticia de lo que ocurre á su alrededor.

—No comprendo; si no se explica usted mejor...

La joven pareció adoptar una resolución suprema.

—Es muy difícil—dijo con voz trémula.—He intentado dar una forma á mi pensamiento, decirle de una manera clara y concisa las aspiraciones del pueblo, los anhelos de toda la humanidad, pero no puedo... no encuentro palabras apropiadas. No obstante, intentaré despertar en usted los sentimientos que se agitan entre el pueblo y que yo misma siento en el corazón. ¿No se siente usted maravillado ante el misterio que preside todo lo que con usted se relaciona? No le quepa duda. Ese sueño sin ejemplo, ese despertar tan extraordinario en una época tan distinta de la que le vió nacer, tienen indudablemente mucho de milagroso. Tan inusitado acontecimiento entraña la ejecución de designios providenciales. ¡Usted que ha vivido, sufrido y muerto; usted que era un simple ciudadano, al recibir nueva vida, por gracia particular del cielo, se encuentra dueño de casi toda la tierra!

—Es verdad, querida niña—replicó Graham, influido por el tono apasionado de su bella interlocutora,—me designan con el título de rey del mundo; pero no puede usted imaginarse las confusas impresiones que me produce la sorprendente situación en que he venido á encontrarme de un modo tan impensado, en medio de los enigmas de una sociedad que desconozco en absoluto. A mi alrededor oigo decir que me pertenecen las ciudades, los *trust*, la Compañía del Trabajo; que me pertenecen los dominios de la tierra, los principados, el poder y la gloria; oigo que me aclaman como dueño y rey, ¿pero cómo me podré hacer digno de tanto honor y riqueza? No desconozco que al concederme tan señalados privilegios se me imponen altos deberes, y deseo con toda mi alma cumplirlos á satisfacción de todos.

—¡Oh!—exclamó la joven en un transporte de ale-

gría.—Empezábamos á temer que le apartasen de su cumplimiento gentes interesadas en hacer fracasar los ideales de nuestra regeneración. Pero no, acepte usted las responsabilidades que corresponden á su eminente jerarquía y el pueblo le ayudará á cumplir la misión que le ha confiado el cielo. Durante la mitad de los años que ha durado el sueño de usted, muchas generaciones, multitudes inmensas, han orado sin cesar pidiendo su resurrección.

Graham escuchaba emocionado; después de una pausa, la joven continuó:

—Ha de saber usted que para muchos millares de gentes ha sido usted el rey Arturo, Barbarroja, el que había de venir á la tierra enviado por el cielo para hacer justicia.

—La imaginación del pueblo lo encuentra todo poético.

—¿No conoce usted nuestro proverbio: «Cuando el dormido despierte»? Mientras usted estaba dormido, su habitación era visitada por millares de personas que acudían en incesante peregrinación como á una nueva Mecca. Cada primero de mes era usted expuesto al público, cubierto con un manto blanco, y el pueblo desfilaba ante usted severamente y mudo. Siendo yo niña le vi así, con el rostro pálido y tranquilo, y pensaba que despertaría usted cuando llegase la hora de la justicia. ¡Eso es lo que pensábamos de usted y eso es lo que nos parecía!

Guardó silencio por breves momentos, y después continuó con voz clara y enérgica:

—En esta ciudad, y en todo el mundo, millares de millares de hombres y mujeres esperan con inexpresable ansiedad ver lo que usted hará; pero únicamente tienen confianza en usted mismo. Ni Ostrog ni nadie pueden aceptar las responsabilidades que pesan sobre usted. ¿Cree usted, señor, que después de haber vivido aquella vida tan pequeña, la admiración, la reverencia y el amor de medio mundo le han rodeado de grandezas para que continuara viviendo lo mismo, y para que confiara en otros el cumplimiento de sus deberes?

—¡Oh!—dijo Graham,—¿quién me asegura que ese

poder no es una ilusión, que esa misión no es un delirio, que esa grandeza no es un efecto de mi propia alucinación?

—Es una realidad, señor, ¡y si usted se atreviese!...

—Después de todo, como todo reino, el mío es también una quimera, un sueño, una ilusión engañosa y fantástica.

—¡Si usted se atreviese!—repitió.—Millares de hombres acatarían lo que usted ordenase.

—¿Pero qué puedo hacer yo? No sé nada, y eso es lo que he tenido presente para abandonarme á la inacción. Ostrog y los suyos, que conocen en sus más íntimos detalles esta compleja organización para mí tan nueva, podrán hacer mucho más que yo en pro del pueblo. Pero en resumen, ¿de qué me habla usted?, ¿qué quiere decirme?, ¿qué es lo que debo saber?

—Aún soy casi una niña, pero no obstante, el mundo me parece lleno de miserias. Yo he orado porque usted despertase, para poder decirle después que el mundo está corroido por un cáncer que le ha robado la dicha y cuanto valía la pena de apetecer la existencia, y que no goza la plácida tranquilidad de la época de usted, que era la época de la libertad. Sí, he pensado mucho, porque yo tampoco soy feliz. Los hombres ya no son libres y tampoco son más grandes ni mejores que en la época de usted. Pero aun hay más; esta ciudad... es una cárcel. Y no crea que es esta sola; todas las ciudades de ahora son cárceles; estamos oprimidos por la riqueza de unos cuantos, y en cambio, millares de seres humanos no hacen más que padecer desde que nacen hasta que mueren. ¿Cree usted que eso es justo y que puede durar siempre? Vivimos mucho peor que hace siglos. No hay más que penas y dolores. Esos frívolos deleites de la vida elegante que le rodea, brillan al lado de desgracias tan inmensas que no es posible describirlas. ¡Solamente los pobres saben cuánto sufren! Multitudes inmensas afrontaron por usted la muerte hace poco; á ellos debe usted la vida. ¡Compadézcalos, señor!

—¡A ellos debo mi vida!—repitió Graham como un eco.

—Usted ha vivido en aquella época en que apenas había empezado la nueva tiranía de las ciudades, y créame usted, que es la más horrible de las tiranías. En su época, los señores feudales de la guerra habían pasado y aún no eran conocidos los señores feudales de las riquezas; muchos de los hombres vivían libres en el campo, pues las ciudades no los devoraban á todos. Yo he leído los libros de la historia antigua. Entonces había una nobleza que amparaba y abrigaba á los pobres, y éstos amaban y respetaban á aquélla. Entonces aún se conocía la felicidad...

—No tanto como cree usted; pero en fin, ¿cómo viven ahora?

—Ahora hay lujo y ciudades de placer para unos cuantos; para la mayoría desprecio, esclavitud y deshonra...

—¡Esclavitud!—dijo Graham con un gesto de incredulidad.—No creo que usted quiera decir que los hombres sean objeto de propiedad.

—Peor aun, y eso es lo que quiero que usted sepa, que lo vea con sus propios ojos. Ya sé que usted no lo sabe, que le alejarán del pueblo y que le llevarán á una ciudad de placer... Usted habrá visto hombres, mujeres y niños que llevan un uniforme azul claro, y que si no fuera por esto se podrían distinguir también por sus rostros pálidos y demacrados y sus ojos cansados...

—Sí, los he visto en todas partes...

—Y se habrá usted fijado en que hablan un dialecto horrible, repugnante...

—Sí, lo he oído...

—Pues bien; esos seres son esclavos de usted, esclavos de la Compañía del Trabajo, propiedad de usted.

—¿Es posible eso?... No puedo creerlo.

—¿Cómo podrá explicárselo?... Seguramente el uniforme azul habrá llamado su atención. Casi lo lleva una tercera parte del pueblo, y cada día aumenta su número. Esa Compañía del Trabajo ha adquirido proporciones extraordinarias...

—¿Cómo funciona?

—Antiguamente. ¿qué hacíais con los que padecían hambre?

—Había un establecimiento benéfico, el hospicio, sostenido por las parroquias.

—Sí, es verdad, lo he aprendido en la historia. Pues bien, la Compañía del Trabajo suprimió el hospicio; nació en parte de algo que usted recordará quizás: de una asociación religiosa que se llamaba el Ejército de Salvación, que se convirtió en una compañía de negocios. Al principio fué casi una institución caritativa, dedicada á redimir á los pobres del rigor del hospicio. Esa fué una de sus primeras propiedades que adquirieron los guardianes de usted; compraron el Ejército de Salvación y lo reorganizaron en la forma actual. La primitiva idea fué proporcionar trabajo á la gente sin hogar; pero hoy... hoy no hay hospicios ni lugares de refugio para los pobres, ni asilos de caridad; ¡no hay nada más que esa Compañía que tiene oficinas en todas partes! Todos esos seres van vestidos de azul, y el que tenga necesidad no tiene por fin más remedio que acudir á la Compañía ó morir de hambre. Figúrese usted que á todas horas del día y de la noche hay alimento, abrigo y un uniforme azul para el que llega; á cambio de esto, la Compañía exige un día de trabajo, terminado el cual, el visitante devuelve sus vestidos y se encuentra otra vez en la calle.

—¿Sí?

—Quizás esto no le parezca tan horrible. Antes había hombres que morían de hambre en medio de la calle, y eso ya sé que no es bueno, pero al fin morían. Los de hoy llevan un uniforme que les degrada. La Compañía negocia con su trabajo y tiene cuidado de que la provisión no falte. Los pobres acuden á ella desesperados y muertos de hambre; comen y duermen una noche y un día, trabajan durante un día y pasado este tiempo salen otra vez. Si su trabajo ha satisfecho á los patronos, reciben una cantidad suficiente para una función de teatro, ó un salón de baile de poco precio, ó una historia de kinematógrafo, ó una comida ó una apuesta. Cuando lo han gastado, echan á andar de un lado á otro; mendigar está prohibido terminantemente, y por otra parte, nadie da tampoco limosna. Así es que no tienen más remedio que volver, impulsados por el hambre. Los vestidos se les caen á

pedazos, y para reponerlos han de trabajar meses enteros. Bajo el cuidado de la Compañía nacen; la madre sólo puede disponer de ellos durante el primer mes. La Compañía los cria y los educa hasta los catorce años, y ellos pagan con dos años de servicio. Puede usted tener la seguridad de que no hay redención posible para esos niños, y de que están condenados durante toda su vida á llevar el uniforme azul.

—¿Y no hay mendigos en la ciudad?

—Ninguno. Llevan el uniforme azul ó van á la cárcel.

—¿Y si no quieren trabajar?

—No tienen más remedio si no quieren morir de hambre; además, la Compañía tiene poderes excepcionales. Hay diversos grados de castigos, y el hombre que se ha negado una sola vez á trabajar es señalado con una marca para que le conozcan en todas las oficinas que la Compañía tiene en el mundo. Después, un pobre no puede salir de la ciudad. Ir á París cuesta dos leones. Para el caso de insubordinación, ahí están las prisiones, oscuras y miserables, y no es posible sustraerse á su influencia.

—¿Y la tercera parte del pueblo lleva uniforme azul?

—Más de la tercera parte. Son condenados que viven sin orgullo, sin placer, sin esperanza, oyendo continuamente hablar de las ciudades de placer y con los ojos deslumbrados por las disipaciones de los poderosos. Ni aún les queda el refugio de aislarse. Así hay muchos millones de seres, embrutecidos, indiferentes á sus propios sufrimientos, ignorándolo todo menos su impotencia para la felicidad y sus deseos nunca satisfechos. Nacen, se anulan y mueren. En esta situación están.

Graham quedó meditando y silencioso. Después dijo:

—Pero la revolución ha estallado y todo esto cambiará.

Astrog ha organizado el movimiento contra el Consejo y continuará su obra.

—Astrog no hará nada; es un político y para él las cosas están bien así; no pensará en reformar cosa alguna, sino en aprovecharse del orden establecido. Los ricos, los influyentes, los dichosos, acaban por aceptar estas miserias como una cosa natural; emplean al pueblo para su política y le degradan para vivir con holgura. Pero

usted, usted, señor, que ha vivido en otra edad más dichosa, no les olvidará, ¿verdad?

Mientras hablaba, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas. Graham sintió una dulce emoción bajo la magnética influencia de aquellos ojos llorosos, de aquel pecho palpitante. Por un momento olvidó á Astrog y al pueblo; tomó una de sus manos entre las suyas y la atrajo hacia sí con un movimiento de efusión.

—¿Qué puedo hacer?—la dijo con acento afectuoso y clavando en ella una mirada impregnada de ternura.—Sólo deseo complacerla.

—Gobierne usted—respondió inclinándose hacia él y en voz muy baja.—Gobierne usted el mundo como nunca ha sido gobernado, haga usted la felicidad de los hombres. Si quiere usted puede hacerlo... El mundo entero se agita en angustiosa convulsión. No hace falta más que usted hable para reanimarle... Hable usted... Hasta la clase media se siente intranquila y desanimada. A usted le ocultan lo que ocurre, pero tenga la seguridad de que no volverá al yugo del trabajo, no se dejará desarmar. Astrog, sin darse cuenta y sólo para la consecución de sus ambiciones, ha despertado en el pueblo la esperanza y no se dejará defraudar tan fácilmente.

Graham escuchaba absorto y el corazón le latía con violencia.

—No necesitan más que alguien que les guíe.

—¿Y después?

—Después hará usted lo que quiera; el mundo le pertenece.

—Esa es la historia de siempre, es la humanidad eternamente dolorida. Yo mismo he pensado cien veces en eso: ¡libertad, felicidad y alegría! ¿Pero cómo es posible que un solo hombre, por muy buena voluntad que tenga?...

—No será un hombre solo, sino todos los hombres... Déles usted un jefe y la cosa estará hecha.

—No tengo tanta fe coma usted—dijo Graham—porque tampoco soy tan joven. Pero créame usted, ese poder me anonada y quisiera hacer, no bien, porque no tengo fuerzas para tanto, pero sí algo que se pareciese más al

bien que al mal. De todos modos, estoy resuelto á gobernar. Usted me ha abierto los ojos... tiene usted razón... Astrog no tendrá más remedio que quedarse en un puesto subalterno y yo sabré imponerle mi autoridad... Lo que si le prometo es que estoy dispuesto á que acabe esta esclavitud del trabajo.

—¿Y usted gobernará?

—Sí; pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que usted me ayudará.

—¿Yo? ¡Una niña!

—Sí. ¿No ve usted que estoy completamente solo y que necesito del afecto de una persona joven y animosa?

—Sí, le ayudaré con todas mis fuerzas. Cuento usted conmigo.

En aquel momento estaba hermosa, adorable, y Graham la miraba como deslumbrado.

—Entonces, gobernaré sin duda alguna. Pero tenga usted presente que no gobernaré si no es con usted. En este momento debe Astrog estar aguardándome; tengo que hacerle algunas preguntas, porque hay muchas cosas que ignoro. No tendría nada de particular que viese por mis propios ojos lo que usted deseaba decirme...

—Ya sabré yo dónde va usted y podremos vernos otra vez aquí mismo.

Los dos se miraron fijamente, con expresión amorosa, y después Graham se dirigió á las oficinas de la Dirección de las Alturas.

CAPITULO XIX

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS MIRAS DE ASTROG

Astrog ya esperaba á Graham con objeto de darle cuenta de la marcha de los asuntos del día, y este último, al contrario de lo que había hecho en días anteriores, en

que lo único que deseaba era acabar pronto para dedicarse á sus distracciones favoritas, le sometió á un verdadero interrogatorio, pues no quería ignorar ni los más insignificantes detalles.

Ostrog le dió noticias satisfactorias, sobre todo por lo que al extranjero se refería; en París y Berlín habían ocurrido algunos disturbios, pero sin importancia; todo se reducía á algunos casos aislados de insubordinación.

—Después de tantos años—añadió Ostrog en vista de que Graham le apremiaba con sus preguntas—la Comune ha levantado de nuevo la cabeza. Eso es lo que ha motivado todos los desórdenes, pero en la actualidad ya no hay nada que temer.

Graham preguntó si había habido alguna colisión.

—Una cosa parecida ha ocurrido en París, pero la división del Senegal de nuestra policía africana estaba dispuesta y prevenida para cualquier acontecimiento, y otro tanto pasaba con los aeroplanos. Esperábamos alguna perturbación en las ciudades del continente y en América, pero en América todo está tranquilo; ha producido gran satisfacción la caída del Consejo.

—¿Y por qué esperaba usted que hubiese perturbaciones?

—Porque hay mucho descontento entre las gentes...

—¿Quizás tiene algo que ver con eso la Compañía del Trabajo?

—Veo que usted va aprendiendo mucho...—dijo Ostrog con cierto aire de sorpresa.—No va usted descaminado, en efecto. El principal motivo de descontento lo constituyen las Compañías del Trabajo; precisamente ese descontento, coincidiendo con el despertar de usted, fué el que nos proporcionó el pretexto para acabar con el Consejo.

—¿De veras?

—Para utilizar esta fuerza—añadió Ostrog sonriendo—tuvimos que resucitar los antiguos principios de felicidad universal, condensados en estas aspiraciones; todos los hombres iguales, todos felices; ningún lujo que todos no puedan compartir; estas ideas han dormido por espacio de dos siglos. A pesar de que esos ideales son imposibles, era

preciso despertarlos para derribar al Consejo. Y después...

—¿Qué?

—Ya hemos hecho la revolución, hemos promovido la caída del Consejo, y el pueblo que hemos despertado... continúa sobre las armas y reclama el cumplimiento de las promesas que se le han hecho. Nosotros mismos que hemos promovido esos sentimientos en el pueblo, no creímos nunca que llegara á tanto. Ya ve usted; en París no tuvimos más remedio que apelar á la fuerza.

—¿Y aquí?

—Aquí tampoco hay mucho orden; las gentes no quieren volver al trabajo y hay huelga general. La mayor parte de las fábricas están paradas y los obreros van por las calles hambrientos y en actitud nada tranquilizadora. Se habla de la Comune y algunos de los poderosos han sido insultados por las calles; los proletarios lo esperan todo de usted... Pero no haga usted caso ni se preocupe de eso. Hemos echado mano de las máquinas noticieras para combatir toda sugestión contraria á la causa del orden y de la ley. No hay que dejarse atemorizar.

—Y esa necesidad de emplear medios de rigor, ¿llega hasta el extremo de tener que emplear policía negra? —preguntó Graham con aire de indiferencia.

Es muy útil esa policía. Son muy brutos y completamente leales, sin el menor asomo de esas ideas que están echando á perder la cabeza de nuestro populacho. Si el Consejo los hubiese tenido á su lado; no hubiese ocurrido lo que ha ocurrido. No crea usted, lo único que hay que temer son algunos motines y destrozos sin consecuencias. En cuanto á usted, si se produjese algún alboroto, puede manejar la máquina volante y llegar hasta Capri. Los elementos más importantes están de nuestra parte; los aeronautas son privilegiados y forman la liga más impenetrable del mundo, y lo propio acontece con los ingenieros de la Dirección de las Alturas. Tenemos el dominio del aire y el dominio del aire es también el dominio de la tierra. Nadie que tenga habilidad política tramará nada contra nosotros. El pueblo cuenta únicamente con algunos campeones de acción de las sociedades

secretas que organizamos antes de que usted despertara, y que no son sino unos pobres infelices, llenos de ilusiones irrealizables. Ninguno de ellos serviría para ponerse al frente de un movimiento revolucionario. Lo más que podría ocurrir sería algún disturbio aislado, pero en cuanto á revoluciones, créame usted que no hay miedo.

—Yo también lo creo así—dijo Graham.—Vuestro mundo lo he encontrado lleno de sorpresas. Antiguamente pensábamos nosotros en una maravillosa vida democrática, en una época de igualdad y felicidad para todos los hombres, que, por lo visto, era pura utopía...

Ostrog le escuchaba receloso.

—Los días de la democracia—dijo—han pasado para siempre. Empezaron con los arqueros y acabaron cuando los ejércitos dejaron de ganar batallas en el mundo, cuando los costosos cañones y los grandes acorazados y ferrocarriles estratégicos dejaron de ser la expresión del poder de las naciones. Esta es la época de las riquezas; la riqueza, un poder tan grande como jamás se ha conocido otro, domina la tierra, el mar y el aire. Todo el mundo es hoy de los que pueden manejar grandes riquezas. Debe usted aceptar estos hechos consumados. ¿Cree usted posible que el mundo y el gobierno puedan ser para la multitud? Aun en vuestros días fueron condenadas estas aspiraciones, pero contaban con algunos adeptos entre el elemento intelectual; hoy, no.

Graham no contestó; estaba sumido en profundas meditaciones.

—No—prosiguió Ostrog,—ha pasado definitivamente el día del hombre común. En campo abierto y en lucha personal, un hombre era tan bueno como otro. La primitiva aristocracia se sostenía precariamente gracias al empleo de la fuerza y de la audacia; los que la formaban eran hombres templados y valerosos que promovían á cada paso insurrecciones, duelos y motines; se consolidaron los castillos y las corazas y cayó ante el mosquete y el arco. Los días de la democracia no fueron más que un remolino en las corrientes de los siglos. El hombre común es hoy una unidad desamparada; en nuestros días tenemos esta gran máquina, la ciudad, con una organiza-

ción cuya complejidad traspasa los límites de su entendimiento.

—No obstante—dijo Graham—hay algo que se resiste, algo que vosotros estáis aprisionando, y no se resigna á la dominación.

—No tema usted—contestó Ostrog con una sonrisa forzada.—Como usted comprenderá, yo no he desatado esta fuerza para que se vuelva contra mí. Confíe en mí.

—¿Pero forzosamente el mundo ha de seguir por este camino?—dijo Graham reprimiendo su indignación.—¿Habrá sido vanas todas nuestras esperanzas?

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Ostrog alarmado.—¿A qué esperanzas se refiere?

Yo vengo de la edad de la democracia, en cuya vitalidad tenía fe, y me encuentro con una tiranía aristocrática.

—Sí, pero usted es el primer tirano.

Graham movió la cabeza negativamente.

—Perfectamente—dijo Ostrog;—mire usted la cuestión desde un punto de vista general y verá usted como es este el camino que ha recorrido siempre la humanidad y que al final de cada etapa el resultado ha sido siempre idéntico; los fuertes fuéranlo; en una forma ó en otra, han dominado siempre y los débiles han sido dominados.

—¿Pero la aristocracia vuestra se compone de esas gentes que he encontrado en mis recepciones?

—De ningún modo. Esos, en su inmensa mayoría, son seres destinados á morir entre placeres y vicios. No tienen hijos y su raza se extinguirá. La aristocracia, después de todo, es muy útil para esos hombres ansiosos de placeres, y por otra parte es un medio muy eficaz para mejorar la raza.

—Es verdad—replicó Graham,—ellos pueden extinguirse dulce y placenteramente, ¡pero esas pobres multitudes!... Sufren horriblemente, y eso lo sé por usted.

Ostrog hizo un gesto de impaciencia.

—No se preocupe usted por eso—exclamó.—Todo quedará arreglado en pocos días. Esas multitudes son imbeciles. Créame usted que lo mismo da que mueran que que vivan. Si viven, es bastante fácil dominarlas y diri-

gírlas. Los hombres serviles no me son simpáticos. ¿Oyó usted, hace pocas noches, que esas gentes le aclamaban y cantaban? Era un canto que les habíamos enseñado; si hubiera usted preguntado á cualquiera de esos hombres por qué gritaba, no hubiera sabido responder. Entonces creían que por usted se hubieran dejado dar la muerte y no hubieran tenido ningún inconveniente en degollar al Consejo... Ya ve usted, hoy ya murmuran de los mismos que les llevaron al Consejo que tanto odiaban.

—No, no es eso—dijo Graham.—Si me aclamaban es porque sufren mucho y tenían esperanza en mí.

—¿Y cuál era su esperanza? ¿Qué derecho tienen á esperar? No saben trabajar y quieren la recompensa de los que saben. ¿Cuál cree usted que es la esperanza de la humanidad? Que algún día surja el superhombre y que el débil sea anulado si no eliminado. El mundo no será nunca dominado por los estúpidos, por los débiles. Estos también tienen un hermoso deber que cumplir: morir. Ya comprendo que usted, inglés de la época victoriana, no puede pensar lo mismo que nosotros; usted echa de menos las viejas formas del sistema representativo, los Consejos electivos, los Parlamentos y toda la farsa estúpida del siglo XIX. Está usted prevenido contra las ciudades de placer; debí haberlo previsto, pero mis ocupaciones no me lo han permitido. El pueblo siente sus entrañas roídas por la envidia, y como usted participa de sus sentimientos, no tiene nada de extraño que les sea usted simpático. Ahora mismo el populacho quiere destruir las ciudades de placer, sin tener en cuenta que á estas va á parar la escoria aristocrática, todos los viciosos é inútiles que destruyen su organismo alegremente. Todos ellos mueren sin sucesión, y así la humanidad va mejorando cada día más. Si el pueblo no fuese un loco, no envidiaría al rico su género de muerte. ¡Y es usted el que quiere emancipar á estos estúpidos trabajadores sin cerebro, que nosotros hemos esclavizado! Créame usted, están en la situación que se merecen.

—Ya rectificará usted sus juicios—añadió con una sonrisa que irritó á Graham.—Conozco esas ideas. En mi niñez leí vuestros antiguos libros y soñé también con la

libertad, pero después me he convencido de que ésta no es posible sin la sabiduría y el dominio de sí mismo. La libertad no consiste en que los demás la den á uno; se la ha de tomar uno mismo. Suponga usted por un momento que los imbéciles se colocaran por encima de nosotros. ¿Qué ocurriría? Pues que caerían bajo el poder de otros amos aun más duros que nosotros. No le quepa á usted duda. Mientras haya corderos habrá lobos. Tardará más ó menos, quizás algunos siglos, pero es seguro el advenimiento del aristócrata, del superhombre, aunque á ello se oponga la humanidad entera. Será inútil todo lo que hagan para libertarse del yugo. Dado caso de que pudieran deshacerse de nosotros, vendrían otros más tiranos. No puede dejar de ser de otro modo.

—Lo dudo—contestó Graham con aire de convencimiento.

Después de haber vacilado algunos momentos, sacudió la cabeza y dijo con tono autoritario:

—Necesito ver las cosas por mí mismo. Unicamente de ese modo podré comprender y juzgar. Eso es lo que quería decirle, Ostrog. No quiero ser rey en una ciudad de placer. Bastantes días he invertido en distracciones y en enterarme de vuestros inventos; lo que necesito ahora es ver de cerca á mi pueblo, á ese pueblo que trabaja y no come, quiero enterarme de todos los detalles.

—Se conoce que han influido mucho en usted las novelas realistas—dijo Ostrog con un tono ligeramente irónico, pero insuficiente para ocultar su preocupación.

—Quiero ver la realidad—contestó Graham.

—Pueden presentarse algunas dificultades...

—No creía que...

—De todos modos—dijo—tal vez... ¿Está usted empeñado en atravesar las calles y en tener contacto con el pueblo? Lo mejor será que se disfrace usted; la ciudad está terriblemente excitada y su presencia podría provocar un sangriento conflicto. Aunque no deja de tener sus inconvenientes la idea, á mí no me parece mal del todo. Si usted tiene interés en realizarla, se puede hallar el medio de que no ofrezca ningún peligro. Asano se encargará de

todo eso del disfraz y le acompañará también. Si puede ser de excelentes resultados la idea.

—¿Y no tendrá usted necesidad de consultarme nada? preguntó Graham herido por una extraña sospecha.

—De ningún modo. Creo que puede usted confiarme esto por algún tiempo—dijo Ostrog sonriendo,—aun cuando discrepemos en nuestra manera de apreciar las cosas. Graham le miró recelosamente.

—¿Y no teme usted ninguna colisión?

—No, no.

—Sin embargo, estoy pensando en esos negros, y como no creo que el pueblo intente hostilizarme, y después de todo soy el que manda, no quiero que se traigan negros á Londres. Es quizás una preocupación anticuada y rancia, pero tengo mis opiniones acerca de los europeos y de las razas inferiores.

Ostrog, mientras le escuchaba, fruncía el entrecejo.

—No he dado órdenes para que vengan negros á Londres, pero si fuera necesario...

—No, no. Ocurra lo que ocurra, no debe usted traer negros armados á Londres. Estoy completamente resuelto á que no los traigan.

CAPITULO XX

EN LAS CALLES DE LA CIUDAD

Y aquella noche Graham, procurando pasar inadvertido y sin excitar sospechas, vestido como un empleado inferior de las Regiones Altas, y acompañado de Asano, llevando las ropas de los empleados de la Compañía del Trabajo, recorrió la ciudad que había entrevisto cuando estaba velada por la oscuridad. Pero ahora la veía iluminada y despierta, semejante á un torbellino de vida. A pesar de la disgregación de las fuerzas revolucionarias, á pesar del inusitado descontento, de los signos precur-

libertad, pero después me he convencido de que ésta no es posible sin la sabiduría y el dominio de sí mismo. La libertad no consiste en que los demás la den á uno; se la ha de tomar uno mismo. Suponga usted por un momento que los imbéciles se colocaran por encima de nosotros. ¿Qué ocurriría? Pues que caerían bajo el poder de otros amos aun más duros que nosotros. No le quepa á usted duda. Mientras haya corderos habrá lobos. Tardará más ó menos, quizás algunos siglos, pero es seguro el advenimiento del aristócrata, del superhombre, aunque á ello se oponga la humanidad entera. Será inútil todo lo que hagan para libertarse del yugo. Dado caso de que pudieran deshacerse de nosotros, vendrían otros más tiranos. No puede dejar de ser de otro modo.

—Lo dudo—contestó Graham con aire de convencimiento.

Después de haber vacilado algunos momentos, sacudió la cabeza y dijo con tono autoritario:

—Necesito ver las cosas por mí mismo. Unicamente de ese modo podré comprender y juzgar. Eso es lo que quería decirle, Ostrog. No quiero ser rey en una ciudad de placer. Bastantes días he invertido en distracciones y en enterarme de vuestros inventos; lo que necesito ahora es ver de cerca á mi pueblo, á ese pueblo que trabaja y no come, quiero enterarme de todos los detalles.

—Se conoce que han influido mucho en usted las novelas realistas—dijo Ostrog con un tono ligeramente irónico, pero insuficiente para ocultar su preocupación.

—Quiero ver la realidad—contestó Graham.

—Pueden presentarse algunas dificultades...

—No creía que...

—De todos modos—dijo—tal vez... ¿Está usted empeñado en atravesar las calles y en tener contacto con el pueblo? Lo mejor será que se disfrace usted; la ciudad está terriblemente excitada y su presencia podría provocar un sangriento conflicto. Aunque no deja de tener sus inconvenientes la idea, á mí no me parece mal del todo. Si usted tiene interés en realizarla, se puede hallar el medio de que no ofrezca ningún peligro. Asano se encargará de

todo eso del disfraz y le acompañará también. Si puede ser de excelentes resultados la idea.

—¿Y no tendrá usted necesidad de consultarme nada? preguntó Graham herido por una extraña sospecha.

—De ningún modo. Creo que puede usted confiarme esto por algún tiempo—dijo Ostrog sonriendo,—aun cuando discrepemos en nuestra manera de apreciar las cosas. Graham le miró recelosamente.

—¿Y no teme usted ninguna colisión?

—No, no.

—Sin embargo, estoy pensando en esos negros, y como no creo que el pueblo intente hostilizarme, y después de todo soy el que manda, no quiero que se traigan negros á Londres. Es quizás una preocupación anticuada y rancia, pero tengo mis opiniones acerca de los europeos y de las razas inferiores.

Ostrog, mientras le escuchaba, fruncía el entrecejo.

—No he dado órdenes para que vengan negros á Londres, pero si fuera necesario...

—No, no. Ocurra lo que ocurra, no debe usted traer negros armados á Londres. Estoy completamente resuelto á que no los traigan.

CAPITULO XX

EN LAS CALLES DE LA CIUDAD

Y aquella noche Graham, procurando pasar inadvertido y sin excitar sospechas, vestido como un empleado inferior de las Regiones Altas, y acompañado de Asano, llevando las ropas de los empleados de la Compañía del Trabajo, recorrió la ciudad que había entrevisto cuando estaba velada por la oscuridad. Pero ahora la veía iluminada y despierta, semejante á un torbellino de vida. A pesar de la disgregación de las fuerzas revolucionarias, á pesar del inusitado descontento, de los signos precur-

sores de una lucha más grande, de la cual la primera revolución no era más que el prelude, las miríadas de torrentes comerciales se precipitaban aún fuertes y anchurosas. Ahora conocía algo de las dimensiones y cualidades del nuevo siglo, pero no estaba preparado para la infinita sorpresa del espectáculo detallado, para el torrente de calor y vívidas impresiones que le salían al paso.

Este era su primer real contacto con el pueblo de los modernos días. Se percató de que todo lo pasado antes, excepto sus breves ojeadas á los teatros y á los mercados, había sido un movimiento dentro del comparativamente estrecho barrio político; que todas sus anteriores experiencias, habían girado inmediatamente sobre la cuestión de su posición personal. Pero esta era la ciudad en sus horas más animadas de la noche, el pueblo acudía á sus intereses inmediatos, á los hábitos comunes del nuevo tiempo.

Salieron primeramente á una calle, cuyas opuestas vías estaban repletas de gente vistiendo el color azul. Aquella gente, como vió Graham, formaba parte de una manifestación; era raro ver una manifestación recorriendo la ciudad triunfante. Llevaban banderas de un grosero tejido encarnado con inscripciones rojas. «No hay desarme,» decían las banderas, la mayor parte en letras grandes, y en otras se leían las variantes: «¿Por qué desarmarnos?» «No hay desarme.» «No hay desarme.» Y pasaron banderas y más banderas, un torrente de banderas, y por último, al final, el himno de la revolución y una ruidosa banda de extraños instrumentos.

—Debieran estar trabajando—dijo Asano;—hace dos días que no comen... ó si comen lo roban.

De pronto Asano hizo un rodeo para evitar la apiñada multitud que se aglomeraba al paso de algunos cadáveres que eran conducidos del hospital al depósito, últimos restos de la cosecha de la muerte en la primera revolución.

Aquella noche poca gente dormía, todo el mundo estaba en la calle. Una vasta excitación, grupos incesantemente renovados rodeaban á Graham; su mente estaba confusa y oscurecida por un perpetuo tumulto, por los gritos y enigmáticos fragmentos de la lucha social, que

tan sólo estaba en sus comienzos. Festones y banderas de negra y extraña decoración que se veían por todas partes, demostraban á todas luces su inmensa popularidad. En todas partes escuchó fragmentos de aquella cruda y espesa gerga usada por las clases populares. En todas partes se vociferaba contra el desarme, con una violencia de la que no se habían dado cuenta durante su estancia en el barrio de las Regiones Altas. Pensó que tan pronto como volviese le era preciso discutir con Ostrog éste y otros grandes problemas de los que él era expresión, de una manera más conclusiva de lo que habían sido discutidos hasta entonces. Perpetuamente aquella noche, aun en las primeras horas de su excursión por la ciudad, el espíritu de inquietud y de revuelta llamó su atención, con exclusión de innumerables cosas extrañas que de otro modo hubiera observado.

Esta preocupación hizo incompletas sus observaciones. Había lugares en que el movimiento revolucionario se apartaba por completo de su mente, dejando espacio á algún nuevo aspecto de los modernos tiempos. Elena había despertado su mente á esta intensa fijeza de observación, pero había momentos en que ella, también, pasaba fuera de su mente. En uno de estos momentos, por ejemplo, encontróse atravesando el barrio religioso, pues la fácil circulación aportada por las vías inmovibles hacia ya innecesarias las esporádicas iglesias y capillas, y su atención se vió vivamente excitada por la fachada de un templo de la secta cristiana.

Iban sentados sobre una de las vías superiores, saliendo el edificio rápidamente al encuentro. Estaba cubierto de inscripciones del alero á la base, con letras blancas y azules, excepto donde un vasto y reluciente cinematógrafo presentaba escenas realistas del Nuevo Testamento, y donde un gran festón negro, demostrando que la religión popular seguía á la política popular, pendía debajo de las inscripciones. Graham se había familiarizado ya con aquella escritura fonotípica y aquellos letreiros le chocaron, siendo, á su manera de ver, la mayor parte increíbles blasfemias. Entre los menos ofensivos aparecían: «La salvación en el primer piso y volviendo á

la derecha.» «Dale tu dinero al Hacedor.» «¡Las conversiones más portentosas en Londres; operadores expertos!» «Cristo hubiera dicho al Durmiente: ¡Unete á los santos el último día!» «Sé cristiano... sin faltar á tus ocupaciones.» «Esta noche todos los Obispos en el coro; precios de costumbre.» «Bendiciones para negocios de hombres laboriosos.»

—¡Pero esto es espantoso!—dijo Graham, entre el ruido ensordecedor de la propaganda religioso-mercantil.

—¿Qué es espantoso?—le preguntó Asano, aparentemente buscando en vano algo que justificase aquella exclamación.

—¡Esto! ¡Seguramente la esencia de la religión es la reverencia!

—¡Ah... esto!

Asano miró á Graham.

—¡Le choca á usted!—dijo con el tono de quien hace un descubrimiento.—Debí suponerlo. Había olvidado... Hoy la competencia por llamar la atención es tan grande, y las sencillas gentes del pueblo no tienen mucho tiempo para atender á sus almas... algo así como antes.

Asano sonrió.

—En los antiguos tiempos tenían placenteros domingos y la campiña. Aun cuando he leído no sé dónde que los domingos por la tarde...

—Pero esto—dijo Graham, mirando hacia atrás la fachada que retrocedía.—Y seguramente no será la única...

—Hay centenares de diferentes clases. Pero naturalmente, si una secta no anuncia no paga. Las religiones han caminado con el tiempo. Aquí hay sectas de elevadas categorías y de tranquilas maneras. Esas gentes son altamente populares y prósperas. Pagan muchas docenas de leones por estos departamentos al Consejo... á usted, quería decir.

Graham todavía estaba algo embrollado en la cuestión monetaria, y esta mención de una docena de leones le trajo bruscamente á la materia. En un momento los ruidosos templos y sus inscripciones quedaron olvidados con este nuevo interés. Una palabra le sugirió y una respuesta le confirmó en la idea de que la plata y el oro

habían sido desmonetizados, que el oro acuñado que empezó su reino entre los mercaderes fenicios, había sido desmonetizado. El cambio había sido gradual, pero rápido y llevado á cabo mediante la extensión de un sistema de cheques, que ya en su primera existencia había venido á substituir al metálico en las grandes transacciones mercantiles. El ordinario tráfico de la ciudad, el de todo el mundo, verdaderamente, era llevado á cabo por medio de unos pequeños cheques grises, verdes y rosa, de escasos valores, que emitía el Consejo. Asano llevaba varios encima. Estaban impresos, no en un frágil papel, sino en una semitransparente materia de sedosa flexibilidad, intercalado con hebras de seda. En toda su extensión campeaba un facsímil de la firma de Graham, su primer encuentro con las curvas y trazos de aquel familiar autógrafo hacía doscientos tres años.

Al ver el anuncio de un templo teosofista en cuya fachada había un rótulo de letras de fuego, y por el cual se prometía la realización de milagros, distrajo un poco su atención, hasta que por fin le volvió á la realidad el espectáculo del gran comedor de la Avenida de Northumberland, que le interesó vivamente.

Asano se lo hizo observar desde una alta galería cubierta, reservada á los encargados del servicio. Hasta allí llegaba cierta voz, estridente y gangosa á la vez, que resonaba en el interior del salón sin interrumpirse ni un momento. Era una máquina parlante, que, como otras muchas colocadas en los lugares públicos, repetía las noticias de actualidad sazonadas con gran número de comentarios.

Graham ya había conseguido familiarizarse con las atrevidas concepciones de la arquitectura moderna y con las grandes agrupaciones de gente, y no obstante, no pudo menos de sorprenderle aquel espectáculo. Observaba atentamente al servicio de la mesa más próxima que estaba debajo de él, y gracias á las explicaciones deferentes y respetuosas de Asano, no tardó en comprender el significado de aquel magestuoso banquete, en el cual tomaban parte millares de personas.

Le sorprendía á cada paso no encontrar á la primera

ojeada la razón de las cosas extraordinarias que veía, las cuales, á pesar de su novedad y extravagancia, no excitaban su curiosidad y le pasaban inadvertidas, hasta que un detalle insignificante se las ponía de relieve. Así, por ejemplo, hasta entonces nunca se le había ocurrido pensar en que por la circunstancia de estar cubierta la ciudad con una techumbre general que ponía á todos sus moradores al abrigo de la intemperie y por no haber entre los edificios otra solución de continuidad que las grandes vías que surcaban la ciudad en todos sentidos y direcciones, de hecho había desaparecido la casa, el típico hogar compuesto de habitaciones que servían de albergue á una familia, aquel santuario donde el hombre se aislaba con los suyos. Ahora veía claramente lo que en realidad había estado manifiesto desde el principio. Londres no era ya un compuesto de casas, sino un prodigioso hotel, un hotel con millares de comedores, capillas, mercados, teatros y lugares de reunión en los cuales facilitaban mil géneros de comodidades diversas una porción de empresas mercantiles, de las cuales él mismo era el dueño. Las gentes tenían á su disposición habitaciones en las que la higiene era condición indispensable, cualquiera que fuese su grado de comodidad y de riqueza, y en las cuales se vivía en una completa independencia.

No le costó gran esfuerzo darse cuenta de cuán necesariamente había nacido de la antigua ciudad victoriana aquel estado de cosas. La razón fundamental de la ciudad moderna había sido siempre la economía, fundada en el sistema de cooperación. Lo que principalmente había impedido en su tiempo la fusión de los hogares separados había sido la aun imperfecta civilización del pueblo, el orgullo bárbaro, las pasiones, los celos, la hostilidad, las rivalidades y las violencias de las clases media y baja, que habían tenido necesidad de separarse en casas contiguas para poder tolerarse mutuamente. Pero estos motivos de aislamiento habían ido cesando poco á poco, y ya en el mismo siglo XIX estaba iniciada la transformación. En los treinta años de su vida anterior, Graham había visto extenderse y generalizarse la costumbre de que los ciudadanos comiesen fuera de sus casas; el café, por ejem-

plo, había dado origen al «Acrated Bread Co.»; los círculos de mujeres habían tenido sus comienzos y el inmenso desarrollo de los gabinetes de lectura y de diferentes distracciones, más ó menos honestas, había ido aumentando la confianza social, que por fin había llegado á su completo grado de firmeza. No quedaba ya nada del antiguo hogar defendido por barras y cerrojos.

La gente que estaba reunida en el inmenso salón, según le dijo Asano, pertenecía á la segunda clase media, á la clase inmediatamente superior á los que vestían el uniforme, cuyos individuos, en la época victoriana, estaban tan acostumbrados á la reclusión doméstica, que al reunirse en lugar público no podían ocultar que estaban violentos, á pesar de su afectado desenfado. En cambio, los veía allí completamente despreocupados y como si verdaderamente se encontrasen en su centro.

También pudo observar Graham que reinaba la más escrupulosa pulcritud; sobre la mesa no se veía la menor mancha que atestiguase el que se hubiese vertido un plato ni una botella, ni había migas de pan esparcidas, ni, en fin, ninguna de las señales que caracterizaba una mesa de la época victoriana. El servicio de mesa era también muy distinto; no había manteles, ni flores, ni adornos; la mesa estaba hecha de una substancia sólida que tenía la textura y la apariencia del damasco, y se hallaba literalmente cubierta de elegantes dibujos con anuncios. Cada comensal tenía delante un complicado aparato de metal y porcelana. No había más que un solo plato de porcelana para cada uno, y por medio de espitas para líquidos volátiles fríos y calientes, lavaban el plato y el cubierto.

Espitas semejantes suministraban la sopa y el vino químico, que era la bebida usual; los demás manjares, presentados en artísticas bandejas, recorrían automáticamente la mesa sobre un carril de plata; el comensal detenía la bandeja al pasar por delante de él y se servía lo que quería. Aparecía por una puertecilla que había á un extremo de la mesa y desaparecía por otra situada en el extremo opuesto. En aquella multitud se podía notar cierto orgullo, propio de las almas humildes, y que nace del convencimiento de que no se han de dedicar á meneste-

res bajos y serviles; pensando en esto, Graham recorrió con la vista el vasto salón, viendo los enormes dioramas de anuncios desplegados á lo largo de los muros superiores y que proclamaban y ofrecían toda suerte de comodidades.

Después entró en un salón donde la gente se reunía para oír las noticias que contaba la máquina parlante. «El Amo duerme—decía el aparato con su voz antipática.—Su salud es inmejorable y no piensa más que en la aeronáutica. Cree que las mujeres son más hermosas que lo han sido nunca. Nuestra maravillosa civilización le produce un asombro sin límites, y toda su confianza la tiene depositada en Ostrog. Este es su primer ministro y está autorizado para nombrar y destituir empleados. Todo el patronato caerá en manos de Boss Ostrog. Los consejeros han sido conducidos á una prisión situada en la propia Casa del Consejo.

Graham oía con estupefacción aquella estúpida trompeta que despotricaba de tal modo, comprendiendo los medios de que su consejero se valía para influir sobre la multitud. Aquella era la máquina de noticias generales. Después de un rato de silencio, en que pareció tomar aliento, la máquina continuó de este modo:

«En París ya no oponen resistencia. La policía negra ha conseguido apoderarse de todas las posiciones de la ciudad. Los negros peleaban con verdadero heroísmo, mientras entonaban cánticos que en honor de sus antepasados escribió el gran poeta Kipling. Verdad es que una ó dos veces se propasaron y cometieron verdaderas atrocidades, pero de esto se desprende una moraleja, y es que no hay que rebelarse. Esos negros son tan valerosos como inteligentes, y contra ellos no hay resistencia posible.»

Estas palabras produjeron un movimiento confuso de protesta. Por todas partes se oían maldiciones contra los negros. Un hombre, que había pronunciado una arenga impetuosa, concluyó con estas palabras:

—¡Esa es la obra del Amo, hermanos! ¿Qué podemos esperar de un hombre así?

—¿Qué es eso de la policía negra?—preguntó Graham al oficialillo.

Asano le advirtió con un gesto expresivo que no era prudente descubrirse en medio del populacho, y que lo mejor era contener su curiosidad.

Inmediatamente otro mecanismo chilló de un modo ensordecedor, dejando oír su voz estridente:

«¡Ja, ja, ja! Prestad fe á lo que dicen los hombres. En París han ocurrido escenas de una violencia terrible; los naturales de la ciudad están exasperados por los excesos y los asesinatos de la policía negra y han tomado horrosas represalias. Los tiempos bárbaros de la antigua historia se reproducen con sus escenas de sangre. Todo clama venganza...»

La máquina noticiera que había más próxima lanzó un grito estupendo que ahogó el final de la frase, y después continuó en el mismo tono que antes comentando los horros del desorden.

«¡La ley y el orden público serán mantenidos á todo trance!» fué la conclusión terminante del discurso.

Graham quiso nuevamente adquirir de su acompañante datos precisos sobre aquellos sucesos que se anunciaban al público.

—No me pregunte usted nada aquí—le contestó Asano—ó de lo contrario no respondo de las consecuencias.

—Continuemos, pues—replicó Graham,—porque necesito enterarme bien de todo esto.

No sin grandes dificultades consiguieron abrirse paso por entre la compacta muchedumbre que, emocionada y convulsa, no cesaba de gritar, expresando cada cual los sentimientos que le inspiraba el relato del suceso. En la ardua y fatigosa empresa que representaba el poder ganar la salida por en medio de aquel hacinamiento de carne humana, aunque aturdido por el incesante clamoreo, Graham pudo hacerse cargo de las inmensas proporciones del local y de la distribución de los servicios establecidos en él. Había centenares de aparatos de todos tamaños que cantaban, silbaban y hablaban y cada uno tenía un auditorio, compuesto en su mayoría de obreros de infima clase, ya que todos vestían el infamante uniforme azul. La índole de los aparatos era tan diversa como su tamaño. Desde la máquina que, perdida en un rincón, lan-

zaba carcajadas y chistes de mal género, pequeña é insignificante, hasta la que tenía cincuenta pies de altura, como la primera que había escuchado Graham, y que era la destinada á transmitir al público las noticias de interés general.

La concurrencia era muy superior á la que de ordinario acostumbraba á reunirse, á causa del intenso interés que despertaban en el público los asuntos que estaban teniendo en París tan trágico y terrible desarrollo. Indudablemente la lucha debió haber sido mucho más terrible y trágica de lo que Ostrog había dicho. Eran innumerables los aparatos que describían y comentaban aquellos sucesos, y á esto se unían las voces, las exclamaciones y las interjecciones de la gente, que expresaba en alta voz todo lo que sentía. No obstante, se podían distinguir algunas frases sueltas, en las que parecía condenarse el descontento general. Sobre todo, un hombre de terrible aspecto, que precisamente estaba al lado de Graham, decía gritando como un energúmeno:

—¡Polizontes linchados! ¡Mujeres quemadas! ¿Es posible que el Amo consienta tales cosas? ¿Es así como quiere comenzar su gobierno?

—¡Así comienza el Amo su gobierno!—repetían otros expresando la más amarga decepción.

Y largo tiempo después de haberse alejado de aquel frenético concurso, los gritos, los silbidos, las interjecciones, las máquinas y los anatemas de la multitud persiguieron á Graham, zumbándole en los oídos: «¡Galup! ¡galup! ¡ja, ja, ja! ¡Así comienza el Amo su gobierno!»

Tan pronto como hubieron salido, interrogó á Asano, apremiándole imperiosamente para que se explicara de un modo terminante y explícito acerca de los sucesos de París.

—¿Qué quiere decir eso del desarme á que trataban de resistirse los que iban en la manifestación? ¿Qué significa toda esa inquietud, todo ese hondo malestar que se revela en las reuniones públicas?

Asano mostraba el mayor empeño en convencerle de que nada anormal ocurría.

—Entonces, ¿á qué vienen esas violencias?

—No se puede comer tortilla sin antes romper los huevos—dijo Asano.—El que alborota es el pueblo bajo, sólo una parte de la ciudad; el resto está contento y satisfecho. Los obreros parisienses son los más salvajes del mundo, excepción hecha de los nuestros.

—¿Los de Londres?

—No, los japoneses.

—¡Pero es horrible eso de quemar mujeres vivas!

—Han proclamado la Comunne—dijo Asano;—quieren robarle á usted y acabarían con toda la propiedad, que es sagrada, después de entregar á la turba el gobierno del mundo. Pero usted es el Amo y el mundo le pertenece. Aquí no será posible que haya Comunne ni siquiera precisará utilizar la policía negra. Y no crea usted; al pueblo de París se han guardado toda clase de consideraciones; los que han intervenido en sus disturbios han sido sus propios negros, negros que hablan en francés; los regimientos del Senegal, Nigracia y Neuchoctu.

—¿Tres regimientos?—dijo Graham.—Yo creí que era uno sólo.

—No—contestó Asano,—han sido varios.

Graham, que hubiera deseado apaciguar los ánimos por sí mismo, se desesperaba viéndose reducido á la impotencia. No pudo menos que manifestar su extrañeza al observar que toda aquella multitud, cuyos arrebatos acababa de presenciar, fuese toda mal vestida, casi andrajosamente, pero Asano le manifestó que las clases más acomodadas no concurrían á aquellos sitios, porque en sus propias habitaciones tenían máquinas noticieras, dispuestas á hablar siempre que sus dueños lo quisieran; además, el inquilino del cuarto podía ponerlas en comunicación con aquel de los Sindicatos de noticias que prefiriese.

Graham le preguntó por qué razón él no tenía semejantes aparatos en sus habitaciones. Asano le miró con extrañeza.

—No creí que no los tuviese usted—respondió.—Debe haberlos quitado Ostrog.

—¿Y quién le ha mandado que hiciera eso?—preguntó ásperamente.

—Quizás pensaría que podrían incomodarle...

—Es necesario que queden de nuevo instalados lo más pronto posible.

En un principio creyó que aquel salón de noticias y aquel inmenso comedor eran los únicos de la ciudad, pero después pudo ver que los había en gran número en cada distrito.

Repartidas también por todas partes se encontraban casas de maternidad artificial como aquella en que entraban entonces, y á la cual llegaron por un ascensor y un puente de cristal que cruzaba el comedor y atravesaba las vías en ángulo ligeramente elevado. Para entrar en la primera sección necesitó presentar un cheque con su firma, é inmediatamente fueron atendidos por un hombre que vestía manto de púrpura con broche de oro, insignia de los médicos cuando estaban en funciones de servicio. Por el movimiento de espectación que motivó su presencia y las miradas de curiosidad de que fué objeto, comprendió que había sido reconocido, por cuyo motivo entró de lleno en el asunto y no omitió pregunta alguna de las que podían interesarle.

A ambos lados de largos corredores, silenciosos y acolchados, como para acallar el ruido de los pasos, veíanse estrechas puertecillas, cuya forma y disposición recordaban las de las antiguas prisiones. La parte superior de las puertas era de aquella substancia verdosa y transparente de la urna en que él mismo tanto tiempo había permanecido encerrado; detrás de cada puerta, en un pequeño recinto, yacía un tierno niño, acostado como en un nido de encajes. Aparatos muy delicados indicaban las variaciones atmosféricas, avisando por medio de timbres á la Oficina central la más ligera desviación del límite de temperatura y humedad.

Semejante sistema había casi acabado por completo con las nodrizas, que tantos peligros é inseguridades ofrecían. El encargado del servicio llamó su atención sobre las «amas de leche,» que formaban largas filas y que consistían en figuras mecánicas con brazos articulados, hombros y pecho de un modelado perfecto, pero que por debajo eran simples trípodes de bronce y que en lugar de

facciones tenían discos con anuncios que podían interesar á las madres.

De todas las cosas extrañas que Graham había visto aquella noche, ninguna le pareció tan repugnante como aquella, tan contraria á sus más íntimos sentimientos; el espectáculo de las sonrosadas criaturitas, cuyos débiles miembros vagaban inciertos en la realización de los primeros movimientos, abandonados á los cuidados de aquellos insensibles artefactos, sin el cariño y protección de sus madres, le produjo una invencible antipatía. El médico que hacía la guardia era de otra opinión; su estadística ponía fuera de dudas que en los tiempos victorianos el paso más peligroso de la vida era el que se daba en los brazos de las madres, y que en la más tierna infancia la mortalidad había llegado siempre á una cifra aterradora; en cambio, con aquel sistema no se perdía ni el medio por ciento del millón de niños que á la Compañía estaban confiados. No obstante, la prevención de Graham era demasiado fuerte para ceder ante consideraciones de tanta importancia.

Vendo por uno de aquellos pasadizos, sorprendió á una joven pareja vestida de la ordinaria tela azul, que miraba al interior de uno de los nichos sonriendo ante el inocente sueño de su primogénito. Graham les dirigió una mirada llena de tan duros reproches, que los jóvenes huyeron avergonzados. Aquel incidente le puso aún más de manifiesto el abismo que mediaba entre los hábitos de la nueva edad y los que reinaban en los tiempos victorianos.

En el cuarto de los «primeros pasos» y en el «kindergastern» quedó perplejo y abatido. El oficialillo le hizo observar la variedad de juguetes que servían para el entretenimiento de los niños, y que se fundaban en las doctrinas de aquel inspirado sentimentalista llamado Froebel. Había también algunas nodrizas, pero dominaban las máquinas que cantaban, mecían y acariciaban.

—¡Pero cuánto huérfano!—dijo Graham con un suspiro ante la penosa idea que de él se anoderaba en presencia de aquellos niños, que le parecían todos abandonados.

Entonces supo que no eran huérfanos; que aquellos niños tenían sus madres, las cuales, mientras se entregaban á sus ocupaciones ordinarias, dejaban encomendados sus pequeñuelos á los cuidados de aquella institución, que los atendía con esmero; pero no obstante, al salir de allí todavía hablaba con horror del efecto que le habían causado los niños en sus incubadoras.

—Indudablemente se ha perdido la maternidad. ¿Es que antes era una simple zalamería? ¡Ah!, no, era un instinto, un bello sentimiento. Esto, en cambio, me parece antinatural, aborrecible...

—Por aquí vamos al salón de baile—dijo Asano por toda respuesta.—Seguramente estará lleno á pesar de la intranquilidad política, porque las mujeres, con raras excepciones, no se interesan en la política. Ya verá usted á las madres; la mayoría de las jóvenes de Londres son madres; en esa clase está muy bien visto tener un hijo. Pocas tienen más de uno, pero en la Compañía del Trabajo es distinto. Y no crea usted que el sentimiento de la maternidad ha muerto, pues fundan su mayor orgullo en sus hijos y con mucha frecuencia vienen á verlos.

—¿Cree usted que la población del mundo va disminuyendo?

—Indudablemente, excepto entre los súbditos de la Compañía del Trabajo.

A medida que avanzaban, llegaba hasta ellos, cada vez más juguetona, una música alegre y bulliciosa, al compás de la cual bailaban infinidad de parejas. La alegre muchedumbre lanzaba incesantes carcajadas y gritos de júbilo; el espectáculo que presentaba el salón era bien distinto del que ofrecía el salón de noticias que acababa de visitar. Aquí había risas alegres, rostros animados, cabezas engalanadas con vistosos rizos, frentes radiantes de gozo y un ambiente perfumado y lleno de armonías, donde un público feliz disfrutaba á sus anchas de la más gratas expansiones.

—Ya verá usted—dijo Asano— cuánto ha cambiado el mundo. Venga por aquí y le enseñaré las madres de nuestro tiempo.

Un ascensor les llevó á una elevada galería desde la

cual se dominaba todo el salón. Pagaron su cuota de entrada en una taquilla y pudieron contemplar, para encanto de sus ojos y de sus oídos, la brillante esplendidez de aquella deliciosa confusión, en la cual innumerables y lindas muchachas danzaban al compás de una música voluptuosa y picaresca.

—Aquí tiene usted—dijo Asano—á los padres de los pequeños que antes ha visto.

El salón no estaba decorado con tanta riqueza como el del Atlas; pero por su extensión, después de éste era el más espléndido de cuantos habían visto: sus hermosas columnas, al parecer de clara amatista, le daban un aspecto de suntuosidad; las bellísimas cariátides de mármol blanco que sostenían las galerías eran nuevo testimonio de la restauración de la magnificencia escultórica; parecían sonreír á los bailarines mostrándoles sus actitudes insinuantes, como si ellas mismas tomaran parte en la fiesta. Lo que no pudo saber Graham es de donde provenía aquella música; se trataba indudablemente de algún mecanismo que por sí sólo suplía con ventaja á la antigua orquesta.

—Mírelas usted—decía el oficialillo—y vea cuánta maternidad respiran sus rostros.

La galería en que habían colocado su observatorio, corría á lo largo del borde superior de un enorme tabique que separaba el salón de baile de otra sala exterior, que al través de espaciosos arcos descubría el continuo movimiento de las vías de la ciudad. En aquella sala se agrupaba una gran multitud de gente vestida con menos brillantez, la mayoría con el uniforme azul de la Compañía del trabajo, y casi tan numerosa como la que bailaba dentro; demasiado pobres para poder asistir á la fiesta, eran, sin embargo, incapaces de alejarse de sus seducciones. Habían despejado algunos espacios, y en ellos bailaban también, haciendo flotar al aire sus miserables harapos. No pocos, al bailar, decían á gritos chistes obscenos y extravagantes alusiones que Graham no podía entender. Uno se puso á silbar el estribillo del canto revolucionario, pero se detuvo antes de terminarlo. La oscuridad que

allí reinaba no permitía ver otros detalles, y Graham volvió á mirar al salón.

Encima de las cariátides había multitud de bustos de mármol que representaban algunos hombres á quienes aquella edad estimaba como grandes emancipadores y precursores del desenvolvimiento de la humanidad; la mayoría de ellos eran extraños para Graham, si bien reconoció á Grant, Alleu, Le Gallienne, Nietzsche, Shelley y Goodwin. Festones negros ostentaban inscripciones que en parte ocultaban los detalles de la ornamentación general, en los cuales se advertía que se estaba celebrando la *fiesta del despertar*.

—Muchos millares de personas están hoy de fiesta y han abandonado sus ocupaciones entregándose á los placeres sin acordarse para nada de los obreros que se niegan á volver al trabajo y se entregan á fomentar los desórdenes—dijo Asano.—Son gente que siempre está dispuesta para no trabajar.

La galería en que ellos permanecían estaba casi desocupada, exceptuando dos ó tres parejas que se habían retirado allí para poder hablar á sus anchas. Graham se inclinó sobre el parapeto y miró á los bailarines. De abajo llegaba hasta él un cálido aliento de perfumes y vitalidad. Los hombres iban con el cabello arreglado á la moda femenina, la barba rapada y hasta muchos con la cara pintada. De las mujeres, la mayoría eran muy lindas y todas vestían con artística coquetería. Aquella gente se divertía de verdad, y Graham pudo observarlo por la expresión de sus rostros.

—¿Qué clase de gente es esa?

—Son trabajadores de posición desahogada, lo que antes se llamaba la clase media. Los negociantes en pequeña escala, que trabajan por cuenta propia y gozaban, por lo tanto, de cierta independencia, han desaparecido, pero no obstante, aún quedan maquinistas, capataces y encargados. Esta noche la fiesta es general y seguramente no habrá ningún salón de baile ni teatro que no esté lleno.

—Pero, ¿las mujeres deben estar muy desocupadas? Como sus únicos deberes, los de la maternidad, ya no existen para ellas.

—Trabajan lo mismo que los hombres. En los antiguos tiempos ya empezó á iniciarse la obrera independiente, pero hoy ya lo son todas. Además, las nuevas formas de casamiento les proporcionan más dinero y facilidad para divertirse.

—Ya lo veo—dijo Graham con la vista fija en el radiante torbellino, mientras pensaba en el desamparo de todo afecto en que yacían aquellas pobres criaturitas, que empezaban á constituir para él una verdadera obsesión.—¿Y son madres esas mujeres?

La mayoría de ellas sí.

—Cuando más veo, más complejos me parecen vuestros problemas. Esto, por ejemplo, es una sorpresa, la noticia de París, otra sorpresa.

Permaneció un momento en silencio y después continuó:

—¡Estas son las madres de la nueva edad! Ahora creo que voy penetrándome mejor de cuál es la manera moderna de ver las cosas; pero yo estoy muy apegado á mis viejos hábitos, fundados en necesidades que supongo habrán desaparecido. En mis tiempos, una mujer no se contentaba con tener hijos; necesitaba amarlos, dedicarse toda entera á su cuidado, educarlos y guiarlos en el camino de la vida; la esencia de la educación moral é intelectual la recibían los hijos de sus madres; no les bastaba darles la sangre de sus venas; á esto añadían los afectos de su alma. Cuando no recibían la educación de sus madres, se quedaban sin ella, y muchas, lo confieso, no llegaban á recibirla. Hoy, indudablemente, no tienen más necesidad de esos cuidados, que si fuesen mariposas.

—Los ideales humanos—dijo Asano— cambian conforme cambian las necesidades.

Graham estaba absorto en sus meditaciones y no oyó esta respuesta, abismado como estaba, quizás, en el recuerdo de su infancia, que se había deslizado dichosa y sosegada en el regazo de su madre, á cuya memoria consagró una lágrima de ternura.

—¡Ah!—dijo suspirando.—Veo la perfecta relación de todo esto. Continencia, sobriedad, sacrificio... son necesidades solamente del estado bárbaro, de la vida primi-

tiva. La virtud sólo es el tributo que el hombre rinde á la naturaleza no conquistada; pero cuando el hombre la ha conquistado ya para los fines prácticos de la vida... ¡Ah! Entonces la vida es alegre y dichosa; entonces triunfa el egoísmo y no hace falta la virtud en la vida pública ni en la privada; las madres abandonan á sus hijos; los asuntos políticos están manejados por Bosses con policía negra...

Lanzó sobre los danzantes una mirada indefinida.

—La vida es alegre—repitió—cuando todos los sentimientos humanos se sacrifican al goce.

—No crea usted—dijo el oficial.—También ahora hay momentos de sufrimiento y de hastío.

—Todos parecen jóvenes. Entré ellos soy yo visiblemente el más viejo. Y en mi tiempo pasaba yo por hombre de media edad.

—Son jóvenes, en efecto. Se ven pocos viejos en esta clase, sobre todo en las ciudades industriales.

—¿Cómo es eso?

—La vida de los viejos no es tan agradable como solía, á menos que sean ricos y se procuren amantes y amigos. Y tenemos una institución llamada Euthanasia.

—¡Ah... esa Euthanasia!—dijo Graham.—¿La muerte cómoda?

—La muerte cómoda. Es el último placer. La Compañía de la Euthanasia hace las cosas bien. La gente paga la cuota... bastante cara... por adelantado y durante muchos años. Legado su día, se le conduce á una ciudad de placer y regresa de allí empobrecido y debilitado, muy debilitado.

—Queda aquí mucho por comprender—dijo Graham después de una pausa.—Sin embargo, veo la lógica de todo eso. Nuestro cúmulo de aceres virtudes y acerbas restricciones era la consecuencia del peligro y la inseguridad. Los estoicos, los puritanos, aun en mi tiempo, eran tipos que se desvanecían. En los antiguos tiempos el hombre se preparaba contra el dolor, ahora ansía el placer. En esto estriba la diferencia. La civilización ha combatido al dolor y al peligro en sus últimas trincheras... para la clase acomodada. Y tan sólo la clase aco-

modada es la que importa ahora. Yo he estado durmiendo doscientos años.

Durante unos momentos estuvieron apoyados en la balaustrada siguiendo las intrincadas evoluciones del baile. La escena era realmente hermosa.

—Ante Dios—dijo Graham de pronto—preferiría ser un herido centinela tiritando sobre la nieve que uno de esos pintados mequetrefes.

—En la nieve—dijo Asano—quizás pensaría usted diferentemente.

—Soy incivilizado—continuó Graham sin hacerle caso.—Esta es la turbación. Soy primitivo... paleolítico. Su fuente de rabia y temor y cólera está cerrada y sellada, y los hábitos de una vida les hacen felices y desembarazados. Siga usted con paciencia mis disgustos é impresiones. Esta gente, me dice usted está compuesta de hábiles obreros y otros semejantes. Y mientras ellos bailan, otros hombres luchan... en París mueren los hombres ahora por la conservación del mundo... para que ellos puedan bailar...

Asano sonrió imperceptiblemente.

—También mueren hombres en Londres—dijo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Dónde duermen?—preguntó Graham.

—Arriba y abajo... en intrincados laberintos.

—¿Y dónde trabajan? Es decir... los quehaceres domésticos.

—Poca labor verá usted esta noche. La mitad de los obreros están fuera ó sobre las armas. Es día de asueto. Pero iremos á los barrios trabajadores, si usted quiere.

Durante un buen rato estuvo Graham contemplando el baile, y después se volvió de pronto.

—Quiero ver los obreros. Ya estoy cansado de esto,—dijo

Asano tomó el camino á lo largo de la galería á través de la sala de baile. Pronto llegaron á un pasaje transversal donde se respiraba un aire más fresco y puro.

Asano echó una mirada á aquel pasaje cuando hubieron pasado, se detuvo, se dirigió de nuevo á él y volvióse á Graham con una sonrisa.

—Aquí, señor—dijo—hay algo... algo que le sería familiar... y sin embargo... Pero no quiero decírselo á usted. ¡Vamos!

Se encaminaron á lo largo de un pasaje cercano donde pronto se notó bastante frío. La reverberación de sus pies indicaba que aquel pasaje era un puente. Llegaron á una galería circular, cubierta, y luego á un aposento, también circular, que le pareció familiar, si bien Graham no recordaba distintamente en qué ocasión había estado allí otra vez. Había allí una escala—la primera escala que había visto después de su despertar—por la cual subieron, llegando á un elevado, negro y frío paraje en el cual se veía otra escala casi vertical. Ascendieron por ella asimismo, y Graham continuaba aún perplejo.

Pero en lo alto comprendió y reconoció las barras metálicas sobre que se apoyaba. Estaba en la linterna, debajo de la bola de San Pablo. La cúpula sobresalía un poco sobre el contorno general de la ciudad aun envuelta por el crepúsculo, y se hundía en la oscuridad, distinguiéndose alguna que otra muy á lo lejos.

Miró entre las barras hacia el norte y divisó las constelaciones eternas é inmutables. Capella se cernía al oeste, Vega estaba alzándose y las siete centelleantes estrellas de la Osa mayor giraban en su majestuoso círculo sobre el polo.

Vió estas estrellas en un claro fragmento de la bóveda celeste. Por el este y el sur las grandes formas circulares de los molinos de viento ocultaban el cielo. En el sudoeste brillaba Orión, extendiéndose como un pálido fantasma á través de la red de metal elaborado. El estridente mugido de una sirena en las estaciones volantes, anunciaba al mundo que un aeroplano iba á ponerse en marcha. Permaneció un rato mirando en aquella dirección. Después sus ojos volvieron de nuevo á las constelaciones septentrionales.

Durante un buen intervalo permaneció silencioso.

—Esto—dijo por último sonriendo en la sombra—páreceme la cosa más extraña de todas. ¡Estar en la cúpula de San Pablo y contemplar de nuevo estos astros silenciosos y familiares!

De allí fué conducido por Asano á través de tortuosos caminos en dirección á los barrios burocráticos donde se hacían y deshacían las fortunas de la ciudad. Graham entrevió una interminable serie de inmensas salas, rodeadas de galerías, que se sucedían de trecho en trecho hasta imponente elevación, en las cuales se abrían millares de despachos, y cruzada de una verdadera red de puentes, pasarelas, rieles para motores aéreos y trapecios y cables de descenso. Y allí, más que en ninguna otra parte, resaltaba la nota de vehemente vitalidad, de irresistible y apasionada actividad. Por todas partes se veían violentos anuncios, hasta que su cerebro se aturdió ante aquel escándalo de luz y de color. Y máquinas parlantes de un tono particular, rancio y gangoso, abundaban llenando el aire con exagerados llamamientos y avisos.

El lugar parecióle densamente repleto de gentes que ó bien se agitaban como energúmenos, ó estudiaban silenciosamente las operaciones; sin embargo, supo que las salas estaban comparativamente desiertas y que la gran convulsión política de los últimos días había disminuído los negocios en una medida sin precedentes. En un gran local se veían largas filas de mesas de ruleta, rodeadas todas de una excitada turba; en otro, una babel de mujeres pintadas de blanco y de hombres dados de bermellón, compraban y vendían acciones de un negocio puramente ficticio, en el que cada cinco minutos se repartía un dividendo de un diez por ciento y se amortizaban cierto número de acciones designadas por la suerte.

Y estas operaciones se llevaban á cabo con una energía que pasaba fácilmente á la violencia, y, habiéndose Graham aproximado á un corro, vió en el centro á dos elevados negociantes sosteniendo violenta controversia con dientes y uñas á propósito de cierto delicado punto de etiqueta industrial. Aun quedaba en la vida algún ideal por quien romper lanzas. Más allá le chocó grandemente un vehemente anuncio frenético escrito con letras de fuego escarlata de cuatro yardas de altura. NOSOTROS ASEGURAMOS AL PROPIETARIO. — NOSOTROS ASEGURAMOS AL PROPIETARIO.

—¿Quién és el propietario?—preguntó Graham.

—Usted.

—¿Pero qué me aseguran? ¿Y por qué me aseguran?

—¿No tenían ustedes el seguro?

Graham pensó.

—¿El seguro?

—Sí... el seguro. Recuerdo que esto es cosa de su tiempo. Aquí se asegura su vida de usted. Docenadas de personas contratan pólizas, miriadas de leones se imponen por su vida. Y más allá otros especuladores compran anualidades. Aquí se trafica con la vida de todas las personas eminentes. ¡Fijese usted en aquellos!

Una multitud de gente se agrupó arremolinándose, y Graham vió un gran transparente iluminado en el cual campeaban grandes letras de púrpura incandescente. «Anualidades sobre el propietario — x 5 p. 2. G.» La gente comenzó á gritar y á hacer ¡aaaah!; un número de hombres, jadeantes, de violenta expresión, pasaron corriendo, elevando sobre sus cabezas los puños cerrados. Oyóse crugir una puerta.

Asano hizo un breve cálculo.

—Setenta por ciento anual es su anualidad sobre usted. No pagarían tanto si le viesan á usted ahora, señor. Pero no le conocen. Sus anualidades de usted son una segura colocación, pero ahora usted es la cuestión de azar. Este es probablemente un desesperado albur. Dudo mucho que el pueblo vuelva á verse con su dinero.

El grupo de presuntos anualistas se hizo tan nutrido, que durante un buen rato Graham y su acompañante no pudieron avanzar ni retroceder. Graham notó que abundaban las mujeres entre los especuladores, y se le hizo presente de nuevo la económica independencia del bello sexo. Parecían perfectamente capaces de tener cuidado de sí mismas entre aquella barahunda, usando de sus codos con particular habilidad, como lo aprendió Graham á su costa. Una de rizado cabello quedó detenida unos momentos entre el corro, la miró fijamente, y después, acercándose á él deliberadamente, le tocó con el codo de un modo que no podía ser casual, demostrando bien claro que había encontrado favor en sus ojos. Y después un enjuto individuo de lengua barba gris, sudando copiosamente en

una noble pasión de propia ayuda, ciego á todo lo que le rodeaba, salvo el transparente rótulo, pasó entre ellos como una avalancha, atraído por el tentador «x p. 2. G.»

—Deseo salir de aquí—dijo Graham á Asano.—No es esto lo que quiero ver. Lléveme usted entre los obreros. Quiero ver al pueblo de traje azul.. Estos parasitarios lunáticos...

Encontróse envuelto en un grupo de gente que luchaba para llegar antes y la frase quedó sin terminar.

CAPITULO XXI

EL REVERSO

Del barrio mercantil, Graham y su acompañante, aprovechando las vías movibles, se encaminaron á un barrio remoto de la ciudad, donde se fabricaban las manufacturas groseras. En su dirección, la vía movable cruzó dos veces el Támesis, y pasó, en ancho viaducto, á través de uno de los grandes caminos que entraban en la ciudad por el norte. En las dos veces la impresión fué viva y en ambas rápida. El río era un ancho espacio de negra agua del mar, limitado por edificios, y desvaneciéndose por ambos extremos en una oscuridad constelada de luces. Un número de negras barcazas descendía hacia el mar, tripuladas por hombres de vestido azul. El camino era un largo, ancho y elevado túnel, á lo largo del cual se deslizaban máquinas de altas ruedas rápida y silenciosamente. Allí también abundaba el color azul de la Compañía del Trabajo. La lisura de los dos trayectos opuestos, las grandes dimensiones y ligereza de las ruedas neumáticas en comparación con el cuerpo del vehículo, impresionaron á Graham vivamente. Un alto y descansado carruaje con varillas longitudinales de metal, de las cuales colgaban los cuerpos de centenares de

—Usted.

—¿Pero qué me aseguran? ¿Y por qué me aseguran?

—¿No tenían ustedes el seguro?

Graham pensó.

—¿El seguro?

—Sí... el seguro. Recuerdo que esto es cosa de su tiempo. Aquí se asegura su vida de usted. Docenadas de personas contratan pólizas, miriadas de leones se imponen por su vida. Y más allá otros especuladores compran anualidades. Aquí se trafica con la vida de todas las personas eminentes. ¡Fijese usted en aquellos!

Una multitud de gente se agrupó arremolinándose, y Graham vió un gran transparente iluminado en el cual campeaban grandes letras de púrpura incandescente. «Anualidades sobre el propietario — x 5 p. 2. G.» La gente comenzó á gritar y á hacer ¡aaaah!; un número de hombres, jadeantes, de violenta expresión, pasaron corriendo, elevando sobre sus cabezas los puños cerrados. Oyóse crugir una puerta.

Asano hizo un breve cálculo.

—Setenta por ciento anual es su anualidad sobre usted. No pagarían tanto si le viesan á usted ahora, señor. Pero no le conocen. Sus anualidades de usted son una segura colocación, pero ahora usted es la cuestión de azar. Este es probablemente un desesperado albur. Dudo mucho que el pueblo vuelva á verse con su dinero.

El grupo de presuntos anualistas se hizo tan nutrido, que durante un buen rato Graham y su acompañante no pudieron avanzar ni retroceder. Graham notó que abundaban las mujeres entre los especuladores, y se le hizo presente de nuevo la económica independencia del bello sexo. Parecían perfectamente capaces de tener cuidado de sí mismas entre aquella barahunda, usando de sus codos con particular habilidad, como lo aprendió Graham á su costa. Una de rizado cabello quedó detenida unos momentos entre el corro, la miró fijamente, y después, acercándose á él deliberadamente, le tocó con el codo de un modo que no podía ser casual, demostrando bien claro que había encontrado favor en sus ojos. Y después un enjuto individuo de lengua barba gris, sudando copiosamente en

una noble pasión de propia ayuda, ciego á todo lo que le rodeaba, salvo el transparente rótulo, pasó entre ellos como una avalancha, atraído por el tentador «x p. 2. G.»

—Deseo salir de aquí—dijo Graham á Asano.—No es esto lo que quiero ver. Lléveme usted entre los obreros. Quiero ver al pueblo de traje azul.. Estos parasitarios lunáticos...

Encontróse envuelto en un grupo de gente que luchaba para llegar antes y la frase quedó sin terminar.

CAPITULO XXI

EL REVERSO

Del barrio mercantil, Graham y su acompañante, aprovechando las vías movibles, se encaminaron á un barrio remoto de la ciudad, donde se fabricaban las manufacturas groseras. En su dirección, la vía movable cruzó dos veces el Támesis, y pasó, en ancho viaducto, á través de uno de los grandes caminos que entraban en la ciudad por el norte. En las dos veces la impresión fué viva y en ambas rápida. El río era un ancho espacio de negra agua del mar, limitado por edificios, y desvaneciéndose por ambos extremos en una oscuridad constelada de luces. Un número de negras barcazas descendía hacia el mar, tripuladas por hombres de vestido azul. El camino era un largo, ancho y elevado túnel, á lo largo del cual se deslizaban máquinas de altas ruedas rápida y silenciosamente. Allí también abundaba el color azul de la Compañía del Trabajo. La lisura de los dos trayectos opuestos, las grandes dimensiones y ligereza de las ruedas neumáticas en comparación con el cuerpo del vehículo, impresionaron á Graham vivamente. Un alto y descansado carruaje con varillas longitudinales de metal, de las cuales colgaban los cuerpos de centenares de

ovejas, le llamó poderosamente la atención. Bruscamente el borde de la arcada cerró la escena.

Poco después dejaron el camino, descendieron en un ascensor, y atravesaron un paraje en pendiente que les llevó á otro ascensor, en el cual volvieron á descender. El aspecto de las cosas cambió. Había desaparecido todo conato de arquitectura ornamental, las luces eran más escasas y de menos volumen; la arquitectura iba siendo más maciza á medida que se acercaban al barrio fabril. Y en el polvoriento distrito de los alfareros, en los molinos de feldespato, en los patios de los hornos de fundición, en los incandescentes lagos de cadhamita en fusión, la tela de color azul se veía exclusivamente en hombres, mujeres y niños.

Muchas de aquellas grandes y empolvadas galerías eran silenciosas naves de maquinaria, interminables regueros de ceniza que atestiguaban la violencia de la última revolución; pero donde quiera que se trabajaba, la labor era hecha por aquellos hombres de lentos movimientos vestidos de lienzo azul. Los únicos que no lo llevaban eran los celadores y los policías del Trabajo con su uniforme amarillo. Y frescas aun las fisonomías encendidas de los bailarines, el voluntario vigor de los especuladores, Graham pudo notar el contraste con las caras enjutas, los débiles músculos, los fatigados ojos de muchos de los obreros de la nueva era. Tales como los vió en el trabajo eran notablemente inferiores en lo físico á los pocos capataces de alegres vestiduras que dirigían las faenas.

Las mujeres, comparándolas con aquellas que Graham recordaba, eran como una clase distintamente fea y mal formada. Doscientos años de emancipación de la moral restrictiva de la religión puritana, doscientos años de vida urbana, habían conseguido eliminar el tono de la belleza femenil y el vigor en las miradas de los seres de la tela azul. Ser notable física ó mentalmente, ser excepcional ó atractivo por cualquier concepto, había sido y era aún una manera de emanciparse del trabajo grosero, un camino de llegar á las ciudades de placer con sus esplendores y deleites, y por último á la euthanasia y el

reposo. El que se armasen contra semejantes inducciones no era de esperar en almas nutridas tan pobremente. En las jóvenes ciudades del tiempo de Graham, las masas agregadas de obreros habían sido formadas por una multitud diversa, aún movida por la tradición de honor personal y una alta moralidad; ahora era una clase enteramente distinta, con manera de ser moral y física suya propia, hasta con un dialecto suyo.

Graham y su acompañante descendieron aún más y más en aquel lugar de trabajo. Después cruzaron por debajo de una calle de vías movibles y vieron las plataformas deslizándose por sus carriles y resplandecientes de blanca luz á intervalos. Las fábricas en que no se trabajaba estaban pobremente alumbradas; á Graham parecióle, ellas y sus inmensas naves de gigantescas máquinas, sumergidas en las tinieblas, y aun donde se trabajaba la iluminación era mucho menor que la de las calles.

Más allá de los centelleantes lagos de cadhamita, llegaron á la localidad de los joyeros, y, con alguna dificultad y previa la entrega de su prima, pudo Graham penetrar en las galerías. Estas eran elevadas y oscuras y bastante frías. En la primera, un corto número de hombres estaba haciendo objetos de oro filigranado, cada operario en su banco aparte y con una débil luz á su lado. La larga sucesión de manchas luminosas, con los ágiles dedos moviéndose á la luz entre los hilos de oro, y la atenta fisonomía semejante á la de un fantasma, producían un raro efecto.

La labor era perfectamente ejecutada, pero sin ningún objetivo de modelado ó dibujo, pues la mayor parte eran intrincadas fantasías ó calcados en un motivo geométrico. Estos obreros usaban un peculiar uniforme blanco sin mangas ni bolsillos. Se lo ponían al entrar en la fábrica, y por la noche eran registrados al salir de ella. A pesar de todas las precauciones, la policía del Trabajo decía plañideramente que la Compañía era robada con frecuencia.

Más allá una galería de mujeres ocupadas en tallar y montar rubíes falsos, y en la inmediata hombres y muje-

res trabajando juntos sobre piezas de cobre que formaban el pie de ciertos ornamentos. Muchos de estos obreros presentaban unos labios lívidos, debido á una dolencia causada por las emanaciones de un cierto esmalte purpúreo, muy en boga por entonces. Asano dijo á Graham que le dispensase por haberle hecho ver aquellas fisonomías, pero que no había otro camino.

—Esto es lo que yo quería ver—dijo Graham;—esto es lo que yo quería ver.

Y trató de disimular el estremecimiento que le produjo la repentina visión de un rostro desfigurado.

—Algo mejor que esto hubiera podido hacer de sí mismo—dijo Asano.

Graham hizo un indignado comentario.

—Pero señor, no es posible fabricar ese artículo sin la púrpura—dijo Asano.—En su tiempo de usted podía la gente rechazar estas crudezas; estaban doscientos años más próximos á la barbarie.

Continuaron á lo largo de una galería baja y llegaron á un pequeño puente que salvaba una bóveda. Asomándose al parapeto, Graham vió debajo un muelle. Tres barcazas, envueltas en polvo, estaban á la descarga de una inmensa cantidad de feldespato en polvo, y los descargadores no cesaban de toser; el polvo se cernía formando bruma y hacía tomar tonos amarillos á la luz eléctrica. La vaga sombra de aquellos obreros gesticulaba bajo sus pies, y venía y volvía á lo largo de una blanca pared. A intervalos se detenía para toser.

Una sombría, elevada masa de mampostería que salía de las tenebrosas aguas, trajo á la mente de Graham el pensamiento de la multitud de caminos y galerías, y escaleras, que se levantaban de trecho en trecho hasta una altura inconcebible. Los hombres trabajaban en silencio bajo la inspección de dos individuos de la policía del Trabajo. De pronto una voz comenzó á cantar.

—¡A callar!—gritó uno de los polizontes, pero la orden fué desobedecida, y primero uno y después todos los polvorientos obreros, repetían el estribillo, dicho con inflexión amenazadora, del canto de la Revolución. Los pies que caminaban por las planchas comenzaron á marcar

el ritmo, *plan, plan, plan*. El policía que había gritado miró á su compañero, y Graham vió que éste se encogía de hombros. El otro no hizo ya observación alguna.

Y así atravesaron las fábricas y lugares de trabajo, viendo cosas penosas y aflictivas

¿Pero para qué poner de mal talante al amable lector? Seguramente, para una naturaleza sensible, ya es bastante triste el mundo actual y no necesita saber de las miserias del futuro. Nosotros no las sufriremos. Quizás nuestros hijos sí. ¿Pero qué podemos remediar nosotros? Aquel paseo dejó á Graham un cúmulo de memorias, fluctuantes pinturas de vastos departamentos y de animadas bóvedas vistas á través de nubes de polvo, de complicadas máquinas, el vaivén de los telares, el pesado golpear de las máquinas estampadoras, el zumbir y rechinar de correas y bielas, las mal alumbradas naves, líneas interminables de débiles lucecillas. Y por todas partes pilastras y arcos de tal solidez como Graham jamás había visto; gruesos titanes de gris y reluciente ladrillo aplastados bajo el peso de la ciudad. Y por todas partes facciones demacradas, pesados miembros, miseria y degradación. Y una, dos, hasta tres veces oyó Graham el canto de la Revolución durante su largo y penoso paseo, y una vez vió una lucha en un pasaje, y supo que un número crecido de aquellos parias había tomado su pan antes de terminar la jornada. Graham descendía hacia los caminos movibles otra vez, cuando vió un tropel de chiquillos, vestidos de azul, corriendo hacia un pasaje transversal, y pronto comprendió la razón de aquel pánico al ver una compañía de policías del Trabajo armados de garrotes, que corrían á reprimir un desconocido tumulto. Y después se oyó un lejano clamoreo, pues la mayor parte del remanente que trabajaba, trabajaba sin esperanzas. Todo el espíritu que quedaba en aquella humanidad decadente estaba aquella noche en las calles, aclamando al Amo y reuniendo sus armas. Pasaron algunas mujeres con visible expresión de espanto.

—¿Qué ocurre ahora?—dijo Graham, intrigado, pues no comprendía lo que iban gritando aquellas mujeres. Entonces se lo dijeron en inglés, y observó que lo que

hombres, mujeres, niños, todo el mundo iba gritando y comunicándose, era esto:

—¡Ostrog va á traer policía negra á Londres! ¡La Policía Negra viene de Africa!... ¡La Policía Negra! ¡La Policía Negra!

Asano estaba pálido y asombrado; vacilaba, miraba á Graham y por último le dijo que ya lo sabía.

—Pero lo que no comprendo es cómo lo sabe el pueblo.

Graham oyó gritar á alguien:

—¡Parad el trabajo! ¡Parad el trabajo!

Y un cetrino jorobado, ridículamente ataviado de verde y oro, fué saltando de plataforma en plataforma hacia él berreando en buen inglés.

—¡Es cosa de Ostrog... de ese bribón de Ostrog! ¡Se hace traición al Amo!

Su voz era sonora y sus labios estaban espumantes. Refería el indecible horror que la policía negra había causado en París, y después pasó gritando:

—¡Ese bribón de Ostrog!

Por un momento permaneció Graham inmóvil, pues de nuevo le asaltó la idea de que todo aquello era un sueño. Contempló los edificios que se proyectaban á la otra parte, desvaneciéndose en una bruma azul sobre las luces más altas, y después la serie escalonada de plataformas y la multitud vocinglera y gesticuladora.

—¡Hacen traición al Amo!—gritaban.—¡Hacen traición al Amo!

De pronto la situación se presentó en su imaginación clara y urgente. Su corazón comenzó á latir con violencia.

—Ha llegado—dijo;—debiera haberlo supuesto. Ha llegado el momento.

Pensó rápidamente.

—¿Qué voy á hacer?

—Ir á la Casa del Consejo—insinuó Asano.

—¿Por qué no hablarles?... ¡El pueblo está aquí!

—Perderá usted el tiempo. Dudarán de que sea usted. Pero se aglomerarán en la Casa del Consejo. Allí encon-

trará usted á sus ministros. Su fuerza de usted está allí... con ellos.

—¿Y si sólo es un rumor?

—Tiene visos de certeza—dijo Asano.

—Esperemos los hechos—dijo Graham.

Asano se encogió de hombros.

—Haremos mejor yendo á la Casa del Consejo—exclamó Asano.—Allí se reunirán. Quizá en este momento las ruinas no puedan franquearse.

Graham le miró con recelo y le siguió.

Fueron de la plataforma más lenta á la más rápida, y allí Asano se aproximó á un obrero. Las respuestas fueron dadas en aquel espeso y vulgar dialecto.

—¿Qué dice?—preguntó Graham.

—No sabe gran cosa... sólo que la policía negra hubiese llegado antes de que el pueblo se hubiera dado cuenta, á no ser porque ha trascendido la noticia. Una joven la ha propagado.

—¿Una joven? ¡No!...

—Dice que una joven, pero no sabe quién es. Salió gritando de la Casa del Consejo y lo dijo á los obreros que trabajaban en la restauración de aquellos edificios.

Luego se oyó otro grito, algo que convertía el confuso desorden en un movimiento determinado, y que barrió la calle como un soplo de viento.

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Cada cual á su puesto!

CAPITULO XXII

LA LUCHA EN LA CASA DEL CONSEJO

Como Asano y Graham se encaminaron presurosos á lo largo de las ruinas de la Casa del Consejo, en todas partes observaron la excitación del pueblo que se levanta

«¡A las armas! ¡A las armas!» Por todas partes se veían salir hombres y mujeres de desconocidos subterráneos, ganando las escaleras de las mesetas centrales; en un pasaje vió Graham un arsenal del Comité revolucionario, sitiado por una multitud que vociferaba; en otro, una pareja de hombres luciendo el odiado uniforme amarillo de la policía del Trabajo, perseguida por un creciente grupo, se echó rápidamente en la vía superior que iba en dirección opuesta.

Los gritos de «¡A las armas!» llegaron á ser por último un clamor continuo al aproximarse al barrio oficial. Muchos de los gritos eran ininteligibles. «¡Ostrog nos ha hecho traición!» berreaba un hombre con voz enronquecida, una y otra vez, repitiendo el estribillo hasta hacer que persiguiera la mente de Graham cuando ya no le oía. Aquel individuo estaba próximo á Asano y Graham en la faja más rápida de la vía, gritando á las gentes que ocupaban las plataformas inferiores conforme iban pasando. Y su grito sobre Ostrog se mezclaba con otros incomprensibles. De pronto fué saltando hacia abajo y desapareció.

La mente de Graham estaba aturdida con el estrépito. Sus pasos eran vagos é informes. Tenía la idea de algún elevado sitio desde donde pudieran dirigirse á la multitud, y otra de afrontar á Ostrog cara á cara. Estaba poseído de rabia, de intensa excitación muscular, crispadas las manos, apretados los labios.

El camino á la Casa del Consejo á través de las ruinas estaba intransitable, pero Asano allanó esta dificultad y llevó á Graham al patio de la Casa central de Correos. Las oficinas estaban, nominalmente, en pleno trabajo, pero los empleados, con sus ropas azules, se movían perezosamente, ó se les veía entre los arcos de sus galerías, contemplando la agitación del exterior. «¡Todo el mundo á las armas! ¡Todo el mundo á las armas!»

Allí, por consejo de Asano, reveló Graham su personalidad.

Cruzaron la Casa del Consejo mediante un asiento suspendido en el cable. Desde la capitulación del Consejo se había operado un gran cambio en el aspecto de

las ruinas. Las elevadas cascadas producidas por rotas cañerías habían sido encauzadas, y grandes tubos preventivos cruzaban en la parte superior á lo largo de una intrincada red de traviesas. En lo más elevado se veían los cables y alambres que servían para el servicio de la Casa del Consejo, y una masa de nuevas construcciones comenzaba á elevarse á la izquierda del blanco torreón.

Las vías móviles que corrían á través de aquella área habían sido repuestas. Estos eran los caminos que Graham había visto desde la terraza momentos después de su despertar, no hacía aún nueve días, y el aposento donde yacía, había estado en el lado de allá, donde ahora deformadas pilas de edificación se confundían juntas.

El día estaba ya avanzado y el sol brillaba esplendoroso. De las altas cavernas de luz azul venían las rápidas vías cuajadas de gente que saltaba de ellas y se diseminaba por las ruinas. El aire vibraba con sus gritos, y la moviente masa se apiñaba avanzando hacia el edificio central. En su mayoría, aquella creciente multitud estaba formada de bandadas sin cohesión, pero aquí y allá pudo Graham observar que una ruda disciplina luchaba por imponerse. Y mil voces demandaban orden en medio de aquel caos. «¡A las armas! ¡Todo el mundo á las armas!»

El cable les dejó en una sala en la que Graham reconoció la antecámara de la sala del Atlas y la galería que había recorrido con Howard para ser mostrado al desvanecido Consejo una hora después de su despertar. En aquel lugar ahora sólo se veían dos empleados en el servicio del cable. Los dos parecieron sorprenderse al reconocer al Durmiente en uno de los viajeros que saltaron del asiento.

—¿Dónde está Elena Wotton?—les preguntó.—¿Dónde está Elena Wotton?

Dijeron que no lo sabían.

—¿Pues dónde está Ostrog entonces? Es necesario que le vea inmediatamente. Me ha desobedecido. Vengo á privarle de sus poderes.

Sin esperar á Asano, atravesó en derecha el lugar,

subió los escalones del extremo, y levantando la cortina se encontró frente al perpetuamente ocupado Titán.

La sala estaba vacía. Su aspecto había cambiado mucho desde la primera vez. Había sufrido mucho en la violenta lucha de los pasados días. A mano derecha de la gigantesca figura, la mitad superior de la pared se había derrumbado en un espacio de doscientos pies de longitud, y una hoja de la misma cristalina substancia que rodeaba á Graham en su despertar había sido extendida cubriendo la abertura. Esto aminoraba, pero no apagaba enteramente el rumor del pueblo reunido fuera. «¡Armas! ¡Armas! ¡Armas!» parecían estar gritando. A través de aquella mampara eran visibles las vigas y soportes de andamiajes metálicos que subían y descendían siguiendo el impulso dado por un numeroso grupo de trabajadores. Muchos de ellos contemplaban la muchedumbre que se iba congregando. Por un momento observó todo aquello hasta que llegó Asano.

—Ostrog—dijo Asano— debe estar en las oficinas de la otra parte.

El hombrecillo parecía lívido en este momento y escudriñaba el rostro de Graham.

Apenas habían avanzado una docena de pasos desde la cortina, cuando un pequeño tablero á la izquierda del Atlas se arrolló, y Ostrog, acompañado de Lincoln y seguido de dos negros con uniforme amarillo y negro, apareció cruzando el remoto rincón de la sala, hacia un segundo tablero que dejó paso franco.

—¡Ostrog!—gritó Graham, y al sonido de su voz la reducida comitiva se volvió asombrada.

Ostrog dijo algo á Lincoln y adelantó solo.

Graham fué el primero en hablar. Su voz era recia é imperativa.

—¿Qué es lo que he oído?—preguntó.—¿Que va usted á traer negros... para reprimir al pueblo?

—No es demasiado pronto—contestó Ostrog.—Se están saliendo más y más de sus casillas desde la revolución. Yo estimo...

—¿Quiere usted decir que esos infames negros están en camino?

—En camino. ¿Ha visto usted á la gente... en las calles?

—¡Claro! Pero... después que se ha dicho. Ha obrado usted con demasiada libertad, Ostrog.

Ostrog no dijo nada y se aproximó más.

—Es preciso que esos negros no vengan á Londres—dijo Graham.—Soy el Amo y no quiero que vengan.

Ostrog echó una mirada á Lincoln, que se aproximó inmediatamente seguido de sus dos negros.

—¿Por qué?—preguntó Ostrog.

—Hombres blancos no han de ser reprimidos sino por hombres blancos. Además...

—Los negros no son más que un instrumento.

—Pero no es esa la cuestión. Yo soy el Amo. Quiero serlo. Y digo que esos negros no vendrán.

—El pueblo...

—Yo creo en el pueblo.

—Porque es usted un anacronismo. Usted es un hombre fuera del pasado... un accidente. Quizás sea usted propietario de la mitad del mundo. Pero no es usted el Amo. No conoce usted lo bastante para serlo.

De nuevo echó una mirada á Lincoln.

—Ahora sé lo que usted piensa... sospecho algo de lo que quiere usted hacer. Todavía es tiempo de que reciba usted un aviso. Sueña usted con la igualdad humana... con un orden socialista... Tiene usted todos esos perniciosos sueños del siglo XIX vivos y frescos en su imaginación, y quiere usted gobernar este siglo que no conoce.

—¿Escuche usted!—dijo Graham.—Ya lo oye usted... un rumor semejante al del mar. No voces... sino una voz.

¿Lo comprende usted?

—Nosotros se lo hemos enseñado—dijo Ostrog.

—Quizás. ¿Puede usted enseñarles á que olviden?

Pero basta. Esos negros no pueden venir.

Ostrog le miró en los ojos.

—Vendrán—dijo.

—Lo prohibo—exclamó Graham.

—Se han puesto en camino.

—Que se vuelvan.

—No—dijo Ostrog.—Por mucho que sienta seguir el

método del Consejo... Por su propio bien... Es menester que no se asocie usted... al desorden. Y ahora que está usted aquí... Ha sido usted muy bueno viniendo.

Lincoln puso una mano sobre el hombro de Graham, inmediatamente reconoció Graham la imprudencia que había cometido viniendo á la Casa del Consejo. Volvióse hacia las cortinas que separaban la sala de la antecámara. La mano de Asano intervino. Inmediatamente Lincoln le asió por la ropa.

Graham volvióse y dió un golpe en el rostro á Lincoln, y acto seguido uno de los negros le echó mano al cuello y al brazo. Saltó hacia atrás, la manga se rasgó ruidosamente y tambaleó, siendo derribado por el otro guarda. Cayó de espaldas y mirando al remoto techo del departamento.

Gritó, revolcóse, luchando fieramente, asió á un negro por la pierna y le derribó pesadamente, tratando después de ponerse en pie.

Lincoln apareció ante él y cayó violentamente á consecuencia de un golpe asestado debajo de la mandíbula, que le puso fuera de combate. Graham dió dos saltos, resbaló. Y entonces el brazo de Ostrog le rodeó el cuello, fué empujado hacia atrás y cayó pesadamente al suelo, y sus brazos quedaron sujetos. Tras breves momentos de lucha, cesó de moverse y permaneció quieto.

—¡Es... usted... mi prisionero!—dijo Ostrog jadeante.—¡Ha sido usted... un loco... viniendo aquí!

Graham volvió la cabeza, y observó, á través del lienzo transparente, que los hombres que estaban trabajando á la otra parte gesticulaban con excitación á la multitud apiñada debajo. ¡Habían visto!

Ostrog siguió la mirada y se estremeció. Gritóle á Lincoln, pero Lincoln no se movió. Una bala rebotó en las molduras encima del Atlas. Los dos trozos de transparente materia seccionados por el golpe se arrollaron rápidamente hacia los lados, y un momento después la cámara del Consejo quedaba al aire libre. Una bocanada glacial penetró por el boquete, y con ella llegaron millares de gritos de en medio de las ruinas, un espantoso clamoreo.

—¡Salvad al Amo!

—¿Qué están haciendo con él?

—¡Han hecho traición al Amo!

Y Graham notó que la atención de Ostrog estaba distraída, que la presión de sus manos se debilitaba, y, viendo sus brazos libres, consiguió ponerse de rodillas. Casi inmediatamente derribó á Ostrog de espaldas, y le puso una rodilla encima, en tanto que Ostrog aferraba sus manos al cuello de la túnica.

Pero en este momento un grupo de hombres corría hacia ellos, las intenciones de los cuales interpretó equivocadamente. Entrevió á alguien que se dirigía precipitadamente hacia las cortinas de la antecámara, y después Ostrog consiguió desasirse y los recién llegados se arrojaron sobre él. Con gran sorpresa suya le sujetaron. Obedecían las órdenes de Ostrog.

Fué arrastrado por ellos media docena de pasos antes de que Graham se percatase de que no eran amigos. Le arrastraban á una abertura dejada al descubierto por uno de aquellos tableros corredizos. Cuando vió esto, resistió á los que le llevaban, se echó por el suelo y pidió auxilio con todas sus fuerzas. Y ahora aquellos gritos eran contestados desde fuera.

La presión que lastimaba el cuello cesó y... y en el ángulo más bajo del boquete apareció, primero una, y después un número de negras figuras, gritando y blandiendo armas. Iban saltando desde la abertura á la galería que conducía á los Aposentos Silenciosos. Corrían á lo largo de ella, tan próximos, que Graham podía distinguir las armas perfectamente. Ostrog gritaba á sus hombres que le ayudasen, y de nuevo se trabó la lucha, haciendo Graham esfuerzos desesperados para no ser engullido por la misteriosa boca abierta á pocos pasos.

—¡No pueden llegar á tiempo!—barbotaba Ostrog.—No se atreven á hacer fuego. Todo va bien. Aun podemos salvarle de ellos.

Durante unos eternos momentos parecióle á Graham que continuaba la denigrante lucha. Su vestido estaba á pedazos, cubierto de polvo; tenía una mano magullada. Oía los gritos de los que venían en su ayuda, y uno ó

dos disparos. Sentía que las fuerzas le abandonaban, y procuraba reunir cuantas le quedaban. Pero el auxilio tardaba, y seguro, irremisiblemente, el boquete se iba aproximando.

Cedió la presión de los que le conducían y se puso de pie. Vió que Ostrog retrocedía y que él tenía libertad de movimiento. Giró sobre sus pies y se encontró con un hombre de negro ropaje. Una de aquellas armas verdes detonó á su lado, una bocanada de humo le dió en el rostro, y brilló el filo de un acero. Toda la cámara se movía en torno suyo.

Vió á un hombre de vestido azul que hería mortalmente á uno de aquellos negros de uniforme negro, y amarillo. Después se sintió asido de nuevo.

Parecióle que era arrastrado en dos direcciones. Tuvo la vaga idea de que gritaban en torno suyo. Se sentía oprimido, impulsado á pesar de su resistencia. La luz se le hizo de pronto y cesó de oponerse. Fué levantado en alto y conducido lejos del tablero devorador. Diez mil bocas le vitoreaban.

Vió hombres vistiendo de azul y de negro, persiguiendo la retirada de los secuaces de Ostrog sin cesar de hacer fuego. Levantó la cabeza y al mirar en torno suyo notó que le conducían á la tribuna levantada en medio de la estancia. Por el extremo abierto entraban enjambres de gente, que corría hacia él. Todos le miraban, aclamándole furiosamente.

Se percató de que una especie de guardia de corps le rodeaba. Hombres activos dictaban breves órdenes. A su lado estaba el individuo de amarillo, el de negro bigote, que vió entre los que le recibieron la primera noche en el teatro; éste también indicaba á gritos algunas oportunas reflexiones. El salón estaba ya casi lleno por la multitud, la galería metálica crugía al peso de una muchedumbre vociferadora, las cortinas de la puerta que daba acceso á la antecámara habían caído á tiras, y allí se veía una masa humana compacta y creciente. Apenas si pudo hacerse oír de los que le rodeaban en medio de aquella barahunda.

—¿En dónde se ha metido Ostrog?—preguntó.

El interrogado señaló, por encima de las cabezas, hacia los tableros inferiores, en la parte opuesta al derribado lienzo de pared. Estaban abiertos, y hombres armados, con el traje azul y divisas negras, pasaban á través de ellos y se perdían en los pasillos y aposentos de la otra parte. Parecióle á Graham oír el sonido de disparos entre el tumulto. Fué conducido á través del salón hacia una salida situada debajo de la pared derribada.

Notó que algunos hombres mantenían una especie de ruda disciplina para guardar un espacio libre en torno suyo. Salió del salón, y alguien se cogió de su brazo guiándole. A su lado iba el individuo de traje amarillo. Le condujeron hacia una estrecha escalera de ladrillos, y cerca de allí se veían los cabrestantes, las poleas y demás máquinas de construcción.

Estaba al pie de la escalera. Atravesó un pasillo y de pronto desembocó sobre el vasto anfiteatro de ruinas en medio de un clamoreo ensordecedor.

—¡El Amo está con nosotros! ¡El Amo! ¡El Amo!

El grito circuló sobre aquel mar de cabezas como una ola, llegó al extremo lejano, y rebotó volviendo de nuevo.

—¡El Amo está con nosotros!

Graham notó que ya no le rodeaba el pueblo, pues estaba sobre una pequeña plataforma metálica, parte evidentemente del andamio que circundaba la gran masa de la Casa del Consejo. Por todo el vasto espacio de ruinas pululaba la multitud aclamadora; y aquí y allá, las negras banderas de las sociedades revolucionarias delataban núcleos de organización en medio de aquel caos. Sobre las paredes escalonadas y los andamios, por donde sus salvadores habían penetrado en el salón del Atlas, veíanse apiñados grupos, y algunos enérgicos individuos, luciendo el color negro, encaramados sobre pilares y otros salientes, amonestaban á la multitud para que se condujese ordenadamente. Por el lienzo de pared derribado, debajo de él, le era fácil distinguir el salón del Atlas, igualmente ocupado por el pueblo. A lo lejos se divisaban las estaciones volantes, y una solitaria aeropila se cernía sobre la estación central, como preparándose para recibir á los aeroplanos que venían.

—¿Qué ha sido de Ostrog?—preguntó Graham, y al decir esto vió que todos los ojos se dirigían á la cima de los edificios de la Casa del Consejo. El hizo lo mismo. Por un momento no vió sino el desmoronado ángulo de una pared, escueto y claro, sobre el fondo azul del espacio. Después, en la sombra, reconoció con un movimiento de sorpresa el verde y blanco decorado de su primera prisión, y cruzando precipitadamente aquel abierto local, hasta el mismo límite de las ruinas, vió una figura empequeñecida por la distancia, de negro ropaje, seguida de otras dos figuras, con colores amarillo y negro. Oyó decir «Ostrog» al individuo que tenía detrás, y se volvió para interrogarle. Pero no lo hizo, á causa de la exclamación de otro de los que le rodeaban, que señalaba al propio tiempo con el dedo hacia un punto opuesto. Siguió la dirección y vió que la aeropila que se cernía antes sobre la estación, en aquel momento volaba hacia ellos. El vuelo rápido y seguro del aparato era todavía para Graham una novedad que atraía su atención.

Fué aproximándose, aumentando de volumen á cada instante hasta que se cernió en el punto extremo de las ruinas, visible á la muchedumbre que se agitaba debajo. Fué descendiendo en su trayecto, pasando por encima de sus colegas, una forma transluciente, con el solitario aeronauta, atisbando por las rendijas del fondo. Desapareció detrás de las ruinas.

Graham volvió su atención á Ostrog. Este estaba haciendo señales con las manos, y sus dos compañeros ocupados en desmoronar el trozo de pared que tenían detrás. De pronto la aeropila se presentó de nuevo á la vista, un punto casi invisible, que se acercaba describiendo una curva al mismo tiempo que descendía.

El hombre de ropaje amarillo gritó súbitamente:

—¿Qué hacen? ¿Qué hace esa gente? ¿Por qué está Ostrog ahí? ¿Por qué no le prenden? ¿La aeropila viene á recogerlo... á llevarlo! ¡Ah!

La exclamación encontró eco en la multitud. La sorda detonación de las armas llegó á la plataforma donde estaba Graham, y éste, mirando abajo, vió un número de uniformes negros y amarillos corriendo á lo largo de una

de las galerías abiertas al aire libre, debajo del promontorio donde Ostrog se mantenía. Hacían fuego, mientras corrían, á un enemigo invisible, y después se vieron surgir varias figuras azules que iban en su persecución. Aquellas combatientes figurillas tenían el aspecto más raro; parecían soldaditos de una caja de juguetes. La lucha se sostenía á unas doscientas yardas de la plataforma y unas cincuenta sobre las cabezas que se apiñaban debajo de las ruinas. Los hombres de amarillo y negro corrieron hacia una arcada descubierta, y se volvieron de repente haciendo una descarga. Uno de los perseguidores, de los azules, que corría por el borde, levantó los brazos, perdió pie, pareció á Graham que se cernió un segundo sobre el abismo y después se precipitó de cabeza. Graham le vió dar contra una cornisa, rebotar, girar en el aire y desaparecer detrás de un grúa de levantar pesos.

Y entonces una sombra se interpuso entre Graham y el sol. Levantó los ojos y el cielo estaba claro; comprendió que había pasado la aeropila. Ostrog se había desvanecido. El hombre de amarillo se adelantó, jadeante y sudoroso.

—¡Van á tomar tierra!—gritó.—¡Van á tomar tierra! ¡Que hagan fuego contra la aeropila! ¡Que hagan fuego!

Graham no comprendía. Oyó voces que repetían estas órdenes perentorias.

Repentinamente vió la proa de la aeropila asomar por el borde de las ruinas y detenerse con una sacudida. En un momento comprendió Graham que la máquina había tomado tierra para que Ostrog pudiera embarcar. Vió una neblina azulada que iba formándose en el claro, y observó que el pueblo hacía fuego ya sobre lo saliente del aparato.

Un hombre que estaba detrás de Graham, vitoreó roncamente, y al volverse vió que los azules habían ganado la arcada que había estado hasta entonces en posesión de los de amarillo y negro, y avanzaban á lo largo de ella en número creciente.

Y súbitamente la aeropila se deslizó sobre el borde de las ruinas y descendió. Caía como sobre un plano incli-

nado de cuarenta y cinco grados, pero tan en derechura, que le pareció á Graham, y quizás á muchos de los que estaban debajo, que no volvería á levantarse.

La máquina pasó tan cerca de Graham, que éste pudo ver á Ostrog, asido á los montantes del asiento, erizada su canosa cabellera; y el aeronauta, lívido, encorvado sobre la palanca que dirigía el propulsor. Oyó el vago grito lanzado por la multitud.

Graham se asió á la barandilla que tenía delante, respirando con dificultad. El segundo pareció un siglo.

La quilla del aparato no estuvo á más de un palmo de la cabeza de la muchedumbre, que retrocedió, con un grito de espanto, atropellándose unos á otros.

Y después se levantó.

Por un momento pareció cosa imposible el que pudiera rebasar la inmensa pared opuesta, y después que pudiera evitar el gigantesco molino de viento que giraba más allá.

Pero todo esto fué salvado y la aeropila se cernió en el espacio libre.

A la espectación del momento siguió una furia de exasperación cuando el pueblo se dió cuenta de que Ostrog se había escapado. Con retrasada actividad empezaron á hacer fuego, hasta el punto de oírse tan sólo un rumor de terremoto y de llenar el ambiente del humo azulado y picante del explosivo.

¡Demasiado tarde! La aeropila iba disminuyendo más á cada momento, y describiendo una graciosa curva en lo alto bien pronto desapareció á lo lejos. Ostrog se había salvado.

Por unos momentos un confuso clamoreo subió de las ruinas, y después la atención se concentró en Graham, inclinado, allá arriba, sobre el parapeto, Graham vió los ojos fijos en él, oyó los gritos que le saludaban. De todas las calles llegó el canto de la revolución extendiéndose como una brisa sobre aquel mar de cabezas.

El pequeño grupo de gente que le rodeaba le felicitó por haber escapado de manos de Ostrog. El hombre de amarillo estaba á su lado, rígida la faz y los ojos cente-

lleantes. Y el canto iba propagándose más y más fuerte: *plan, plan, plan, plan.*

Lentamente fué dándose cuenta de la plena significación de aquellas cosas para él, del rápido cambio en su posición. Ostrog, que siempre se había interpuesto entre el pueblo y él, no estaba allí. Ya no había quién gobernase para él. El pueblo que le rodeaba, los jefes y organizadores de la multitud, le miraban esperando saber lo que quería hacer, lo que mandaría: sus órdenes. Era verdaderamente el rey.

Graham estaba decidido á hacer lo que se esperaba de él. Sus nervios y músculos temblaban, su mente quizás estuviese un tanto confusa, pero ya no sentía ni temor ni cólera. La mano que le magullaron en la lucha le dolía y estaba como febril. Se sentía un poco nervioso acerca de su parte. Sabía que no tenía temor, pero quería demostrar que no lo tenía. En su primera vida se había sentido con frecuencia mucho más excitado jugando una partida de ajedrez. Deseaba una acción inmediata, comprendía que no debía pensar mucho en los detalles de la ingente complicación de la lucha que se aproximaba, so pena de quedar paralizado por lo intrincado de esta complicación. Allá á lo lejos, sobre aquellos inmensos edificios, las estaciones volantes, reinaba Ostrog; y él iba á luchar, por el mundo, contra Ostrog.

CAPITULO XXIII

MIENTRAS VENÍAN LOS AEROPLANOS

Durante un buen intervalo el dueño de la tierra no fué dueño de sus pensamientos. Aún su voluntad no parecía su propia voluntad, sus actos le sorprendían y no eran sino una parte de la confusión de extrañas experiencias que cruzaban á través de todo su ser. Algunas estaban claramente definidas; los aeroplanos venían. Elena

nado de cuarenta y cinco grados, pero tan en derechura, que le pareció á Graham, y quizás á muchos de los que estaban debajo, que no volvería á levantarse.

La máquina pasó tan cerca de Graham, que éste pudo ver á Ostrog, asido á los montantes del asiento, erizada su canosa cabellera; y el aeronauta, lívido, encorvado sobre la palanca que dirigía el propulsor. Oyó el vago grito lanzado por la multitud.

Graham se asió á la barandilla que tenía delante, respirando con dificultad. El segundo pareció un siglo.

La quilla del aparato no estuvo á más de un palmo de la cabeza de la muchedumbre, que retrocedió, con un grito de espanto, atropellándose unos á otros.

Y después se levantó.

Por un momento pareció cosa imposible el que pudiera rebasar la inmensa pared opuesta, y después que pudiera evitar el gigantesco molino de viento que giraba más allá.

Pero todo esto fué salvado y la aeropila se cernió en el espacio libre.

A la espectación del momento siguió una furia de exasperación cuando el pueblo se dió cuenta de que Ostrog se había escapado. Con retrasada actividad empezaron á hacer fuego, hasta el punto de oírse tan sólo un rumor de terremoto y de llenar el ambiente del humo azulado y picante del explosivo.

¡Demasiado tarde! La aeropila iba disminuyendo más á cada momento, y describiendo una graciosa curva en lo alto bien pronto desapareció á lo lejos. Ostrog se había salvado.

Por unos momentos un confuso clamoreo subió de las ruinas, y después la atención se concentró en Graham, inclinado, allá arriba, sobre el parapeto, Graham vió los ojos fijos en él, oyó los gritos que le saludaban. De todas las calles llegó el canto de la revolución extendiéndose como una brisa sobre aquel mar de cabezas.

El pequeño grupo de gente que le rodeaba le felicitó por haber escapado de manos de Ostrog. El hombre de amarillo estaba á su lado, rígida la faz y los ojos cente-

lleantes. Y el canto iba propagándose más y más fuerte: *plan, plan, plan, plan.*

Lentamente fué dándose cuenta de la plena significación de aquellas cosas para él, del rápido cambio en su posición. Ostrog, que siempre se había interpuesto entre el pueblo y él, no estaba allí. Ya no había quién gobernase para él. El pueblo que le rodeaba, los jefes y organizadores de la multitud, le miraban esperando saber lo que quería hacer, lo que mandaría: sus órdenes. Era verdaderamente el rey.

Graham estaba decidido á hacer lo que se esperaba de él. Sus nervios y músculos temblaban, su mente quizás estuviese un tanto confusa, pero ya no sentía ni temor ni cólera. La mano que le magullaron en la lucha le dolía y estaba como febril. Se sentía un poco nervioso acerca de su parte. Sabía que no tenía temor, pero quería demostrar que no lo tenía. En su primera vida se había sentido con frecuencia mucho más excitado jugando una partida de ajedrez. Deseaba una acción inmediata, comprendía que no debía pensar mucho en los detalles de la ingente complicación de la lucha que se aproximaba, so pena de quedar paralizado por lo intrincado de esta complicación. Allá á lo lejos, sobre aquellos inmensos edificios, las estaciones volantes, reinaba Ostrog; y él iba á luchar, por el mundo, contra Ostrog.

CAPITULO XXIII

MIENTRAS VENÍAN LOS AEROPLANOS

Durante un buen intervalo el dueño de la tierra no fué dueño de sus pensamientos. Aún su voluntad no parecía su propia voluntad, sus actos le sorprendían y no eran sino una parte de la confusión de extrañas experiencias que cruzaban á través de todo su ser. Algunas estaban claramente definidas; los aeroplanos venían. Elena

Wotton había advertido al pueblo de su venida, y él, él era el Amo de la Tierra. Cada uno de estos hechos parecían luchar para tener completa posesión de sus pensamientos. Atravesaron un dédalo de animados salones, elevados pasadizos, aposentos repletos de revolucionarios que celebraban consejo, aposentos del cinematógrafo y teléfono, y otros con grandes ventanas que daban sobre un mar de hombres marchando. El hombre de amarillo y otros á quienes creyó oír llamar jefes de la guardia, le impelían hacia adelante ó le seguían obedientemente; era difícil decirlo. Quizás no hacían ni una cosa ni otra. Quizás un poder oculto y no sospechado les guiaba á todos. Graham se daba cuenta de que iba á lanzar una proclama á los pueblos de la tierra, de que ciertas grandiosas frases flotaban en su mente entre aquellas que pensaba pronunciar. Sucedieron ciertos menudos incidentes, y luego se encontró, acompañado del hombre de amarillo, en un pequeño aposento donde debía hacer la proclama.

El aposento estaba extrañamente adornado. En el centro se veía un brillante óvalo iluminado por globos eléctricos deslustrados. El resto permanecía en la sombra, y las dobles puertas, á través de las cuales había pasado, viniendo del salón del Atlas, hacían la estancia muy tranquila. El mortal silencio que le rodeó, la completa extinción del tumulto en que había vivido hacía horas, el tembloroso círculo de luz, los murmullos y silenciosos movimientos de los servidores envueltos en la sombra, todo esto produjo en Graham un extraño efecto. Los inmensos oídos de un aparato fonográfico se abrieron para recibir sus palabras, los negros ojos de una gran cámara fotográfica esperaban que comenzase; más allá, varillas y alambres metálicos centelleaban confusamente, y algo giraba en torno con ahogado zumbido. Se encaminó al centro del óvalo y su sombra se recogió, escueta y negra, en un pequeño círculo á sus pies.

La vaga forma del discurso estaba ya casi elaborada en su mente. Pero este silencio, este aislamiento, la súbita cesación de aquel contagioso estrépito, la silenciosa expectación de vibrantes y centelleantes máquinas, no habían entrado en sus cálculos. Todos sus soportes parecie-

ron derrumbarse juntos; cambió en un momento. Encontró ahora que tenía que ser inadecuado, temió aparecer teatral, temió la calidad de su voz, la de su ingenio, y se volvió al hombre de amarillo con gesto propiciatorio.

—Es preciso—dijo—que espere unos momentos. No creí que fuese esto. Debo pensar lo que he de decir.

Continuaba aún vacilante cuando llegó un agitado mensajero con la noticia de que los primeros aeroplanos pasaban sobre Arawan.

—¿Arawan?—repitió él.—¿Dónde está eso? Pero en fin... están en camino. ¿Cuándo llegarán?

—A la puesta de sol.

—¡Gran Dios! Dentro de pocas horas. ¿Y qué se sabe de las estaciones volantes?—preguntó.

—La gente de la avanzada sudoeste está dispuesta.

—¡Dispuesta!

Volvió impaciente al óvalo iluminado.

—Supongo que debe ser un discursito; ¡si supiera con certeza qué debo decir! ¡Los aeroplanos en Arawan! Deben haber salido mucho antes que la flota. ¡Y la gente dispuesta! Con seguridad... ¡Y qué importa, después de todo, que yo hable bien ó mal!—añadió, y notó que la luz ganaba en intensidad.

Había elaborado algunas vagas frases sobre el sentimiento democrático, cuando súbitas dudas vinieron á abrumarle. Había perdido la segura convicción acerca de su creencia en su heroica calidad y destino. Bruscamente se le hizo claro que aquella revolución contra Ostrog era prematura, destinada á retrasar el impulso de la pasión contra cosas incontables. Pensó en el vuelo veloz de aquellos aeroplanos, semejantes á la garra del Destino, dirigida hacia él. Le asombró haber podido ver las cosas bajo otra luz. Se debatió en esta final contingencia, pero determinado á toda costa á continuar el camino emprendido. Y entretanto no encontraba una palabra para empezar. Estando así, vacilante, á punto de dar una indiscreta excusa por su torpeza, se oyó un fuerte clamoreo fuera, y el ruido de muchos pies.

—Esperanza—exclamó alguien, y se abrió una puerta.

—¡Ella viene!—decían las voces.

Graham volvióse y las luces se desvanecieron.

Por la puerta entreabierta vió una figura gris que cruzaba una espaciosa sala. Su corazón dió un salto. Era Elena Watton. Detrás y en torno suyo resonaba una tempestad de aplausos. El hombre de amarillo se aproximó á Graham.

—Esta es la joven que nos ha revelado las intenciones de Ostrog—dijo.

El rostro de la joven estaba encendido, y su negra cabellera caía esparcida por sus espaldas. Los pliegues del suave vestido de seda flotaban en torno suyo. Iba acercándose y el corazón de Graham latía con violencia. Todas sus dudas se disiparon.

—¿No nos ha traicionado usted?—gritó.—¿Está usted con nosotros?

—¿Dónde ha estado usted?—preguntó Graham.

—En las oficinas de la guardia del sudoeste. Hasta hace unos diez minutos no he sabido que usted había vuelto. Fui á las oficinas á decirles á los jefes lo que ocurría para que ellos previniesen al pueblo.

—Yo vine tan pronto como supe...

—¡Lo sabía—exclamó ella;—sabía que usted estaría á nuestro lado! Y he sido yo... yo, quien se lo ha dicho, Y se han levantado. Todo el mundo está en armas. El pueblo ha despertado. ¡Gracias á Dios que no he trabajado en vano! Usted es el Amo aun.

—Usted les ha dicho...—empezó lentamente Graham, y notó que, á pesar de su segura mirada, los labios de la joven temblaban y su seno se levantaba.

—Se lo he dicho. Sabía la orden. Estaba aquí. Oí que se iban á traer negros á Londres con objeto de dominarle á usted y dominar á Londres... para tenerle á usted prisionero. Me apresuré á llevar la nueva al pueblo. Y usted todavía es el Amo.

—¿Y usted ha hecho eso?... ¡Usted, la sobrina de Ostrog!

—¡Por usted!—exclamó ella.—¡Por usted! ¡Para que usted, á quien el mundo ha esperado tanto tiempo, no fuese privado de su poder!

Graham se quedó un momento mirándola, sin poder

pronunciar una palabra. Sus dudas y vacilaciones habían desaparecido á su presencia. Recordó las cosas que había pensado decir. Encaró de nuevo la cámara y la luz adquirió de nuevo gran intensidad. Volvióse á ella.

—Usted me ha salvado—dijo;—ha salvado mi poder. La lucha ha empezado. Dios sabe lo que esta noche se verá... pero no deshonor.

Se detuvo. Dirigióse á las invisibles multitudes que le contemplaban á través de aquellos grotescos ojos negros. Comenzó á hablar lentamente.

—Hombres y mujeres de la nueva edad—dijo;—os habéis levantado para combatir por la raza... Ante nosotros no se presenta una fácil victoria.

Se detuvo para coordinar frases. Volvieron los pensamientos que pasaron por su mente antes de llegar Elena, pero transfigurados, no ya oscurecidos por la sombra de vacilación alguna.

—Esta noche es un comienzo—dijo.—La batalla que se prepara, esa batalla que se aproxima, no es más que el principio. Quizás habréis de luchar toda vuestra vida. No os importe que yo sea vencido, que yo sea destrozado.

Encontró la cosa en su mente demasiado vaga para ser expresada. Se detuvo un momento, y entró en vagas exhortaciones, y después un torrente de palabras salió de sus labios. Mucho de lo que dijo no eran sino humanitarios aforismos de la pasada edad, pero la convicción de su voz los llenó de nueva vitalidad. Explicó el caso de su siglo al pueblo de la nueva edad, á la mujer que tenía á su lado.

«Yo he venido á vosotros desde el pasado—dijo—con la memoria de un siglo que esperaba. Mi siglo era un siglo de ensueños... de comienzos, un siglo de nobles esperanzas; en todo el mundo queríamos el final de la esclavitud; en todo el mundo queríamos el deseo de que cesasen las guerras, de que los hombres pudiesen vivir noblemente en paz y reposo.

»...Así esperábamos en aquellos días que pasaron. ¿Y qué ha sido de estas esperanzas? ¿Qué es el hombre después de doscientos años?

»Grandes ciudades, vastos poderes, una grandeza co-

lectiva más allá de lo soñado. Para esto no trabajamos y esto ha venido. ¿Pero que es de las pequeñas vidas que sostienen lo más grande? ¿Qué es de las vidas comunes? Lo que siempre... sinsabor y trabajo, vidas inadecuadas y abortadas, vidas tentadas por el poder, tentadas por las riquezas y malogradas en la disipación y en la locura. La fe antigua se ha marchitado, la nueva fe... ¿Es que existe una nueva fe?

Cosas que había, hacía mucho tiempo, deseado crear, se encontró con que las creía. Se sumergió en la creencia y se aferró á ella y se mantuvo así. Hablaba con frase elevada, con períodos entrecortados, pero con todo su corazón y su fuerza, de aquella nueva fe que palpitaba en su ser. Habló de las grandezas de la abnegación, de su creencia en una vida inmortal de la Humanidad en que vivimos y nos movemos. Su voz se levantaba y caía, y los aparatos repercutores reproducían estrepitosos aplausos. Durante unos pocos gloriosos momentos se dejó llevar de su entusiasmo; no tenía duda de su heroica condición ni de sus heroicas palabras, todo era sencillo y seguro. Su elocuencia no decayó ya. Por último terminó diciendo:

—Y ahora haré aquí y en este instante mi testamento. Todo lo que es mío en el mundo se lo dejo al mundo. Se lo dejo al pueblo y yo mismo me doy al pueblo. Si Dios quiere que viva, viviré para vosotros, y si no, moriré por vosotros.

Hizo un gesto florido y salió del óvalo. Encontró la luz de su presente exaltación reflejada en el semblante de la joven. Sus ojos se encontraron; los de ella estaban velados por las lágrimas. Se dieron la mano y estuvieron contemplándose con elocuente silencio.

—¡Ya lo sabía—murmuró ella,—ya lo sabía!

El no podía hablar y estrechó su mano con más fuerza. Su mente estaba llena de gigantescas pasiones.

El hombre de amarillo estaba con ellos. Ninguno de los dos le había visto. Venía á decir que el pueblo del sudoeste estaba en marcha.

—No lo esperaba tan pronto—exclamó.—Han hecho

maravillas. Debe usted enviarles un mensaje que les preste mayores ánimos.

Graham dejó la mano de Elena y le miró abstraído. Después, con un movimiento volvió á su preocupación sobre las estaciones volantes.

—Sí—dijo;—eso me place mucho, mucho.

Les envió un mensaje.

—Decidles ¡bravo por el sudoeste!

Volvió de nuevo sus ojos á Elena. En su rostro se retrataba la lucha de encontradas ideas.

—Es necesario que nos apoderemos de las estaciones volantes—dijo.—Si no lo hacemos, allí tomarán tierra los negros. Hay que impedirlo á toda costa.

Pero sintió que no era esto lo que había tenido en su mente antes de la interrupción. Vió un destello de sorpresa en los ojos de Elena. Pareció que iba á hablar, pero un vibrante campanillazo ahogó su voz.

Ocurriósele á Graham que la joven esperaba que él se pusiese al frente de aquellas gentes que marchaban al combate, y esto fué lo que decidió hacer. Hizo de pronto la proposición. Vió brillar su rostro.

—¡Aquí no hago nada!—dijo Graham.

—Eso es imposible—protestó el hombre de amarillo.—Se trata de una lucha en la calle. Su puesto de usted es éste.

Se explicó. Señaló el aposento donde Graham debía esperar, é insistió que no era posible tomar otro partido.

—Es necesario que sepamos dónde se halla usted—dijo.—En cualquier momento puede originarse una crisis que haga necesaria su presencia y decisión.

El aposento en cuestión estaba lujosamente decorado, se veían nuevas máquinas y un espejo que había estado en relación con el gran espejo del nido del cuervo. Parecióle muy natural á Graham que Elena se quedase con él allí.

Se le ocurrió que vería algo semejante á la lucha dramática ocurrida en las ruinas. Pero el espejo no reflejaba el campo de batalla que había imaginado. Al contrario, aislamiento y expectación. Tan sólo por la tarde entrevió algo de la lucha empeñada, invisible, á cuatro millas de

allí, detrás de la estación de Rochampton. Una lucha extraña y sin precedentes, una batalla que se componía de cien pequeñas batallas, una batalla en un laberinto de encrucijadas y canales, lucha sostenida sin vista de sol ni cielo, al resplandor de las luces eléctricas, lucha llevada á cabo en medio de una vasta confusión, por multitudes degeneradas en el trabajo manual y enervadas por la tradición de doscientos años de servil seguridad, contra multitudes desmoralizadas por concesión de veniales privilegios y sensuales permisiones. No tenían artillería, ni había diferencia en sus fuerzas; la única arma usada de ambas partes era la pequeña carabina de metal verde, cuya secreta manufactura y súbita distribución, en enormes cantidades había sido uno de los medios de que se había valido Ostrog contra el Consejo. Pocos sabían manejar estas armas, muchos jamás habían hecho un disparo, y había bastantes que no tenían municiones; jamás se había visto fuego más salvaje en la historia de la guerra. Era una batalla de aficionados, un repugnante ensayo del arte de la guerra, revoltosos combatiendo contra revoltosos.

De vez en cuando se recibían noticias de los aeroplanos, los cuales se acercaban, viéndoseles pasar por varios puntos, y la última noticia los denunciaba en el sur de Francia. Pero de los nuevos cañones que Ostrog había hecho fabricar, y que se sabía estaban en la ciudad, no llegaba noticia alguna, á pesar de la urgencia de Graham, ni tampoco de la lucha trabada en las estaciones volantes. Sección tras sección de las sociedades obreras iban congregándose, se ponían en marcha, y se perdían en el laberinto de la batalla. ¿Qué ocurriría allá? Ni siquiera los activos jefes de la revuelta lo sabían. A pesar del abrir y cerrar de puertas, del incesante campanilleo y del rechinar de los diversos aparatos, Graham se sentía aislado, inactivo, extrañamente pasivo.

Este aislamiento le parecía á veces la más extraña, la más inesperada de todas las cosas que le habían ocurrido desde el momento de su despertar. Tenía algo de la condición de esa inactividad que acompaña á los sueños. ¡Un tumulto, la estupenda realización del mundo divi-

dido en una lucha, por Ostrog y por él, y después aquel silencioso aposento con sus máquinas y timbres y su espejo panorámico!

Tan pronto cerrábase la puerta y quedaban solos; luego se abría bruscamente y entraban mensajeros, ó un agudo timbre interrumpía sus pensamientos y le hacía la impresión de la ventana de una casa bien construida y alumbrada que se abriese de pronto á una ráfaga huracanada. La obscura precipitación y tumulto, el empuje y vehemencia del combate llegaban por un momento dominándolo todo. Ya no eran personas, sino meros espectadores, meras impresiones de una tremenda convulsión. Ni aun ellos dos se aparecían como reales para sí mismo, y las dos antagónicas realidades, las solas, eran, primero la ciudad, numerosa y luchando frenética allá, y en segundo lugar, los aeroplanos viniendo rápidos é inexorables sobre ellos.

Al principio, su condición había sido la de una exaltada confianza, se apoderó de ellos un gran orgullo, orgullo del uno por el otro, á causa de las grandes concepciones que habían imaginado. Al principio había paseado por el aposento elocuente, con una transitoria persuasión de su tremendo destino. Pero lentamente inquietas intimaciones de su próxima derrota tocaron su ánimo. Transcurrió un largo intervalo en que nadie vino á interrumpirles. Cambió de asuntos, pensó más en él, habló de lo maravilloso de su letargo, de la reducida vida de sus memorias, remotas pero claras, algo semejante á lo que se veía invirtiendo unos gemelos de teatro, y de todo el breve lapso de deseos y errores que formaron su primera existencia. La joven dijo muy poco, pero la emoción en su rostro seguía los tonos de la voz de Graham, y parecióle á éste que por último había encontrado una perfecta inteligencia. De estas reminiscencias pasó al sentimiento de grandeza que ella le imponía.

Y á través de todo esto—dijo—tenía este destino delante de mí; esta vasta herencia con la cual no había siquiera soñado.

Insensiblemente su preocupación ante la revolucionaria convulsión, dejó puesto á cosas más familiares. Co-

menzó á interrogar á Elena. Esta le habló de los días anteriores á su despertar, de los juveniles ensueños que habían sido como un sesgo en su vida, de las increíbles emociones que su despertar había producido en ella. Le habló de una trágica circunstancia de su juventud que le había oscurecido la dicha, avivado su sentido sobre la injusticia y abierto prematuramente su corazón á los más violentos sinsabores de la vida. Durante un corto rato, ó así se lo pareció á él, la gran lucha sostenida por el pueblo quedó olvidada.

Peró estos detalles íntimos fueron interrumpidos por la entrada de mensajeros que venían á decir que una gran flota de aeroplanos había pasado por encima de Aviñón. Graham se encaminó al aparato reflector del ángulo y se aseguró de la certeza de la nueva. Fué al departamento geográfico y midió sobre el mapa las distancias de Aviñón á Nueva Arawan y á Londres. Hizo un rápido cálculo. Encaminóse al salón donde estaban los jefes á preguntarles por el estado de la lucha; pero allí no encontró á nadie. Volvió con Elena.

Su rostro había cambiado. Ocurriósele que la lucha estaba á más de su mitad, que Ostrog se defendería á todo trance, y que la llegada de los aeroplanos podía introducir el pánico. Una frase casual le hizo vislumbrar la realidad de las cosas. Cada uno de aquellos gigantescos barcos volantes llevaba quinientos negros salvajes que introducirían el exterminio en la ciudad. De pronto su humanitario entusiasmo pareció debilitarse. Tan sólo dos de los jefes populares estaban en su aposento cuando volvió de nuevo; el salón del Atlas parecía vacío. Parecióle ver un cambio en el rostro de las personas que esperaban sus órdenes. Una sombría desilusión oscureció su mente. Elena le miró ansiosa cuando volvió de fuera.

—No hay noticias—dijo con fingida naturalidad en respuesta á sus miradas.

Después tuvo un impulso hacia la franqueza.

—O mejor dicho... malas noticias. Perdemos terreno. Las estaciones no son nuestras aun y los aeroplanos no tardarán en aparecer.

Dió un paseo por la estancia, y regresó.

—Si no nos apoderamos de las estaciones dentro de una hora... veremos cosas horribles. Seremos batidos.

—¡No!—dijo.—Tenemos la justicia de nuestra parte... tenemos el pueblo. ¡Dios está á nuestro lado!

—Ostrog posee la disciplina... tiene planes. ¿Sabe usted de lo que siente ahora... después de haber oído lo de la proximidad de los aeroplanos? Pues como si luchase contra la maquinaria del destino.

La joven guardó silencio durante unos momentos.

—Hemos hecho bien—dijo por último.

El la miró dudando.

—Hemos hecho lo que hemos podido. ¿Pero depende esto de nosotros? ¿No se trata de un pecado más antiguo, más violento?

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó ella.

—Esos negros salvajes, gobernados por la fuerza, usados como fuerza. Y han estado bajo el dominio de los blancos durante doscientos años. ¿No es esta una lucha de razas? La raza peca... la raza paga.

—¡Pero esos obreros, ese pobre pueblo de Londres!...

—Merecida expiación. Permanecer en el error es participar de la culpa.

Elena le miró profundamente, asombrada del nuevo aspecto que presentaba.

Oyóse dentro el vibrar de un timbre, el sonido de pasos y la algarabía de un mensaje fonográfico. El hombre de lo amarillo se presentó.

—¿Qué?—preguntó Graham.

—Están ya en Vichy.

—¿Y qué ha sido de los hombres que esperaban en el salón del Atlas?—preguntó Graham de pronto.

La máquina parlante avisó otra vez.

—Podemos vencer aún—dijo el hombre de ropaje amarillo acudiendo al fonógrafo.—Sólo que encontrásemos los cañones que Ostrog tiene ocultos. Se buscan sin parar. Quizás este mensaje...

Graham le siguió. Pero la noticia se refería también á los aeroplanos. Se cernían sobre Orleans.

Graham volvió al lado de Elena.

—Nada de nuevo—dijo;—nada de nuevo.

—¿Y nada podemos hacer?

—Nada.

Graham paseaba con impaciencia. De repente se dejó llevar de su natural colérico.

—¡Maldito sea este complicado mundo—exclamó—y todas las invenciones de los hombres! ¡Que un hombre haya de morir como una rata en una trampa, sin ver al enemigo! ¡Oh, por un golpe!

Hubo un brusco cambio en sus maneras.

—¡Esto son necedades!—dijo.—Soy un salvaje.

Dió otro paseo y se detuvo.

—Después de todo, París y Londres no son más que dos ciudades. Toda la zona templada está sobre las armas. ¿Qué importa que París y Londres sean destruidas? Menos accidentes.

De nuevo tuvo que salir para recibir noticias. Volvió con el rostro más grave y se sentó junto á Elena.

—El final está próximo—dijo.—El pueblo lucha y perece á millares; los alrededores de Rochampton parecen una columna ahumada. Y mueren en vano. Están todavía en la parte baja de las estaciones. Los aeroplanos están cerca de París. Aun si ahora se presentase un destello de éxito, nada podríamos hacer, no tendríamos tiempo para intentar nada antes de tenerlos encima. Los cañones que hubieran podido salvarnos están mal colocados. ¡Mal colocados! Fijese usted en el desorden de estas cosas. ¡Piense usted en ese loco tumulto, que ni siquiera sabe hacer uso de sus armas! ¡Oh, por una aeropila... una nada más! Por falta de ella me veo derrotado. ¡La humanidad batida y perdida nuestra causa! Mi reinado, mi loco reinado no durará una noche... Y yo he inducido al pueblo á la lucha...

—De todos modos lo hubiera hecho.

—Lo dudo. He ido entre ellos...

—No—exclamó ella,—eso no. Si llega la derrota... si usted muere... ¡Pero eso no puede ser... no puede ser, después de tantos años!

—¡Ah! Teníamos buenos propósitos. Pero... Usted realmente cree...

—Si le vencen á usted—exclamó Elena,—usted ya ha

hablado. Su palabra ha cruzado el mundo como un gran viento, sacudiendo la llama de la libertad. ¡No importa que la llama chisporrotee un poco! Nada puede cambiar las palabras dichas. Su proclama es conocida en todas partes...

—¿A qué bueno? Puede ser. Ya sabe usted lo que le dije cuando me habló de esas cosas... ¡Dios potente!... Aun no hace muchas horas... la dije á usted que no tenía su fe... en fin... de cualquier modo no podemos hacer nada...

—¿No tiene usted mi fe? ¿Qué quiere usted decir?... ¿Acaso siente usted?

—¡No—contestó él presuroso,—no! ¡Ante Dios... no! Su voz cambió.

—Pero... Yo pienso... Creo que he sido indiscreto. Sé muy poco... he obrado con precipitación.

Se detuvo. Se avergonzaba de hacer aquella declaración.

—Pero hay una cosa que equivale por todas. La he conocido á usted. A través de este abismo de tiempo he llegado á usted. El resto está hecho. Hecho. Con usted también, unas veces he sido más... otras menos...

Se detuvo con expresión escrutadora, sin hacer caso de un mensaje acerca de los aeroplanos, que pasaban sobre Amiens.

Ella se llevó la mano al pecho y sus labios temblaron. Miró delante de sí como si entreviese alguna horrible posibilidad. De pronto sus facciones cambiaron.

—¡Oh... pero yo he sido honrada!—exclamó, y después:—Amo el mundo y la libertad, odio la crueldad y opresión. Seguramente ha sido esto.

—Sí—dijo él,—sí. Y nosotros hemos hecho lo que estaba en nuestro poder. Pero ahora... ahora que puede ser nuestro último momento, ahora que todas estas grandes cosas se han realizado...

Se detuvo. Ella permaneció silenciosa y pálida.

Durante unos momentos no se dieron cuenta de cierta agitación en el exterior, pasos, carreras y gritos. Después Elena se quedó atenta.

—Eso es...—y se detuvo nerviosa, incrédula, triun-

fante. Y Graham también oyó. Voces metálicas gritaban: «¡Victoria!»... Sí, decían «¡Victoria!» Se puso en pie con una brillante esperanza en los ojos.

El hombre de vestido amarillo se precipitó en el aposento, temblando de excitación.

—¡Victoria!—exclamó.—¡Victoria! El pueblo vence. Las gentes de Ostrog retroceden.

Elena levantóse.

—¡Victoria!—Y su voz era débil y enronquecida.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Graham.—¡Hable usted! ¿Qué?

—Los hemos desalojado de las galerías bajas en No-wood, Streatam es presa de las llamas, y Rochampton es nuestro. ¡Nuestro... y nos hemos apoderado de la aeropila que estaba allí!

Por un momento Graham y Elena permanecieron en silencio, palpitantes sus corazones, mirándose el uno al otro. Por un momento brilló para Graham su sueño de imperio, de reinado, con Elena á su lado. Brilló y pasó.

Sonó una estridente campanilla. Entró un agitado individuo.

—¡Todo ha concluido!—gritó.—¿De qué nos sirve habernos apoderado de Rochampton? Los aeroplanos están en Boloña.

—¡El Canal!—exclamó el hombre de amarillo. Calculó rápidamente.—¡Media hora!

—Aun tienen tres estaciones—dijo el hombre de pelo canoso.

—¿Y esos cañones?—preguntó Graham.

—No podemos montarlos... es decir, en media hora.

—¿Pero se han encontrado?

—Tarde, desgraciadamente—replicó el anciano.

—¡Si pudiéramos detenerlos una hora!—gritó el del traje amarillo.

—Nada puede detenerlos ya—dijo el anciano.—Vienen cien aeroplanos en esa primera flota.

—¿Otra hora?—dijo Graham.

—¡Están tan cerca!—exclamó el jefe.—¡Y ahora que habíamos encontrado esos cañones! Tan sólo que pudiéramos emplazarlos en las terrazas...

—¿Cuánto tiempo se necesita para eso?—dijo Graham de pronto.

—Una hora... poco menos.

—¡Tarde—exclamó el jefe,—demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde?—dijo Graham.—¡Una hora!...

Había entrevisto una posibilidad. Trató de expresarse con calma, pero su faz estaba blanca.

—Hay una probabilidad. ¿Dice usted que han cogido una aeropila?

—En la estación de Rochampton, señor.

—¿Rota?

—No, intacta. A punto de ser botada... Pero no hay aeronauta...

Graham miró á los dos hombres y después á Elena. Habló tras larga pausa.

—¿No tenemos aeronauta?

—Ninguno.

—Los aeroplanos son instrumentos groseros comparados con las aeropilas—dijo Graham pensativamente.

Volvióse súbitamente á Elena. Su decisión estaba hecha.

—Debo ir yo.

—¿A qué?

—A la estación... á embarcarme en esa aeropila.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo soy aeronauta. Después de todo... aquellos días que usted me echaba en cara no eran enteramente malgastados.

Volvióse al anciano.

—Ordene usted que pongan la aeropila sobre los rieles.

El hombre de amarillo vaciló.

—¿Qué piensa usted hacer?—gritó Elena.

—Esa aeropila es una probabilidad...

—¿Intenta usted?...

—Combatir... sí. Combatir en el aire. Lo he pensado... El aeroplano es de pesado manejo. Un hombre resuelto...

—Pero... jamás desde que la navegación aérea empezó...—exclamó el hombre de ropaje amarillo.

—No ha habido necesidad. Ahora ha llegado su tiem-

po. Vaya usted á llevar mis órdenes... que pongan la aeropila sobre los rieles.

El anciano interrogó al de amarillo, movió la cadeza y salió presuroso.

Elena dió un paso hacia Graham. Su rostro estaba blanco.

—Pero... cómo luchar? ; Le matarán á usted!

—Quizás. Pero si no hago eso... ó permito que lo haga cualquier otro...

No terminó la frase, significando la alternativa con un gesto, y se miraron por un momento.

—Tiene usted razón—dijo ella por último en voz baja.

—Tiene usted razón. Si alguien debe ir... es usted.

El adelantó otro paso hacia ella, y ella retrocedió; su pálido rostro volvióse.

—No—balbuceó.—No puedo soportar... ; Váyase usted!

El extendió estúpidamente las manos. Ella se las estrechó.

—¡Y ahora vaya usted!—exclamó.—¡Vaya usted!

El dudó y comprendió. Hizo un gesto dramático. No encontró palabra que decir y volvió la espalda.

El hombre de amarillo se dirigió á la puerta con pesado paso. Pero Graham le apartó. Encaminóse al aposento donde el anciano transmitía por teléfono la orden de colocar la aeropila sobre los rieles.

El hombre de amarillo echó una mirada de soslayo sobre la figura silenciosa de Elena, vaciló y salió detrás de Graham. Graham no volvió la vista atrás ni una vez, no habló hasta que la cortina del gran salón no hubo caído detrás de él. Entonces volvió la cabeza en varias direcciones.

CAPITULO XXIV

LA LLEGADA DE LOS AEROPLANOS

Dos hombres vestidos de azul pálido estaban tendidos en la línea irregular que se extendía á lo largo del borde de la apresada estación de Rochampton, empuñadas las carabinas y atisbando entre las sombras de la estación llamada Wimbledon Park. A intervalos se dirigían la palabra. Hablaban el mutilado inglés de su clase y período. El fuego de los secuaces de Ostrog se había debilitado llegando á cesar, y eran pocos los que aparecían á la vista. Pero los ecos de la lucha que se sostenía en las remotas galerías bajas de aquella estación, llegaban ahora y después entre el sonido dominante de las descargas del pueblo. Uno de aquellos hombres describía al otro cómo había visto á un hombre oculto detrás de una travesía, y le había apuntado á tenazón haciendo blanco.

—Allí está aún—añadió.—En aquella mancha... mira... entre unos hierros...

A algunos pasos de ellos yacía un cadáver, la cara vuelta al cielo, con una gran mancha roja en medio de su chaqueta de tela azul. Detrás un hombre herido, con el muslo roto, contemplaba con expresión los progresos del incendio. Destacándose como un gigante detrás de ellos se veía la aeropila.

—No la veo ya—dijo el segundo de los dos hombres con tono pensativo.

El otro levantó la voz para explicarle claramente la

po. Vaya usted á llevar mis órdenes... que pongan la aeropila sobre los rieles.

El anciano interrogó al de amarillo, movió la cadeza y salió presuroso.

Elena dió un paso hacia Graham. Su rostro estaba blanco.

—Pero... cómo luchar? ; Le matarán á usted!

—Quizás. Pero si no hago eso... ó permito que lo haga cualquier otro...

No terminó la frase, significando la alternativa con un gesto, y se miraron por un momento.

—Tiene usted razón—dijo ella por último en voz baja.

—Tiene usted razón. Si alguien debe ir... es usted.

El adelantó otro paso hacia ella, y ella retrocedió; su pálido rostro volvióse.

—No—balbuceó.—No puedo soportar... ; Váyase usted!

El extendió estúpidamente las manos. Ella se las estrechó.

—¡Y ahora vaya usted!—exclamó.—¡Vaya usted!

El dudó y comprendió. Hizo un gesto dramático. No encontró palabra que decir y volvió la espalda.

El hombre de amarillo se dirigió á la puerta con pesado paso. Pero Graham le apartó. Encaminóse al aposento donde el anciano transmitía por teléfono la orden de colocar la aeropila sobre los rieles.

El hombre de amarillo echó una mirada de soslayo sobre la figura silenciosa de Elena, vaciló y salió detrás de Graham. Graham no volvió la vista atrás ni una vez, no habló hasta que la cortina del gran salón no hubo caído detrás de él. Entonces volvió la cabeza en varias direcciones.

CAPITULO XXIV

LA LLEGADA DE LOS AEROPLANOS

Dos hombres vestidos de azul pálido estaban tendidos en la línea irregular que se extendía á lo largo del borde de la apresada estación de Rochampton, empuñadas las carabinas y atisbando entre las sombras de la estación llamada Wimbledon Park. A intervalos se dirigían la palabra. Hablaban el mutilado inglés de su clase y período. El fuego de los secuaces de Ostrog se había debilitado llegando á cesar, y eran pocos los que aparecían á la vista. Pero los ecos de la lucha que se sostenía en las remotas galerías bajas de aquella estación, llegaban ahora y después entre el sonido dominante de las descargas del pueblo. Uno de aquellos hombres describía al otro cómo había visto á un hombre oculto detrás de una travesía, y le había apuntado á tenazón haciendo blanco.

—Allí está aún—añadió.—En aquella mancha... mira... entre unos hierros...

A algunos pasos de ellos yacía un cadáver, la cara vuelta al cielo, con una gran mancha roja en medio de su chaqueta de tela azul. Detrás un hombre herido, con el muslo roto, contemplaba con expresión los progresos del incendio. Destacándose como un gigante detrás de ellos se veía la aeropila.

—No la veo ya—dijo el segundo de los dos hombres con tono pensativo.

El otro levantó la voz para explicarle claramente la

cosa; y de pronto le interrumpió un sonido de gritos que subía de abajo.

—¿Qué ocurrirá ahora?—dijo, y se incorporó sobre un brazo para mirar hacia la puerta de la escalera que conducía á la terraza. Cierta número de figuras azules desembocaban por aquella puerta, y se encaminaban hacia la aeropila.

—No necesitamos aquí tanta gente—dijo uno de los hombres.—No sirven más que para atraer la atención. ¿Qué vendrán á buscar?

—¡Psé!... Aclaman algo...

Se pusieron á escuchar. Los recién llegados rodeaban la aeropila. Tres jefes, fáciles de reconocer por sus mantos negros, se encaramaron al aparato y aparecieron en la cubierta. Los otros hombres comenzaron á maniobrar y á mover el casco. Uno de los dos hombres se puso de rodillas.

—Quieren colocar la aeropila en los rieles... eso es lo que están haciendo.

Se puso de pie y su amigo le imitó.

—¿A qué fin?—dijo el último.—No tenemos aeronautas.

—No lo sé... pero eso es lo que están haciendo.

Miró su carabina, miró al grupo, y volviéndose de pronto al herido:

—Tenme esto, camarada—dijo dándole el arma y la cartuchera; luego se encaminó hacia la aeropila.

Durante un cuarto de hora, con los otros, sudó, gritó, se fatigó, y por último la cosa quedó en su sitio y se produjo una aclamación por el buen éxito. Y ya sabía en aquel momento, como lo sabía todo el mundo, que el Amo, aun cuando nuevo en aquel arte, intentaba tripular la máquina, y que se dirigía allí, no queriendo que ningún otro hombre lo hiciera por él.

—El que corre el mayor peligro, el que toma la carga más pesada, ese es rey—había dicho el Amo. Y estando el hombre victoreando aún, y mientras arreglaba el desorden de sus cabellos, oyó el trueno de un tumulto más grande, y á momentos después trozos lejanos del himno revolucio-

nario. Vió por un boquete una creciente masa de cabezas que ascendía por las escaleras.

—¡El Amo que viene!—gritaban.—¡El Amo que viene!

Y la multitud se hacía cada vez más compacta. El hombre se encaminó hacia la escalera.

—¡El Amo viene! ¡El Durmiente, el Amo! ¡Dios y el Amo!—aclamaba la muchedumbre.

Y súbitamente vió cerca de él los uniformes negros de la guardia revolucionaria, y por la primera y última vez en su vida vió á Graham á cuatro pasos del lugar en que él estaba. Un hombre alto, moreno, con una flotante túnica negra, con un pálido y decidido semblante, mirando delante de él; un hombre que para todas las pequeñas cosas en torno suyo no tenía oídos, ni ojos ni pensamientos... Durante todos los días de su vida recordó aquel hombre la descolorida faz de Graham. Un momento después había pasado y el hombre se encontró luchando entre el grupo que se arremolinaba. Un muchacho se echó espantado sobre él, huyendo hacia la escalera al grito de «¡Despejad... va á salir la aeropila!» La campana que invitaba á despejar la azotea, comenzó á repicar con fuerza.

Con este estrépito en sus oídos llegó Graham junto al aparato, pasando por debajo de las alas. Se dió cuenta de que muchos se ofrecían á acompañarle, pero él se oponía con un gesto. Necesitaba recordar cómo se ponía en movimiento la máquina. La campana no cesaba en su repique, y la gente se precipitaba como un mar desbordado hacia la escalera. El hombre de amarillo le ayudaba á subir por entre las costillas del casco. Se encaramó en el asiento del aeronauta, fijándose con gran cuidado. ¿Pero qué era esto? El individuo de ropaje amarillo señalaba dos aeropilas que se dirigían al sur. Indudablemente vigilaban la llegada de los aeroplanos. No había tiempo que perder. Le hacían observaciones, le daban consejos. Le mareaban. Necesitaba pensar sobre la aeropila, recordar todos los detalles de sus primeras experiencias. Hizo señal á la gente de que se apartase, vió descender al hombre de amarillo, y vió replegarse á la multitud á sus gestos.

Por un momento quedó inmóvil, los ojos en las palancas, en el tornillo que ponía en movimiento el propulsor, en todos los delicados componentes que conocía tan poco. Su vista cayó sobre un nivel de alcohol con la burbuja hacia él, y empezó á recordar; empleó unos momentos en balancear el mecanismo hacia adelante hasta que la burbuja ocupó el centro. Observó que el pueblo no gritaba, comprendió que observaban su deliberación. Una bala se aplastó sobre la barra, encima de su cabeza. ¿Quién había tirado? ¿Estaría el camino de rieles despejado? Se asomó para verlo y volvió á sentarse.

Un momento después el propulsor estaba en movimiento y el casco comenzó á deslizarse por los carriles. Asió la palanca y balanceó el mecanismo para levantar la proa. Entonces la multitud empezó á gritar de nuevo. Un momento después sentía las vibraciones del mecanismo y los gritos fueron debilitándose detrás hasta quedar en silencio. El viento silbaba sobre los bordes de la pantalla y la tierra se hundía debajo de él rápidamente.

Trob, trob, trob.—*trob, trob, trob;* navegaba en pleno aire. Se imaginó libre de toda excitación, sintiéndose sereno y frío. Elevó aún más la proa, abrió una válvula del ala izquierda y describió una espiral remontándose. Su mirada recorrió el espacio. Una de las aeropilas de Ostrog venía á través de su camino; así se dirigió oblicuamente hacia ella describiendo ambas un ángulo abierto. Los diminutos aeronautas le observaban. ¿Qué querían hacer? Su mente entró en actividad. Notó que uno de ellos preparaba una carabina dispuesto á hacer fuego. ¿Qué pensaban que intentaba hacer él? En un momento comprendió su táctica y tomó su partido. Su momentáneo letargo había pasado. Abrió dos válvulas más á la izquierda, viró en redondo, se puso enfrente de la aeropila enemiga, cerró las válvulas y se precipitó contra ella, oculto á sus tripulantes por la proa y la pantalla. Se elevaron un poco como para dejarle paso.

Trob, trob, trob.—pausa.—*trob trob, trob;*—apretó los dientes, hizo una mueca involuntaria y ¡crag! ¡Y la embistió! ¡La proa chocó con el ala más próxima!

Con lentitud el ala de su antagonista pareció ensan-

chase al golpe. Después todo el aparato comenzó á descender.

Graham notó que su roda se inclinaba hacia abajo, sus manos se crisparon sobre las palancas, y comenzó á manejar el mecanismo hacia atrás. Sintió la sacudida del aparato, la proa comenzó á subir y por un momento Graham se mantuvo echado hacia atrás. La máquina daba vueltas, se balanceaba, parecía bailar sobre su quilla. Graham hizo un tremendo esfuerzo, se colgó un momento á las palancas, y lentamente el mecanismo fué de nuevo hacia adelante. Se remontaba, pero no tan verticalmente. Graham respiró con fuerza y empuñó de nuevo las palancas. Un esfuerzo y se puso casi á nivel. Pudo respirar. Volvió la cabeza por la primera vez para ver lo que había sido de su antagonista. Y entonces vió que entre las dos estaciones orientales había un claro, y por este claro desapareció la aeropila agredida con la velocidad de un meteoro.

Al principio no comprendió, pero se apoderó de él un violento gozo. Gritó hasta desgañitarse, un grito inarticulado, y se remontó más alto en la atmósfera. *Trob, trob, trob,* pausa, *trob, trob, trob.*

—¿Dónde estará la otra aeropila?—pensó.—Ellos también...

Viendo vacío el espacio en torno suyo, tuvo el momentáneo temor de que aquella máquina estuviese encima de la suya, pero después la vió descendiendo sobre la estación de Norwood. El peligro de ser precipitado de cabeza desde una altura de dos mil pies iba más allá de su valor. El combate era rehuido.

Graham describió algunos círculos, después se encaminó con ligero descenso hacia la estación de Streatham. *Trob, trob, trob.*—*trob, trob, trob.* El crepúsculo iba extendiéndose; el humo de la estación de Streatham, que hasta entonces había sido denso y negro, era ahora un haz de llamas, y todas las enlazadas curvas de los caminos móviles, y los translúcidos techos y cúpulas y los claros entre los edificios brillaban suavemente, alumbrados por la velada radiación de la luz eléctrica. Las tres estaciones útiles que poseían los secuaces de Ostrog—pues

Wimbledon Park era inservible por el fuego que hacían desde Rochampton y Streatham era una hoguera,—resplandecían con las luces que habían de servir de guía á los aeroplanos. Al pasar por encima de la estación de Rochampton vió la negra masa de gente apiñada allí. Oyó una explosión de frenéticas aclamaciones, y una bala dirigida desde Wimbledon Park zumbó en el aire y fué á caer hacia Surrey. Sintió una bocanada de viento sudeste, y disminuyó el ala de sotavento prosiguiendo su camino en espiral. *Trob, trob, trob,—trob, trob, trob.*

Y continuó subiendo hasta que el terreno bajo él se apareció aplanado é indistinto y Londres se presentaba como un pequeño mapa trazado con líneas luminosas.

En el sudoeste el firmamento parecía de zafiro, y al ascender todavía más el número de estrellas fué aumentando á su vista.

¡Y allá, al sur, más bajas y centelleando cada vez más cerca, dos pequeñas manchas de nebulosa luz! Y luego dos más, y después un compacto fulgor de formas que se aproximaban. Bien pronto pudo contarlas. Eran veinticuatro. ¡Llegaba la primera flota de aeroplanos! Más allá se entreveían nuevas sombras.

Graham describió un semicírculo encarando con aquella flota que avanzaba. Navegaban formando un triángulo de gigantescas formas fosforescentes. Graham hizo un breve cálculo de su paso y movió la pequeña rueda que inclinaba la maquinaria hacia adelante. Tocó una palanca y el propulsor cesó de funcionar. Empezó á caer con más rapidez á cada momento. Tendía á colocarse en el vértice de la cuña. Caía como una piedra á través del aire. Apenas pareció transcurrir un segundo cuando cayó sobre el aeroplano que iba delante.

Ninguno, entre aquella negra multitud, vió la llegada de su enemigo, ninguno soñaba en el halcón que se precipitaba sobre ellos desde las nubes. Los que no estaban mareados, alargaban sus negros cuellos y miraban para entrever la vasta ciudad que iba surgiendo entre la bruma, la rica y espléndida ciudad que «massa Bors» entregaba á sus obedientes músculos. Brillaban blancas dentaduras y las negras fisonomías resplandecían. Habían oído ha-

blar de lo de París. Sabían que iban á tener su desquite entre los «pobres blancos.» Y súbitamente Graham se precipitó.

Su intención era hacia el cuerpo del aeroplano, pero veloz como el relámpago mudó de pensamiento. Se colocó al lado y se lanzó con todo su peso sobre la rueda alada de estribor. El choque le hizo rebotar. Su proa se deslizó por la lisa expansión hasta el borde. Sintió el veloz empuje de la inmensa máquina arrastrándole á él y á su aeropila, y por un momento, que le pareció un siglo, no supo lo que ocurría. Oyó los gritos lanzados por mil gargantas y notó que su máquina se balanceaba en el borde de la gigantesca flota, y bajaba, bajaba siempre; miró hacia atrás y vió el codaste del aeroplano y el ala opuesta casi desprendidos. Entrevió por el armazón rostros aterrados y manos asidas á las barras de sostén. Más allá, un segundo aeroplano se desviaba para evitar el remolino de su compañero. El material de las alas se dispersaba en el aire. Notó que su aeropila había quedado zafada, y que la monstruosa fábrica, volcada en redondo, se cernía sobre él como una pared desplomada.

No comprendía aún claramente que se había lanzado sobre el mecanismo de ascensión del aeroplano, saliendo rebotado, sino notaba que se cernía debajo cayendo rápidamente. ¿Qué había hecho? Su corazón palpitaba ruidosamente y por un momento, lleno de peligro, no pudo mover las palancas por tener las manos paralizadas. Asíólas por fin para traer la maquinaria hacia atrás, luchó unos momentos para vencer la resistencia, se fué alzando, y por fin voló horizontalmente, vibrando de nuevo el propulsor.

Miró hacia arriba y vió dos aeroplanos deslizándose ruidosamente á gran altura, y al resto de la flota, diseminado, y en abiertas direcciones; el que había colisionado caía sobre los molinos de viento. Hizo inclinar la popa y miró otra vez. Mientras miraba la aeropila subía sin que él tuviese cuenta de su dirección. Vió al pesado armazón estrellarse contra el suelo, haciéndose mil pedazos. *Trob, trob, trob, pausa.* De pronto á través del espacio una lengua blanca de fuego que se elevaba hacia el cenit.

Y entonces se dió cuenta de una inmensa masa flotante que se precipitaba en su dirección, y pudo elevarse á tiempo de evitar la carga—si era una carga—de un segundo aeroplano. El coloso pasó por debajo, y casi le volcó con el huracán de su marcha.

Notó que otros tres se dirigían hacia él, y se percató de que necesitaba elevarse sobre ellos. Los aeroplanos le rodeaban, al parecer evolucionando para precaverse de sus acometidas. Pasaron por su inmediación, arriba, abajo, hacia oriente y occidente. Lejos, al oeste, se dejó oír el estrépito de una colisión y dos resplandores que se precipitaban hacia la tierra. Lejos, por el sur, se aproximaba un nuevo escuadrón. Graham se remontó. Bien pronto toda la flotilla estuvo debajo de él; por un momento vació sobre la oportunidad de caer sobre ellos, y después se precipitó sobre una nueva víctima y toda su carga de milicia negra la vió caer. La gigantesca máquina giró al peso del pasaje que corrió á la popa á buscar sus armas. Una lluvia de balas barrió el aire y una de ellas se aplastó en el grueso cristal tras el cual se resguardaba Graham. El aeroplano se dejó caer para evitar su embestida, pero inútilmente. Justamente á tiempo vió los molinos de viento de Bromley elevándose hacia él, y entonces detuvo el descenso mientras el aeroplano vulnerado pareció quedar inmóvil un momento, para caer luego entre ellos haciéndose añicos.

—¡Dios!—exclamó cuando lo vió estrellarse, y de nuevo volvió á subir. Un triunfante entusiasmo se había apoderado de él, una gigante actividad. Sus preocupaciones sobre la humanidad, sobre su ineptitud, se habían extinguido para siempre. Era un combatiente gozoso de su poder. Los aeroplanos parecían irradiar en todas direcciones, procurando únicamente evitarle, y el clamoreo de los pasajeros llegaba á intervalos á sus oídos. Escogió su tercera presa, se lanzó hacia ella y salió por el borde, en tanto que el aeroplano se precipitaba como un bólido sobre Londres. Huyendo del remolino, pasó tan cerca del suelo que pudo ver una tímida liebre huyendo entre el sembrado.

A su derecha una lluvia de cohetes de los ostrogitas

explotaban tumultuosamente en el aire. Al sur los restos de media docena de navíos aéreos, y á oriente y occidente y norte los navíos aéreos huían delante de él. Navegaban de oriente á occidente y de aquí al sur, pues no podían detenerse en el aire. En su presente estado de confusión, cualquier tentativa de evolución hubiera significado desastrosas colisiones.

Apenas podía Graham darse cuenta de lo que había hecho. En toda la circunferencia los aeroplanos retrocedían. Retrocedían. Iban haciéndose cada vez más pequeños. ¡Estaban en fuga!

Graham pasó á unos doscientos pies, poco más, sobre la estación de Rochampton. Estaba cuajada de gente que apagaba los demás sonidos con sus aclamaciones. ¿Pero por qué también Wimbledon Park estaba cubierta de un aclamador gentío? El humo y las llamas de Streatham ocultaban en aquel momento las estaciones de la otra parte. Graham ascendió y describió una curva para verlas, y ver también los barrios del norte. Primero se presentaron las cuadradas masas de Shooter's Hill á su vista, detrás del humo, alumbradas; y sobre la terraza el aeroplano que había conseguido tomar tierra, del cual iban saltando los negros. Después vino Blackhead y después, en el ángulo de la humareda, Norwood. En Blackhead no había pasado ningún aeroplano, pero una aeropila estaba sobre las cornisas. Norwood estaba inundado de pequeñas figuras que se agitaban con febril confusión. ¿Por qué? De repente lo comprendió. La obstinada defensa de las estaciones había concluído, el pueblo ganaba los bajos de las últimas trincheras de los secuaces de Ostrog. Y después, del borde norte de la ciudad, lleno de gloriosa importancia para él, llegó un sonido, una señal, una nota de triunfo, el sordo sonido de un cañonazo. Sus labios se entreabrieron, la emoción descompuso su fisonomía.

Aspiró el aire con fuerza.

—¡Vencen!—gritó en la desierta soledad.—¡El pueblo vence!

Contestóle un segundo cañonazo. Y entonces vió que la aeropila se deslizaba sobre los rieles para ponerse en

marcha. Elevóse libremente. Después tomó el rumbo sur alejándose rápidamente.

Momentáneamente comprendió lo que aquello significaba. Era Ostrog que escapaba. Gritó y puso la proa hacia él. Cuando estuvo cerca, la otra aeropila hizo una hábil maniobra y Graham pasó de largo.

Se puso furioso. Viró en redondo; la máquina de Ostrog se elevaba en espiral delante de él. Ascendió y logró ponerse encima en razón á la diferencia de peso entre ambas máquinas. Se dejó caer... ¡y viró de nuevo! A su paso vió el semblante del aeronauta, frío y confiado, y en la actitud de Ostrog una invencible resolución. Ostrog miraba hacia el sur sin desviar los ojos. Debía comprender cuán grotesca era su fuga. Graham se dispuso á emprender un nuevo ataque. Volvió la cabeza y llamóle la atención una cosa extraña. La estación más oriental, la de Shooter's Hill, pareció elevarse; una llamarada, una nube de humo y escombros se proyectó en el aire. Por un momento nada se oyó... después una formidable sacudida. El pueblo la había volado; aeroplano y todo. De pronto un nuevo estallido se dejó oír en la estación de Norwood. Y contemplando esto, transcurrió un corto intervalo de mortal quietud, y la primera bocanada de la explosión llegó á él. La aeropila se zarandó como enloquecida.

Por un momento casi volcó por entero con la proa hacia abajo y pareció vacilar entre volcar ó no por completo. En esto la segunda explosión echó la máquina á un lado.

Se encontró asido á una de las costillas del casco, y el aire le daba de lleno, *hacia arriba*. Parecía que colgaba inmóvil, azotado por el viento. Ocurriósele que estaba cayendo. Después tuvo la seguridad de que caía. No podía mirar hacia abajo.

Encontróse recapitulando con indecible rapidez todo lo que había ocurrido desde su despertar, los días de duda, los días de imperio, y por último, el tumultuoso descubrimiento de la calculada traición de Ostrog. El moría, pero Londres estaba salvado. ¡Londres estaba salvado!

El pensamiento tenía una realidad de profunda ficción. ¿Quién era él? ¿Por qué estaba asido tan fuertemen-

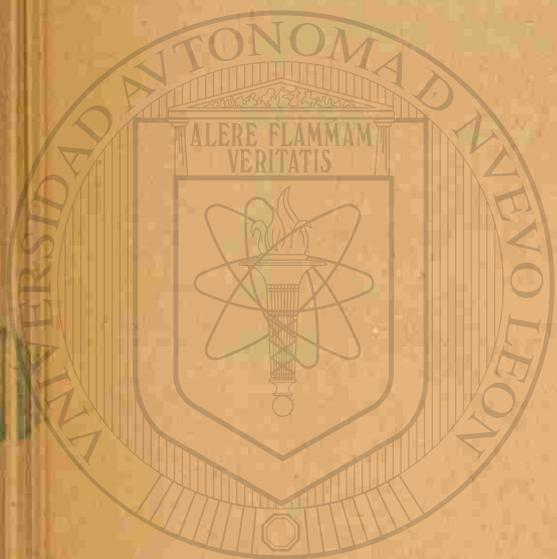
te con las manos? ¿Por qué no podía soltarse? Innumerales sueños terminaban con aquella caída. Pero podía despertar pronto...

Sus pensamientos se hicieron más rápidos. Se preguntó si vería á Elena otra vez. Le pareció muy poco razonable que no la volviese á ver. ¡Debía ser un sueño! Sin embargo, la encontraría. Ella al menos era real. Era real. Despertaría y la vería.

Aun cuando no podía verlo, se percató súbitamente de que la tierra estaba muy próxima.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

CAPITULO	Páginas
I.—Insomnio... ..	5
II.—El arrobamiento... ..	13
III.—El despertar... ..	19
IV.—El rumor del tumulto... ..	24
V.—Los caminos movibles... ..	37
VI.—El salón del Atlas... ..	42
VII.—En las silenciosas habitaciones... ..	51
VIII.—Por los tejados... ..	62
IX.—El pueblo en marcha... ..	76
X.—La batalla en las tinieblas... ..	82
XI.—El viejo que lo sabía todo... ..	93
XII.—Ostrog... ..	105
XIII.—El fin del antiguo régimen... ..	120
XIV.—Desde el nido del cuervo... ..	124
XV.—Gente distinguida... ..	140
XVI.—La Aeropila... ..	152
XVII.—Tres días... ..	165
XVIII.—Graham recuerda... ..	172
XIX.—Las miras de Ostrog... ..	180
XX.—En la calle de la Ciudad... ..	187
XXI.—El reverso... ..	209
XXII.—La lucha en la casa del consejo... ..	215
XXIII.—Mientras veían los aeroplanos... ..	227
XXIV.—La llegada de los aeroplanos... ..	243

